MEMORIAS DE GUERRA

Los años de la derrota

ERWIN ROMMEL

MEMORIAS II

Pocos líderes militares han gozado de tan merecido prestigio y reconocimiento entre sus enemigos como el mariscal alemán Erwin Rommel. Nadie como él ha representado la figura del militar profesional, dotado de un innato y ágil sentido práctico que demostró en muchas de sus brillantes decisiones sobre el campo de batalla. Rommel puede resistir perfectamente el juicio de Napoleón, cuando afirmó que «el mejor general será aquél que durante la guerra cometa menos errores». Las Memorias de Rommel constituyen un extraordinario documento vivo y personal, en el que se refleja la gran capacidad para la estrategia del hombre que dirigió los célebres Afrikakorps alemanes durante la Segunda Guerra Mundial e intentó detener la invasión de Europa por las fuerzas aliadas. Un testimonio apasionante, que destaca por su interés humano y por su gran valor documental.

epublibre

Erwin Rommel

MEMORIAS II: LOS AÑOS DE LA DERROTA

ePub r1.0
Titivillus 23.10.2024

Título original: *The Rommel papers*
Erwin Rommel, 1954
Traducción: Julio Fernández-Yáñez Gimeno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

MARISCAL ROMMEL

MEMORIAS II

LOS AÑOS DE DERROTA

PRESENTADAS POR
B. H. LIDDELL HART

Con la cooperación de
LUCIE-MARIE ROMMEL
MANFRED ROMMEL
y el General FRITZ-BAYERLEIN

PRIMERA PARTE

EL FRENTE SACRIFICADO
Septiembre 1942 – 1943

CAPÍTULO I
LA CARRERA CONTRA EL TIEMPO

Tras el cese temporal de nuestro ataque a El Alamein y los contraataques ingleses, rechazados hasta entonces, la calma se abatió sobre el frente. Ambos bandos trataron de utilizar aquel respiro para rehacerse y acoplar refuerzos a las maltratadas unidades. Una vez más nos encontrábamos librando una batalla contra el tiempo.

Los esfuerzos del Ejército Panzer iban dirigidos hacia una rápida reanudación de la ofensiva, porque los éxitos del verano habían producido, como siempre esperé, miedo y alarma en Nueva York y en Londres. Era obvio que los angloamericanos no ahorrarían esfuerzos para impedir cualquier ulterior avance de mis soldados en dirección a Alejandría. Pero los embarques desde Inglaterra y Norteamérica requerían dos y tres meses, respectivamente, para llegar al norte de África, rodeando el Cabo, y disponíamos, por lo tanto, de unas cuantas semanas antes de que los inmensos refuerzos, sin duda planeados tras la caída de Tobruk, llegasen al teatro de la guerra. Habíamos imaginado que dichos refuerzos afluirían sobre mediados de septiembre. El equilibrio quedaría entonces alterado de tal forma, que nuestras posibilidades de lanzar una ofensiva habrían desaparecido para siempre. Era preciso, pues, anticiparse.

Existían otras razones por las que el ataque debería ser lanzado con la mayor celeridad. Cada día los ingleses colocaban más y más minas ante sus líneas. Un movimiento de flanqueo por la posición principal, requería primero la rup-

tura de la zona sur, pero las dificultades con que tropezaba semejante proyecto eran cada día mayores. El elemento decisivo de nuestro plan se basaba en la velocidad y la sorpresa; debíamos atravesar las líneas británicas y salir a terreno abierto con la mayor rapidez, con el fin de enfrentar al enemigo a un hecho consumado. Pero si antes teníamos que perder el tiempo eliminando defensas, dicha sorpresa desaparecería.

Además, con el Cercano Oriente y la India tan próximos, los ingleses podrían pronto enfrentarse a nosotros con fuerzas considerables. Tropas de refresco afluirían desde la India, Siria y el Irak. Los equipos necesarios se obtendrían de los depósitos y del material desembarcado por los transportes que llegaban regularmente a Egipto. Según nuestros cálculos, hacia el 20 de agosto, y contando a las unidades nuevas y reorganizadas, los ingleses dispondrían de 70 batallones de infantería, 900 tanques y vehículos blindados, 550 cañones de pequeño y grueso calibre y 850 antitanques[1].

A finales de julio y principios de agosto, la 50.ª División inglesa y la 1.ª sudafricana habían regresado al frente, casi reorganizadas por completo. Poco después, la 10.ª División india había recuperado también sus efectivos, tras añadirse a la misma elementos de otras formaciones. Varios convoyes importantes habían llegado a Suez durante julio, y la observación aérea notificó el arribo de numerosos buques sueltos.

En vista de ello, sería necesario un esfuerzo extenuante si queríamos mantenernos al nivel de aquel 8.º Ejército cada vez mejor pertrechado. Pero el peor obstáculo lo representaba la cuestión del abastecimiento. Las causas de esta crisis y sus efectos fueron los siguientes:

Desde finales de julio la R.A.F. había concentrado sus actividades sobre nuestras líneas de comunicación entre los

puertos Africanos y el frente, dispersando a las columnas de transporte y hundiendo uno tras otro a las barcazas y pequeños buques de cabotaje. Ninguno de ellos se hallaba seguro en Bardia, Marsa Matruh ni incluso Tobruk. Nuestra Luftwaffe estaba ocupada de continuo en el frente, donde los aviones ingleses se presentaban cada vez en mayor número, y por consiguiente no podía proteger la carretera de la costa ni las aguas adyacentes. A principios de agosto la R.A.F. hundió tres buques en el puerto de Bardia, en una sola jornada. Además, empezaban a actuar las fuerzas navales británicas.

Al no disponer de destructores italianos, el grueso de nuestros buques debían correr a refugiarse a Bengasi o Tobruk, alargando de este modo la ruta por carretera. Para empeorar aun más las cosas, Tobruk fue atacado por bombarderos ingleses el día 8 de agosto, reduciéndose su utilidad en un 20 por 100, por haber quedado destruido el muelle principal. Aquello constituyó un duro golpe para nosotros.

Durante los primeros días de agosto los suministros recibidos bastaban apenas para cubrir nuestras necesidades diarias. Debíamos abandonar la idea de reorganizar las unidades. La situación de los transportes nos preocupaba de manera especial; el mal estado de las carreteras y el continuo empleo de nuestros vehículos ocasionaron que el 35 por 100 se hallase en reparación. Como el 85 por 100 seguía consistiendo en camiones británicos o americanos, para los que no teníamos piezas de recambio, resulta fácil imaginar las dificultades que habían de superar nuestros talleres.

Las unidades de la 164.ª División y de la División italiana de paracaidistas «Folgore» empezaban a llegar, pero no poseían vehículos propios y ocasionaban muchas molestias a las columnas de transporte de otras formaciones. Debíamos procurar que todos los vehículos capturados fuesen substi-

tuidos gradualmente por otros nuevos o reparados, de manufactura propia. Desde hacía más de un año, se hallaban en Italia más de 2000 camiones y cerca de 100 piezas de artillería de todas clases. Debido a diversos obstáculos, el transporte de los mismos hasta las unidades alemanas se efectuaba con una lentitud desesperante. 1000 vehículos y más de 120 tanques esperaban también en Alemania.

Desde el principio de la campaña en África 17 000 hombres del Ejército Panzer se hallaban en acción, habiendo sufrido, con más o menos severidad, los efectos del clima. En muchos casos sólo su entusiasmo y su admirable *esprit de corps* consiguieron mantenerlos en pie. Pero había llegado el momento de que la mayoría de ellos regresaran a Europa, si queríamos evitar que su salud sufriera un serio quebranto. Aun cuando lamentaba profundamente perder a aquellos aguerridos veteranos, me vi obligado a pedir su relevo, ya que muchos no se encontraban ya en condiciones de superar una crisis, a pesar de su enorme buena voluntad. Las divisiones alemanas (que ahora eran 4) hubieran necesitado los 17 000 hombres de que carecían por bajas de diversa índole, si bien debo añadir que sus efectivos no fueron nunca completos. Como puede verse, nuestros problemas, por lo que respecta al personal, eran también muy serios. (*Según el General Bayerlein los efectivos alemanes se elevaban por entonces a 34 000 hombres*).

Sin embargo, las peores dificultades residían en el transporte. La debilidad de su organización nos estaba causando irreparables daños. La jefatura de la navegación por el Mediterráneo descansaba en manos del Commando Supremo. El único organismo alemán que podía ejercer su influencia era el dirigido por el General Von Rintelen, que durante muchos años había sido agregado militar en Roma. El Mariscal

Kesselring y el Almirante Weichhold eran sólo consultados en cuestiones relacionadas con la protección de los convoyes y puertos.

La única influencia que el mando del Ejército Panzer podía ejercer en la cuestión del aprovisionamiento consistía en la confección de una «lista de prioridad», respecto al envío del material almacenado en Italia.

De todos modos, no ejercíamos influencia alguna sobre ello, como tampoco en la cuestión de los puertos de llegada, ni en la proporción de material italiano y alemán transportado en los buques. En teoría dicha proporción debía ser similar para ambos. Sin embargo, la desventaja del Ejército alemán era siempre notoria. Un buen ejemplo lo aporta el caso de la División «Pistoia», que debía llegar a mediados de septiembre, para ser utilizada en Libia en vez del frente, y que llegó en agosto con dos tercios de sus soldados y 300 ó 400 vehículos, mientras sólo 60 de estos últimos habían llegado para la 164.ª División, que se encontraba ya en el frente. Mientras varias de las divisiones italianas en la línea de El Alamein eran abastecidas aceleradamente, y cambiaban sus vehículos uno tras otro por los que iban llegando de Italia, ni uno solo llegó para el Ejército Panzer hasta principios de agosto.

Resulta siempre perjudicial el que asuntos políticos se interfieran en el suministro o en los planes operativos de los Ejércitos. En tales cuestiones debe eliminarse toda mala voluntad que proceda de otros campos, concentrando los esfuerzos en la consecución de una victoria militar.

El Ejército Panzer contenía aproximadamente dos soldados alemanes por cada italiano (82 000 contra 42 000). Las siguientes cantidades muestran la proporción en los suminis-

tros para ambas fuerzas, enviados a través del Mediterráneo por el Commando Supremo durante el mes de agosto:

Para los elementos alemanes del Ejército Panzer, 8200 toneladas (32 por 100 de lo requerido).

Para los italianos del mismo Ejército Panzer, las tropas italianas en Libia y la población civil, 25 700 toneladas (800 a los paisanos).

Para la Luftwaffe alemana, 8500 toneladas.

Estas cifras hablan por sí mismas.

El Ejército Panzer hizo cuanto estuvo de su mano para mejorar tales condiciones, aunque sin conseguir nada concreto. Todo solía terminar en una batalla de palabras. Cuando, por ejemplo, protestamos contra el envío a África de la «Pistoia», los italianos contestaron que el embarque se efectuaba con buques recién llegados del Mar Egeo, Teniendo en cuenta las circunstancias, cabía suponer que todos los medios disponibles serían utilizados en el abastecimiento del Ejército Panzer, para que éste continuara la lucha contra los ingleses.

De vez en cuando, Cavallero visitaba el frente, prometiendo que todo adoptaría otro cariz. Pero en su próxima visita declaraba, riendo, que era imposible mantener tantas promesas.

El desembarque de efectivos en África era asunto terriblemente lento. Las ideas anticuadas, la falta de iniciativa y la total ausencia de técnica campaban por sus respetos. No pude conseguir que se aumentara el rendimiento del puerto de Tobruk, que sólo podía descargar 600 toneladas diarias, mientras los buques permanecían expuestos al peligro de su destrucción por los bombarderos ingleses. Solicitamos varias veces la renovación de las instalaciones, la construcción de

elementos auxiliares en los islotes vecinos, por medio de obreros italianos, la aportación de equipos y el emplazamiento de más potentes defensas aéreas, pero, como es de suponer, sin lograr mejora alguna.

Habíamos depositado grandes esperanzas en la captura del ferrocarril desde Tobruk a El Daba, e imaginábamos que un gran tráfico se establecería enseguida entre la línea férrea y el frente, aliviando la presión ejercida sobre los camiones. Tampoco se hizo nada digno de mención.

La causa de todo —como ya dije antes— residía en un exceso de burocracia y en el embrollo que caracterizaba a los mandos italianos encargados de abastecernos.

Probablemente el General Von Rintelen tropezaba con demasiadas dificultades diplomáticas, derivadas de su cargo de Agregado militar en Roma, para poder dedicarse de manera efectiva al servicio de nuestra causa. Por otra parte, era muy inferior en rango y autoridad a los italianos con los que había de contender. Otro factor contrario a nosotros cabía buscarlo en las relaciones políticas entre Italia y Alemania, que nos impedían mostrar francamente a los italianos sus debilidades, solicitando una inmediata rectificación. En vez de discutir los asuntos con claridad, como correspondía a una auténtica alianza, se había adoptado el sistema de declarar continuamente que todo marchaba a pedir de boca..., mientras perdíamos batallas. Esta actitud del Gobierno alemán limitaba el campo de acción de Von Rintelen, mientras su rango militar no le permitía intervenir en asuntos reservados a la alta política.

De todo lo antedicho se desprende que cuanto necesitábamos era una alta autoridad que controlase la organización del tráfico por el Mediterráneo y las aguas norteafricanas, con plenos poderes sobre todas las fuerzas del Eje, tanto de

tierra como de mar y aire, y autorizada a dar plena satisfacción a nuestras urgentes demandas. Propuse al Alto Mando que el control de la navegación fuese encomendado al Mariscal Kesselring, al que se dotaría de plenos poderes. Al sugerir tal cambio me basaba en las siguientes consideraciones:

El Mariscal Kesselring tenía un interés personal en ayudarnos; era hombre voluntarioso y poseía un talento de primera clase para la diplomacia y la organización, así como admirables conocimientos técnicos.

Kesselring tenía, además, tras él, a la Luftwaffe y a Goering, y podía ejercer su influencia en las altas esferas políticas de ambos países.

Sin embargo, no se dió curso a mi idea con la necesaria prontitud ni siguiendo los cauces apropiados.

Las consecuencias de tal debilidad eran muy serias. El hecho de que las formaciones alemanas del Ejército Panzer consumieran entre el 1º y el 20 de agosto casi el doble de lo transportado hasta ellas por los buques, resulta un dato más que elocuente. Como consecuencia, nuestro potencial disminuyó todavía más. A final de dicho período las fuerzas alemanas carecían de 16 000 hombres, 210, tanques, 175 transportes y vehículos blindados para completar sus efectivos teóricos[2]. De no haber sido por los grandes depósitos ingleses capturados en la Marmárica y el Egipto occidental, jamás habríamos llegado a la fecha que menciono. Las raciones eran tan míseras y monótonas, que sólo de verlas nos poníamos enfermos. La gasolina y munición escaseaban de tal forma, que habíamos de ejercer la más estricta economía. Con frecuencia prohibíamos el fuego disperso o de hostigamiento, con el fin de ahorrar proyectiles. En cambio, los ingleses podían volcar sobre nosotros el peso de su superioridad material, y martillearnos con la artillería durante horas y horas,

obligando a nuestros soldados a soportar tremendas molestias bajo el sol, en la desolación de sus trincheras.

Durante el mes de agosto no debería haberse ahorrado esfuerzo alguno para llevar gasolina y munición a África. Ya he insistido antes en que no se hizo así. El aprovisionamiento de las formaciones alemanas era mínimo. A pesar de que el de los italianos resultaba mejor, las unidades de infantería del 20.° Cuerpo Motorizado, que debían constituir un factor tan importante en la ofensiva que el *Duce* estaba siempre solicitando de nosotros, no disponían más que de la mitad de sus vehículos. Cuatro de cada 10 batallones motorizados eran todavía móviles; los demás carecían de valor en el desierto. De los 220 tanques que poseía dicho Cuerpo, la mitad quedarían destruidos a la menor operación, a causa del mal estado de sus motores y de la inexperiencia de los encargados de manejarlos.

Por el lado inglés todo el mundo esperaba que un enorme convoy de más de 100 000 toneladas con armas y material de los modelos más perfeccionados, llegase a Suez a principios de septiembre. El Ejército Panzer insistió en lanzar su ofensiva antes de dicha fecha. A causa de la escasez que soportábamos, nuestros planes deberían limitarse a descargar un golpe sobre el 8.° Ejército en la línea de El Alamein, y tomar posesión de los territorios alrededor de Alejandría y El Cairo. Pero la fecha del ataque hubo de ser aplazada de nuevo, por depender de la llegada de grandes cantidades de gasolina y munición, sin las cuales no era posible intentar nada.

El Ejército Panzer ejerció todas las presiones imaginables cerca de las autoridades competentes para obtener lo necesario. Pero no se hizo nada en absoluto, aunque lo que pedíamos no era ni mucho menos exagerado. Probablemente se creía en Roma que ya teníamos la victoria en la mano. A fi-

nales de agosto, Cavallero me informó de que los buques cisterna habían sido despachados con tiempo suficiente para la ofensiva. Si eran hundidos, otros ya dispuestos los substituirían, con escolta apropiada. Kesselring nos prometió que en caso de necesidad, sus escuadrillas de transporte nos traerían 500 toneladas de gasolina diarias. Cavallero manifestó que utilizaría submarinos y buques de guerra para el transporte de lo más urgente.

24 agosto 1942.

Queridísima Lu:

Ayer tampoco pude escribir. Me siento bien para levantarme de vez en cuando. Pero tendré que seguir seis semanas de tratamiento en Alemania. Más tarde o más temprano mi presión volverá a ser normal. Creo que uno de los médicos del Führer se ha puesto ya en camino. Desde luego, no partiré de aquí hasta haber dejado a un substituto que no me cause preocupaciones. No se sabe todavía a quién designarán. Hoy seré sometido a otro reconocimiento. Menos mal que el daño puede ser reparado. Teniendo en cuenta el ritmo al que agotamos a los generales en África —5 por división en dieciocho meses— no es de extrañar que yo también necesitase salir de aquí un día u otro.

Carta del Teniente Alfred Ingemar Berndt a Frau *Rommel*

Egipto, 26 agosto 1942.

Querida Frau Rommel:

No cabe duda de que la sorprenderá el que sea yo quien la escriba desde África... El motivo de esta carta es el de informarla acerca del estado de salud del Mariscal. Su esposo lleva diecinueve meses en África, tiempo superior al del resto de los oficiales, y según los doctores constituye

un triunfo de sus facultades físicas. Tras los rigores de la ofensiva, pesa sobre él la inmensa responsabilidad del frente de El Alamein, que durante muchas noches no le ha permitido el menor descanso. Además, la mala estación empieza de nuevo.

Todo ello ha terminado por dejar huella, y además de los síntomas de un fuerte resfriado y de trastornos digestivos típicos de África, ha mostrado señales de fatiga que causan preocupación a todos cuantos estamos en contacto con él. Desde luego, nada de ello constituye peligro inmediato, pero a menos de que pueda descansar una temporada, corre el peligro de que el exceso de trabajo acabe por agotarlo.

El doctor que lo asiste, profesor Horster, de la Universidad de Würzburg —uno de los especialistas del estómago más famosos de Alemania—, permanece constantemente a su disposición. El Führer ha sido informado, y según parece existe el propósito de otorgarle un período de descanso en Europa, en cuanto el futuro de este frente haya quedado decidido. Hasta entonces haremos cuanto podamos para aliviarle en sus tareas y persuadirle a que se cuide. He instalado una pequeña cocina y tengo un buen cocinero. Frutas frescas y verduras llegan diariamente por avión. Pescamos, cazamos palomos y obtenemos pollos, huevos, etc., con el fin de que su salud se mantenga firme[3].

Estos cuidados no son fáciles con el Mariscal, y han de llevarse a cabo con el máximo disimulo posible. Teniendo en cuenta su carácter, no es fácil hacerle aceptar raciones extraordinarias.

Quisiera, señora, que no interpretase mal los términos de esta carta. Un largo informe médico ha sido mandado al O.K.W., y estoy seguro de que ello ocasionará toda

suerte de rumores acerca de la salud del Mariscal, ya que noticias de este género se difunden con la mayor rapidez. Quiero, por lo tanto —ya que nadie más puede hacerlo—, presentarle un panorama claro de la situación, antes de que se sienta alarmada por comentarios sin consistencia. No existe causa de alarma. Cuanto necesita es un largo descanso en Europa, sin que transcurra mucho tiempo, y este detalle ha sido ya arreglado. Debe dormir cuanto pueda, tener menos preocupaciones y descansar física y mentalmente, aunque esto último no será fácil, debido a su carácter nervioso y activo.

El Führer necesitará a nuestro Mariscal para otras tareas igualmente importantes y decisivas, y resulta imprescindible que su salud se mantenga buena. Como precaución, concedemos la máxima importancia a todo cuanto atañe a sus condiciones físicas.

Le ruego, señora, que no se preocupe. En cuanto a su seguridad personal, haré cuanto pueda para incrementarla en las próximas operaciones. Todos nosotros, oficiales y soldados, estamos dispuestos a morir por el Mariscal...

27 agosto 1942.

Queridísima Lu:

Kesselring vendrá hoy para celebrar conmigo un largo cambio de impresiones acerca de los problemas más candentes. También él tiene a veces dificultades en Roma. Se le hacen multitud de promesas, pero se mantienen muy pocas. Su exceso de optimismo respecto a esos inútiles, le está causando graves disgustos.

Por aquí todo sigue tranquilo. La artillería inglesa dispara a veces con alguna nerviosidad y manda unos miles

de proyectiles a nuestro territorio. Pero hemos «adelgazado» y su efecto es menor.

29 agosto 1942.

La tensión se hace evidente. Ayer conferencié con los generales. El General Vaerst ha vuelto, tomando otra vez el mando de su división. Durante las batallas de enero se portó muy bien y demostró grandes dotes. En el mes de mayo resultó herido. Mi salud es muy buena de nuevo, y espero estar en condiciones para las jornadas que se aproximan. Esta vez Gause se quedará en el Cuartel General, y será Westphal quien me acompañe. Me parece que el primero no resistirá mucho. Sufre constantes dolores de cabeza desde aquella jornada, a principios de junio, en que la artillería y aviación enemigas, nos sometieron a tan terrible martilleo. Creo que le sentaría muy bien un traslado a Europa.

EL NUEVO PLAN DE OFENSIVA

A finales de agosto de 1942 las líneas inglesas en El Alamein estaban guarnecidas más o menos de la siguiente forma:

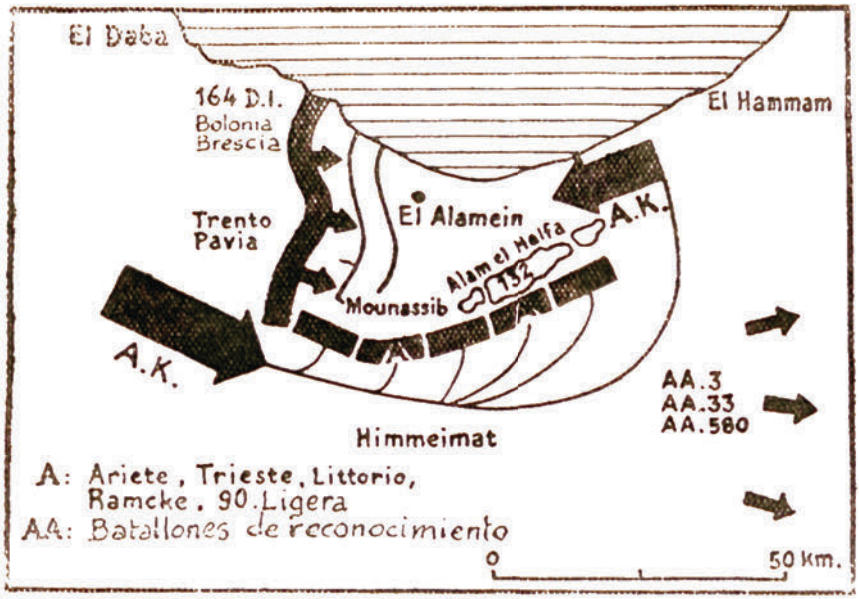
En el sector norte, la 5.ª División India, la 50.ª Inglesa y la 9.ª Australiana, con la 1.ª sudafricana tras de ellas en la costa, todas bajo el mando del XXX Cuerpo.

En el sur, y bajo el mando del XIII Cuerpo, la 7.ª División Acorazada con las unidades de reconocimiento, enlazando al norte con la 2.ª División Neozelandesa. Tras las zonas centro y sur del frente, la 1.ª Acorazada y, como descubrimos más tarde, la 10.ª Acorazada[4].

El plan del Ejército Panzer era el siguiente:

El grupo motorizado, consistente en el Afrika Korps, el XX Cuerpo italiano motorizado y la 90.ª División Ligera

afluiría a su lugar de concentración, en la parte sur del frente, adoptando cuantas medidas fuesen necesarias para no ser observado por el enemigo. Los blindados pasarían a su posición de ataque por etapas sucesivas, desplegándose bajo camuflaje. Dichos movimientos se efectuarían en un período de tiempo prudencial. Una vez los blindados en posición, los demás vehículos pasarían a su posición de una sola vez, siendo reemplazados en su lugar de partida. No debían ahorrarse esfuerzos para que todo ello pasara inadvertido a los ingleses.



Plan ofensivo contra El Alamein

Como se demuestra por los contingentes adversarios que reseño más arriba, en la parte sur del frente se encontraban fuerzas muy débiles. Nuestro reconocimiento había informado repetidas veces acerca de las poco minadas defensas de la zona meridional, que, por lo tanto, resultaba fácil conquistar. Dichas posiciones serían tomadas en un ataque nocturno, por la infantería alemana e italiana, y se perseguiría al enemigo mediante formaciones blindadas dispuestas al efecto.

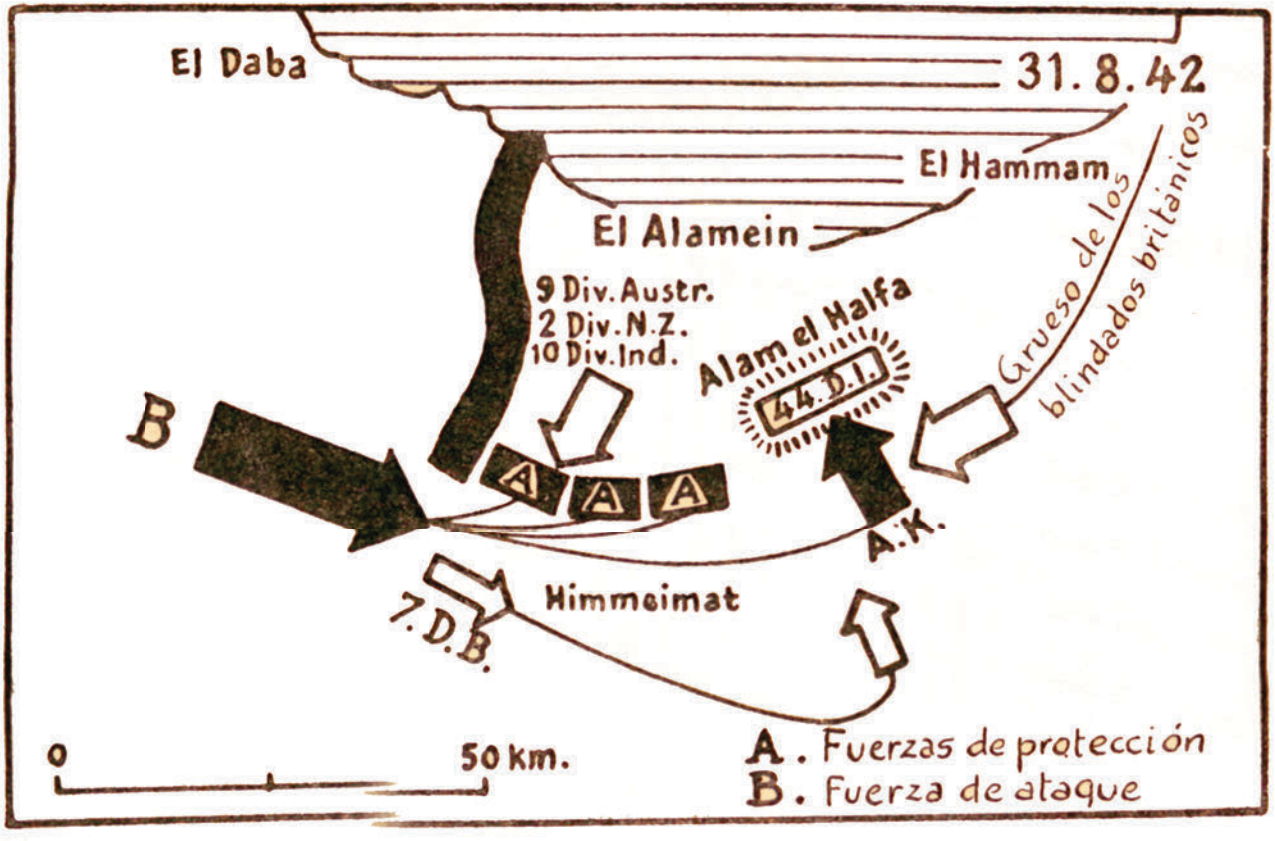
Luego, en un avance directo hacia el este, el Afrika Korps y parte del Cuerpo motorizado se situarían antes de amanecer en la zona sudeste de El Hamman, entre 40 y 50 Km. de su punto de partida.

Mientras el X Cuerpo italiano que sostenía el sur de nuestro frente, quedaba a la defensiva, parte en sus posiciones actuales y parte en las conquistadas, la 90.ª División Ligera, con elementos del XX Cuerpo italiano, cubriría nuestro flanco por la línea inglesa de El Alamein y el este de la misma, rechazando los ataques, que esperábamos fuesen muy fuertes durante las primeras etapas de la operación.

Al amanecer, el grupo motorizado del Afrika Korps se dirigiría hacia el norte, llegando hasta la costa, y luego torcería al este, atravesando la zona de abastecimiento inglesa, donde se entablaría batalla. La aparición de nuestros elementos motorizados en tal sector atraería a las tropas enemigas, que de este modo no contarían con elementos suficientes para arrollar a la 90.ª División Ligera ni aislar al grupo motorizado de su base de partida. Para la realización del plan confiábamos en la lenta reacción de los mandos y las tropas inglesas, ya que la experiencia nos había demostrado que siempre tardaban mucho tiempo en adaptarse a las condiciones creadas por nuestros movimientos. Era de esperar que pudiésemos enfrentarlos a un hecho consumado.

A partir de aquel momento todo adoptaría un ritmo más rápido. En modo alguno permitiríamos que la batalla se hiciera estática. Mientras un núcleo importante de fuerzas enemigas quedaba inmovilizado por medio de ataques de la infantería germanoitaliana, sobre la línea de El Alamein, el encuentro decisivo se libraría detrás del frente inglés, en una forma muy conveniente a las facultades de nuestras formaciones móviles, permitiendo a los jefes compensar la falta de

material con su habilidad técnica y su dominio del terreno. Aislados de sus depósitos, los ingleses se enfrentarían al dilema de luchar hasta el fin o retirarse hacia el este, abandonando su defensa de Egipto.



El supremo intento

Resumiendo, el éxito de la operación dependía de los siguientes factores, dejando aparte la cuestión del abastecimiento:

a. Una concentración de fuerzas que pasara inadvertida por completo al enemigo.
b. Una velocidad extraordinaria en la ruptura de las líneas y en la penetración sobre su retaguardia, o en otros términos, en la perfección de nuestro reconocimiento del terreno adversario.

A finales de agosto todavía no habían llegado la gasolina y las municiones prometidas por el Commando Supremo. El período de luna llena, indispensable para la operación, estaba próximo a su fin. El menor retraso significaba abandonar la ofensiva.

Sin embargo, el Mariscal Cavallero me informó de que los buques cisterna llegarían en cuestión de unas horas o todo lo más, al día siguiente, fuertemente escoltados.

Con la esperanza de que dicha promesa fuera cumplida, confiando asimismo en lo manifestado por el Mariscal Kesselring acerca de abastecernos, en caso de apuro, con 500 toneladas de combustible diarias, y teniendo en cuenta, sobre todo, que de no aprovechar el período de luna llena, nuestra oportunidad se habría desvanecido, di la orden de ataque para la noche del 30 al 31 de agosto.

30 agosto 1942.

Queridísima Lu:

Por fin amaneció. Ha transcurrido una eternidad entre el día de hoy y aquél en que empecé a preocuparme por obtener todo lo necesario para iniciar la marcha. Muchos de estos agobios no han sido aliviados, y sufrimos una tremenda escasez. Pero he preferido correr el riesgo, porque

no volverán a presentarse en mucho tiempo las condiciones de visibilidad, fuerza relativa, etc., de que disfrutamos actualmente. Por lo que a mí respecta, haré cuanto esté de mi mano para obtener un éxito.

Mi salud es excelente. Lo que exponemos ahora es decisivo. Si nuestra operación triunfase, la guerra podría quedar decidida. Si fracasa, al menos podremos dar una severa lección al enemigo. Neurath ha visto al Führer, quien le dió sus mejores saludos para mí. Comprende perfectamente mi situación[5].

CAPÍTULO II
LA JORNADA DECISIVA. ALAM HALFA

Durante la noche del 30 al 31 de agosto la infantería y el grupo motorizado del Ejército Panzer se dispusieron al ataque contra los bastiones meridionales del frente inglés.

Tras haber pasado el límite este de los campos de minas propios, nuestras tropas se encontraron ante un amplísimo e insospechado cinturón de aquéllas, obstinadamente defendido por los ingleses. Bajo un fuego muy denso de la artillería, los zapadores e infantería consiguieron abrir algunos pasos, aunque al coste de muchas bajas y de una considerable pérdida de tiempo. Las franjas contenían un número impresionante de explosivos (150 000, según nuestros cálculos), eran muy profundas y estaban defendidas por trampas de todas clases.

Poco después, los bombarderos de la R.A.F. empezaron a actuar contra el sector ocupado por nuestras fuerzas. Por medio de bengalas lanzadas en paracaídas, que convertían la noche en día, precisaron el lanzamiento de una verdadera granizada de proyectiles «H.E.».

En el puesto de mando se estuvo toda la noche pendiente del teléfono que informaba sin cesar del curso de las operaciones. La situación era incierta, aunque pronto se pudo observar que las cosas no estaban sucediendo como habíamos esperado. El primer parte del Afrika Korps llegó hacia las ocho de la mañana. Se encontraba en las inmediaciones de Jebel Kalakh. Debido a la profundidad de los campos de mi-

nas, el Cuerpo no había podido alcanzar sus objetivos. Al amanecer, sus unidades de vanguardia, junto con el grupo de reconocimiento, se encontraban en un punto situado a 14 ó 16 Km. al este de nuestros campos de minas. Los ingleses se habían defendido con extraordinaria tenacidad, conteniendo el avance. Las unidades amenazadas lanzaron mensajes de socorro al Cuartel General, permitiendo al jefe inglés adoptar las medidas pertinentes. Semejante respiro era de inmenso valor para el adversario, porque sólo con mantener sus actuales líneas el tiempo necesario, sus fuerzas móviles entrarían en posición, contrarrestando cualquier intento de las tropas germano-italianas.

Minutos más tarde llegó la noticia de que el General von Bismarck, jefe de la 21.ª División Panzer, había resultado muerto por la explosión de una mina, y de que el General Nehring, jefe del Afrika Korps, estaba herido a consecuencia de un ataque aéreo.

Mi plan para las fuerzas motorizadas, es decir, el de avanzar 50 Km. al este, a la claridad lunar, y torcer hacia el norte en cuanto amaneciese, no había triunfado. Las tropas de asalto se habían visto contenidas demasiado tiempo por las barreras de minas, perdiéndose la oportunidad de una sorpresa, sobre la que se basaba todo el movimiento. En vista de las circunstancias, el dilema consistía en saber si era conveniente interrumpir o no la acción. No disponíamos ya de la ventaja del tiempo que los ingleses hubiesen necesitado para proceder a un reconocimiento a fondo de la situación, tomar decisiones y llevarlas a la práctica. El enemigo sabía perfectamente dónde estábamos. Decidí obrar de acuerdo con lo que ocurriese en el sector del Afrika Korps.

Poco después supe que aquél, bajo el excelente mando de su jefe de Estado Mayor, Coronel Bayerlein, había logrado

atravesar el campo minado inglés y se disponía a proseguir hacia el este. Discutí la situación con Bayerlein, y decidimos que el ataque prosiguiera.

El Coronel Bayerlein se había hecho cargo del mando, tras de que el General Nehring resultó herido.

Con los blindados ingleses reunidos para entrar en acción, resultaba imposible continuar la amplia maniobra hacia el este, ya que nuestros flancos hubieran quedado expuestos a la continua amenaza de la 7.ª División Acorazada, por el sur, y de la 1.ª y 10.ª, por el norte. Ello nos impelió a torcer hacia el norte antes de lo proyectado.

Los objetivos del ataque eran ahora la cota 132 para el Afrika Korps, y Alam Bueit-Alam Halfa para el XX Cuerpo italiano. Según informes de nuestro reconocimiento aéreo, estas últimas alturas estaban muy fortificadas. Como más tarde descubrimos, las ocupaba la 44.ª División de Infantería, recién llegada de Inglaterra. De anteriores experiencias deducíamos que la batalla por las alturas (*de Alam Halfa*), llave de El Alamein, iba a ser en extremo encarnizada. En consecuencia, se requirió al Mariscal Kesselring para que atacase fuertemente con sus aparatos durante los días siguientes.

Una vez el Afrika Korps se hubo aprovisionado de combustible y munición, lo que consumió un tiempo precioso, el avance prosiguió hacia la una de la tarde. Al principio, la progresión fue efectiva, aunque dificultada por una tempestad de arena, y la División Acorazada italiana «Littorio» siguió bastante bien la maniobra. Por desgracia la «Ariete» y la «Trieste» estaban ocupadas abriendo pasos en los campos minados e introduciendo sus unidades por entre las defensas enemigas. En consecuencia, el XX Cuerpo motorizado no pudo iniciar su ataque hasta las tres, quedando a partir de entonces algo retrasado, a la izquierda del Afrika Korps.

Desde el puesto de mando de este último, donde una vez más discutí la situación con Bayerlein, me dirigí a las divisiones italianas, instándolas a apresurarse.

Entretanto, los vehículos y tanques del Afrika Korps marchaban penosamente por la blanda arena. Una tempestad tras otra se desencadenó durante la jornada, causando graves molestias a los hombres, si bien impidieron también actuar a fondo a los bombarderos ingleses. A causa de lo penoso de la marcha, las existencias de gasolina del Afrika Korps quedaron agotadas, y a las cuatro suspendimos el ataque a la cota 132. El XX Cuerpo italiano se encontraba todavía muy atrás, pero la 90.ª División Ligera había llegado a su objetivo. Los batallones de reconocimiento cubrían los sectores este y sudeste.

Después del anochecer, nuestras tropas fueron objeto de fuertes ataques de los bombarderos de la R.A.F., que se concentraron especialmente sobre el grupo de reconocimiento, y también —aunque con menos severidad— sobre otras unidades. Mientras un aparato describía círculos lanzando bengalas, las escuadrillas soltaban su cargamento de explosivos sobre las unidades de reconocimiento. Todo movimiento quedó interrumpido por estos ataques, algunas veces a baja altura, y pronto muchos vehículos empezaron a arder furiosamente. El grupo sufrió numerosas bajas.

Entretanto, la gasolina prometida continuaba sin llegar. Además, nuestro tráfico por los pasos abiertos en los campos de minas era hostigado sin descanso por los blindados ingleses al sur de nuestro saliente (7.ª División Acorazada). En consecuencia, la mañana del 1.º de septiembre me vi obligado a interrumpir las operaciones de mayor envergadura. Se cancelaron los movimientos de las fuerzas motorizadas, y nos limitamos a unas cuantas acciones locales.

Según esta decisión, el Afrika Korps atacó la mañana del 1.º de septiembre con sólo la 15.ª División Panzer. Tras haber destruido cierto número de tanques ingleses, el grueso de las fuerzas consiguió llegar al sur de la cota 132, donde, careciendo casi de combustible, hubo de hacer alto.

El Afrika Korps fue objeto, durante el día, de fuertes ataques de la R.A.F. Sufrimos cuantiosas bajas, no sólo a causa del terreno liso y desnudo, sino por las esquirlas desprendidas de los peñascos. Fueron muchos los oficiales que resultaron muertos, entre los mandos del Afrika Korps.

A la mañana siguiente, y tras haber tramitado algunos asuntos urgentes, me dirigí a la zona ocupada por el Afrika Korps. Entre las diez y las doce fuimos bombardeados seis veces. En una ocasión tuve el tiempo justo para introducirme en una estrecha trinchera antes de que cayesen las bombas. Un azadón que se hallaba junto a la zanja quedó agujereado por un pedazo de metralla, que cayó a mi lado todavía incandescente. Bandadas de bombarderos a baja altura se lanzaban al ataque una y otra vez, y mis tropas experimentaban cuantiosas bajas. Muchos vehículos ardían en el desierto.

Por la tarde trasladé mi puesto de mando, y en vista de la mala situación de los abastecimientos reflexioné otra vez sobre la necesidad de interrumpir la ofensiva.

Los continuos ataques de los bombarderos continuaron durante toda la jornada. También la artillería se mostraba muy activa, disparando sobre nosotros cantidades ingentes de proyectiles, en proporción de diez contra uno. Era preciso abandonar todo movimiento importante, y el planeo de horarios para futuras operaciones. Nuestros maltratados cazas se abalanzaban contra los bombarderos ingleses, aunque consiguiendo raras veces alcanzarlos, ya que eran intercep-

tados por la fuerte protección de aquéllos, cuya formación era impecable, como en un «Congreso del Partido».

Rommel se refiere a los desfiles que tenían lugar en Nürenberg durante los mencionados Congresos, con exhibiciones aéreas de gran efecto.

Dichas formaciones, prácticamente libres de toda molestia, bombardeaban nuestros contingentes hasta doce veces por día.

Seguía sin llegar el carburante. Aquella noche el Ejército Panzer disponía de sólo una ración de gasolina que bastaba a lo sumo para hacer funcionar nuestros camiones de aprovisionamiento durante unos días.

Una ración de petróleo era la cantidad requerida para que las unidades recorrieran 100 Km. sobre terreno normal. El 2 de septiembre, de las 5000 toneladas que debían haber llegado para el 3, 2600 habían sido hundidas y 1500 se hallaban todavía en Italia.

Desde las once de la noche a la mañana del 2 nos vimos atacados otra vez por oleadas de bombarderos que arrojaban sus proyectiles sin descanso. Una vez más éstos explotaron alrededor de mi puesto de mando. Un vehículo resultó incendiado a menos de 10 m. de mi trinchera de protección.

Después de aquella noche decidí suspender el ataque y retirarme por etapas a la línea El Taqua-Bab el Qattara. Mis motivos se basaban en la grave situación creada por los ataques aéreos y el catastrófico estado de los aprovisionamientos. Nuestra ofensiva no tenía ya posibilidades de triunfar, en parte por carecer de gasolina y de protección aérea, y en parte porque solamente la potencia material podía decidir la batalla. De haberse proseguido el ataque contra la cota 132,

aquél habría acabado por convertirse en una acción de desgaste.

Entretanto, los ingleses habían concentrado poderosas formaciones blindadas entre Alam Halfa y Bab el Qattara, manteniéndolas estacionarias. Siguieron ataques locales, fácilmente rechazados. El nuevo jefe inglés, General Montgomery, nos daba la impresión de ser un hombre precavido, poco amigo de correr riesgos.

Montgomery había adoptado medidas para organizar un contraataque e incluso poner en marcha a fuerzas de persecución. Pero, al final, se contentó con restablecer la línea y «proseguir metódicamente con mis preparativos para una gran ofensiva posteriori». De acuerdo con ello, refrenó su deseo de cortar la retirada a Rommel.

Por la noche conferencié con el Mariscal Kesselring, al que di un informe detallado del efecto de los ataques ingleses, en especial las «alfombras de bombas» tendidas en zonas cubiertas materialmente de tanques, cañones y vehículos. Prometió hacer lo que pudiera para ayudarnos.

Pero aquella noche (2 al 3 de septiembre) el Afrika Korps, parte de las divisiones acorazadas italianas y la 90.ª División Ligera se vieron sometidas a un fuerte ataque de poderosas formaciones aéreas. Multitud de bengalas mantenían al desierto perfectamente iluminado. Bombas incendiarias de magnesio, imposibles de apagar, ardían en el suelo. Entretanto, grandes cantidades de proyectiles «H. E.» y fragmentarios, e incluso minas terrestres, cayeron sobre el territorio ocupado por nuestras fuerzas. Muchos de los cañones de 88 mm., que hasta entonces habían logrado algunos blancos, fueron destruidos por los bombarderos ingleses, que volaban a mucha altura. Centenares de nuestros vehículos quedaron destruidos o averiados.

Al día siguiente la retirada prosiguió de acuerdo con lo planeado. Los ingleses lanzaron ataques aislados, y aparte de los mismos, su artillería y sus fuerzas aéreas actuaron intensamente. Kesselring notificó que mandaría a cuantos aviones pudiera para atacar a los ingleses al norte de nuestro punto de ruptura, por donde al parecer iba a ejecutarse una operación contra nuestro flanco.

Aquella noche, y mientras la R.A.F. realizaba escasas salidas, nuestros aparatos actuaron contra la 10.ª División hindú, que se preparaba para atacar a la «Brescia» y a la Brigada Ramcke, consiguiendo, al parecer, dispersar la marcha de aproximación adversaria. Los ataques contra nuestro flanco, realizados por otras unidades, especialmente de neozelandeses, resultaron demasiado débiles para conseguir una penetración, y fueron rechazados fácilmente.

Un ataque nocturno contra el X Cuerpo italiano costó a los ingleses numerosas bajas, incluyendo muchos muertos. Capturamos 200 prisioneros, entre ellos, al Brigadier Clifton, jefe de la 6.ª Brigada neozelandesa.

A la mañana siguiente conversé con él. Declaró sentirse avergonzado porque sus captores fuesen italianos. Había estado a punto de obligarles a la rendición, diciéndoles que ante ellos se encontraban numerosas fuerzas británicas, y cuando ya empezaban a quitar el cerrojo a sus fusiles, se acercó un oficial alemán que dió al traste con todo. Clifton parecía profundamente disgustado. Le hablé de ciertos actos contrarios a las leyes internacionales cometidos por los neozelandeses. En muchos casos, prisioneros y heridos fueron asesinados por los miembros de dicha división. Me contestó que quizá se debiera al gran número de maorís que formaban parte de la misma. Por lo demás, expresó su absoluta confianza en la victoria, muy comprensible después de haber

sido rechazados todos nuestros ataques. Veterano de África, venía mandando tropas contra nosotros desde el año 1940, y había tomado parte en la campaña de Grecia y en la del invierno 1941-42.

Me dió la impresión de valiente y sociable. Me rogó muy especialmente que lo considerásemos prisionero nuestro y que no fuera mandado a Italia. Traté de garantizarle dicho deseo, y contrariamente a las instrucciones recibidas, lo envié al depósito alemán de Marsa Matruh. Sin embargo, más adelante el O.K.W. dió órdenes para que fuese transferido al mando italiano.

La noche antes de su entrega, Clifton solicitó ser llevado al lavabo, escapando por la ventana del mismo, sin dejar huellas. Inmediatamente se advirtió por radio a todas las unidades. Días más tarde, unos cuantos de mis oficiales que se dedicaban a cazar gacelas, distinguieron una figura que avanzaba penosamente por el desierto, llevando, al parecer, un cacharro con agua. Resultó ser Clifton, que quedó prisionero otra vez. Sostuve una breve conversación con él, expresándole mi admiración por su tentativa. Aquel recorrido por el desierto constituía una hazaña, y no era de extrañar que estuviese al cabo de sus fuerzas. Con el fin de evitar una posterior tentativa de tal género, lo hice mandar enseguida a Italia[6]. Más tarde supe que se había escapado también del campo de concentración, disfrazado de jefe de las Juventudes Hitlerianas, con pantalón corto e insignia, cruzando la frontera suiza[7].

4 septiembre 1942.

Queridísima Lu:

Hemos pasado unos días muy agitados. Hubimos de suspender la ofensiva, por dificultades en el aprovisionamiento y a causa de la superioridad del enemigo en fuer-

zas aéreas. De lo contrario, la victoria era nuestra. Nada puede hacerse ya. Hoy he girado una rápida visita al Cuartel General. Pude quitarme las botas y lavarme los pies. Sigo esperando que la situación se estabilice. Mis mejores deseos para ti y Manfred.

P. D.: Bismarck, muerto, y Nehring, herido.

Los ingleses demostraron pocos deseos de proseguir la lucha. Desde luego, su actitud resultaba natural, ya que disponían de tiempo y material suficientes.

Según declaraciones de oficiales y soldados capturados durante la batalla, los jefes enemigos estaban seguros de nuestras intenciones de atacar sobre el 25 de agosto. Algunos prisioneros llegaron hasta a afirmar que el Alto Mando británico había recibido información de un jefe italiano, el cual le puso al corriente de nuestro plan de ataque por el sur[8].

La mañana del 6 de septiembre habíamos terminado nuestra retirada, y mis tropas se situaron a la defensiva, utilizando las excelentes posiciones conquistadas al enemigo. Con el fracaso de nuestro avance había desaparecido la última oportunidad para llegar al Canal de Suez. Cabía ahora esperar que la producción industrial inglesa, así como el enorme potencial americano afluyesen al bando contrario, inclinando la balanza a su favor.

LA TERCERA DIMENSIÓN

Nuestra ofensiva fracasó por las causas siguientes:

a. Contrariamente a las informaciones de la observación, las defensas inglesas en el sur estaban dotadas de poderosos medios.
b. Los constantes y fuertes ataques de la aviación inglesa, cuyo dominio del aire resultó absoluto, inmovilizaron a

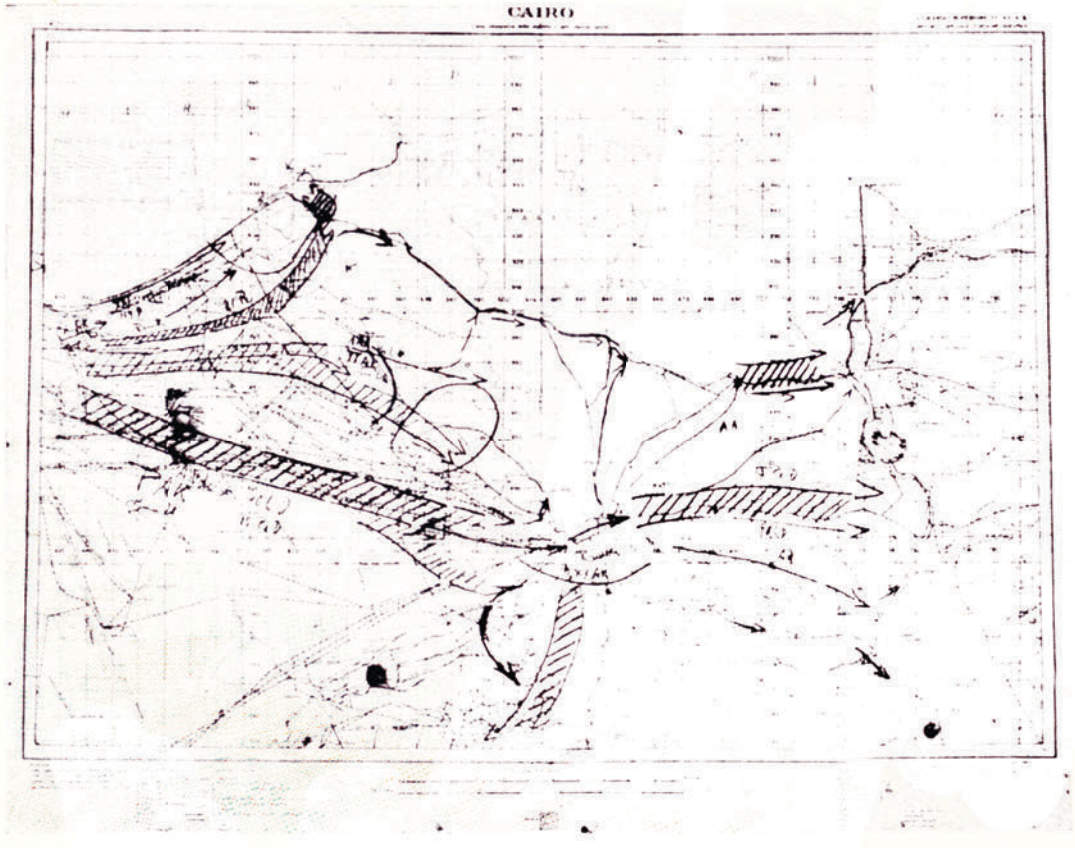
mi Ejército, haciendo imposibles las maniobras previstas.

c. La falta de gasolina, cuya llegada era condición indispensable para la puesta en práctica de nuestro plan. Algunos de los buques prometidos por Cavallero fueron hundidos, otros llegaron con retraso, y algunos, por fin, ni siquiera llegaron a zarpar. Por añadidura, Kesselring no pudo mantener sus seguridades de transportar 500 toneladas diarias, en caso de necesidad.

El General Westphal dice en su libro que Kesselring mandó las mencionadas 500 toneladas, pero que «se consumieron por sí solas» en su camino hacia el desierto.

Nuestras pérdidas eran graves, causadas especialmente por los ataques de los aparatos ingleses en vuelo rasante. Las bajas ascendían —entre alemanes e italianos— a 570 muertos, 1800 heridos y 570 prisioneros, es decir, alrededor de 3000 hombres. En cuanto al material, el descalabro más importante lo padecían nuestros vehículos, con un total de 50 tanques perdidos, así como 15 cañones, 35 antitanques y 500 camiones.

Según informes recibidos de las unidades, habíamos capturado 350 prisioneros y destruido o capturado 150 tanques y vehículos blindados, así como 10 cañones de campaña y 20 antitanques pesados.



Croquis de Rommel señalando la invasión de Egipto con Victoria en El Alamein

Las pérdidas inglesas, según un parte de Alexander, ascendieron a 1640 muertos, heridos y desaparecidos, 68 tanques y 18 antitanques, pero ningún cañón de campaña.

Los ingleses «estimaron» las bajas enemigas en 4500, entre muertos y heridos, es decir, cerca del doble de lo que declara Rommel, haciendo sólo 300 prisioneros. En el campo de batalla se recogieron 51 tanques (42 de ellos alemanes), 30 cañones de campaña y 40 antitanques.

Las recientes operaciones habían constituido una dura lección para nosotros. La misma afectaría a todos nuestros planes ulteriores, y de hecho al futuro de la guerra. Las posibilidades de operar quedan reducidas a cero si el enemigo domina el espacio aéreo y puede efectuar incursiones en masa con sus aviones fuertemente protegidos.

Aquella batalla fue conocida a partir de entonces como la «Carrera de los Seis Días»[9], por haber transcurrido dicho período de tiempo desde que se inició hasta la retirada a nuestras nuevas posiciones.

Como ha podido verse, las fuerzas de infantería inglesas apenas si operaron. Montgomery no había intentado ataque alguno en gran escala para recuperar la parte sur de la línea, en lo que habría fracasado, seguramente. Por el contrario, basó la maniobra en los efectos de su poderosa artillería y sus formaciones aéreas. Además de ello, nuestras líneas de comunicación se habían visto sujetas a un continuo hostigamiento por parte de la 7.ª División Acorazada. No cabe duda de que las órdenes del jefe inglés fueron correctas y acordes con la situación, porque así pudo infligirnos duras pérdidas, a cambio de un número de bajas muy pequeño, y reteniendo siempre la iniciativa.

Según nuestros cálculos, se habían arrojado sobre el sector ocupado por nuestras fuerzas un total de 1300 toneladas de bombas durante los seis días de referencia. Ello no sería nada, sin embargo, comparado a lo que ocurriría posteriormente, durante la batalla de El Alamein propiamente dicha, si bien marcó un nivel de dureza jamás visto en las campañas Africanas.

Dos puntos quedaban perfectamente claros:

a. Los efectos paralizadores de ataques aéreos de tal intensidad sobre fuerzas motorizadas; y sobre todo, los inmensos daños causados a nuestras unidades por el bombardeo en masa.
b. La habilidad inglesa para ganar el dominio del aire y disponer de él a su antojo.

No nos cabía la menor duda de que el potencial inglés se incrementaría con la llegada del convoy de 100 000 toneladas que se esperaba en Suez para principios de septiembre, en especial por lo que respecta a las fuerzas aéreas. Era, pues, de esperar que los ataques de la R.A.F. aumentasen en número y eficacia durante la próxima batalla. Los posibles resultados podían resumirse así:

El enemigo libraría una lucha de desgaste desde el aire. Sus bombas resultarían especialmente eficaces contra las fuerzas motorizadas que se hallasen al descubierto en pleno desierto; tanques, cañones y vehículos —tanto en marcha como en concentración, e incluso en el ataque— ofrecerían un blanco excelente para los aparatos en vuelo rasante. El enemigo se encontraría en situación de castigar a nuestras fuerzas hasta el punto de dejarlas inutilizadas, sin que por su parte sufriese daños apreciables.

Desde el punto de vista del mando, nuestro adversario dispondría de las siguientes ventajas:

a. A causa de su total dominio del aire, tendría acceso a los lugares más remotos de nuestro frente, procediendo a un reconocimiento a fondo del mismo.
b. Podría operar libre y atrevidamente, ya que en caso de conflicto utilizaría su fuerza aérea para interrumpir nuestros movimientos de aproximación y toda maniobra de nuestras unidades, o bien retrasarlos hasta haber adoptado las medidas pertinentes.
c. Cualquier disminución en la celeridad de nuestras operaciones aumentaría la eficacia de los elementos adversarios. Teniendo en cuenta que la velocidad es uno de los factores decisivos en la guerra motorizada, resulta fácil prever los efectos de tal ventaja.

Además, el bando que disfrute del dominio del aire se encuentra en situación de infligir tales daños a las columnas de aprovisionamiento, que las fuerzas enemigas sufrirán inmediatamente graves consecuencias. Manteniendo una constante vigilancia de las carreteras que conducen al frente, puede interrumpir de manera absoluta el tráfico diurno y obligar al enemigo a realizarlo sólo de noche, con la consiguiente pérdida de un tiempo precioso. La afluencia de suministros resulta esencial, y sin ella un ejército queda inmovilizado e inútil para la acción[10].

Las conclusiones a extraer resultaban innegables. Lo que más necesitábamos era igualdad, o al menos algo parecido, en el aire. Para ello hacía falta un refuerzo en los efectivos de Kesselring, en lo referente a aparatos de persecución y caza, pero sobre todo en bombarderos.

El equilibrio en el aire hubiese puesto de nuevo en vigor las antiguas normas de la guerra, aunque con ciertas restric-

ciones tácticas impuestas por la actividad de ambos contendientes en el mismo campo.

Quien haya de enfrentarse —aun con las armas más modernas— a un enemigo superior en aviación, lucha como un salvaje contra tropas europeas modernas, con idénticos obstáculos y la misma certeza de un fracaso. Por nuestra parte, no nos quedaba ya esperanza alguna, con la Luftwaffe desperdigada por otros parajes, y Kesselring recibiendo refuerzos en modo comparables a los de los ingleses. Debíamos enfrentarnos al hecho consumado de un dominio absoluto del aire por parte británica.

En consecuencia, debíamos organizar nuestra defensa contra los próximos ataques, en forma tal, que ocasionaran los mínimos efectos. El más grave peligro residía, pues, allí. No podíamos seguir confiando la defensa a las formaciones motorizadas, por ser vulnerables desde el aire. Debíamos resistir en posiciones de campaña, construidas de forma tal, que contrarrestasen los efectos de las más modernas armas.

Era preciso aceptar el hecho de que al utilizar sus aviones, el enemigo podría retrasar todas nuestras maniobras a su antojo, tanto de día como de noche, utilizando bengalas con paracaídas. Nadie puede permanecer en su vehículo mientras se desarrolla un ataque aéreo. Nuestra experiencia de la «Carrera de los Seis Días» demostraba que cualquier plan con un horario concreto era tiempo perdido. Según ello, nuestras posiciones debían construirse de tal manera, que las guarniciones locales resistiesen de manera independiente durante un largo período, incluso sin el apoyo de reservas, hasta que, a pesar de los ataques de la R.A.F., pudieran llegar refuerzos.

La superioridad del adversario daba al traste con todas las reglas tácticas que hasta entonces habíamos venido aplican-

do. No podíamos contestar adecuadamente a sus incursiones, excepto en el caso de poseer aparatos en la misma proporción. En todas las batallas futuras las fuerzas aéreas enemigas constituirían el factor decisivo.

CAPÍTULO III
EL ALAMEIN. UNA BATALLA SIN ESPERANZAS

Tras el fracaso de nuestra ofensiva contra la línea inglesa de El Alamein, se abría una nueva fase que acabaría por conducirnos al colapso en el Norte de África. En el período que se extiende desde el 6 de septiembre al 23 de octubre, la batalla por el suministro adquirió caracteres de renovada violencia. Al final los ingleses se llevaron el triunfo por amplio margen.

Son imaginables nuestros sentimientos tras el descalabro sufrido. Los buques prometidos por Cavallero para finales de agosto o primeros días de septiembre llegaron el 8 de dicho mes. Entretanto, la situación había adquirido caracteres catastróficos, en particular porque el material enviado jamás alcanzó las cifras previstas. Durante los primeros ocho meses de 1942 habíamos recibido aproximadamente 120 000 toneladas, o sea el 40 por 100 de nuestras necesidades mínimas.

Desde luego, era cierto que con la creciente actividad de las fuerzas aéreas y la marina inglesa en el Mediterráneo las dificultades se habían hecho insuperables. Los aparatos enemigos descargaban un ataque tras otro a nuestros puertos, destruyendo sistemáticamente sus instalaciones. El tonelaje perdido aumentaba a ritmo acelerado, mientras los italianos disminuían el número de barcos dedicados al transporte. Las nuevas construcciones eran ridículamente pequeñas, compa-

radas a las 1.300 000 toneladas que Italia llevaba perdidas desde principios de octubre de 1942. Los hundimientos proseguían. Diez barcos fueron echados a pique, por acción enemiga, entre febrero y julio; desde este mes a octubre la cifra se elevó a veinte. Todo descansaba ahora sobre el problema de los aprovisionamientos, que debía resolverse aun a costa de los mayores esfuerzos. Los errores y omisiones del pasado nos habían conducido a una situación que eliminaba nuestras esperanzas de obtener una mejoría substancial.

Dieciocho meses antes, algunos jefes del Estado Mayor alemán declararon que el mantenimiento del teatro de operaciones en el África del Norte constituía un problema insoluble. El que dicha opinión fuera compartida en las altas esferas de la Wehrmacht la hacía aceptable a todos aquellos italianos y europeos que permanecían dormidos en sus puestos, debido en parte a que sus excusas eran aceptadas por los organismos a que iban dirigidas. La opinión que se tenía acerca del transporte era, por lo menos hasta el verano de 1942, completamente errónea y producto de opiniones anticuadas, que traicionaban la tendencia de mentes académicas a eludir dificultades por el sistema de considerarlas insuperables. Debíamos haber eliminado los viejos prejuicios y las ideas preconcebidas desde el instante mismo de exponerlos.

Con frecuencia reflexioné sobre la diferencia existente entre un profesor de economía y un negociante, juzgada por sus respectivos triunfos financieros. El negociante puede no hallarse en el mismo plano intelectual del profesor, pero basa sus ideas en hechos reales y apoya sus proyectos con toda su energía y voluntad. El profesor suele tener un falso concepto de la realidad, y aunque dotado de mayores ideas, no es capaz de llevarlas a la práctica. El solo hecho de haberlas con-

cebido le parece suficiente. En consecuencia, es el comerciante quien obtiene mayores beneficios económicos.

La misma diferencia se observa a veces entre el militar académico y el luchador nato. Uno de los factores más importantes —no sólo en el terreno militar, sino en la vida común— se basa en el poder de ejecución y la habilidad para dirigir las energías personales hacia el cumplimiento de una tarea determinada. El oficial de cualidades puramente intelectuales se encuentra bien dotado para actuar como ayudante, ya que sabe criticar y aporta material suficiente a cualquier discusión. Pero todas las soluciones de tipo intelectual han de ser puestas en práctica por un jefe decidido, capaz de seguir cuantas consecuencias se deriven.

Estas observaciones podrían aplicarse también a la cuestión del abastecimiento. Los descalabros que estábamos sufriendo, aparte de la debilidad ya descrita, se basaban en una falta absoluta de realismo y en la ausencia de toda iniciativa y energía. Para corroborar lo antedicho quisiera indicar algunas de las cosas que deberían haberse hecho:

a. Jamás conseguimos que un número adecuado de unidades italianas protegieran a los convoyes encargados de aprovisionarnos. ¡Desde luego, el combustible no debía haber sido usado para los taxis de Roma!
b. Nunca pareció factible organizar un ataque contra Malta. Había ofrecido dirigirlo yo mismo, y estoy seguro de que, contando con las tropas que pedí, así como con el adecuado apoyo marítimo y aéreo, habría triunfado por completo. Con Malta en nuestro poder, los ingleses no hubiesen ejercido control alguno sobre el tráfico por el Mediterráneo central. Malta tiene sobre su conciencia las vidas de muchos miles de alemanes e italianos.
c. No fue posible obtener buques de poco calado ni organizar un servicio de cabotaje satisfactorio, que operara

debidamente protegido.

d. Nunca conseguimos disponer de nuevos puertos con instalaciones a propósito, a lo largo de la costa, ni que la capacidad de los existentes aumentara hasta las cifras requeridas.

No dejo de reconocer las dificultades que representaba organizar nuestro aprovisionamiento, dificultades en las que siempre insistieron determinadas personas relacionadas con el Cuartel General del *Führer*; pero las vi siempre en su verdadera perspectiva. A finales de 1942, y tras de la batalla de El Alamein, el mantenimiento del teatro de la guerra Africana resultó imposible. Pero no cabe duda de que con un tráfico adecuado hubiésemos reforzado la situación durante la primavera y el verano de aquel mismo año, permitiéndonos conquistar toda la costa mediterránea, tras de lo cual el tráfico por dicho mar no hubiese representado problema alguno. Pero en el Cuartel General del *Führer* no se comprendió la necesidad de crear centros estratégicos de gravedad en los puntos decisivos.

Inmediatamente, después de nuestra fracasada ofensiva, informé al Cuartel General del *Führer* y al Commando Supremo, en los siguientes términos:

«Las tropas alemanas del Ejército Panzer de África están soportando todo el peso de la campaña contra los elementos más escogidos del Imperio británico. Han de ser dotadas de suministros que afluyan ininterrumpidamente, y que son imprescindibles, tanto para la subsistencia de los soldados como para las necesidades de la batalla. A tal propósito deben ponerse en juego todos los recursos disponibles en buques y aviones. De no ser así resultará imposible seguir sosteniendo este frente, y más tarde o más temprano nuestras unidades correrán el peligro de seguir la misma suerte que la guarni-

ción de Halfaya, cuando los ingleses lancen una ofensiva en gran escala».

Entretanto, nuestros oponentes se fortalecían a cada día transcurrido. Hacia el 11 de septiembre tenían 5 divisiones de infantería y una acorazada en primera línea, 2 de infantería y 2 acorazadas como reserva inmediata y 2 de infantería en el Delta del Nilo. Nuestra preocupación iba en aumento. No cesábamos de pedir refuerzos esenciales en antitanques pesados, que compensaran hasta cierta medida la superioridad británica. También habíamos solicitado el pronto envío de una nueva división.

Los víveres eran también un problema, ya que se estaban terminando los que habíamos capturado en la Marmárica. En mis visitas al frente no cesaba de recibir informes acerca del gran número de enfermos, consecuencia de la mala alimentación. Las bajas por dicha causa eran numerosas en divisiones cuyos elementos llevaban mucho tiempo en África o no habían sido probados previamente para el servicio en tales parajes.

Una vez más informé al Cuartel General del *Führer* de la gravedad de la situación, insistiendo en que nuestro problema debía ser solucionado a toda costa, utilizando todos los elementos disponibles; de lo contrario el Ejército Panzer germanoitaliano no estaría en condiciones de mantenerse mucho tiempo en África.

Solicité un mínimo de 30 000 toneladas durante septiembre y de 35 000 durante octubre, después de que hubiese llegado la 22.ª División Aéreotransportada[11]. También solicité el envío de todos los vehículos destinados al Ejército Panzer, que aún seguían en Alemania e Italia. Mandé detallados informes acerca del efecto de los ataques británicos sobre nuestras fuerzas, y pedí refuerzos considerables por lo que

respecta a la aviación, en especial de caza. Pero pronto se hizo patente que no debíamos confiar demasiado en vernos complacidos.

Consideré indispensables para una defensa contra el próximo ataque inglés los abastecimientos siguientes:

Munición: Ocho suministros diarios.

Gasolina: La suficiente para 3200 Km. por vehículo.

Víveres: Una reserva de treinta días.

Declaré categóricamente que sólo podíamos garantizar el éxito de la defensa si dicha solicitud se hacía efectiva.

9 septiembre 1942.

Queridísima Lu:

Mi salud ha mejorado mucho, y nadie notaría que he estado enfermo. Sin embargo, el médico me insta a que pase una temporada en Alemania, sin que la fecha se aplace más. Pero antes quiero ver a Stumme instalado en su trabajo.

Por un lado, me siento satisfecho ante la perspectiva de disfrutar de unas pequeñas vacaciones y poder verte, pero por otro jamás me libraré de las preocupaciones que me acarrea todo esto. Según parece, Churchill ha declarado que sólo podrá sostenerse en Egipto unos meses, pero me siento inclinado a creer que lo que piensa es lanzar una nueva ofensiva, con fuerzas superiores, dentro de cuatro o seis semanas. Lo único que puede detenerle es una victoria nuestra en el Cáucaso. Gause sufre las consecuencias del clima tropical, y habrá de retirarse por seis meses. Tampoco las cosas marchan bien con Westphal, que padece molestias del hígado. El Teniente coronel Von Mellenthin (Ic.) se marcha hoy, afectado de disentería. Ayer resultó herido uno de los jefes divisionarios. Cada uno de ellos,

así como el Jefe de Cuerpo, han sido cambiados en el plazo de diez días.

11 septiembre 1942.

Me siento perfectamente. Esto sufre alternativas. Ha llegado el momento de que me tome unas semanas de descanso. Los ingleses parecen muy preocupados en la India, así como por lo que ocurre en el Cáucaso. El único que puede beneficiarse soy yo. Ayer sufrimos nueva tempestad de arena, aunque no muy fuerte. El día 31 recibí la carta de Manfred, que me alegró mucho.

Es muy posible que mis cartas lleguen a vosotros después que yo. Sin embargo, continuaré escribiendo. Nunca se sabe lo que va a ocurrir.

¿Qué tal sigue la vida en Wiener Neustadt? Me siento muy emocionado ante la idea de cómo lo encontraré todo. Manfred debe haber crecido mucho en estos siete meses, y quizá me sobrepase.

A primeras horas del 14 de septiembre, tras el ataque de 180 bombarderos adversarios sobre el puerto y las proximidades de Tobruk, los ingleses intentaron desembarcar fuerzas numerosas en la zona de la fortaleza. Según documentos caídos en nuestras manos, su misión consistía en destruir las instalaciones portuarias y hundir los buques que se hallaban en el puerto.

Las baterías antiaéreas situadas en la península abrieron inmediatamente un furioso fuego, mientras grupos de asalto alemanes e italianos, organizados rápidamente, conseguían envolver a las tropas enemigas. Temiendo que los ingleses planearan conquistar Tobruk, mandamos hacia allá a cierto número de unidades motorizadas. Pero las fuerzas locales consiguieron por sí solas restablecer la situación. Los ingle-

ses sufrieron pérdidas considerables en muertos y prisioneros, y según informaciones de las baterías antiaéreas, 3 destructores y 3 unidades de desembarco o de escolta fueron hundidos. Al día siguiente nuestras fuerzas aéreas atacaron de nuevo a los ingleses y notificaron el hundimiento de un crucero, otro destructor y varios buques auxiliares, mientras otros quedaban averiados por las bombas.

El 15 de septiembre partí en vuelo hacia Tobruk, para expresar mi admiración a las tropas, por su excelente labor defensiva. La noticia del ataque británico nos había ocasionado bastante alarma, porque Tobruk era uno de nuestros puntos más vulnerables. Temía que el enemigo intentara otra vez la operación al iniciarse la ofensiva, y di instrucciones al Vicealmirante Lombardi y el General Deindl para que tomaran las medidas oportunas, a fin de asegurar la defensa de la plaza.

16 septiembre 1942.

Queridísima Lu:

Anoche llegué de Tobruk. Debe haberte complacido leer el comunicado especial acerca del fracasado desembarco. Todo vuelve a hallarse bajo control. Stumme llega a Roma hoy. Espero ponerme en marcha dentro de una semana.

Kesselring llegó esta mañana después de que ayer hablé con él en Tobruk. Procede del Cuartel General del Führer. La batalla de Stalingrado parece ser muy dura y está obligándonos a emplear fuerzas que serían más necesarias en el sur.

Me han dicho que el Mariscal List se retira. Como sabes, lo tengo en mucha estima.

Aquél fue el ataque más intenso de los realizados por los ingleses en nuestra retaguardia. Por regla general, golpes de

mano de tal clase se llevaban a cabo por los Commandos del Coronel Stirling[12]. Dichos Commandos, que tenían su base en Kufra[13] y la depresión de Quattara, se introducían a veces en plena Cirenaica, donde causaban gran alarma a los italianos. Una y otra vez trataron de levantar a los árabes contra nosotros, aunque afortunadamente con poco éxito, ya que nada hay tan desagradable como una guerra de guerrillas. Resulta muy importante no ejercer represalias sobre los rehenes, al iniciarse un conflicto de tal género, porque ello sólo crea sentimientos de venganza que sirven para aumentar el número de los *francs tireurs*. Es mejor permitir que los incidentes transcurran sin venganzas inútiles que quiten la vida a un inocente. Esto último crea una atmósfera de gran agitación, y las víctimas se convierten pronto en mártires. El jefe italiano compartía mi opinión, y las raras incursiones de los árabes fueron echadas en olvido. Entretanto, y a pesar de los excelentes cuidados del profesor Horster, mi salud empeoraba de tal modo, tras dieciocho meses en África, que no podía aplazarse ya mi traslado a Europa. Durante mi ausencia, el General Stumme se haría cargo del mando. Llegó al Cuartel General el 19 de septiembre, y aquel mismo día celebré una conferencia con el Mariscal Cavallero y el Teniente coronel Otto (Intendente de mi Ejército). Otto y yo nos quejamos del lamentable estado de nuestros suministros, y en especial del hecho de que Italia hubiese mandado más formaciones a Trípoli. Dichas formaciones no eran de utilidad en el frente, y en cambio requerían el uso de buques que hubieran debido ser destinados a las tropas combatientes. El *Duce* había ordenado que otras dos divisiones, además de la «Pistoia», fuesen trasladadas a Tripolitania. Al propio tiempo, los soldados italianos del Ejército Panzer, que llevaban más de dos años en África, eran retirados sin que se les

reemplazase. Como de costumbre, Cavallero prometió velar por nuestros intereses.

El 21 de septiembre fui en avión, con Gause y Bayerlein, a inspeccionar la guarnición germanoitaliana del oasis de Siwa, donde la población árabe nos hizo objeto de un entusiasta recibimiento. Entregamos regalos a los jefes locales y fotografiamos a los tribeños con sus magníficos atavíos. Se me obsequió con un sobre en el que habían sido pegados todos los sellos puestos en circulación en el oasis, estampillados con la fecha de la visita.

Al día siguiente hice entrega del mando al General Stumme, el cual se sintió sorprendido al saber que pensaba interrumpir mi permiso y regresar al África del Norte si los ingleses iniciaban una ofensiva en gran escala. Creyó que no tenía confianza en él. Pero no se trataba de eso, sino de que, a mi entender, ni el más diestro general de tropas Panzer podría adoptar las decisiones pertinentes en caso de alarma en El Alamein, por desconocer el modo de comportarse de los británicos. Solamente con palabras no podía dotar a un substituto de la experiencia necesaria. En aquel frente había una gran diferencia entre jornadas de calma y jornadas de lucha.

Al día siguiente (*23*) partí hacia Derna, sumamente preocupado, tomando el avión que me llevaría a Italia. Tenía la intención de insistir una vez más sobre los italianos en que si queríamos mantenernos en Egipto debía realizarse un esfuerzo extraordinario, por lo que al abastecimiento respecta.

El 23 de septiembre llegué a los siguientes acuerdos con los italianos: Los residentes en Libia aportarían inmediatamente 3000 hombres para construir una pista tras el frente. El tráfico continuo por rutas cubiertas de arena y llenas de baches profundos estaba averiando a todos nuestros vehículos, especialmente a causa de que los conductores corrían a

velocidades extremas sin consideración hacia ellos. Las piezas de recambio escaseaban tanto, que pronto no podríamos disponer de ninguna. Los italianos convinieron en enviar 7000 toneladas de rieles y traviesas para la construcción de vías férreas.

Además, atacarían y conquistarían el oasis de Kufra, con el fin de impedir las incursiones inglesas que tenían su base en él.

Resulta interesante comparar las promesas de Cavallero con la realidad de lo conseguido hacia mediados de octubre.

Cuando el General Barbassetti recibió la demanda de 3000 hombres, contestó que no podía cumplimentarla, y que sólo le era posible entregar 400. De dichos 400 sólo llegaron poco más de 100, haciendo imposible emprender tarea alguna.

Tampoco fueron enviados rieles ni traviesas. El único trabajo realizado en tal aspecto lo consiguieron los hombres de la 90.ª División Ligera.

En cuanto a atacar el Oasis de Kufra, ni Barbassetti ni Cavallero demostraron decisión alguna. Todo quedó tal como estaba, y la amenaza de los Commandos no llegó nunca a suprimirse.

Lo más probable es que Cavallero quisiera mantenerme apaciguado, pensando en que transcurriría bastante tiempo hasta que pudiese actuar de nuevo en África.

El 24 de septiembre discutí la situación con el *Duce*, manifestándole abiertamente que a menos de mandársenos suministros en las proporciones solicitadas, nos tendríamos que retirar del África del Norte. Tengo la impresión de que, a pesar de todo cuanto dije, no llegó a darse cuenta exacta de la gravedad del futuro. Durante los dos años transcurridos no había cesado de informarle de nuestras dificultades, sin con-

seguir mejora alguna, excepto durante la primavera de 1942. Sin embargo, y a pesar de tal falta de cooperación, las cosas fueron marchando más o menos normalmente. En Europa nadie podía formarse una idea de las decisiones a las que con frecuencia nos tuvimos que enfrentar. Por regla general solía decírsenos: «Ya sabréis arreglaros como hasta ahora». Pero no era posible conseguir nada, si antes no se creaban las bases materiales para ello. La confianza que todos depositaban en nosotros resultaba halagadora, pero en África debíamos basarnos no en la confianza, sino en realidades. En modo alguno exagerábamos nuestras condiciones para la lucha, sino que, al contrario, estábamos convencidos de que todo triunfo tenía una causa perfectamente natural[14].

Me sentí satisfecho al saber que las autoridades alemanas e italianas pensaban destinar buen número de barcos franceses al servicio de los frentes. Además, el inteligente *Gauleiter* Kaufmann, hombre de gran talento organizador y muy entendido en toda clase de asuntos técnicos, iba a hacerse cargo de lo relacionado con nosotros. A pesar de todo, brillaba todavía un rayo de esperanza.

Días más tarde me entrevisté con el *Führer*. En su Cuartel General habían causado gran impresión las victorias del Ejército Panzer, y ahora se deseaba llegar a un desenlace favorable en la zona del Mediterráneo. Señalé al *Führer* los procedimientos de nuestro ataque a la línea de El Alamein y las causas de su fracaso, haciendo hincapié en la superioridad abrumadora de la aviación inglesa y describiendo los efectos de la nueva táctica de bombardeo sobre las fuerzas motorizadas, extremadamente vulnerables. Dije también que el único modo de superar al enemigo en el aire era mediante el envío inmediato de contingentes numerosos capaces de oponerse con ventaja a la R.A.F.

Manifesté con toda claridad cuál era la situación del aprovisionamiento, y lo mismo que con el *Duce*, no callé el hecho de que a menos de experimentar una notable mejoría, no podría sostenernos en el frente. Describí con todo detalle las posibilidades para un aumento de nuestros suministros, y pedí también que el tonelaje asignado a los italianos fuese disminuido, teniendo en cuenta que las formaciones germanas eran muy superiores a las de aquéllos. Insistí, una vez más, en que el transporte por el Mediterráneo de 30 000 toneladas durante septiembre y de 35 000 en octubre era factor indispensable para una defensa efectiva contra el próximo ataque inglés. Concluí mi informe con las siguientes palabras:

«Comprendo que teniendo en cuenta la presente situación estratégica en el mar y en el aire deberá realizarse un gran esfuerzo para asegurar el ininterrumpido suministro alemán a través del Mediterráneo. Ello requerirá un rendimiento máximo por parte de los transportes alemanes e italianos, y el refuerzo de la flota aprovisionadora. Sólo mediante el cumplimiento de dichas condiciones las tropas alemanas que soportan el peso principal de la campaña de África podrán mantenerse en dicho frente contra los mejores elementos del Imperio Británico».

Durante la conferencia observé que la atmósfera del Cuartel General del *Führer* era muy optimista. En especial Goering se mostraba inclinado a disminuir nuestras dificultades. Cuando dije que los cazabombarderos ingleses habían destruido a mis tanques con granadas de 40 mm., el Reich*smarschall* se sintió tocado en lo más vivo, y respondió: «Eso es completamente imposible. Los americanos sólo saben fabricar hojas de afeitar»; a lo que respondí: «*Herr* Reich*smar-*

schall, unas cuantas hojas de ese calibre nos vendrían muy bien».

Por fortuna me había llevado uno de los proyectiles perforantes disparado por un aparato inglés en vuelo a baja altura, y que mató a casi toda la tripulación de un tanque.

El *Führer* prometió que nuestro abastecimiento sería considerablemente aumentado durante las próximas semanas por medio de un gran número de *Siebelfähren (buques de fondo plano, proyectados por un ingeniero alemán llamado Siebel).* Estos buques eran de tan escaso calado, que los torpedos pasaban bajo ellos sin tocarlos, e iban provistos de varias piezas antiaéreas que los hacían relativamente invulnerables a los ataques aéreos. La única desventaja consistía en que no podían ser utilizados con mar gruesa, pero las borrascas no son frecuentes en el Mediterráneo. Se me mostraron cifras de producción demostrativas de que podíamos confiar en una mejoría casi inmediata..., siempre y cuando no llegase demasiado tarde.

Mientras estuve en el Cuartel General del *Führer* se me aseguró que una brigada de *Nebelwerfer (Batería de cohetes)* compuesta de 500 piezas llegaría pronto a África. Cuarenta tanques «Tiger» y cañones de tracción propia serían enviados lo antes posible en *Siebelfähren* y transportes italianos.

Más tarde comprendimos que tales promesas habían sido efectuadas en momentos de exagerado optimismo, y sobre la base de cifras de producción erróneas, porque resultaba imposible hacer realidad el programa de los transbordadores en la escala requerida y mandar el número de *Nebelwerfers* o de tanques «Tiger» que se nos había asegurado.

Durante aquellos días, hube de enfrentarme a regañadientes con representantes de la prensa, con el fin de eliminar una serie de rumores que circulaban acerca de mi persona.

Tal como estaban las cosas, no podía dar informaciones exactas sobre la situación. Opté por mostrarme optimista, esperando que ello contribuyera a aplazar la ofensiva inglesa.

Después estuve en Semmering[15], con el fin de aliviar mis molestias del estómago y circulatorias. Antes de mi salida de África el profesor Horster había insistido en que mi estancia en Europa fuera larga. Durante la «carrera de los seis días» me mantuvo bajo constante observación. Una vez en Semmering me sentí aislado del mundo, exceptuando la radio, los periódicos y alguna carta del General Stumme o del Coronel Westphal. Pero al recordar la situación comprometida de mi Ejército no podía en modo alguno recobrar una absoluta tranquilidad de espíritu. Seguí con particular atención las operaciones de nuestros submarinos en el Atlántico.

Al declarar la guerra a Norteamérica habíamos puesto en marcha el inmenso potencial de dicho país, que pasaría a reforzar la producción de guerra aliada. En África conocíamos la calidad de los productos conseguidos. Durante mi estancia en Europa obtuve algunos datos acerca de la capacidad productora de Norteamérica. Era varias veces superior a la nuestra. La batalla que se estaba librando en el Atlántico decidiría si los americanos estaban o no en condiciones de trasladar su material a Europa, Rusia y África. Comprendí que si conseguían eliminar o reducir la amenaza que sobre su tráfico representaban nuestros submarinos, nos quedarían muy pocas esperanzas de vencer. En cambio, si lográbamos estrangular sus rutas, la capacidad industrial de América no obraría los efectos deseados. Tal como fueron las cosas, hemos de reconocer que los americanos triunfaron en su empeño de eliminar a nuestros submarinos por medio de aparatos localizadores y helicópteros, hasta el punto de hacer virtualmente imposible el uso continuo de dichos navíos[16].

Las noticias que recibía de África no eran muy alentadoras. Los aviones ingleses se estaban haciendo cada vez más activos, y el 8.º Ejército se reforzaba progresivamente. El Ejército Panzer vivía en la constante espera de un nuevo ataque que podía ser lanzado por varios puntos simultáneamente. Los británicos concentrarían el grueso de sus fuerzas en el punto de ruptura o allí donde existían más posibilidades de producirse.

Según nuestros cálculos, la superioridad enemiga en tanques era de dos contra uno. En esta apreciación debíamos incluir, por nuestra parte, a 300 blindados italianos de valor ínfimo. Poseíamos algunos carros, armados con cañones de 75 mm., pero los ingleses tenían varios centenares con piezas de mayor calibre[17]. De nuestros 210 tanques alemanes, sólo 30 eran «Panzer IV». La mayoría del tipo «Panzer III» disponían de cañón corto, y por lo tanto resultaban anticuados[18]. En cuanto a los 300 italianos, aparte de sus defectos técnicos ya mencionados, la mayoría eran decrépitos y apenas utilizables. Como los suministros no se mantenían al nivel adecuado, sufríamos una carestía evidente en todos los aspectos.

Por aquel entonces sólo teníamos a nuestra disposición 4 buques rápidos, que sumaban 19 000 toneladas, y 7 transportes de mucho tonelaje, pero sumamente lentos (40 000 toneladas en total). Ocho buques totalizando 40 000 toneladas se hallaban en reparación.

Mi substituto, el General Stumme, estaba continuamente en movimiento, utilizando coches y aviones, con el fin de incrementar nuestros preparativos de defensa, situándolos al nivel requerido. También él comprendió enseguida hasta qué punto era defectuoso nuestro abastecimiento, problema sobre el que giraba toda la situación en el Norte de África. Cuanto más se prolongara, más evidente se hacía que, a pe-

sar de los esfuerzos de la tropa, la situación no podía mejorar. Era ya demasiado tarde.

EL PLAN DE DEFENSA

La línea de El Alamein se extendía entre el mar y la depresión de Quattara, esta última imposible de sobrepasar por columnas de vehículos, según informaciones de nuestra observación aérea. Era, por lo tanto, el único frente del Norte de África, aparte de la posición de Akarit, que no podía rodearse por su extremo. Todos los demás resultaban vulnerables por medio de un ataque frontal y una maniobra por el sur. En cualquier otro lugar era posible la sorpresa valiéndose de fuerzas motorizadas que atacaran por el extremo meridional, con el fin de buscar una decisión en batallas de movimiento libradas a retaguardia del frente enemigo. Este factor había conducido repetidamente a situaciones inesperadas.

Evacuación de un herido durante la batalla de El Alamein

Tropas alemanas atrincheradas en El Alamein

Tropas alemanas atrincheradas en El Alamein

Pero en El Alamein todo aparecía distinto. La situación de la línea eliminaba toda posibilidad de sorpresa, siempre y cuando fuese mantenida sólidamente por la infantería. En primer lugar, era necesario abrirse camino de manera directa, lo cual significaba que la defensa podía mantenerse el

tiempo suficiente hasta que las reservas móviles afluyeran a la batalla.

También nos enfrentábamos allí a una serie de condiciones nuevas de orden táctico. La defensa podía parapetarse tras barreras de minas, mientras el atacante quedaba expuesto al fuego procedente de las trincheras. No disponíamos de otro medio que el asalto, con el fin de arrollar las posiciones. En otros lugares, por ejemplo durante las operaciones de Sollum en 1941-42 y de Gazala en el verano del 42, la batalla había sido librada en forma móvil, sin que ninguno de ambos bandos extrajera ventajas de su posición, ya que tanques y vehículos se encontraban igualmente expuestos, en pleno desierto. Quizás existiera un pequeño inconveniente para el atacante, ya que los defensores sostuvieron siempre una línea que se extendía hacia el sur. Para nosotros ello resultó ventajoso en Sollum, porque las unidades empleadas no eran motorizadas y, por lo tanto, sólo utilizables en posiciones fijas. Por el contrario, los ingleses se encontraron con dificultades en Gazala, ya que sus divisiones eran motorizadas y las ligeras dificultades en el aprovisionamiento que podían causarnos no llegaron a compensar su fijación y consiguiente ausencia en la batalla de Knightsbridge-Acroma. Como ya he explicado, lo que cuenta en la guerra motorizada es la extensión hasta la cual pueden concentrarse las fuerzas, tanto en espacio como en tiempo.

En el desierto fuimos siempre superiores a los ingleses en adiestramiento y eficacia del mando, como demostraron las operaciones. Aunque cabía esperar que el enemigo hubiese aprendido muchas lecciones tácticas del gran número de batallas y encuentros librados, no podía eliminar ciertos defectos, ya que éstos se basaban en la estructura ultraconservadora de su ejército, que aunque excelente para la lucha en

frentes fijos, no resultaba apropiada para los encuentros en el desierto.

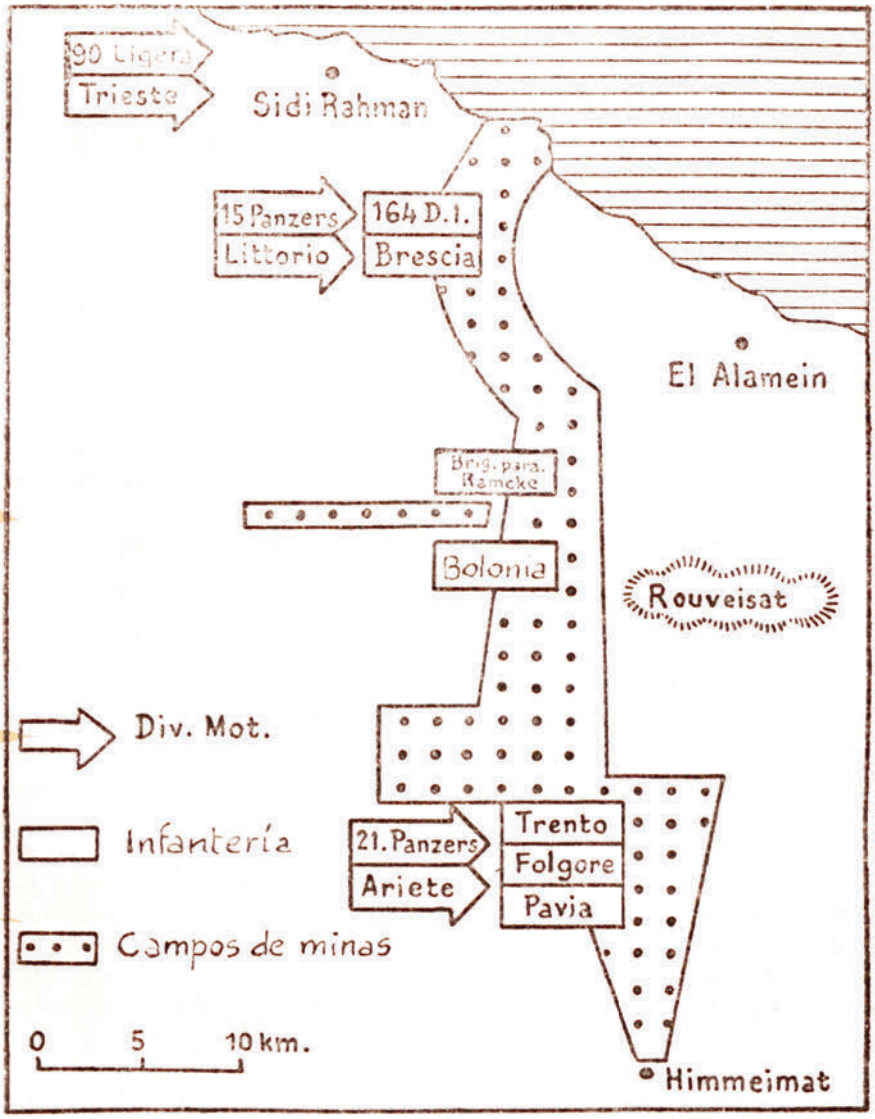
Sin embargo, no podíamos arriesgarnos a lanzar todo el peso de nuestra defensa a operaciones en terreno abierto, por los siguientes motivos:

a. Los elementos motorizados de ambos bandos eran muy desiguales; mientras nuestro adversario recibía una continua corriente de refuerzos motorizados, los nuestros eran de carácter fijo, inútiles en terreno despejado. En consecuencia, teníamos que escoger una forma de campaña en la que estos últimos pudiesen también desempeñar su papel.
b. La superioridad aérea inglesa, así como la nueva táctica desplegada por la R.A.F., creaban severas limitaciones en el uso táctico de las fuerzas motorizadas, del cual ya se han dado anteriores explicaciones.
c. Nos hallamos continuamente escasos de combustible. No quería verme otra vez en la necesidad de interrumpir la batalla por falta de gasolina. En una acción defensiva móvil dicho factor significa un desastre.

Por todos estos motivos debíamos intentar ahora basar nuestra defensa en una línea fortificada y defendida por la infantería.

Ello significaba que los ingleses tendrían que intentar una ruptura. No abrigamos duda alguna acerca de las posibilidades del ejército inglés para tal operación, ya que su adiestramiento se había basado siempre en las experiencias de la primera Guerra Mundial. Y aunque los adelantos técnicos dejaron su huella, no habían ocasionado ninguna renovación substancial. Las consecuencias tácticas de la motorización y el blindaje habían quedado demostradas por los críticos militares ingleses[19].

Sin embargo, los jefes responsables no habían corrido el riesgo de utilizar este sistema no probado todavía, como base para el adiestramiento en tiempo de paz, ni aplicarlo en la guerra. Dicho factor, que tantos perjuicios ocasionó a los ingleses en el pasado, no afectaría el resultado de la siguiente batalla de posición, porque los extensos campos de minas impedirían a los blindados toda libertad de movimiento, reduciéndolos a la categoría de apoyo para los infantes. El valor de la excelente infantería australiana y neozelandesa, así como la eficacia de la artillería, tendrían ocasión de demostrar sus cualidades.



Las posiciones del Eje ante El Alamein

Por nuestra parte debíamos impedir a toda costa que los ingleses rompieran nuestro frente, ya que, por las razones aducidas, no podíamos aceptar una batalla de movimientos. Nuestras formaciones motorizadas bastarían apenas para cubrir una retirada de la infantería en un frente de 62 Km. de longitud. Y en todo caso, las tropas estarían librando tan reñida acción, que sería imposible pensar en un despegue.

Ello nos condujo a las dos conclusiones siguientes:

1. Había que resistir a toda costa.
2. Cualquier penetración debía eliminarse de una manera categórica por medio de un inmediato contraataque que impidiese una mayor extensión de la misma. A mi entender, si tenía lugar una ruptura, los ingleses arrojarían a la misma todos sus elementos disponibles.

Construimos nuestro sistema defensivo de acuerdo con ello, procurando dotar a las fuerzas de posiciones tan firmes, que los sectores amenazados pudieran sostenerse contra los mayores ataques adversarios el tiempo preciso para que acudiesen las defensas móviles, a pesar de los ataques de la R.A.F., encargada de impedirlo.

Las defensas se levantaron de tal forma, que los campos de minas ante la tierra de nadie estaban sostenidos sólo por puestos avanzados, mientras la línea principal, de 200 ó 300 m. de profundidad, se hallaba a 1000 ó 2000 m. al oeste del primer campo de minas. Las divisiones Panzer fueron situadas detrás, de modo que sus cañones pudiesen actuar sobre la zona intermedia, aumentando el poder defensivo de las posiciones. Si el ataque se concentraba sobre un punto de gravedad determinado, las divisiones Panzer y motorizadas situadas al norte y sur acudirían a dicho lugar.

Una gran cantidad de minas se utilizó en la construcción de nuestra línea, alcanzando la cifra de 500 000, incluyendo las capturadas a los ingleses. Tuvimos cuidado especial en procurar que las formaciones estáticas pudieran defenderse por los lados y la retaguardia igual que de frente. Se emplearon en la defensa bombas y granadas británicas, que en muchos casos serían accionadas por electricidad. Las tropas italianas fueron intercaladas a las alemanas, de modo que un batallón italiano tuviese siempre como vecino a otro alemán. El armamento de nuestros aliados era tan malo, que hubo de ser distribuido por todo el frente, permitiendo el empleo de armas alemanas en los diversos sectores. En los puestos avanzados se utilizaron perros, encargados de advertir cualquier aproximación de los ingleses. Queríamos asegurarnos de que la tarea de abrirse paso por los campos de minas se hiciera lo más lenta posible para el enemigo y una vez nuestros puestos avanzados hubiesen quedado destruidos. Por desgracia muchas de las minas eran del tipo antitanque, sobre las que podía pisar la infantería sin peligro alguno, y en consecuencia resultaban fáciles de retirar.

El ejército fue puesto a la defensiva en dichas líneas, durante mi ausencia. Pero todos los esfuerzos resultarían inútiles contra la inmensa superioridad material del adversario. Aunque no se cometieron errores, la victoria resultaba imposible, teniendo en cuenta las condiciones con las que iniciamos la batalla[20].

LA TEMPESTAD ESTALLA

Para la perfecta comprensión del relato de Rommel se hace preciso un examen preliminar del plan inglés. Atacando en un frente donde la posibilidad de maniobra quedaba sumamente restringida, Montgomery utilizó a la in-

fantería para que abriese camino a los blindados, escogiendo como punto de ataque el sector norte.

La operación principal sería llevada a cabo por el 30.º Cuerpo de Leese, compuesto de cuatro divisiones de infantería, de derecha a izquierda: 9.ª australiana, 51.º de highlanders, 2.º neozelandesa y 1.ª sudafricana. La 4.ª hindú crearía una diversión local. Tras haber abierto dos pasillos en los campos de minas adversarios, la 1.ª y 10.ª Divisiones acorazadas del 10.º Cuerpo de Lumsen pasarían por aquéllos, adoptando posiciones a sus extremos y rechazando después los inminentes contraataques blindados del enemigo, antes de proseguir su avance.

En el sur, el 13.º Cuerpo de Horrock —44.ª y 50.ª Divisiones de Infantería y 7.ª Acorazada— intentaría un ataque para distraer la atención del oponente e inmovilizar sus reservas, particularmente la 21.ª División Panzer.

Aunque el 8.º Ejército comprendía sólo tres divisiones acorazadas, tenía tres brigadas adicionales, con un total de seis unidades, así como una brigada acorazada ligera, contra dos alemanas y una italiana.

La batalla de El Alamein, iniciada el 23 de octubre de 1942, volvió contra nosotros el resultado de la guerra en África, significando quizá también el punto culminante de la vasta contienda. Las condiciones bajo las que mis valerosas tropas iniciaron el encuentro eran tan desastrosas, que prácticamente no existía esperanza alguna de victoria.

Unos 200 tanques alemanes y 300 italianos se enfrentaron a blindados enemigos superiores al millar. Desde luego, disponíamos de muchos cañones, pero muchos de ellos eran italianos, de tipo anticuado, o capturados a los ingleses, y todos ellos andaban terriblemente escasos de munición. Por otra parte, los ingleses habían obtenido un completo domi-

nio del aire sobre el Mediterráneo, y por el bombardeo de nuestros puertos y una continua observación de las rutas marítimas, apoyada por intensa actividad naval, se hallaban en posición de paralizar virtualmente nuestro tráfico. Como consecuencia de ello, el suministro era de un nivel tan bajo, que la carestía del material se hizo evidente desde el principio de la batalla, como se observará por el relato que sigue.

El 23 de octubre fue un día más en el frente de El Alamein, hasta que a las 9.40 de la noche, una inmensa barrera artillera se abatió sobre la línea, concentrándose especialmente en el sector norte. Un fuego tan devastador no había sido visto nunca en el frente Africano, y así continuó durante toda la batalla. Aparte de la artillería divisionaria y de las unidades de apoyo, Montgomery había concentrado 15 regimientos de artillería pesada[21], representando un total de 540 cañones de calibre superior a los 105 mm., en el sector norte, entre la cota 35 y Deir el Shein. Los ingleses bombardearon nuestras posiciones con extraordinaria precisión, causándonos multitud de bajas. También los bombarderos de la R.A.F. intervinieron repetidas veces.

Nuestra red de comunicaciones quedó pronto desorganizada, y los informes del frente cesaron. Los puestos avanzados combatieron hasta el último cartucho, rindiéndose o pereciendo en su empeño.

Bajo el impacto de aquel terrible fuego artillero, que alcanzó las proporciones de los de la Primera Guerra Mundial, parte del 62.º Regimiento italiano de infantería abandonó la línea e inició la retirada. Expuestos a tal avalancha de proyectiles en unas posiciones todavía no terminadas, su valor flaqueó. Hacia la una, los ingleses habían arrollado nuestras avanzadillas y penetrado en la línea de defensa principal, en una anchura de 10 Km. La infantería resistió tenazmente,

aunque muchas de sus armas pesadas hubiesen quedado destruidas por los proyectiles adversarios. Los ingleses seguían concentrando tanques. Pronto arrollaron a los restos del 62.º Regimiento italiano de infantería, y penetraron en nuestras posiciones, donde finalmente se les pudo detener. Dos batallones de la 164.ª División de Infantería quedaron barridos durante las primeras horas de la mañana, por medio de la acción concéntrica de los cañones ingleses.

En conjunto, la ofensiva hizo pocos progresos y avanzó más lentamente de lo que el mando inglés había supuesto. Ello se debió especialmente a la densidad de los campos de minas. Al amanecer, aun no se había abierto un pasillo suficiente para que pudiesen avanzar los blindados. Cuando éstos intentaron hacerlo a pleno día, fueron contenidos inmediatamente. En el otro pasillo las fuerzas acorazadas seguían inmóviles. No fue hasta la mañana siguiente, y tras una noche de renovados ataques de la infantería, cuando el despliegue quedó completo. Las cuatro brigadas acorazadas del 10.º Cuerpo, con sus 700 tanques y potente artillería, adoptaron posiciones, cubriendo la salida de aquella brecha de 10 Km., listas para enfrentarse al contraataque alemán que Montgomery esperaba provocar.

De regreso al Cuartel General, situado en la costa, a pocos kilómetros detrás del frente, el General Stumme escuchó cómo se desencadenaba aquel huracán de fuego, pero a causa de la poca munición de que se disponía en África, no autorizó a la artillería para que disparase sobre las concentraciones inglesas. En mi opinión aquello fue un error, porque de haberlo hecho, hubiese reducido la potencia del ataque inglés. Cuando la artillería inició, por fin, su respuesta, los efectos no pudieron nunca ser los mismos que de haberse adoptado

dicha decisión un poco antes, ya que los ingleses dispusieron de tiempo para situarse en las posiciones de defensa conquistadas durante la noche. Al amanecer del 24 de octubre se habían recibido en el puesto de mando unos cuantos informes, pero la situación continuaba siendo muy obscura. El General Stumme decidió dirigirse al frente.

El jefe de Estado Mayor, Coronel Westphal, lo instó a llevar consigo un vehículo de escolta y un camión de transmisiones, como yo siempre hice. Pero rehusó ser acompañado por nadie, exceptuando al Coronel Buechting. No intentaba ir más allá del puesto de mando de la 90.ª División Ligera, y consideraba innecesario llevar más vehículos.

A primeras horas del 24 empezó de nuevo el fuego concéntrico de la artillería adversaria, esta vez en el sector sur, donde los ingleses pronto atacaron con infantería y unos 160 tanques. Después de arrollar nuestras avanzadillas, fueron detenidos ante la línea principal.

En el sector del 13.º Cuerpo, la 7.ª División Acorazada atravesó el primer campo de minas la misma noche de iniciarse el ataque, pero quedó detenida frente al segundo, por enérgico fuego defensivo. Una estrecha penetración se consiguió a la noche siguiente, pero cuando los blindados trataron de ampliarla no pudieron conseguirlo. Como las pérdidas aumentaban, Montgomery aplazó el ataque en el sur, porque deseaba conservar a la 7.ª División Acorazada para su intervención en otros lugares.

La tarde del 24 el Mariscal Keitel me telefoneó a Semmering, para decirme que los ingleses estaban atacando El Alamein con poderosas formaciones artilleras y apoyo aéreo, desde la noche antes. El General Stumme había desaparecido. Preguntó si me sentía lo suficientemente repuesto como para regresar a África y reanudar el mando. Contesté afirma-

tivamente. Keitel añadió que me mantendría informado del curso de los acontecimientos, haciéndome saber a su debido tiempo si regresaba o no al teatro de operaciones. Pasé las siguientes horas en un estado de profunda ansiedad, hasta que por la noche recibí una llamada telefónica del propio Hitler, quien me dijo que Stumme seguía sin aparecer y que podía haber sido capturado o muerto. A continuación preguntó si estaba en condiciones de volver inmediatamente a África. Debería telefonearle antes de mi partida, porque no deseaba que interrumpiese mi tratamiento, a menos que el ataque inglés alcanzara proporciones peligrosas. Pedí el avión para las siete de la mañana siguiente, y partí en automóvil hacia Wiener Neustadt. Finalmente, poco después de medianoche, llegó una comunicación del *Führer*. En vista de los acontecimientos en El Alamein, se veía obligado a rogarme que regresara a África y tomara otra vez el mando de las operaciones. Partí a la mañana siguiente. Estaba convencido de que no había ya más laureles que ganar en aquellas comarcas, porque en los informes recibidos de mis oficiales se insistía en que los aprovisionamientos no llegaban al nivel de mis demandas más mínimas. Sin embargo, sólo sabría hasta qué punto eran escasos cuando me encontrase otra vez en el campo de batalla.

A mi llegada a Roma, hacia las once de la mañana (25 de octubre), fui recibido en el aeródromo por el General von Rintelen, agregado militar alemán a las fuerzas italianas, el cual me informó de los últimos acontecimientos. Tras una fuerte preparación artillera, el enemigo había tomado parte de nuestras líneas al sur de la cota 31, barriendo completamente a varios batallones de la 164.ª División y a otros italianos. El ataque inglés proseguía, y el General Stumme no daba señales de vida. También me dijo von Rintelen que sólo se

disponía en el Norte de África de 3 raciones de gasolina; durante las últimas semanas fue imposible mandar más, en parte porque la marina italiana no había prestado los buques necesarios, y en parte por los hundimientos logrados por los ingleses. Aquello constituía un desastre, porque con carburante para sólo 300 Km. por vehículo entre Trípoli y el frente, no era posible imaginar una resistencia prolongada. No podríamos adoptar las medidas tácticas necesarias, y ello coartaría por completo nuestra libertad de acción. Me sentí fuertemente irritado, porque a mi partida quedaban aún 8 raciones para el ejército, aunque esta cifra fuese ridículamente pequeña en comparación con el mínimo esencial de 30. La experiencia demostraba que se requería 1 ración por jornada de combate; sin ella, el ejército quedaba imposibilitado y sin capacidad de reaccionar ante los movimientos adversarios. El General von Rintelen lamentaba lo ocurrido, pero añadió que por desgracia había estado de permiso, lo que le impidió prestar la necesaria atención a aquel asunto.

La cólera de Rommel es natural, si se considera que las autoridades alemanas nada habían hecho en Roma para aprovisionar al Ejército Panzer con vistas a la próxima batalla. Sin embargo, el reproche de Rommel debía dirigirse contra el substituto de von Rintelen, más que contra éste, que había disfrutado de un breve permiso por enfermedad.

Convencido de que libraríamos aquella batalla con pocas esperanzas de triunfo, crucé el Mediterráneo en mi «Storch», y llegué al puesto de mando al atardecer del 25 de octubre. Entretanto, al mediodía se había encontrado el cuerpo del General Stumme, que fue conducido a Derna. Al parecer dirigíase al campo de batalla, a lo largo de la pista de urgencia, cuando sonaron disparos procedentes de la cota 21, ocu-

pada por infantería inglesa, provista de antitanques y ametralladoras. El Coronel Buechting recibió una herida mortal en la cabeza. Inmediatamente el cabo Wolf, conductor del vehículo, hizo volver a éste en redondo, y el General Stumme, que había saltado fuera, quedó abandonado, mientras el chofer se alejaba velozmente del lugar peligroso, sin darse cuenta de lo ocurrido. El General Stumme debió sufrir un ataque al corazón. El domingo por la mañana se le encontró muerto junto a la pista. Sufría hipertensión arterial y no se encontraba muy en condiciones para la guerra en aquel clima.

Todos lamentamos profundamente la súbita muerte de Stumme, quien no había ahorrado esfuerzo para ejercer su mando con destreza, permaneciendo día y noche en el frente. Poco antes de emprender su último viaje, el 24 de octubre, había dicho a su jefe de Estado Mayor que consideraba prudente solicitar mi regreso, ya que con su corta experiencia de la lucha en África, y en vista del enorme potencial inglés y la desastrosa situación del abastecimiento, no estaba seguro de llevar la batalla a una feliz conclusión. Tampoco yo me sentía muy optimista.

El General von Thoma y el Coronel Westphal me informaron aquella noche del curso de los acontecimientos, insistiendo especialmente en que el General Stumme había prohibido el bombardeo de las zonas de concentración enemigas, la primera noche del ataque, a causa de la escasez de proyectiles. Como resultado, los ingleses se apropiaron de parte de nuestros campos de minas, rebasando a las tropas ocupantes, con muy escasas pérdidas. La situación del carburante hacía imposible cualquier movimiento de importancia y permitía tan sólo contraataques locales por medio de los blindados desplegados tras el sector en peligro. Unidades de la 15.ª Di-

visión Panzer habían contraatacado repetidas veces, el 24 y 25 de octubre, aunque sufriendo tremendas pérdidas a causa del terrible fuego artillero adversario y los incesantes bombardeos de la R.A.F. Al atardecer del 25, sólo 31 de sus 119 tanques continuaban utilizables.

Quedaban en el Norte de África muy escasas reservas de petróleo, y la crisis era inminente. Durante mi breve paso por Roma había pedido el inmediato empleo de todos los submarinos y buques de guerra italianos para el transporte de petróleo y municiones. Nuestras fuerzas aéreas se veían impotentes para impedir los bombardeos británicos y derribar sus aparatos. Los nuevos caza-bombarderos ingleses actuaban sin cesar, como demostraba el hecho de que cada uno de los tanques averiados pertenecientes al *Kampfstaffel*, lo fueran bajo los efectos de tal tipo de avión.

Nuestro propósito para las jornadas siguientes consistía en arrojar al enemigo más allá de la línea de defensa principal, y recuperar las antiguas posiciones, evitando una penetración hacia el oeste.

Aquella noche sufrimos un nuevo bombardeo artillero de gran intensidad, que pronto se convirtió en verdadero rodillo de fuego. Dormí sólo unas horas. Hacia las cinco de la madrugada (*26 de octubre*) me encontraba otra vez en mi vehículo de mando, cuando supe que los ingleses no habían cesado de asaltar nuestro frente, bajo cubierto de su artillería, que en algunos lugares había disparado hasta 500 granadas por cada una nuestra. Fuertes núcleos de las divisiones Panzer se hallaban en la línea. Los bombarderos nocturnos adversarios permanecieron actuando de continuo. Poco antes de medianoche el enemigo logró tomar la cota 28, importante posición del sector norte[22], y concentró refuerzos en dicho punto para continuar el ataque a la mañana siguiente,

con objeto de ampliar su cabeza de puente al oeste de las zonas minadas.

Se lanzaron contraataques contra la cota 28, por medio de elementos de la 15.ª División Panzer, la «Littorio» y un Batallón de Bersaglieri, apoyados por el fuego de la artillería local y los antiaéreos. Por desgracia el avance progresó muy lentamente, mientras los ingleses resistían a la desesperada. Ríos de sangre corrieron por aquellos sobre mis tropas. Las fuerzas inglesas alrededor de la cota 38 se míseros terrenos, que en tiempo normal ni el más pobre de los árabes hubiese codiciado. Tremendo fuego artillero inglés martilleó la zona. Al atardecer, parte del Batallón de Bersaglieri consiguió ocupar los bordes oriental y occidental de la colina. Pero el centro de ésta quedó en manos inglesas, convirtiéndose en base de futuras operaciones.

Observé el ataque desde el norte. Las bombas caían en cascada sobre mis tropas. Las fuerzas inglesas alrededor de la cota 28 se hacían cada vez más numerosas. Ordené a la artillería que quebrantase el movimiento enemigo al nordeste de la cota, por medio de fuego concentrado, pero sufríamos tal escasez de munición, que no fue posible conseguirlo. Durante el día ordené a la 90.ª División Ligera y al *Kampfstaffel* que se preparasen para recuperar la altura. Los ingleses llevaban a la misma fuerzas de refresco, y resultaba claro que su intención era la de ocupar la zona comprendida entre El Daba y *Sidi* Abd el Rahman. Mandé a la «Trieste» al este de El Daba. Avanzada la tarde, formaciones de bombarderos en picado alemanes e italianos realizaron una tentativa suicida para destruir las columnas de camiones ingleses que iban hacia el noroeste. Unos 60 cazas ingleses se arrojaron sobre nuestros lentos aviones, obligando a los italianos a arrojar las bombas en sus propias líneas, mientras los alemanes pro-

seguían el ataque, aunque a costa de numerosas bajas. Jamás se había visto en África una tal densidad de fuego antiaéreo. Centenares de proyectiles trazadores cruzaban el cielo hasta convertir la zona de operaciones en un verdadero infierno.

Los ingleses, apoyados por tanques, trataron una y otra vez de abrirse paso hacia occidente, por el sur de la cota 28. Finalmente, por la tarde, un grupo de 160 carros consiguió eliminar a un batallón de la 164.ª División de Infantería, ya muy severamente castigado, y penetrar en nuestras líneas en dirección sudoeste. Siguió una violenta lucha, durante la cual los tanques alemanes e italianos que aún quedaban obligaron a retroceder a los blindados enemigos.

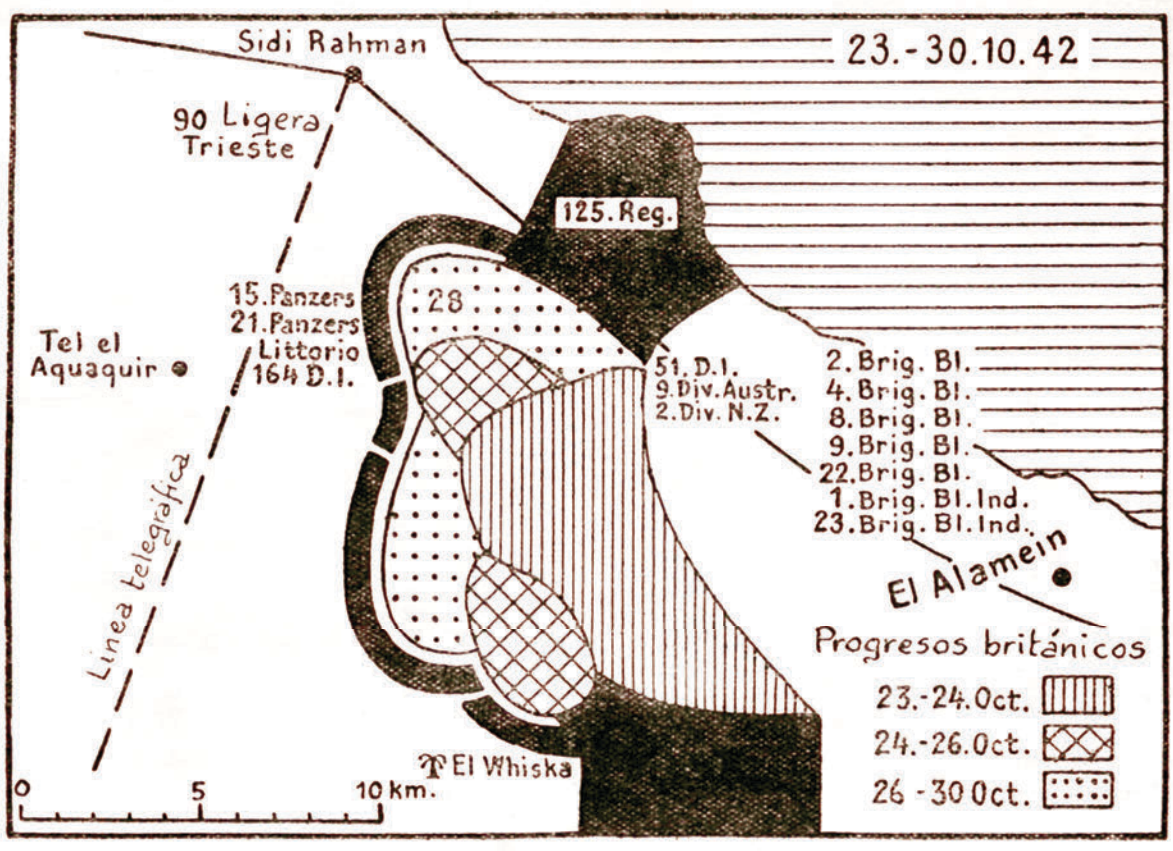
Nuestras pérdidas se elevaban a 61 carros en la 15.ª División Panzer y a 56 en la «Littorio», todos ellos completamente destruidos.

Prosiguiendo sus incesantes ataques nocturnos, la R.A.F. envió formaciones de 18 a 20 bombarderos, con intervalos de una hora, durante todo el día, lo cual no sólo ocasionó muchas bajas, sino que empezó a producir graves señales de cansancio y de estupor en nuestras fuerzas.

La fatiga y la depresión eran también evidentes en el bando inglés, donde existía la creencia de que la ofensiva tendría que suspenderse. Mientras los blindados alemanes e italianos habían sufrido graves pérdidas en sus ataques del 25 y 26, también los ingleses experimentaron gravísimas bajas durante sus operaciones del 26. Ambos contendientes aportaron un claro ejemplo de lo costosos y lo fútiles que resultan los «asaltos directos», es decir, aquéllos en los que el espíritu ofensivo no se ve reforzado por las debidas reflexiones. Por el lado inglés, los jefes del elemento acorazado padecían crecientes dudas acerca del modo de emplearlo para abrirse camino. La infantería estaba muy

cansada y sufría los efectos deprimentes de tan duras pérdidas.

Montgomery decidió que era prudente detenerse y cambiar de plan, dando un descanso al grueso de sus tropas, mientras reagrupaba a la 7.ª División Acorazada, que abandonaría el sector sur. La presión frontal se mantuvo, por medio de ataques en menor escala, los días 27 y 28, aunque utilizándose casi una brigada acorazada entera.



La ofensiva británica desde el 23 al 30 de octubre

El estado de nuestros abastecimientos empeoraba a cada instante, aproximándose al desastre. El buque cisterna «Proserpina», que podía haber aliviado bastante la escasez, había sido bombardeado y hundido ante Tobruk. Nos quedaba gasolina suficiente para mantener el tráfico entre el frente y Trípoli durante dos o tres días a lo sumo, sin contar a las fuerzas motorizadas, que debían aprovisionarse en las mismas fuentes. Lo que debíamos haber hecho era reunir a todos nuestros elementos motorizados en el norte, para obligar a los ingleses a una retirada hasta la línea de defensa principal, por medio de un contraataque bien planeado y dotado de la suficiente concentración, pero la carencia de carburante nos lo impidió, y en consecuencia tuvimos que ordenar ataques parciales contra el saliente británico.

Teniendo en cuenta que el enemigo operaba con sorprendente vacilación y múltiples precauciones, un ataque concentrado de tal género habría obtenido éxito, aunque semejante masa de blindados atraería, sin duda, el fuego artillero y los bombardeos aéreos ingleses con una intensidad inusitada. Sin embargo, hubiésemos podido librar una acción más fluida retirándonos algunos kilómetros hacia el oeste, atacando a los ingleses en el momento de cargar y derrotándolos en terreno despejado. Ni la artillería ni las fuerzas aéreas enemigas hubiesen podido intervenir con su intensidad habitual, en una batalla de tanques de tal género, ya que también sus efectivos habrían quedado en peligro.

Pero la decisión de trasladar fuerzas desde el frente sur era imposible de llevar a la práctica por no contar con la gasolina suficiente. No sólo no hubiésemos podido mantener una batalla móvil, que durase más de uno o dos días, sino que nuestros blindados no podían volverse al sur, en caso de ser atacado dicho sector. Sin embargo, decidí llevar hacia el nor-

te a la 21.ª División Panzer, aun comprendiendo que la carestía de carburante no la permitiría regresar a su punto de partida. Como además era ya evidente que el enemigo realizaría su esfuerzo principal por el norte, buscando allí una decisión durante las siguientes jornadas, la mitad de la artillería fue sacada del frente sur. Al propio tiempo notifiqué al Cuartel General del *Führer* que perderíamos la batalla, a no ser que se nos abasteciera con la máxima urgencia. Juzgando la situación por experiencias anteriores, existían muy pocas esperanzas de que nuestro ruego se viera cumplido.

26 octubre 1942.

Queridísima Lu:

Llegué ayer a las 18'30. La situación es crítica. Tengo mucho que hacer. Tras las maravillosas semanas pasadas en la patria, no resulta fácil aclimatarse otra vez a todo esto. La diferencia es demasiado grande.

Oleadas de bombarderos ingleses continuaron sus ataques durante la noche del 26. Hacia las dos de la madrugada, una furiosa barrera de artillería, en la que intervinieron piezas de todos los calibres, se inició súbitamente en el sector norte. Muy pronto se hizo imposible distinguir entre los cañonazos y el estallido de las granadas, y el firmamento se iluminó con el resplandor de las explosiones. Los continuos bombardeos retrasaron considerablemente la marcha de aproximación de la 21.ª División Panzer y de un tercio de la «Ariete». Al amanecer, la 90.ª División Ligera y la «Trieste» habían entrado en posición al sur de *Sidi* Abd el Rahman.

Aquella mañana (*27 de octubre*) ordené a todas las formaciones que contuvieran a las fuerzas de asalto enemigas mediante el fuego de cuantas piezas siguieran disponibles.

La táctica seguida por los ingleses se basaba, al parecer, en unas existencias inagotables de munición. Su nuevo tanque «General Sherman», que entró en acción por vez primera durante esta batalla, mostró ser superior a cualquiera de los nuestros.

Los ataques contra nuestra línea se vieron precedidos por preparaciones artilleras muy densas y de varias horas de duración. Luego la infantería se adelantaba tras una cortina de fuego y de niebla artificial, eliminando minas y obstáculos. Si tropezaban con dificultades infranqueables, cambiaban de dirección bajo cubierta del humo. Una vez abiertos pasos en los campos de minas, los tanques pesados se ponían en movimiento seguidos de cerca por los soldados. El enemigo demostró una habilidad extraordinaria para realizar estas maniobras durante la noche, y no cabe duda de que las fuerzas debieron ser adiestradas muy a fondo antes de iniciarse la ofensiva.

Al establecer contacto, los tanques británicos, bien artillados, se aproximaban hasta 2000 ó 2700 m. y abrían un fuego concentrado sobre nuestras piezas antitanques y antiaéreas, incapaces de perforar los blindajes a semejante distancia. A pesar de la enorme cantidad de munición utilizada por los carros adversarios —a veces lanzaban más de treinta proyectiles contra un solo blanco—, no se observaba carestía alguna, por haberse puesto en juego transportes de munición acorazados. El fuego artillero estaba dirigido por observadores que acompañaban el ataque de los tanques.

27 octubre 1942.

Queridísima Lu:

La lucha es muy dura. Nadie podría imaginar el peso que estoy soportando. Todo está en juego otra vez, y luchamos contra obstáculos insuperables. Sin embargo, es-

pero salir con bien de todo ello. Como comprenderás, hay que arriesgarlo todo.

METRO A METRO

A primeras horas del 27 de octubre los ingleses atacaron de nuevo hacia el sudoeste, por su antiguo punto de ruptura al sur de la cota 28. Hacia las diez de la mañana me dirigí a la pista del telégrafo. Dos formaciones de bombarderos enemigos, compuesta cada una de 18 aparatos, arrojaban su carga en nuestras posiciones defensivas diez minutos más tarde. Todo el frente continuaba sometido a un impresionante fuego.

Aquella tarde la 90.ª División Ligera debía lanzar contraataques locales contra la cota 28, mientras la 15.ª y la 21.ª Divisiones Panzer, la «Littorio» y parte de la «Ariete» hacían lo propio contra las posiciones inglesas entre los campos de minas L e I.

A las dos y media de la tarde me dirigí de nuevo a la pista del telégrafo, acompañado por el Comandante Ziegler. En el espacio de un cuarto de hora, y por tres veces consecutivas, las unidades de la 90.ª División Ligera que se habían desplegado en terreno abierto para el ataque, fueron bombardeadas por formaciones de 18 aparatos. A las tres de la tarde nuestros bombarderos en picado se lanzaron sobre las líneas inglesas. Todos los cañones y antiaéreos que teníamos en el sector norte concentraron un violento fuego sobre el lugar por el que pretendíamos atacar. Luego los carros avanzaron. Un fuego devastador cayó sobre nuestras filas, y el ataque hubo de interrumpirse ante la poderosa defensa antitanque con que tropezó, llevada a cabo por piezas semienterradas y gran número de carros. Sufrimos considerables pérdidas, y tuvimos que retirarnos. Por regla general hay pocas posibilidades de triunfo en un ataque sobre terreno en el que el ene-

migo ha podido disponer las adecuadas defensas; pero no podíamos optar. El avance de la 90.ª División Ligera quedó detenido por potente fuego de artillería, y una granizada de bombas arrojadas por los aviones. El parte de la división según el cual se había tomado la cota 28, resultó por desgracia equivocado.

Por la noche hubimos de lanzar al frente a fuertes destacamentos de las divisiones acorazadas, con el fin de que cerrasen las brechas. Varias unidades de la 90.ª Ligera cubrieron también la línea. Aquel día la Luftwaffe había transportado solamente 70 toneladas de gasolina, lo cual obligaba al ejército a aprovisionarse sólo para cortas distancias, ya que no sabíamos cuándo podía llegar más carburante ni hasta cuándo debían proseguir las divisiones con las escasas toneladas existentes. Más que nunca, debíamos aplicar la norma de «efectuar sólo los movimientos más precisos».

Mandamos un mensaje de socorro a Roma y al Cuartel General del *Führer*, pero sin esperanza alguna de que la situación mejorase. Estaba ya bien claro que los ingleses nos irían destruyendo poco a poco, ya que permanecíamos virtualmente inmóviles sobre el campo de batalla. Hasta entonces, Montgomery sólo había empleado parte de sus efectivos.

28 octubre 1942.

Queridísima Lu:

No sé si durante los días que nos aguardan podré sentarme un momento a escribir en paz, o si ello será factible jamás. Hoy todavía dispongo de unos momentos.

La batalla prosigue con encarnizamiento. Quizá nos las arreglemos todavía para salir airosos, a pesar de que todo está contra nosotros; pero si las cosas marcharan mal, las consecuencias serían muy graves para el curso de la gue-

rra, ya que el África del Norte caería en manos inglesas en muy poco tiempo, casi sin lucha. Hacemos lo posible para evitarlo, pero la superioridad del enemigo es terrible, y nuestros recursos muy escasos.

No sé si sobreviviré a una derrota. Lo dejo en manos de Dios. La suerte del vencido es muy dura. Tengo la conciencia tranquila, porque he hecho lo posible por conseguir la victoria sin ahorrarme fatigas ni desvelos.

Durante las cortas semanas que he pasado en casa he comprendido bien lo que ambos significáis para mí. Mis pensamientos se dirigen a vosotros dos.

Al día siguiente (*28*) hube de decidirme a llevar más unidades hacia el norte, aun a costa de desguarnecer el frente sur. Las unidades alemanas fueron reemplazadas por un tercio de la «Ariete», que antes había luchado en la zona norte. Por la mañana, los ingleses realizaron tres ataques contra aquel sector, pero hubieron de retirarse cada vez, ante la reacción de nuestras unidades Panzer. Por desgracia habíamos perdido muchos tanques.

Como en días anteriores, incesantes bombardeos aéreos abrumaron a las fuerzas germanoitalianas. La Luftwaffe hizo cuanto pudo por ayudarnos, pero sin conseguir resultados apreciables contra la tremenda superioridad numérica del adversario.

La situación del abastecimiento era cada vez más grave. Cruceros auxiliares y destructores eran movilizados en Italia para satisfacer nuestras urgentes necesidades de munición y gasolina. Por desgracia sólo un corto número de los buques prometidos se dirigían a Tobruk; los demás pusieron rumbo a Bengasi. Sabíamos por experiencia que el transporte desde dichos puertos hasta el frente necesitaba varios días, y existían pocas posibilidades de que la gasolina llegase a nosotros

con el tiempo suficiente para evitar un desastre. Desde el mediodía del 28 se observaron fuertes concentraciones blindadas enemigas frente al campo de minas I. Comprendimos que iban a descargar lo que sin duda consideraban el golpe decisivo, y en consecuencia nos preparamos para la defensa con todos nuestros escasos elementos. A causa de las numerosas bajas sufridas por la infantería germanoitaliana, hube de situar en línea a todo el Afrika Korps.

Una vez más informé a los jefes de que aquella batalla era a vida o muerte. Cada oficial y cada soldado debían cumplir con su deber hasta el final.

Hacia las nueve de la noche, un tremendo bombardeo inglés se inició en la zona oeste de la cota 28. Pronto centenares de cañones concentraron sus disparos sobre el sector del 2.º Batallón del 125.º Regimiento, al norte de la cota.

Eran los preliminares de la nueva ofensiva británica. La aproximación adoptaba la forma de un ángulo recto, uno de cuyos lados se dirigía hacia la costa partiendo de la amplia brecha abierta en el frente de Rommel. El propósito inglés consistía en eliminar el flanco norte de las posiciones adversarias, creando una abertura para la subsiguiente marcha a lo largo de la ruta costera, hacia El Daba y Fuka.

El avance inicial hacia el norte se llevó a cabo por la 9.ª División australiana, auxiliada por parte de la 23.ª Brigada Acorazada. El éxito fue parcial, y los tanques sufrieron numerosas pérdidas.

Los ingleses lanzaron su asalto a las diez de la noche. La fuerza del mismo resultó excepcional. Sin embargo, concentrando todos nuestros cañones, nos las arreglamos para rechazarlo, así como los siguientes, todos ellos con base en el Campo de Minas I. Más hacia el norte, y en el boquete exis-

tente entre los campos I y H, los tanques y la infantería inglesa consiguieron una penetración. La batalla se desarrolló con tremenda furia durante seis horas, hasta que finalmente, el 2.º Batallón del 125.º Regimiento y el 11.º Batallón de Bersaglieri fueron arrollados por el enemigo. Los soldados, rodeados y expuestos a un fuego concéntrico, lucharon desesperadamente.

Entretanto, el Cuartel General había sido trasladado más al oeste. Pasé aquella noche con mis oficiales y soldados en la ruta costera, aproximadamente a la altura del antiguo puesto de mando, observando los resplandores de las explosiones y escuchando el tronar de la artillería. Una y otra vez las formaciones aéreas inglesas efectuaban salidas para descargar sus bombas sobre mis soldados, a la vez que bañaban la comarca con la luz de sus bengalas lanzadas en paracaídas.

No es posible imaginar la ansiedad que nos embargaba. Apenas dormí, y hacia las tres (*29 octubre*) seguía paseando y revolviendo en mi mente los múltiples factores que influirían en la batalla, y las decisiones que me vería obligado a adoptar. Era difícil que nos pudiéramos sostener mucho tiempo, ante ataques de la categoría del que ahora estábamos sufriendo, y que irían ganando intensidad. Cada vez resultaba más claro que no debíamos esperar una ruptura, sino retroceder hacia el oeste, antes de que se produjera. Sin embargo, tal decisión implicaba la pérdida de buena parte de mi infantería no motorizada, debido al escaso poder de las formaciones motorizadas, y a que los propios infantes estaban fuertemente enzarzados en la lucha. Realizaríamos otra tentativa, basada en la tenacidad de la defensa, para persuadir al enemigo a que interrumpiese su ataque. Era un recurso muy re-

lativo, pero la situación del carburante hacía imposible una retirada que condujese a encuentros en terreno abierto.

Si, no obstante, nos veíamos obligados a ello, el objetivo principal del Ejército consistiría en retirar hacia el oeste tantos tanques y armas como le fuera posible. En modo alguno esperaríamos su entera destrucción en la línea de El Alamein. Aquella mañana decidí que si la presión inglesa se hacía demasiado fuerte, nos retiraríamos a la línea de Fuka, antes de que la batalla hubiese alcanzado su punto culminante.

La mencionada línea se iniciaba al sur de Fuka, en la costa, para terminar en la depresión de Quattara, igual que la de El Alamein.

29 octubre 1942.

Queridísima Lu:

La situación continúa siendo muy grave. Para cuando llegue esta carta ya habré decidido si puedo sostenerme o no. Mis esperanzas son escasas.

Por la noche permanezco con los ojos abiertos, incapaz de dormir, a causa de la responsabilidad que pesa sobre mis hombros. Durante el día me siento profundamente fatigado.

¿Qué ocurrirá si las cosas adoptan aún peor cariz? Éste es el pensamiento que me atormenta día y noche. De ocurrir así no podremos salir airosos de la prueba.

La mañana del 29, los ingleses continuaron presionando sobre el segundo batallón del 125.º Regimiento, bajo fuerte protección artillera. Un ataque de la 90.ª División, encaminado a aliviar a los atacados, hubo de enfrentarse a un fuego devastador. Sin embargo, los restos del batallón pudieron despegarse a causa de dicho auxilio y abrirse camino hasta

las unidades vecinas. Buena parte de sus componentes habían sido muertos o heridos o cayeron prisioneros.

El esperado ataque en masa no se produjo aquel día. Era la calma que precede a la tempestad. A las siete de la mañana el Coronel Bayerlein regresó de Europa, y tras una breve conferencia, partió hacia donde se hallaba el Afrika Korps, y donde su presencia era requerida urgentemente.

Cuando se supo que Rommel había trasladado a la 90.ª División Ligera al sector de la costa, bloqueando toda perspectiva de una rápida infiltración por el mismo, Alexander y Montgomery decidieron que lo mejor era volver a la primitiva base de partida, ya que la oposición allí había disminuido. Aquello implicaba reagruparse otra vez, y a causa de lo mismo el nuevo ataque, denominado «operación Supercharge», no estuvo dispuesto hasta la noche del 1.º de noviembre.

Hacia las once y media, recibí la desconsoladora noticia de que el petrolero *Louisiana*, mandado en substitución del *Proserpina*, había sido hundido por un torpedo aéreo. Todo había terminado. El mal humor que me produjo esta noticia fue descargado sobre el General Barbassetti que llegó a mi Cuartel General poco después, como representante del Mariscal Cavallero, que se encontraba en Roma. Lo que más me irritaba era que los cruceros italianos, fuertemente armados, y los buques de transporte fuesen enviados todavía a Bengasi, con el fin de eludir los ataques de los torpedos aéreos.

Resultaba evidente que en Roma no se habían dado cuenta de que el ejército se enfrentaba a una completa aniquilación, a menos que sus formaciones móviles pudiesen disponer del carburante necesario, sin pérdida de tiempo. De improviso se decidió poner a los submarinos, a los buques de guerra, a los aviones civiles y a cuantas embarcaciones fuese posible al

servicio de nuestro transporte. Si se hubiese hecho después de la conquista de Tobruk, no nos hubiéramos encontrado detenidos en El Alamein a finales de octubre. Ahora era ya demasiado tarde.

El 29 de octubre llegó sin que los ingleses hubiesen iniciado su ofensiva. Indudablemente se estaban concentrando. Discutía con Westphal los detalles del plan de retirada a Fuka, cuando recibimos la alarmante noticia de que dos divisiones inglesas habían avanzado por la depresión de Quattara, alcanzando un punto situado a 96 Km. al sur de Marsa Matruh. Nos quedamos estupefactos, porque carecíamos de defensa contra tal movimiento. Varias unidades que se encontraban en retaguardia fueron enviadas inmediatamente al sector amenazado. Sin embargo, a la mañana siguiente descubrimos que toda aquella historia era pura invención del Commando supremo italiano.

30 octubre 1942.

Queridísima Lu:

El frente está algo más tranquilo. He dormido algo, me siento reanimado, y espero que todo acabe bien.

El frente continuaba relativamente quieto, exceptuando el intenso fuego de la artillería y los ataques aéreos que castigaban nuestro sector norte. Aquel día la R.A.F. concentró su actividad sobre la ruta costera, donde muchos vehículos fueron destruidos en vuelo rasante. Ante nuestro profundo alivio, la situación mejoró algo con la llegada de un buque italiano que transportaba 600 Tm. de gasolina.

Aquel día reconocimos las posiciones de Fuka. El ejército había quedado tan maltrecho por los bombardeos, que no cabía esperar una resistencia demasiado prolongada contra las tentativas inglesas de ruptura, que se iniciarían de un mo-

mento a otro. En el desierto las formaciones de infantería italianas resultarían un verdadero estorbo, ya que carecían por completo de medios de transporte. Durante nuestra retirada de Cirenaica en 1941-42, los italianos que sitiaban Tobruk se encontraban lo suficientemente al oeste como para ser retirados bajo la protección de las unidades acorazadas y motorizadas. Ahora, cualquier retroceso de la infantería abriría los sectores central y meridional del frente, dejando paso libre a las poderosas fuerzas acorazadas inglesas. El único recurso consistía en retirar precipitadamente a las unidades, bajo cubierto de la obscuridad, cargar lo que se pudiera en las columnas de transporte, y tras haber formado un amplio frente con las tropas motorizadas, retirarse luchando hacia el oeste. Pero antes había que esperar a que los ingleses actuaran, con el fin de asegurarnos de que se libraría batalla, y no pudiesen arrojar a sus fuerzas por la brecha, produciendo un hundimiento.

Se cursaron órdenes a la 21.ª División Panzer para que, durante la noche del 30, se retirara de la línea al oeste de los campos de minas K y L, convirtiéndose en elemento móvil, quedando reemplazada en el frente por la División «Trieste». Llevábamos a cabo dichas maniobras en la obscuridad, cuando de improviso una fuerte barrera artillera se abatió sobre el sector sostenido por el 125.º Regimiento de Infantería. Nuestra artillería de campaña y antiaéreos contestaron inmediatamente, disparando sobre las zonas de concentración enemigas, al sur del campo de minas H, pero no pudieron dispersar a las densas unidades de infantería y formaciones acorazadas. Tras una hora de preparación, los australianos iniciaron el ataque, inmovilizando al 125.º Regimiento por el frente, a la vez que asaltaban su flanco por el sur. Fuertes contingentes acorazados ingleses, que marchaban hacia el

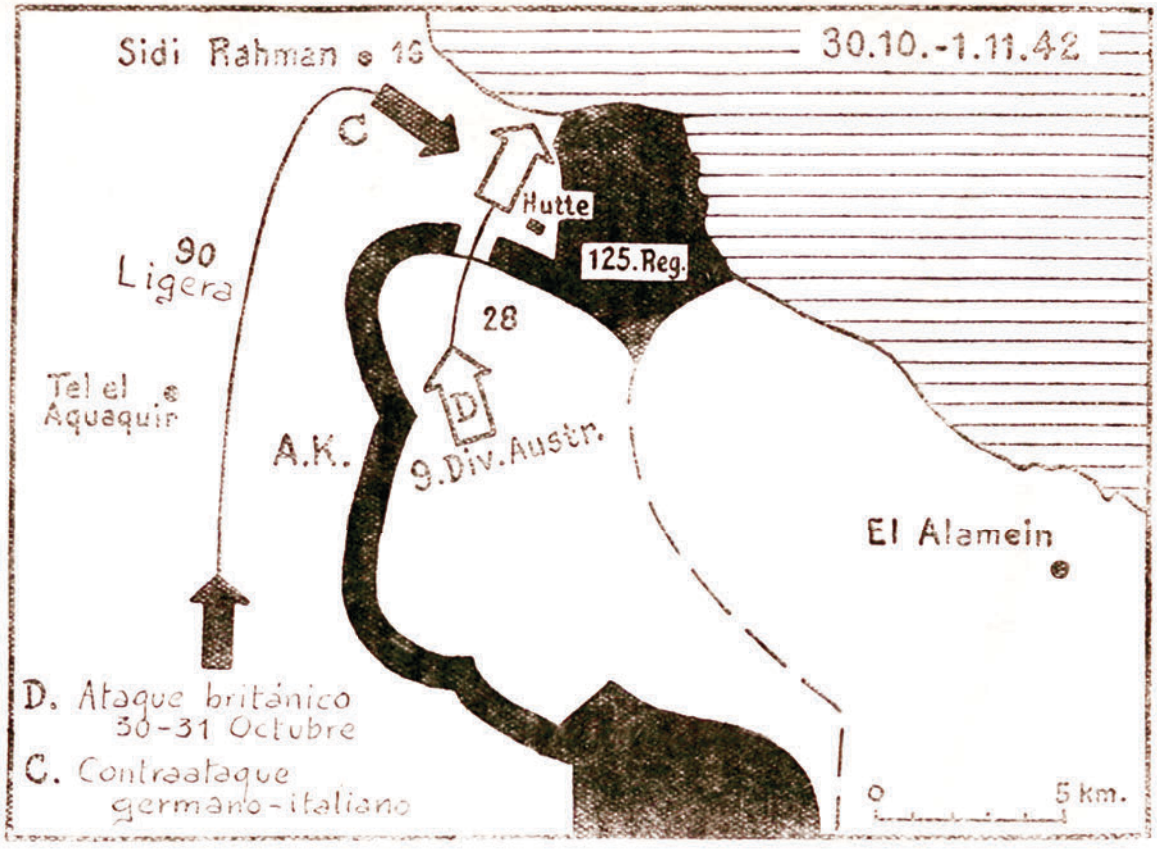
norte desde la zona septentrional de la cota 28, arrollaron a un batallón de artillería ligera del XXI Cuerpo italiano, cuyos componentes ofrecieron valerosa resistencia, encontrando la muerte o abriéndose camino hacia el sector inmediato.

A la mañana siguiente, 31 de octubre, una fuerza de 30 carros pesados ingleses había alcanzado la ruta costera, y atacaba a parte del 36.º Regimiento de Granaderos, situado en segunda línea. Como la 21.ª División Panzer seguía siendo relevada por la «Trieste», la única unidad disponible para el contraataque era el 580.º Batallón de Reconocimiento. Inmediatamente me dirigí a *Sidi* Abd el Rahman, estableciendo mi puesto de mando al este de la mezquita. El enemigo se había abierto camino hacia la costa, aislando al 125.º Regimiento de Infantería. El General Von Thoma, que a las diez de la mañana apareció en mi puesto de mando con Bayerlein, se encargó del contraataque, a efectuar por elementos de la 21.ª División Panzer y de la 90.ª Ligera, y que sería precedido por intensa actividad de los bombardeos en picado y de la artillería del sector.

31 octubre 1942.

Queridísima Lu:

La situación vuelve a agravarse. Personalmente sigo bien. Me estoy acostumbrando a las dificultades. Hace una semana me encontraba tranquilamente en vuestra compañía.



La situación desde el 30 de octubre hasta el 1.º de noviembre

Nuestro ataque se inició hacia las doce, pero no pudo obtener la deseada penetración, porque el enemigo se despegó, dispersando nuestros tanques e infantería por medio de fuego artillero y bombardeos aéreos. El 125.º Regimiento restableció el contacto. Más tarde pudimos auxiliar a ambas unidades por medio de la acción de un grupo mandado por el General Von Thoma, que consiguió al día siguiente arrojar al enemigo hacia el sur, más allá de la vía férrea.

A primeras horas de la tarde del primero de noviembre me dirigí a la cota 16 con el General Von Thoma, el General Sponeck y el Coronel Bayerlein, para inspeccionar el terreno sobre el que se había librado la acción. La visibilidad era excelente. En la estación del ferrocarril llamada «La Cabaña» (cerca de Tell el Eisa, y que los ingleses denominaban «Thompson's Post») ondeaba una bandera de la Cruz Roja. Alrededor de «La Cabaña» se encontraban 7 tanques destruidos, y más allá podíamos ver otros 30 ó 40 blindados ingleses, también inutilizados. Como los británicos procedían a retirar sus heridos, nuestra artillería cesó de disparar.

Durante la jornada, oleadas de bombarderos ingleses, cada una compuesta por 18 ó 20 aparatos, atacaron nuestro frente, al norte de la cota 28, unas treinta y cuatro veces. El aire estaba lleno de centenares de cazas adversarios, y buen número de cazabombarderos pasaron el día hostigando a nuestros vehículos de aprovisionamiento, en la carretera de la costa.

La situación seguía tan lamentable como antes, aunque se notaba un ligero aumento en la gasolina, como resultado de los últimos envíos, por vía aérea, a Tobruk. La situación del amunicionamiento era desastrosa. Sólo 40 toneladas habían llegado al África del Norte desde el principio de la ofensiva inglesa, y nos veíamos obligados a las más estrictas econo-

mías. Nuestras órdenes eran de que las concentraciones inglesas fuesen castigadas tan sólo por fuego disperso.

Los ingleses habían utilizado hasta entonces sólo unas cuantas de sus divisiones, y disponían de 800 tanques que ahora estaban reuniendo ante las líneas del sector norte, para un ataque decisivo. Por nuestro lado teníamos sólo 90 carros alemanes y 140 italianos. Cómo consideraban en Roma la situación, queda demostrado por la carta de Cavallero, recibida la tarde del 1.º de noviembre.

«Al Mariscal Rommel:

El Duce me autoriza a transmitirle su profundo aprecio, después del victorioso contraataque dirigido personalmente por usted. El Duce le expresa su completa confianza en que la batalla que ahora se libra llegue a una feliz conclusión, bajo su mando. —Ugo Cavallero».

Pronto comprendimos que el Cuartel General del *Führer* no estaba mejor informado de la situación en África. A veces resulta contraproducente el disfrutar de cierta reputación en el terreno militar. Uno sabe hasta dónde puede llegar, pero los demás esperan milagros y atribuyen cualquier derrota a una absoluta falta de interés.

Entretanto, habían llegado informes del reconocimiento efectuado en la línea de Fuka. La depresión existente en la parte sur la hacía inaccesible a los tanques. De modo que en caso de necesidad podríamos sostenernos allí hasta que los ingleses emplazaran su artillería, dándonos tiempo para establecer refuerzos que sacaríamos de donde pudiéramos.

Es probable que en el Cuartel General del *Führer* se intuyese algo de lo que estaba ocurriendo, ya que, como más tarde supe, disponían de una copia de nuestro horario para la operación.

Domingo, 1.º noviembre 1942.

Queridísima Lu:

Hace una semana que salí de casa. Una semana de durísima lucha. A veces he dudado de que pudiéramos resistir. Sin embargo, lo conseguimos, aunque con cuantiosas pérdidas. No ceso de recorrer el frente, con el fin de estar presente en todos los lugares afectados. Ayer sufrimos graves apuros en el norte, aunque hacia la tarde la situación se había restablecido. Esta contienda exige mucha energía nerviosa, pero físicamente sigo bien. Parece ser que hay suministros en camino, pero resulta trágico el que lleguen cuando ya hemos perdido casi todas las esperanzas.

LA VICTORIA O LA MUERTE

El esperado ataque inglés se desencadenó la noche del 1.º de noviembre. Durante tres horas las granadas de cientos de cañones estallaron en nuestras líneas de defensa, mientras bombarderos nocturnos atacaban a las fuerzas germanoitalianas. A continuación oleadas de infantería y de tanques avanzaron al asalto tras una cortina de fuego. En primer lugar, se produjo una fuerte embestida contra el 200.º Regimiento de Infantería, a ambos lados de la cota 28. Los ingleses consiguieron pronto una penetración y avanzaron con tanques y vehículos blindados hacia el oeste. Tras dura lucha, conseguimos detenerlos, poniendo en juego a las reservas de la 90.ª División Ligera. El enemigo incrementó rápidamente sus efectivos en el boquete abierto en nuestras líneas.

El XXX Cuerpo inglés concentraba su actividad en un estrecho frente (4000 m.), pero estaba dotado de gran profundidad escalonada y de un ímpetu considerable. Dos brigadas de infantería, apoyadas por la 23.ª Brigada Acorazada, abrieron un pasillo de 4000 m. de longitud, a tra-

vés de la nueva posición enemiga, eliminando las minas. Luego la 9.ª Brigada Acorazada siguió dicha ruta con intención de avanzar otros 2000 m., y penetrar, antes del amanecer, en las posiciones artilleras de Rommel. A continuación intervendrían la 1.ª, 7.ª y 10.ª Divisiones Acorazadas. Las instrucciones de Alexander decían así: «El General Montgomery ha cursado enérgicas órdenes para que las divisiones acorazadas del X Cuerpo sean las encargadas de abrirse camino, si el XXX Cuerpo no alcanza sus objetivos». Pero dichas instrucciones no pudieron ser aplicadas de manera inmediata.

Poco después, formaciones inglesas afluyeron en masa por el frente de la 15.ª División Panzer, al sudoeste de la cota 28. Infantería neozelandesa y poderosas unidades acorazadas —según documentos capturados, sus tanques ascendían a 400 ó 500— avanzaron hacia el oeste, arrollando a un regimiento de la «Trieste» y a un batallón de granaderos alemanes, a pesar de la férrea resistencia de ambos, llegando al amanecer a un lugar situado al oeste de la pista telegráfica.

Según informaciones de mis observadores artilleros, otros 400 tanques se hallaban al este de los campos de minas. Grupos aislados de carros ingleses consiguieron abrirse camino e iniciaron la persecución de nuestras unidades de abastecimiento.

2 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

Otra vez padecemos dura lucha, no muy favorable a nuestras armas. El enemigo nos está obligando a abandonar lentamente las posiciones, con su enorme superioridad numérica. Esto significará él fin. Puedes imaginar mis sentimientos. Un ataque aéreo sucede a otro, y a otro, y a otro.

A primeras horas de la mañana (*2 noviembre*) el Afrika Korps contraatacó, consiguiendo algunos éxitos, aunque a costa de severas pérdidas en blindados, ya que nuestros tanques no podían enfrentarse a los pesados carros ingleses. La penetración adversaria de 4000 m. —el mando enemigo había colocado, tras de los ya mencionados tanques, a 15 regimientos de artillería, provistos de inagotable munición— pudo quedar cerrada. Gracias al desesperado fuego de toda la artillería y antiaéreos disponibles, y sin tener en cuenta la escasez de munición, se pudo impedir una posterior penetración inglesa.

Se hacía muy difícil saber exactamente lo que estaba ocurriendo, ya que nuestras comunicaciones habían quedado reducidas a pedazos. En diversos lugares del frente reinaba un absoluto caos.

La 21.ª y 15.ª Divisiones Panzer —es decir, sus elementos aún no trasladados al frente— afluían desde el norte y el sur para cerrar la brecha. Siguió un duro encuentro de tanques. Las fuerzas aéreas y la artillería adversaria martilleaban sin cesar a nuestras tropas. Hacia mediodía, 7 formaciones, de 18 bombarderos cada una, descargaron sus explosivos. Nuestros cañones de 88 mm., únicas armas efectivas contra los tanques, iban quedando inutilizados uno tras otro. Aunque todos los antiaéreos disponibles habían sido trasladados al frente, sólo logramos reunir 24. Muy pronto casi todas nuestras fuerzas móviles se encontraban en línea. Habíamos extraído ya todos los refuerzos posibles a las unidades administrativas, pero aun así nuestra potencia era un tercio de lo que fue al iniciarse la batalla. Me dirigí repetidas veces al frente, y observé el curso de la acción desde una altura.

Los ingleses destruían uno tras otro a los tanques de la «Littorio» y de la «Trieste». Los antitanques italianos de

47 mm. no resultaban más efectivos que los nuestros de 50 mm. Entre las tropas italianas se observaban señales de desintegración. Unidades de la «Littorio» y de la «Trieste» huían hacia el oeste, sin que sus oficiales pudiesen dominarlas.

A primeras horas de la tarde la gravedad de la situación nos obligó a llevar a la «Ariete» hacia el norte, a lo largo de la pista telegráfica, dejando completamente abandonado el frente sur. Tras algunos retrasos, conseguí establecer contacto con el Coronel Bayerlein, a través del jefe de Estado Mayor, notificándole dicha decisión. A última hora de la tarde, la «Ariete» se puso en marcha, llevándose a parte de la artillería del sector meridional. Decidí también que había llegado el momento de acortar el frente, sacando al 125.º Regimiento de sus posiciones y desplegándolo formando línea con la pista telegráfica.

A última hora de la tarde recibí informaciones acerca de los abastecimientos del Ejército Panzer. La situación era desesperada. Durante la jornada habíamos disparado 450 toneladas de munición, llegando sólo 190, traídas a Tobruk por tres destructores.

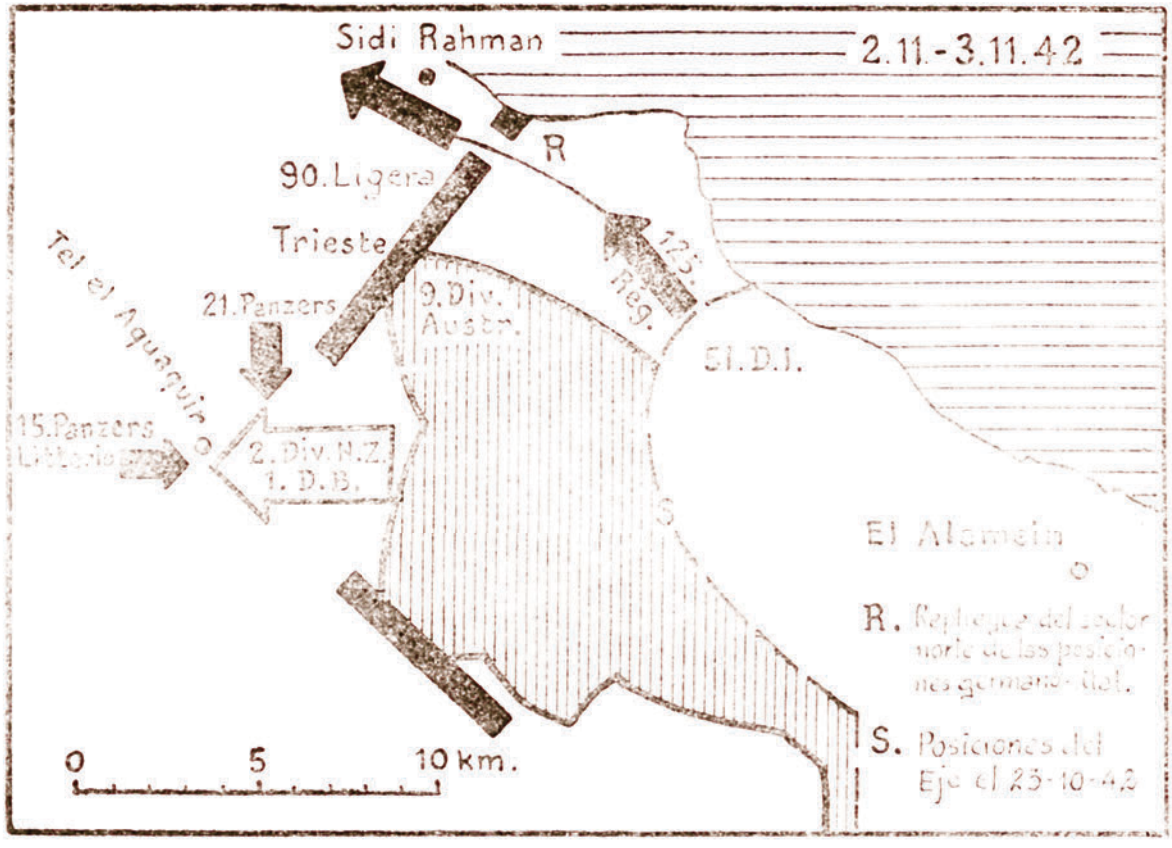
Los ingleses eran ya los verdaderos amos del aire y el mar hasta más allá de Tobruk, no cesando en sus ataques contra la ciudad. Varios buques habían sido hundidos en el puerto, durante los pasados días. Debido al aumento de nuestras maniobras, la gasolina escaseaba otra vez de manera alarmante. Pero aún nos esperaba la parte más difícil de la lucha.

Aquella noche se hizo evidente que los ingleses concentraban sus blindados de segunda línea en el punto de penetración. La destrucción final se cernía sobre nosotros. Al Afrika Korps le quedaban únicamente 35 tanques.

El asunto tenía un aspecto muy distinto «al otro lado». La 9.ª Brigada Acorazada había perdido el 75 por 100 de sus efectivos, entre los que se incluían 85 tanques, y aunque la 2.ª y la 8.ª Brigadas acudieron a través de los campos de minas para reforzarla, el ataque se detuvo ante la amenaza de los antitanques al frente y de los carros que amenazaban ambos flancos. El avance siguió estacionario durante la jornada del 3 de noviembre, proporcionando a Rommel una excelente oportunidad para escapar.

Había llegado el momento de retroceder hasta la línea de Fuka. Alguna de nuestras instalaciones de retaguardia se encontraban ya bastante lejos, hacia el oeste. Durante la noche el frente sur se replegó también a las posiciones que habíamos ocupado antes de nuestra ofensiva de finales de agosto. El 125.º Regimiento se situó en la zona meridional de Disi Abd el Rahamn. La 90.ª División Ligera, el Afrika Korps y el XX Cuerpo italiano se retirarían lentamente, permitiendo a las divisiones no motorizadas el hacerlo a pie o en camiones. Teniendo en cuenta que los ingleses se habían mostrado vacilantes y que todas sus operaciones fueron de una cautela incomprensible, esperé poder salvar al menos una parte de la infantería.

El ejército estaba tan exhausto, después de aquellos diez días de batalla, que no podía ofrecer ninguna oposición efectiva frente al próximo ataque, que esperábamos para el día siguiente. Nuestra escasez de vehículos hacía casi imposible una retirada en buen orden de las fuerzas no motorizadas. Además, los elementos móviles se encontraban tan enzarzados en la pelea, que no podíamos confiar en un despegue completo. En tales circunstancias no cabía sino esperar una gradual destrucción de mis fuerzas. Informé en tal sentido al Cuartel General del *Führer*.



La ofensiva inglesa y el repliegue del Eje del 2 y 3 de noviembre

Nuestras intenciones para el 3 de noviembre consistían en retroceder ante la presión inglesa, hasta la zona meridional de un punto localizado a 16 Km. al este de El Daba. El despegue de nuestras unidades en los sectores central y meridional no fue notado, aunque no disponiendo de vehículos y debiendo arrastrar las armas pesadas, la maniobra resultó muy lenta. Sin embargo, y a pesar de todas las dificultades, las divisiones del sur se encontraban por la mañana en sus nuevas posiciones.

3 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

La batalla se ha vuelto en contra nuestra. Nos vemos literalmente aplastados por la fuerza del enemigo. He intentado salvar parte del ejército, pero me pregunto si lo conseguiré. Por la noche permanezco sin dormir, exprimiéndome el cerebro en busca de una solución para la terrible prueba a que se encuentran sometidas mis desgraciadas tropas.

Nos esperan días muy difíciles, quizá más de lo que un hombre puede soportar. Los muertos tienen suerte. Todo ha transcurrido para ellos. Pienso constantemente en vosotros, con amor y gratitud. Quizás todo acabe bien aún, y nos veamos otra vez.

La jornada del 3 de noviembre quedará como una fecha memorable en la historia, no sólo porque se hizo patente que la suerte nos había abandonado, sino porque a partir de entonces la libertad de acción del Ejército Panzer quedó coartada de manera continua por la interferencia de organismos superiores.

A primera hora de la mañana experimenté la desagradable sensación de que, a pesar de nuestros clarísimos informes, el

Alto Mando no llegaba a comprender las condiciones a que nos enfrentábamos, y en consecuencia decidí enviar a mi ayudante, el Teniente Berndt, para que celebrase una entrevista con el *Führer*. La misión de Berndt consistía en expresarse claramente ante los miembros del Cuartel General del *Führer*, insistiendo en que el África del Norte estaba ya perdida. Luego solicitaría la máxima libertad de acción para el Ejército Panzer. Deseaba a toda costa no ser un juguete en manos de los ingleses, que se esforzarían en rodearnos y destruirnos. Proyectaba librar acciones aisladas, en cuantas posiciones intermedias me fuera posible, obligando al enemigo a emplazar cada vez su artillería, y evitar batallas decisivas hasta disponer del potencial suficiente o que el grueso del Ejército hubiese sido transportado a Europa, quedando en África una pequeña porción del mismo para cubrir la retirada.

A las nueve de la mañana partí en automóvil por la carretera de la costa, hasta llegar al Puesto de Mando avanzado. Gran número de vehículos, en su mayoría italianos, obstruían la ruta, pero, cosa sorprendente, no se observaba la presencia de cazabombarderos ingleses. Hacia las diez, el General Von Thoma y el Coronel Bayerlein notificaron que los ingleses formaban un semicírculo frente al Afrika Korps, que poseía aún 30 tanques utilizables. El enemigo sólo lanzaba ataques de tanteo y parecía dedicado a reorganizar y aprovisionar sus contingentes. El momento era propicio, y ordené a parte de las unidades italianas que iniciaran la marcha. A pesar de nuestras frecuentes reclamaciones, los vehículos prometidos por Barbassetti no habían llegado, y los italianos tuvieron que partir a pie. Densas columnas de vehículos marchaban ya hacia el oeste. Muy pronto la carretera quedó cubierta por un intenso tráfico. Los ingleses observaron

pronto nuestro movimiento y atacaron la ruta con unos 200 cazabombarderos. También sus bombarderos se mostraron extremadamente activos durante la jornada. El Afrika Korps sufrió once ataques sólo por la mañana, llevados a cabo por potentes escuadrillas.

Hacia el mediodía regresé a mi puesto de mando, tras haber logrado escapar a velocidad vertiginosa a una alfombra de bombas tendida por 18 aviones ingleses. A la una y media llegó una orden del *Führer*, que decía aproximadamente así:

«Al Mariscal Rommel:

En la situación actual no queda otra alternativa que la de resistir hasta el máximo,arrojando a la batalla a todos los cañones y los hombres disponibles. Se están realizando los mayores esfuerzos para ayudarles. A pesar de su superioridad, el enemigo debe hallarse también al cabo de sus fuerzas. No sería la primera vez en la historia, en que la energía y la voluntad triunfaron sobre los más nutridos batallones. No puede mostrar a sus tropas más camino que el de la victoria o la muerte. —Adolfo Hitler».

Aquella orden exigía de nosotros lo imposible[23]. Incluso el soldado más valiente nada puede contra una bomba. A pesar de la claridad de nuestros partes, no se comprendía en el Cuartel General del *Führer* la situación auténtica en el Norte de África. No eran órdenes, sino armas, gasolina y aviones, lo que necesitábamos. El golpe nos tenía atónitos, y por vez primera me encontraba sin saber qué hacer. Una especie de apatía se apoderó de nosotros mientras cursábamos la orden de resistir, según la carta recibida de la suprema autoridad. Me vi obligado a ello, puesto que siempre había exigido a los demás una obediencia incondicional, y ahora debía aplicarme el mismo principio. De haber sabido lo que iba a ocurrir, habría actuado de manera muy distinta, ya que a partir de

entonces tuvimos que soslayar multitud de órdenes del *Führer* o del *Duce*, con el fin de salvar al ejército de su destrucción. Pero aquella vez la interferencia de las autoridades superiores en la conducta táctica de las operaciones nos causó un estupor considerable[24].

Los movimientos hacia el oeste fueron detenidos, a la vez que se realizaba lo posible para fortalecer nuestra defensa, y se informaba al *Führer* de que la permanencia en las posiciones actuales significaría la pérdida total del Ejército Panzer y de los territorios del Norte de África.

La orden ejerció un efecto electrizante entre las tropas. Tras aquellas palabras del *Führer*, todos estaban dispuestos a sacrificarse. Al observar el admirable espíritu de los soldados, nos sobrecogió una profunda amargura. Cada hombre, incluyendo a todas las graduaciones, sabía que ni aun los mayores esfuerzos podrían alterar el curso de la batalla. No fue hasta la tarde, cuando los ingleses siguieron la retirada del X Cuerpo italiano en el sector sur, tras haber pasado la mañana malgastando munición de artillería sobre las posiciones abandonadas. Se rechazaron los ataques sobre nuestro flanco norte. Aquel sector sufrió los efectos de los carros enemigos, infiltrados en nuestra retaguardia[25]. Considerable número de dichos vehículos habían roto nuestro frente y hostilizaban a las columnas de abastecimiento, haciendo casi imposible el suministro de agua y víveres al X Cuerpo. Finalmente, tuvimos que utilizar carros italianos para proteger a los convoyes.

La división «Bologna» se encontraba ya en camino hacia el oeste, y los oficiales italianos tropezaron con grandes dificultades para hacerle emprender el regreso hacia el frente, ya que las columnas eran casi imposibles de localizar.

3 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

La batalla sigue con terrible furia. No puedo ya creer en que acabemos triunfando. Hoy partirá Berndt en avión para informar al Führer.

Incluyo 25 000 liras que he podido ahorrar.

Sólo Dios sabe lo que será de nosotros...

P. D. —Haz que Appel cambie las liras. ¡Hay que respetar las normas que rigen para toda moneda extranjera!

Por la tarde mandé al Teniente Berndt al Cuartel General del *Führer*, con el encargo de informar que si cumplíamos la orden, la destrucción final del ejército germanoitaliano sería cuestión de días. Ya habíamos sufrido terribles daños por su causa. Aquella misma noche Berndt me notificó, desde Marsa Matruh, que centenares de aviones en vuelo rasante habían atacado la atestada carretera, desde las cinco hasta su llegada a Marsa Matruh, a las nueve. La ruta estaba interceptada por vehículos ardiendo, y tenían lugar gravísimos atascos. En muchos casos conductores y soldados abandonaron sus vehículos, huyendo hacia el oeste a pie. Por doquier se veían camiones abandonados.

La noche del 3 de noviembre transcurrió también sin movimientos dignos de mención por parte de los ingleses. Aquello representaba un tiempo precioso para nosotros, ya que entretanto hubiésemos podido retirar hasta Fuka al grueso de nuestras fuerzas, sufriendo pocas bajas. No me había atrevido siquiera a imaginar tal amabilidad por parte del jefe inglés. Sin embargo, no pudimos aprovecharla.

La mañana del 4 de noviembre el Afrika Korps, al mando del General Von Thoma, y la 90.ª División Ligera, bajo la jefatura del General Von Sponeck, formaron una débil línea semicircular a cada lado de Tell el Mampsra, extendiéndose

hasta un punto situado 16 Km. al sur de la línea férrea, donde enlazaba con el Cuerpo Acorazado italiano, consistente en la División «Ariete» y lo que quedaba de la «Trieste» y la «Littorio». El sector sur estaba guarnecido por la «Trento», la Brigada Ramcke de paracaidistas y el X Cuerpo italiano.

Tras una preparación artillera de una hora, los ingleses iniciaron su ataque hacia las ocho de la mañana. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, el Afrika Korps, con el General Von Thoma en primera línea, y la 90.ª División Ligera consiguieron rechazar ataques enemigos, apoyados por unos 200 tanques, que prosiguieron hasta el mediodía. El Cuerpo Panzer alemán tenía sólo 20 en situación de combatir.

En su informe, Alexander dice: «Por lo que respecta a las bajas, podíamos pasarlas por alto, ciñéndonos a las necesidades de la persecución. El 4 de noviembre el 8.º Ejército podía arrojar a la lucha casi 600 tanques contra 80 alemanes».

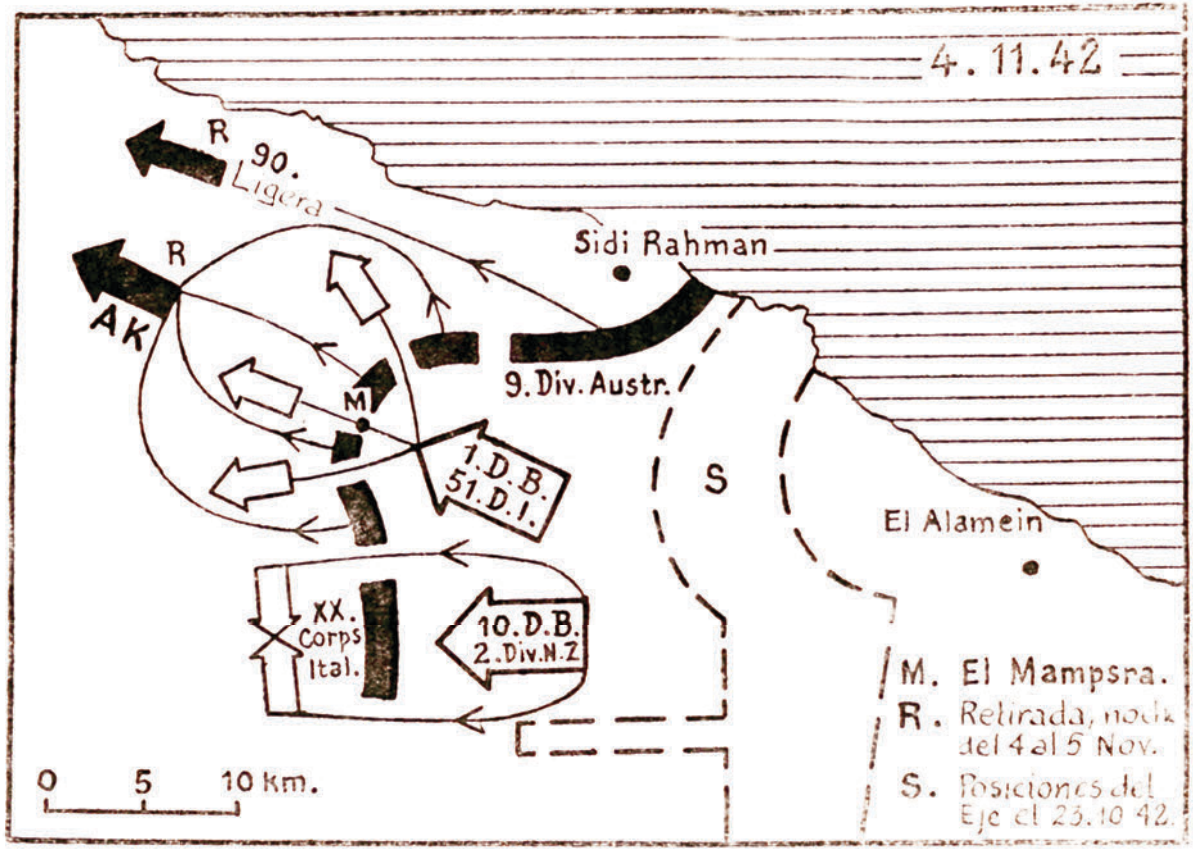
El número de los carros germanos en situación de combate era menor del que se suponía. Más de 500 ingleses habían quedado averiados, es decir, tres veces más que los perdidos por el enemigo; pero podían permitirse tal despilfarro, y a la larga la cifra resultaba provechosa.

La victoria se conseguiría siempre y cuando no fallaran la resolución del mando y el aguante de las tropas. En ello residía la clave del triunfo.

El Mariscal Kesselring llegó por la mañana a mi puesto de mando. Como intuí que la optimista actitud del *Führer* debía basarse en los parte enviados por la Luftwaffe, tuvo lugar un intercambio de frases airadas. Kesselring creía que la experiencia en el Este había servido al *Führer* para confirmarle en su opinión de que en situaciones parecidas era preciso sostenerse a toda costa. Le respondí con toda claridad: «Hasta el

presente, he dado por descontado que el mando de este Ejército era de mi absoluta incumbencia. La desventurada orden ha caído aquí como una bomba. No se puede aplicar ciegamente la experiencia de Rusia a la guerra de África. Debían haberme dejado en libertad de decidir»[26].

Pero la orden se basaba en otros factores..., como más tarde comprenderíamos con toda claridad. Por paradójico que pueda parecer, en el Cuartel General del *Führer* se tenía la costumbre de subordinar los intereses militares a los de la propaganda. No había nadie capaz de decir claramente al pueblo alemán y al mundo que El Alamein se había perdido, y creían poder soslayar nuestro destino con una orden de «victoria o muerte». Hasta aquel instante habíamos disfrutado de libertad de acción. Pero ahora las cosas variaban.



El ataque decisivo del 4 de noviembre

Tras de mi conferencia con Kesselring, me dirigí al Puesto de Mando del Afrika Korps, que se encontraba algunos kilómetros al oeste del frente. Antes de partir, telefoneé a Bayerlein para decirle que la 90.ª División Ligera estaba situándose, con grandes dificultades, más hacia el este, y que el Afrika Korps sólo debía retirarse lentamente si la presión inglesa se hacía demasiado fuerte. Al llegar al Cuartel General del Cuerpo, el Ia anunció que los ingleses no habían emplazado aún su artillería ante las posiciones del mismo, y que parecían haber suspendido los ataques.

Mi jefe de Estado Mayor, Coronel Westphal, me dijo por teléfono que el enemigo había conseguido una penetración por el frente del XXI Cuerpo, al sur del XX, y que unidades del primero se retiraban. Los antitanques italianos se habían mostrado inútiles contra los pesados carros británicos. Hacia las diez de la mañana, poderosas formaciones de blindados habían aparecido frente al XX Cuerpo, y poco después las divisiones italianas, en especial su artillería, se habían visto sometidas al fuego incesante de los cañones adversarios, combinado con fuertes ataques de la aviación. Westphal añadió que la situación era muy seria y que se estaba librando una violenta batalla de blindados.

Hacia la una, Bayerlein regresó al Puesto de Mando del Afrika Korps, informando acerca de cómo iban las cosas en el frente. El *Kampfstaffel*[27] había sostenido el centro de la línea en Tell el Mampsra, con la 21.ª División Panzer al norte y la 15.ª al sur. Ambas se las habían compuesto para operar bien, dentro de lo que permitían las circunstancias. Pero el *Kampfstaffel* —prosiguió Westphal— quedó arrollado, siendo inútiles los requerimientos dirigidos al General Von Thoma para que abandonara el frente. Lo más probable es que hubiera muerto. Bayerlein había podido librarse en el último

instante partiendo a pie, cuando los tanques ingleses se preparaban para tomar la colina de Tell el Mampsra, donde ardían los vehículos y equipos del *Kampfstaffel*.

Enormes nubes de polvo flotaban en el sur y sudeste, allí donde la desesperada lucha de los inadecuados tanques italianos del XX Cuerpo proseguía contra un centenar de carros ingleses que habían rodeado su flanco derecho. Más tarde, el Comandante Von Luck, cuyo batallón fue enviado a taponar la brecha entre los italianos y el Afrika Korps, me contó como los primeros, que por entonces representaban el grueso de nuestras fuerzas motorizadas, se habían batido con extraordinario valor. Von Luck les prestó ayuda con sus cañones, pero no pudo evitar su destino final. Un tanque tras otro fueron destruidos o incendiados, mientras un terrible fuego de artillería martilleaba los emplazamientos de las piezas y las posiciones de la infantería. Hacia las tres y media de la tarde llegó el último comunicado de la «Ariete»:

«Tanques enemigos han penetrado al sur de la división. La Ariete cercada. 5 Km. noroeste de Bir el Abd. Los tanques siguen acción».

Al atardecer, el XX Cuerpo italiano había quedado completamente barrido, tras valerosa lucha. Junto con la «Ariete» perdimos a nuestros camaradas italianos más antiguos, a los que habíamos exigido quizá más de lo que podían dar con su inadecuado armamento.

Al observar el campo de batalla desde nuestro puesto de mando, vimos que fuertes formaciones blindadas inglesas habían irrumpido en el sector del Afrika Korps y presionaban hacia el oeste.

La situación, al caer la tarde, era la siguiente: A la derecha del Afrika Korps, poderosas formaciones enemigas habían destruido al XX Cuerpo motorizado italiano, abriendo un bo-

quete de 17 Km., a través del cual irrumpían los tanques. En consecuencia, nuestras fuerzas del norte corrían el riesgo de ser cercadas por contingentes blindados veinte veces superiores. La 90.ª División Ligera se había batido magníficamente, pero la línea defendida por el Afrika Korps quedaba rota, a pesar de la valerosa resistencia ofrecida por todos sus elementos. No disponíamos de reservas, ya que hombres y cañones disponibles se encontraban cubriendo la línea.

Acababa, pues, de producirse lo que tratamos por todos los medios de evitar. El frente estaba roto, y las fuerzas enemigas se desbordaban sobre nuestra retaguardia. Las órdenes superiores no nos servían ya de nada. Nuestro deber era salvar lo que pudiéramos. Tras una conversación preliminar con el Coronel Bayerlein, que había vuelto a tomar el mando del Afrika Korps, cursé la orden de retirada. El General Von Thoma había tratado de impedir la penetración inglesa en su sector, y, como supimos más tarde por los partes ingleses, fue hecho prisionero tras de la destrucción de su *Kampfstaffel*.

Semejante decisión podía representar un medio para salvar a la parte motorizada del Ejército Panzer, aunque sus pérdidas fuesen tan considerables a causa del aplazamiento de veinticuatro horas en su retirada, que no podía ya oponerse eficazmente en ningún lugar al avance inglés. La orden se cursó a las 15.30, y el movimiento se inició sin pérdida de tiempo.

No había posibilidad de establecer un sistema ordenado para la maniobra, ya que sólo un rápido despegue podía protegernos contra los ataques aéreos ingleses, que aquel día alcanzaron su máxima intensidad. Todo cuanto no pudiera alcanzar inmediatamente la carretera y correr hacia el oeste podía darse por perdido, porque el enemigo nos acosaba en

un frente muy amplio, arrollando cuantos obstáculos surgían en su camino.

A la mañana siguiente —demasiado tarde ya— llegó un comunicado del *Führer* y otro del Commando Supremo, autorizando el repliegue hasta la línea de Fuka.

CAPÍTULO IV
OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE LA BATALLA DEL EL ALAMEIN

Habíamos perdido la batalla decisiva en el África del Norte. Nuestra derrota acarreaba la destrucción de gran parte de las fuerzas de infantería y motorizadas. Lo más sorprendente de todo era que las autoridades superiores alemanas e italianas no atribuyeron el fracaso a la carencia de suministros, a nuestra inferioridad aérea ni a aquella absurda orden ante El Alamein de vencer o morir, sino a mal comportamiento de las tropas y el mando. La carrera militar de casi todos cuantos lanzaban tal acusación se había distinguido por un total alejamiento de los frentes de combate y una aplicación constante del principio *weit vom Schuss gibt alte Krieger*, es decir: «los viejos soldados se forman lejos del campo de batalla».

Llegó incluso a decirse que habíamos arrojado nuestras armas, que yo era un derrotista y un pesimista inveterado, y, por lo tanto, el responsable en gran parte de todo cuanto había ocurrido. Mi oposición a las calumnias lanzadas contra mis valerosas tropas me obligaría más tarde a violentas disputas y altercados. Nuestros antiguos detractores, que siempre lamentaron nuestros éxitos, se apoyaban en la derrota para vilipendiarnos, e insistían en cosas sobre las que antes guardaron silencio. La víctima propiciatoria era el Ejército, que más tarde, tras mi partida de Túnez, cayó en manos de

los ingleses, mientras estrategas de salón planeaban operaciones contra Casablanca.

Algunos mandos responsables se encontraban en manos de quienes, aunque comprendiendo lo más sobresaliente de los hechos, no poseían el valor para enfrentarse a ellos cara a cara y extraer las necesarias conclusiones. Preferían enterrar sus cabezas en la arena, vivir una especie de sueño dorado y buscar continuas escapatorias a los fracasos, para lo cual se cebaban en soldados y jefes.

Contemplando el pasado se me aparece claro un solo error: el de no haber desobedecido la orden de «vencer o morir» veinticuatro horas antes. Lo más probable es que el Ejército se hubiera salvado con toda su infantería y en condiciones relativamente buenas.

Con el fin de que los historiadores futuros no abriguen duda alguna acerca de las condiciones en que mandos y tropas batallaron en El Alamein, incluyo el siguiente resumen de las circunstancias que influyeron en el encuentro:

El primer elemento indispensable para un ejército que quiera dominar el frente de combate reside en un adecuado suministro de armas, gasolina y munición. En realidad, la batalla queda decidida por la Intendencia, antes de que se inicie el tiroteo. Los soldados más valientes nada pueden hacer sin cañones, ni éstos actuar sin munición, y a su vez, artillería y proyectiles quedan supeditados a los vehículos que deben transportarlos de un lugar a otro, sin restricciones en el carburante. En calidad y cantidad, los pertrechos habían de ser al menos similares a los del enemigo.

Segunda condición esencial es la de un relativo equilibrio en las fuerzas aéreas[28]. Si el enemigo posee una supremacía absoluta y sabe utilizarla convenientemente, el mando habrá de aceptar las desventajas y limitaciones siguientes:

Utilizando sus fuerzas aéreas estratégicas, el adversario puede estrangular los suministros propios, en especial si éstos afluyen por mar.

El enemigo puede librar una batalla de desgaste desde el aire.

La explotación intensiva de su superioridad obliga a limitaciones tácticas de graves consecuencias (ya descritas) al mando propio.

En el futuro, las batallas terrestres se verán precedidas por encuentros aéreos, que determinarán cuál de los contendientes habrá de sufrir las desventajas tácticas y operativas detalladas antes, viéndose obligado a adoptar soluciones de compromiso durante la batalla.

En nuestro caso no pudimos conseguir ninguna de las condiciones aludidas y hubimos de sufrir las consecuencias.

Como resultado del dominio inglés del aire en el Mediterráneo central, y otras razones ya aportadas, nuestro abastecimiento llegaba apenas a cubrir las más urgentes necesidades, incluso en períodos de calma. El acumular efectivos para una batalla defensiva resultaba imposible. Por el contrario, los ingleses dispusieron de material en cantidades que excedieron a nuestros peores pronósticos. Jamás en ningún teatro de operaciones se reunió una cantidad igual de tanques pesados, bombarderos y artillería, junto a ingentes depósitos de munición, como en el corto frente de El Alamein.

El dominio británico del aire era completo. Algunos días sus bombarderos efectuaron 800 salidas y 2500 los cazas, cazabombarderos y aparatos en vuelo rasante, mientras nosotros realizábamos 60 con los bombarderos en picado y 100 con los cazas[29]. Y dicho número disminuía de manera gradual.

Los ingleses no habían alterado apenas los principios básicos de su mando. El método y una rígida adherencia a los sistemas constituían los factores principales de su táctica. En esta ocasión dichos principios coadyuvaron a la victoria del 8.º Ejército, por las siguientes razones:

1. No hubo batalla en pleno desierto, ya que nuestras fuerzas motorizadas se concentraron en el frente con el fin de contener el ataque de las divisiones de infantería adversarias.
2. Los ingleses poseían tal superioridad en armamento —en calidad y cantidad—, que podían triunfar en cuantas operaciones emprendieran.

Los métodos empleados por el adversario para la destrucción de mis fuerzas quedaban reforzados por una aplastante superioridad material. Se basaban especialmente en lo que sigue:

Concentraciones artilleras extremadamente fuertes.

Constantes ataques aéreos por medio de poderosas oleadas de bombarderos.

Ataques locales ejecutados con gran derroche de material y demostrativos de un alto grado de adiestramiento, de acuerdo con anteriores experiencias y con las condiciones en que se libraba la batalla.

Por lo demás, los ingleses basaron sus planes en los principios de un cálculo exacto, principio que sólo puede ser aplicado cuando se disfruta de absoluta superioridad material. En realidad, no montaron operación alguna[30], sino que confiaron en los efectos de su artillería y sus fuerzas aéreas. Su mando fue tan lento en reaccionar como de costumbre. Cuando la noche del 2 de noviembre emprendimos nuestra retirada, transcurrió bastante tiempo antes de que las fuerzas

enemigas iniciasen la persecución, y de no haber sido por la desgraciada orden de la superioridad, probablemente hubiésemos escapado a Fuka con el grueso de la infantería. El mando inglés continuó demostrando su indecisión y su cautela acostumbradas. Sus fuerzas acorazadas partieron al ataque por separado, en vez de lanzar sus 900 tanques sobre el frente norte con el fin de obtener una decisión con el mínimo esfuerzo y muy pocas bajas. En realidad, sólo la mitad de dicho número, bajo cubierta de la artillería y las fuerzas aéreas, hubiese bastado para destruir a mis efectivos, que con frecuencia permanecían inmóviles en el campo de batalla. Esta táctica causó a los ingleses gran cantidad de bajas. Quizá su mando deseara conservar a los blindados para la persecución, ya que sus formaciones de asalto no podían ser agrupadas con la suficiente velocidad para seguir nuestro despegue.

En el adiestramiento de sus formaciones acorazadas y de su infantería, el mando inglés utilizó a la perfección las experiencias de sus anteriores encuentros con las fuerzas del Eje, aunque, desde luego, ello sólo se pudo conseguir gracias a sus enormes cantidades de munición, material y equipos.

Táctica de tanques

Los nuevos métodos ingleses fueron posibles gracias al uso de tanques de nuevo modelo y de cañones más potentes y blindajes más fuertes que los nuestros (me refiero a los «Grant», «Lee» y «Sherman»; también se dice que el «Churchill» hizo acto de presencia en África[31]), así como a su inagotable amunicionamiento.

Una vez lanzados los tanques ligeros, los pesados, armados con cañones, quedaban más y más a retaguardia. La tarea de los primeros consistía en atraer el fuego de nuestros antitanques, antiaéreos y blindados. En cuanto las piezas y

los carros habían revelado así su posición, los pesados iniciaban un fuego destructor contra todos los blancos localizados hasta una distancia superior a los 2700 m., y a ser posible, bajo la protección de alguna altura. Su fuego parecía ser siempre dirigido por el jefe del escuadrón. Las grandes cantidades de munición necesarias para poner en práctica dicho sistema eran transportadas por vehículos armados de ametralladoras. Los ingleses podían disparar contra tanques, nidos de ametralladoras y posiciones antiaéreas y antitanques desde una distancia tal, que nuestros cañones no podían penetrar sus armaduras. De todos modos tampoco disponíamos de la necesaria munición.

Táctica de artillería

La artillería británica demostró, una vez más, su pericia. Una de sus ventajas principales residía en una gran movilidad y en su tremenda capacidad de reacción ante las necesidades de las tropas de asalto. Era indudable que las unidades acorazadas inglesas llevaban observadores artilleros, encargados de notificar las necesidades del frente a la artillería en breve período de tiempo. Además de su enorme cantidad de munición, los ingleses se beneficiaron del poderoso alcance de sus cañones, que les permitía llegar a las posiciones italianas artilleras desde una distancia superior a la lograda por estas últimas, cuyas piezas alcanzaban a lo sumo 6000 m. Como, por otra parte, casi la totalidad de nuestra artillería estaba constituida por los anticuados cañones italianos, aquello nos ocasionaba perjuicios notables.

Táctica de infantería

La infantería inglesa atacaba cuando nuestras defensas habían quedado destruidas por la artillería, por los tanques y por las fuerzas aéreas.

Una vez nuestras avanzadillas inmovilizadas a causa del bombardeo —las posiciones eran reconocidas antes por la aviación—, zapadores muy bien adiestrados, trabajando tras una pantalla de humo, rastreaban minas y abrían pasadizos. Luego avanzaban los tanques, seguidos muy de cerca por la infantería. Mientras aquéllos actuaban como artillería, grupos de asalto abríanse paso a través de las defensas, para introducirse en trincheras y posiciones mediante cargas a la bayoneta. Todo se efectuaba metódicamente y según un plan perfectamente calculado. Cada acción se ejecutaba por medio de fuerzas superiores. La artillería avanzaba tras de la infantería, con el fin de aplastar cualquier resistencia que pudiera surgir. El éxito no se explotaba generalmente en profundidad, sino que quedaba relegado a la ocupación de las posiciones conquistadas, a las que acudían refuerzos y artillería, mientras eran dispuestas para la defensa. Los ataques nocturnos continuaron siendo una especialidad de los ingleses[32].

¿Nos quedaba alguna opción?

He explicado ya cómo nuestras disposiciones al iniciarse la batalla se basaban en experiencias anteriores. Una vez instalada nuestra infantería en la línea de El Alamein, teníamos que aceptar la lucha, a pesar de la inmensa superioridad del enemigo en artillería y munición. Si nos hubiésemos retirado inmediatamente, nos habríamos visto obligados a abandonar la munición acumulada en El Alamein, ya que carecíamos de transportes. No contábamos tampoco con depósitos en retaguardia. Dejando aparte las enormes pérdidas que hubiese padecido la infantería no motorizada, habríamos perdido la ventaja de disponer de posiciones preparadas de antemano, ya que en Fuka no existían por entonces defensas adecuadas. De todos modos los ingleses sufrieron pérdidas considera-

bles en nuestros campos de minas, y pudimos disparar contra ellos casi toda la munición disponible.

Nuestras reacciones tácticas durante la batalla se derivaron de las necesidades del momento, dentro de unas existencias de material que, como ya hemos dicho, eran escasas.

Después de la batalla, y considerando las experiencias extraídas de la misma, ideé un plan que podía habernos permitido una mejor defensa del Egipto occidental contra el ejército de Montgomery. No es que dicho plan se hubiera podido llevar a cabo, por la escasez de gasolina, pero lo incluyo aquí porque contiene uno o dos puntos dignos de mención.

En primer lugar habríamos tenido que colocar a la infantería no motorizada en la línea de Fuka, utilizando el máximo posible de minas y con posiciones construidas de manera similar a las de El Alamein. La línea de Fuka se apoyaba también, por el sur, en la depresión de Quattara, accidente del terreno que no podía ser rodeado, y poseía la ventaja de que los declives existentes impedían el paso de tanques y vehículos en una zona de 18 Km.

El Alamein hubiera sido defendido por formaciones motorizadas y unidades de reconocimiento, mientras las fuerzas motorizadas situadas entre El Alamein y Fuka llevaban a cabo una defensa móvil.

El ataque inglés se hubiese desarrollado entonces, más o menos, del modo siguiente: las fuerzas motorizadas habrían seguido a nuestras unidades de reconocimiento en retirada. Luego, y ya en posición favorable, la batalla se hubiese iniciado entre nuestras fuerzas móviles y las inglesas desposeídas de la protección de su artillería regimental. Nuestras formaciones acorazadas no estaban, desde luego, en condiciones de oponerse durante mucho tiempo a los poderosos contingentes enemigos. Sin embargo, y según las experiencias

adquiridas, habríamos situado a los cautelosos ingleses en apuros tácticos de graves consecuencias, infligiendo elevadas pérdidas a sus unidades de ataque. Una vez llegado el momento de que los británicos concentraran sus fuerzas y amenazasen con proseguir la lucha, o, en otras palabras, cuando existiera el peligro de que una continuación de la misma les resultaría más ventajosa que a nosotros, habríamos despegado a nuestras fuerzas motorizadas, trasladándolas a retaguardia de la línea, antes de que sufrieran pérdidas graves. El único propósito de esta lucha móvil era el de destruir en lo posible el poder ofensivo de los británicos.

Al no disponer de un apoyo en masa de su artillería, el ataque a la línea de Fuka habría sido rechazado con grandes pérdidas para el enemigo. Los desplazamientos de la artillería obligaban a hacer lo propio a todas sus instalaciones, ofreciéndonos una oportunidad que hubiera podido tener muy variadas consecuencias. Quizás hubiese llegado el Regimiento de *Nebelwerfer* o los tanques «Tigre», o se hubiese aportado alguna solución al problema de los abastecimientos. Sin embargo, aun así resulta dudoso el que hubiéramos podido sostenernos más tiempo del que lo hicimos en el teatro de la guerra Africano. Si incluyo estas notas es sólo porque varios de mis planes y acciones en Tripolitania y Túnez se basaron en experiencias extraídas de la batalla de El Alamein.

Ya he dicho que nuestro plan de defensa constituía una solución momentánea. Nada podíamos hacer para superar nuestra inferioridad en el aire o en los aprovisionamientos, ni tampoco era posible motorizar la infantería. El mando de las fuerzas de África debía solucionar dichos problemas como mejor pudiese.

Hicimos lo que consideramos pertinente con nuestros débiles recursos, procurando compensar tan enormes desventajas. La situación era desesperada, pero no nos quedaba más remedio que afrontarla. El mejor soldado nada puede hacer con una lanza mientras su enemigo esgrime una pistola ametralladora.

Nadie podrá decir que no advertimos lo que se venía encima, mucho antes de la ofensiva inglesa, insistiendo en que el Ejército no podía librar una defensa efectiva a menos que se creara en África un mínimo de reservas y depósitos. No se hizo así, y ello era perfectamente conocido por quienes más tarde trataron de arrojarnos al lodo. Para citar un ejemplo diré que en vez de las 30 raciones de petróleo solicitadas, recibimos sólo 3. Las cifras en material se habían basado en el continuo incremento del potencial inglés. Sin embargo, jamás hubiera podido pronosticar hasta qué punto nos sobrepasaría el adversario.

Teniendo en cuenta lo antedicho, no existía posibilidad alguna de triunfo en El Alamein. Nuestra sola ventaja, comparada con las muchas de que disfrutaba el enemigo, consistía en la posición de una línea preparada de antemano; pero las posiciones fueron asaltadas, tras un violento bombardeo artillero y aéreo, por una infantería que se abrió camino metro a metro en nuestras trincheras. Un sector tras otro del frente norte cayeron en manos inglesas, hasta que, finalmente, las tropas del Eje perdieron la mayor parte de aquél. El sostenerse en El Alamein hubiera resultado insensato, ya que no sólo las fuerzas de defensa estaban expuestas de continuo a los ataques aéreos, en posiciones improvisadas, sino que las concentraciones de vehículos quedaban sometidas al fuego torrencial de la artillería. Ello significaba la destrucción total. Nuestros contraataques, al principio del encuentro, no pu-

dieron llevarse a cabo con fuerzas suficientes, ya que las concentraciones británicas en el sur nos hacían temer un avance por allí si retirábamos nuestras fuerzas motorizadas. Además, la escasez de gasolina no hubiera permitido a la «Ariete» ni a la 21.ª División Panzer regresar a dicha zona. Teniendo en cuenta lo antedicho, la operación representaba un riesgo enorme.

Existe otro punto de la máxima importancia al que debo referirme. Cualquier formación empleada en el frente norte era atacada por la artillería y los bombarderos ingleses con mucha más rapidez que las fuerzas asaltantes inglesas por parte de nuestra línea defensiva. Las unidades que permanecían en sus puntos de partida mantenían sus vehículos bien protegidos y resultaban raramente atacadas. El frente norte semejaba un molino: todo cuanto afluía a él quedaba reducido a polvo.

La valentía de las tropas alemanas y de determinadas unidades italianas fue admirable. El ejército tenía tras él dieciocho magníficos meses de gestas heroicas, y cada uno de los soldados que luchó en El Alamein defendía no sólo a su país, sino también la tradición del Ejército Panzer «Afrika». El comportamiento de mi ejército, a pesar de su derrota, constituirá una gloriosa página en la historia de los pueblos alemán e italiano.

SALIDAS EFECTUADAS POR LA LUFTWAFFE ALEMANA DURANTE LA BATALLA DE EL ALAMEIN[1]

Fecha	Total salidas	Casas	Toneladas de bombas
24-10-42	107	69	5
25-10-42	140	49	22

26-10-42	113	63	28.1
27-10-42	147	78	29.1
28-10-42	163	106	20.2
29-10-42	196	129	29.1
30-10-42	200	125	30.5[2]
31-10-42	242	128	43.3
1-11-42	141	80	12.8
2-11-42	175	111	20.7

1 Estas cifras fueron facilitadas a Rommel por el General Seidemann, Jefe de Luftwaffe en África.

2. Las cifras para el día 30 son sólo aproximadas.

ELEMENTOS ACORAZADOS GERMANOITALIANOS QUE TOMARON PARTE EN LA BATALLA DE EL ALAMEIN

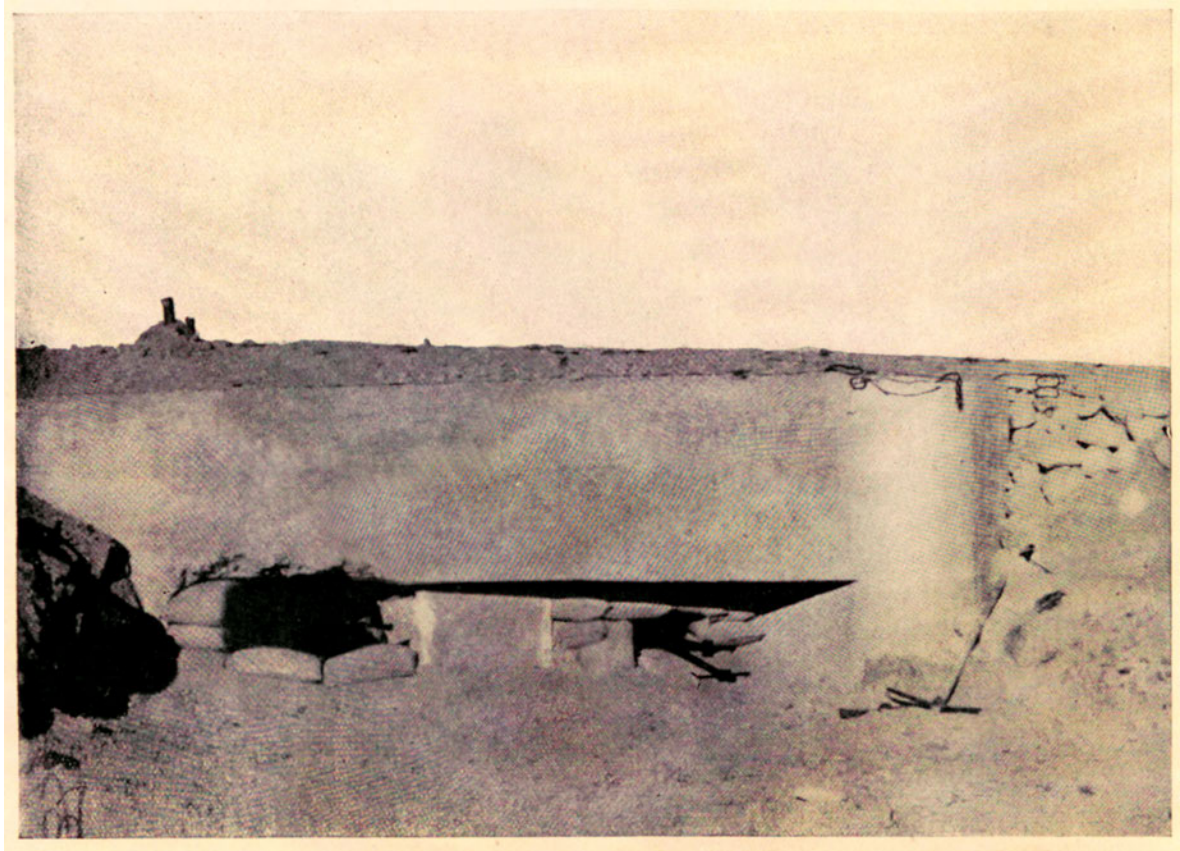
ELEMENTOS ACORAZADOS GERMANOITALIANOS QUE TOMARON PARTE EN LA BATALLA DE EL ALAMEIN

Acciones	Fecha	Número de tanques alemanes e italianos: Panzer II, III, IV	Tanques M	Tanques L
Defensa y contraataque con objetivos limitados.	24-10-42	219	318	21
	25-10-42	154	270	21
	26-10-42	162	221	21
	27-10-42	137	210	21
	28-10-42	81	197	21
	29-10-42	109	190	21
	30-10-42	116	201	21
	31-10-42	106	198	21
	1-11-42	109	189	21
	2-11-42	32	140	15[1]
	3-11-42	24	120	0[1]
Ruptura decisiva	4-11-42	12	0	0

1. Cifras aproximadas.

Rommel ayuda a sus hombres a desatascar su coche en el desierto

Rommel (en pie) y el General Gause (de rodillas, a la derecha) junto al vehículo que servía de puesto de mando, poco antes de la ofensiva de marzo de 1943



Fortificación francesa en la línea Mareth

CAPÍTULO V
LA GRAN RETIRADA

La noche del 4 de noviembre el Ejército se retiró hacia Fuka. El movimiento tuvo lugar sobre un amplio frente, y en su mayor parte por el desierto, ya que la ruta costera estaba iluminada por los resplandores de las bengalas inglesas y sometida a un continuo ataque de la R.A.F. Era una carrera entre los elementos acorazados ingleses y los nuestros, ambos con idéntico objetivo.

Tras haber roto el frente enemigo, la 1.ª y la 10.ª Divisiones acorazadas recibieron orden de dirigirse al nordeste y llegar por la ruta costera a Daba y Galal. La 7.ª Acorazada y la neozelandesa, con elementos blindados, fueron enviadas a Fuka, en amplio movimiento por el desierto.

Al atardecer del 4 de noviembre estas unidades de persecución se encontraban mucho más allá que el maltrecho ejército de Rommel, cuya retirada se había retrasado por una orden de Hitler. A la tarde siguiente el grueso de las restantes fuerzas alemanas motorizadas se las habían compuesto para deslizarse a través de una serie de emboscadas, y se hallaba en situación de escapar. No es fácil comprender cómo consiguieron zafarse a los ataques aéreos y terrestres, en vista del desorden y la confusión reinantes en la carretera.

Más tarde el fracaso en impedir la retirada se atribuyó a la lluvia. Montgomery dice, en su relato de los acontecimientos, que «sólo la lluvia del 6 y 7 de noviembre pudo

salvar al enemigo de una completa aniquilación». Los chubascos que empezaron la noche del 6 ayudaron a escapar a Rommel, aunque por entonces sus posibilidades habían mejorado bastante. El momento crucial de la persecución tuvo lugar durante el día y la noche del 4, cuando el repliegue pareció imposible. Pero mientras las tropas del Eje veíanse espoleadas por la desesperación, las de Montgomery se retrasaban por una reacción natural tras los duros y prolongados esfuerzos de la reciente batalla. Por otra parte, la reputación de Rommel inducía a cierta cautela. Los movimientos decisivos quedaron retardados al hacer alto durante la noche, para evitar confusiones, en vez de lanzarse en masa a bloquear la carretera.

Durante las siguientes etapas la persecución se dificultó no sólo por el barro, sino por la falta, de gasolina necesaria para mantener el ritmo inicial.

Muchas de mis unidades andaban tan escasas de vehículos, que debían ser transportadas por las formaciones acorazadas. Sin embargo, se trató por todos los medios de salvar hasta el último hombre. La distancia hasta Fuka era de 93 Km. Los paracaidistas y los italianos que se hallaban al sur hubieron de realizar el repliegue a pie Como ya he dicho, había sido imposible atender a estos últimos durante algunos días, debido a las dificultades creadas por los carros ingleses que penetraron en nuestras líneas dificultando el abastecimiento. Como resultado de ello dichas formaciones sufrían una tremenda escasez de gasolina y agua.

Una vez cursadas todas las órdenes, mi puesto de mando se trasladó desde el área sudoeste de El Daba, hacia Fuka, a lo largo de la vía férrea. La noche era muy obscura, y con frecuencia los vehículos se salían del camino y quedaban atascados en los arenales, de donde habían de ser sacados

tras fatigosos esfuerzos. A mi mente acudía la desesperada tentativa realizada para llegar a Alejandría tras la victoria de Tobruk. Mis tropas, exhaustas después de la larga batalla, pero encendidas de entusiasmo, habían cruzado aquel mismo terreno con el fin de aprovechar la única oportunidad existente para apoderarnos del Norte de África. Sin embargo, los suministros fracasaron, y ahora sufríamos las consecuencias de tal imprevisión. Aquella noche de derrota mis pensamientos eran muy amargos.

Hacia la madrugada (*5 de noviembre*) alcanzamos la alambrada del aeródromo de Fuka, donde nos detuvimos. La ruta costera, a nuestra derecha, seguía iluminada por las bengalas, mientras los bombarderos ingleses atacaban sin descanso a nuestras columnas. Tras habernos detenido unas horas en el aeródromo, proseguimos la marcha hasta una altura situada a 4 Km. al sudeste, donde instalamos el Cuartel General del Ejército Panzer.

La autorización para retirarnos, que había llegado por fin, aunque demasiado tarde, insistía sobre nuestro deber de salvar a todas las tropas germanoitalianas, especialmente las no motorizadas. Sólo podíamos encogernos de hombros, ya que aquello era precisamente lo que la orden original nos había impedido hacer. Si hubiésemos esperado la autorización de referencia, no sólo hubiéramos perdido la infantería, sino también las divisiones acorazadas y motorizadas. El futuro demostraría si la infantería italiana y alemana podría instalarse en Fuka, antes de ser apresada por los ingleses.

Mi intención era la de sostenerme allí con las fuerzas motorizadas hasta que la retirada fuese completa, o hasta que los ingleses, que dominaban por completo la situación y marcaban el ritmo de aquélla, se dispusieran a descargar el golpe decisivo sobre nuestras unidades motorizadas. Si se re-

trasaban un poco, trataría de salvar cuanto pudiera sin preocuparme de la infantería, ya que en caso contrario el ejército entero quedaría destruido, y ni un solo hombre llegaría a cruzar la frontera por Sollum. Si saco a colación dicho punto es sólo para contrarrestar las acusaciones de personas estúpidas que nada sabían de la situación en África, y según las cuales habíamos dejado en la estacada a la infantería italiana.

Durante el 5 de noviembre, buena parte del Afrika Korps, la 90.ª División Ligera y elementos de las fuerzas motorizadas italianas alcanzaron la zona alrededor de Fuka. Tropas de refresco inglesas, procedentes de segunda línea y compuestas por unos 200 tanques y 200 transportes blindados, presionaban sobre la retaguardia del Afrika Korps. El X Cuerpo italiano y la 1.ª Brigada de Paracaidistas consiguieron llegar al sudoeste de El Daba, durante la noche. La larga caminata en condiciones verdaderamente lastimosas disminuyó el poder combativo de dichas formaciones.

A mediodía, una violenta lucha se inició en Fuka, entre nuestras fuerzas motorizadas y blindados ingleses muy superiores en número. Las tormentas de arena reducían con frecuencia la visibilidad a cero. Muy pronto una poderosa columna británica avanzó sobre nuestro flanco sur, que se hallaba desguarnecido, resultando evidente que habría que tocar retirada antes de perderlo todo.

Entre Fuka y Marsa Matruh la carretera era un verdadero caos. Columnas de camiones llenos de fugitivos la obstruían, mientras la R.A.F., dueña de los aires, lanzaba un ataque tras otro contra todo cuanto se moviera sobre el terreno. Visité el frente que cortaba la ruta, y luego me dirigí hacia el sur, donde el Afrika Korps se hallaba enzarzado en violentísima

lucha. De regreso a mi puesto de mando, se había avistado ya la columna inglesa que intentaba rebasarnos.

Poco después, el Cuartel General del Ejército Panzer se vió sometido a dos ataques aéreos, Al parecer, los ingleses lo habían localizado por medio de comunicaciones radiofónicas. Westphal y yo nos introducimos en una trinchera, mientras el rodillo de bombas pasaba sobre nosotros. Los daños fueron escasos. A continuación, varios tanques «Sherman» hicieron acto de presencia, disparando a diestro y siniestro. Al parecer no había tropas entre los ingleses y nosotros.

Con el Afrika Korps partido en dos, y no disponiendo de reservas, ordené la retirada hacia Marsa Matruh, no sin lamentar profundamente dicha decisión, ya que las formaciones alemanas e italianas seguían todavía en marcha.

Una vez cursadas las órdenes, retrocedimos. Era una carrera desesperada en medio de las tinieblas de la noche. Las aldeas árabes surgían de improviso para desaparecer de nuevo, a nuestra espalda. Diversos vehículos perdieron contacto con la cabeza de la columna. Finalmente nos detuvimos en un valle, esperando que se hiciera de día. Por aquel entonces resultaba dudoso el que pudiéramos conducir hacia el oeste a los restos del ejército. Nuestro poder combativo era muy bajo. El grueso de la infantería italiana estaba perdido. Del XXI Cuerpo, parte quedó eliminado tras férrea resistencia y parte había sido hecho prisionero durante la retirada. Los vehículos que repetidas veces solicitamos del Cuartel General Italiano no habían llegado. El X Cuerpo italiano estaba en marcha al sudeste de Fuka, sin agua ni munición, y lo que es peor, sin esperanza alguna de escapar. Los elementos de transporte de dichas formaciones obstruían la carretera con su lenta marcha. Nada podía hacerse para introducir orden en las columnas. Necesitábamos tiempo y no podíamos per-

derlo, ya que la retirada debía proseguir con la máxima rapidez posible.

El XX Cuerpo Motorizado italiano quedó barrido literalmente el 4 de noviembre. Sólo unas pocas compañías y destacamentos seguían a las órdenes del mando.

Tanques y vehículos andaban dispersos y no podían ser utilizados.

Las únicas fuerzas en situación de combatir eran los restos de la 90.ª División Ligera, las dos divisiones del Afrika Korps, reducidas a pequeños grupos de combate; el Regimiento de Granaderos, y elementos salvados a la 164.ª División Ligera. Tanques, artillería antiaérea pesada, cañones de campaña, etc., habían sufrido tan cuantiosas pérdidas en la batalla de El Alamein, que sólo quedaban restos de las antiguas unidades[33].

Al amanecer del día 6 de noviembre tratamos de reagrupar, dentro de lo posible, los elementos del Ejército Panzer..., tarea que distaba mucho de ser fácil, ya que nuestros vehículos andaban dispersos por todo el territorio. Cuando iniciábamos las tentativas de reorganización, me tropecé con un soldado enemigo de raza negra, oculto tras de mi coche. Poco después, vimos como al norte ardían varios vehículos. Tras múltiples dificultades, conseguimos, en parte, nuestro propósito, y durante la mañana infiltramos algunos vehículos por entre los campos de minas, al sur de Marsa Matruh, hasta alcanzar un punto situado 1000 m. al este, donde establecimos el Cuartel General.

Las condiciones que reinaban en la carretera eran horribles. Columnas en completo desorden, formadas por vehículos alemanes e italianos, obstruían la ruta entre los campos de minas. A veces aquella masa avanzaba unos metros, pero volvía a detenerse. Muchos camiones iban remolcados. La

escasez de gasolina era absoluta, ya que la retirada había incrementado el empleo que hacíamos de la misma.

Mientras las Divisiones 15.ª Panzer y 90.ª Ligera conseguían llegar a los lugares prefijados, al sur de Marsa Matruh, la 21.ª Panzer se veía obligada a formar un «erizo» con sus tanques restantes, al sudoeste de Quasaba. El carburante disponible cubría sólo las necesidades de una división. El Grupo Voss[34], que había permanecido como unidad de contención en Fuka, se vió rebasado durante la noche por potentes formaciones acorazadas. Hacia las diez de la mañana del 6 de noviembre las fuerzas adversarias lanzaron un ataque con 60 tanques contra la 21.ª División Panzer, prácticamente inmovilizada. La unidad se defendió heroicamente, y haciendo acopio de todas sus fuerzas, consiguió rechazar el ataque. En su repliegue desde Fuka, el Grupo Voss atacó a los ingleses por retaguardia, infligiéndoles cuantiosas pérdidas. Luego entró en posición al sudoeste de la 21.ª División Panzer, con el fin de impedir la tentativa inglesa de rodearla. Los tanques de la unidad estaban ya completamente inmovilizados. Las columnas con gasolina que se mandaron en su socorro no pudieron alcanzarla. El enemigo lanzó un ataque tras otro contra la División, hasta que por la tarde ésta se vió obligada a destruir todos sus tanques, abriéndose camino hacia el oeste con los vehículos disponibles. Sin embargo, apenas recorrieron unos kilómetros, hubo de formar un nuevo «erizo». Finalmente, durante la noche, pudimos enviarles un poco de gasolina, permitiéndole trasladarse a las posiciones indicadas.

Entretanto, nuestras columnas continuaban su marcha y se aproximaban a Sollum. Por la tarde, el General Grandin vino, en representación de Cavallero, para enterarse de la situación y de nuestros futuros planes. Aquello me ofreció una

excelente oportunidad para darle un detallado informe de la batalla, insistiendo especialmente en los inconvenientes ocasionados por la falta de gasolina y las órdenes recibidas del *Führer* y el *Duce*. Terminé declarando, sin ambajes, que no podíamos detenernos en lugar alguno, y que los ingleses ocuparían tranquilamente la Tripolitania, si así lo deseaban. No nos era posible aceptar batalla, sino que debíamos limitarnos a contener a los ingleses hasta permitir a nuestras desordenadas columnas que atravesaran la frontera de Libia. No existían esperanzas de restablecer el orden hasta que dicha línea se alcanzara, porque mientras los contingentes se encontraran a este lado de la misma, corrían el peligro de ver cortada su retirada en cualquier instante. Lo importante era conservar la velocidad a toda costa. Resultaba imposible iniciar operación alguna con las fuerzas que aún nos quedaban, por carecer de gasolina. Cada gota de la misma debía utilizarse en salvar a las tropas. Grandin abandonó mi Cuartel General visiblemente consternado. Para el Commando Supremo la guerra era una cosa sencilla. Cuando, por ejemplo, durante la crisis de julio, manifesté al Mariscal Cavallero que, en la eventualidad de una amenaza de ruptura, sólo nos quedaban dos soluciones: la de permanecer en la línea viéndonos obligados a rendirnos por falta de agua, o la de retirarnos luchando hacia el oeste, me contestó que no podía tomar en consideración a esta última. Según él, habría forma de salir airosos, de una manera u otra.

Durante aquella jornada conseguimos formar un frente sólido y rechazar cuantos ataques se lanzaron contra nosotros. Aunque el enemigo debía haberse dado cuenta de nuestra debilidad, continuaba operando con gran cautela. Las tropas alemanas y algunas italianas causaban excelente impresión de disciplina, y eran perfectamente mandadas por sus

oficiales. Para cada uno de aquellos hombres la cesión del territorio tan duramente conquistado y que tantas esperanzas nos confiriera en otros tiempos representaba ahora un duro golpe.

La situación del carburante era desastrosa, a pesar de que el 4 de noviembre habían llegado a Bengasi algunos buques transportando 5000 toneladas..., cantidad inaudita, si tenemos en cuenta las cifras precedentes. Al parecer, la noticia del colapso había provocado cierta actividad en Roma. Pero ¿de qué servía el petróleo en Bengasi? Donde se necesitaba era en el frente. 2000 toneladas quedaron pronto destruidas por los ataques aéreos. Tratamos por todos los medios de persuadir a los italianos y a Kesselring para que transportaran la gasolina a primera línea.

Durante aquellos días cayó una lluvia torrencial, que hizo intransitables las pistas, obligándonos a utilizar tan sólo la ruta costera, que en algunos lugares estaba obstruida por la aglomeración de vehículos. También los ingleses sufrían dificultades y no podían mandar a sus columnas con rapidez por el desierto, para cortar nuestra retirada. Como consecuencia de ello, las operaciones se hicieron más lentas en cada uno de los bandos.

El efecto del temporal sobre los movimientos de flanqueo ingleses a través del desierto resultó peor de lo que Rommel se imaginaba. Las fuertes lluvias caídas durante la noche del 6 de noviembre convirtieron las rutas en pantanos. La División neozelandesa transportada en camiones, y las brigadas de infantería de las divisiones acorazadas, se atascaron en el fango, junto con sus elementos de aprovisionamiento. También los tanques sufrieron las consecuencias del mal tiempo, ya que sus formaciones de apoyo y suministros quedaron paralizados. Los defensores

del sistema blindado habían insistido en 1920 en que dichas fuerzas de nuevo modelo debían moverse sobre vehículos orugas, y expusieron los inconvenientes derivados de que en sus maniobras intervinieran vehículos de otras clases. En otoño de 1941 el Ejército alemán había visto retrasadas sus posibilidades de victoria decisiva en Rusia, a causa de que los vehículos auxiliares de sus Divisiones Panzer no estuvieron a la altura que requerían las circunstancias. A su vez, el Ejército inglés proporcionaba ahora una nueva lección en apoyo de lo que venimos mencionando.

Sin embargo, ello no fue la única causa del fracaso en la persecución. Tras de su llegada a Daba, la 1.ª División Acorazada había adoptado nuevas posiciones para bloquear la retirada de Rommel al oeste de Marsa Matruh. El movimiento resultó muy rápido, sobrepasando a Rommel a lo largo de la congestionada carretera, pero el día 6, y antes de que la lluvia se hiciera torrencial, su brigada acorazada hubo de detenerse dos veces por falta de gasolina, la segunda cuando se hallaba ya muy cerca de las fuerzas de Rommel. El hecho resultaba irritante, porque el jefe divisionario, General Briggs, había insistido en que una división acorazada, cuanto menos, dispusiera de la suficiente gasolina para una prolongada persecución. Pero se impuso la cautela, y se dió la preferencia al amunicionamiento.

Como consecuencia, al día siguiente la persecución se llevó a cabo tan sólo con un regimiento de vehículos blindados y algunos elementos de la 4.ª Brigada Acorazada ligera, los cuales resultaron demasiado débiles para el propósito de referencia. La 10.ª División Acorazada, que se hallaba detenida en Fuka, recibió orden de presionar ha-

cia Matruh por la ruta costera. Pero esta persecución directa sólo sirvió para empujar a la retaguardia de Rommel, dándole una oportunidad para escapar al enemigo.

Al refrenarse de este modo la marcha de las operaciones, confié en que al menos podría poner orden en las unidades motorizadas, permitiéndolas sostenerse en Marsa Matruh durante unos días, mientras se construían defensas en Sollum. Por la mañana (*7 de noviembre*) conferencié con Stefanis, jefe del XX Cuerpo italiano motorizado, y su jefe de Estado Mayor, Ruggeri. Quedaban pocas esperanzas de que un mayor número de sus fuerzas pudiera escapar. Se estaban reagrupando a los desbandados, y el Cuerpo disponía de efectivos ligeramente superiores a los de un batallón, con 10 tanques. Los carros de reserva que se hallaban en Marsa Matruh eran difíciles de maniobrar, a causa de las averías sufridas. Hubo que destruir algunos y trasladar otros a retaguardia en camiones. Ordené a los italianos que se dirigieran a Buq Buq y Capuzzo, donde recuperarían a los soldados dispersos y los formarían en unidades.

Por la mañana descubrimos que los movimientos ingleses no se veían contenidos, como habíamos esperado, y que era posible que sus fuerzas alcanzasen nuestra línea aquel mismo día. Conferencié con Bayerlein, en el Cuartel General del Afrika Korps. Decidimos no aceptar batalla bajo ninguna circunstancia, ya que ello significaría la destrucción de lo que aún quedaba de nuestras fuerzas motorizadas. Tras el descalabro de la 21.ª División Panzer el día anterior, Bayerlein trataba desesperadamente de acumular gasolina. De los 30 tanques salvados, sólo 4 permanecían intactos. Aun es más, la División había perdido casi todos sus cañones.

Tras aquella conferencia, ordené al Ejército resistir cuanto fuera posible, y hacer fuego concentrado sobre cualquier

preparativo del adversario. No hubiera servido de nada entablar una batalla, sin posibilidad de retirarse a tiempo. Si la presión se hacía seria, debíamos replegarnos lentamente a posiciones de retaguardia.

Hacia las diez de la mañana se presentó el General Ramcke con 600 hombres de su brigada. Tras enterarnos que los ingleses habían atrapado al X Cuerpo italiano, a la altura de Fuka, haciéndolo prisionero tras una breve acción, habíamos abandonado toda esperanza de ver de nuevo a Ramcke. La proeza de aquellos paracaidistas era una gesta digna de elogio. Disponían de muy pocos vehículos, pero pudieron apoderarse de algunos camiones ingleses y escapar con ellos. Ramcke era un jefe excelente. La brigada no nos había resultado nunca excesivamente simpática porque, siguiendo la práctica normal de la Luftwaffe, solicitó siempre un trato especial. En varias ocasiones había pretendido que ciertas unidades abandonaran la línea con el fin de apoyarles. Ahora se sentían irritados porque no les habíamos proporcionado vehículos para la retirada. Ello no fue posible, en primer lugar porque carecíamos de los mismos, y en segundo, porque no podíamos transportar solamente a las unidades alemanas dejando a los italianos en la estacada. Sin embargo, hicimos que fueran recogidos por camiones y llevados a retaguardia para descansar y reponerse.

Durante todo el día poderosas formaciones de bombarderos atacaron la ruta costera, infligiendo cuantiosas pérdidas a nuestras columnas. Los ingleses lanzaban un ataque tras otro contra la retaguardia formada por la 90.ª División Ligera, pero sin resultado. Tres ataques de flanqueo de la infantería, apoyada por tanques, fueron asimismo rechazados. Por la tarde, fuertes unidades inglesas avanzaron hacia el oeste

sobre un terreno pedregoso, donde realizaron rápidos progresos, a pesar de la lluvia.

No resulta claro a qué unidades se refiere Rommel en el párrafo anterior, a menos que se tratara de la 4.ª Brigada Acorazada, que en modo alguno era elemento «fuerte». Las fuerzas principales fueron reorganizadas tras la detención del día 7, cuando se hizo evidente que Rommel se estaba escabullendo y que la persecución sería más prolongada de lo que se imaginó al principio. Si se quería disminuir el problema del abastecimiento, era necesario reducir el número de las unidades empleadas en la persecución, la cual quedó encomendada a sólo la 7.ª División Acorazada y a la Neozelandesa (con elementos acorazados). Esta fuerza, bajo el mando del X Cuerpo, inició su marcha el día 8, con la frontera como objetivo inmediato, y Tobruk como el siguiente, una vez rebasada aquélla. La División neozelandesa utilizó la ruta costera, mientras la 7.ª Acorazada avanzaba por el interior, siguiendo la cumbre del escarpado. La tarea de combatir la retaguardia de Rommel quedó encomendada, en primer lugar, a las fuerzas aéreas, que operaban desde aeródromos muy avanzados con relación al terreno por el que operaba el grueso de las fuerzas.

Una vez alcanzada la frontera, la División neozelandesa se detuvo para reorganizarse, mientras la 1.ª División Acorazada la substituía.

Decidimos trasladar el Cuartel General a la zona de *Sidi* Barrani. Al principio, tratamos de proseguir el camino por el sur de la ruta costera, pero la lluvia había convertido las pistas en un barrizal intransitable. Varios vehículos quedaron atascados y hubieron de ser arrastrados entre grandes esfuerzos. Continuamos por la carretera, y horas más tarde nos

encontrábamos instalados en el aeródromo de *Sidi* Barrani. Poco después, la Intendencia nos transmitía una información acerca de lo que estaba ocurriendo en la frontera. Al parecer, una larga columna de vehículos, que cubría 40 ó 50 Km., se había atascado al lado de acá de los pasos de Halfaya y Sollum. La retirada por las colinas, bajo el continuo ataque de la R.A.F., tardaría lo menos una semana. Como era improbable que el enemigo nos concediera tregua alguna, ordené que se aceleraran los movimientos en aquel sector, mediante el empleo de buen número de oficiales encargados de la tarea de dirigir el tráfico. La retirada proseguiría día y noche, sin que la interrumpieran los bombardeos ni los ataques en vuelo rasante. Se planearon barreras de antiaéreos. Entretanto, el jefe de la Luftwaffe me había informado de que cazas alemanes se encontraban sobre la zona amenazada. Esperábamos resistir en el frente Halfaya-Sollum el tiempo suficiente para permitirnos reorganizar nuestras columnas y formar nuevas unidades de combate.

Teniendo en cuenta las enormes dificultades con que tropezaba el desembarque de los buques, no podíamos esperar refuerzo alguno en un próximo futuro. Si los ingleses continuaban su persecución, nuestro abandono de Cirenaica se haría inevitable, siendo imposible una nueva detención antes de Mersa el Brega. Esperaba que para cuando llegásemos allí habría afluido más material a Tripolitania, permitiéndonos hacer frente a las columnas inglesas, mejor armados, y aprovechar las oportunidades que se nos ofrecieran para quebrantar sus fuerzas.

Como parecía ser que los ingleses dirigían una división acorazada hacia el sur de Marsa Matruh, di órdenes a las fuerzas que se hallaban allí para que evacuaran dicha zona durante la noche, y se retiraran a *Sidi* Barrani, llevando a re-

taguardia a la 90.ª División Ligera. Durante la noche del 7 los ingleses realizaron una ya esperada maniobra: la de torcer hacia el norte para cortar nuestra retirada. Pero la trampa estaba vacía. Cuanto pudieron encontrar fue un grupo de camiones incendiados, que hubimos de destruir por carecer de gasolina. No sirve de nada intentar movimientos de flanqueo contra fuerzas adversarias, a menos que éstas sean atacadas al propio tiempo frontalmente, ya que los elementos a la defensiva pueden utilizar sus unidades motorizadas —siempre y cuando dispongan de vehículos y carburante— para contener la maniobra adversaria, mientras escapan por el boquete que queda a su espalda.

Aquella noche los bombarderos enemigos desencadenaron ataques continuos contra las posiciones de Sollum-Halfaya. Por aquel entonces los dos problemas candentes para nosotros eran los de hacer que las columnas atravesaron los pasos con el tiempo preciso, y la carestía de gasolina. Mientras las nutridas columnas se encontraran inmovilizadas, los grupos motorizados de combate no cesarían de procurar por todos los medios la contención del enemigo. A la mañana siguiente, la hilera de camiones se extendía durante 40 Km., esperando atravesar los pasos. El tráfico había proseguido con suma lentitud durante la noche, como resultado del incesante acoso de la R.A.F.

Hacia las ocho de la mañana (*8 de noviembre*) me encontré con Bayerlein, al que informé de que un convoy de 104 buques adversarios se aproximaba a África, y que era muy posible que ingleses y americanos quisieran atacarnos por occidente. Hacia las once la noticia quedó confirmada. Los angloamericanos habían desembarcado, durante la noche, en el noroeste de África, según me notificó Westphal. Aquello significaba el fin de mi Ejército.

Hacia mediodía me dirigí hacia el oeste, sosteniendo un cambio de impresiones con el jefe de Intendencia, que iba acompañado por el nuevo jefe de Ingenieros, General Buelowius, y el Teniente Berndt. El Comandante Otto declaró que los movimientos de nuestros vehículos nos harían perder otros dos días, y que los atascos que sufrían estaban haciendo muy difícil el llevar suministros a las tropas, ya que el ferrocarril sólo transportaba unas pocas toneladas diarias. Decidí enviar al XX Cuerpo italiano, al 3.er Batallón de Reconocimiento y más tarde al Afrika Korps, vía Habata, con el fin de aliviar la presión existente en la carretera y dejar los pasos libres para la 90.ª División Ligera que formaba la retaguardia. Sin pérdida de tiempo volví en redondo, para informar a las distintas formaciones. En Buq Buq me encontré al General Stefanis y al Comandante Von Luck, a los que puse al corriente de la situación.

Poco después de las dos de la tarde celebré una entrevista con el Coronel Bayerlein, con el que discutí las consecuencias que podría tener para nosotros el desembarco angloamericano en el oeste. Respecto a mi orden de utilizar las elevaciones del Jebel, al norte de Habata, para la retirada del Afrika Korps, Bayerlein se mostró algo contrario, por opinar que nuestros vehículos no estaban en situación de afrontar semejante recorrido a campo traviesa. Le contesté que me daba perfecta cuenta de la dificultad, pero que tal como estaban las cosas, no era posible optar. Sin embargo, aplacé la decisión final hasta el día 9.

Entretanto, numerosos vehículos ingleses hicieron su aparición por nuestro flanco sur, que vigilábamos constantemente. En consecuencia, el Grupo Voss y el 3/ Batallón de Reconocimiento situaron a cierto número de destacamentos al sur de la línea férrea, a fin de advertirnos las intenciones

del enemigo con el tiempo suficiente. En la zona costera los británicos no realizaron esfuerzo alguno para presionar sobre nosotros, sino que se limitaron a mantener el contacto por medio de vehículos blindados.

Nuestras columnas proseguían su camino sobre los pasos, con relativa facilidad, según pude comprobar directamente. El tráfico era dirigido desde puestos mandados por oficiales. Existía la esperanza de que hacia el mediodía hubiéramos conseguido pasar, lo que permitiría al Afrika Korps utilizar la carretera. Con la escasez de combustible que padecíamos, y teniendo que remolcar a muchos camiones, aquello significaba un gran alivio. En circunstancias parecidas constituye un grave error el intentar poner orden en tropas presas de pánico y desprovistas de su estructura normal, a menos que se logre un período de calma. Lo mejor es dejarlas huir, aunque canalizando su marcha gradualmente. Transcurridos unos días, los soldados empezarán a responder mejor ante las necesidades de la disciplina, y la reorganización podrá efectuarse sin dificultad.

Habían llegado órdenes del *Duce* para que nos mantuviéramos en la línea de Sollum. Ello era imposible, por carecer de formaciones acorazadas dignas de mención y de antitanques capaces de contener una embestida de los blindados por el desierto, al sur de *Sidi* Ornar. Las bajas sufridas por las fuerzas motorizadas alemanas habían sido apreciables en muertos y heridos, aunque no demasiado graves desde un punto de vista global, y pocas en comparación con las del 8.º Ejército inglés durante el verano. Lo esencial era salvar a cuantos soldados alemanes e italianos fuera posible, así como la mayor parte del material, con el fin de adoptar posiciones más al occidente o embarcar hacia Europa. Entretanto, los italianos habían trasladado elementos de la División

«Pistoia» y otros batallones a la frontera libio-egipcia, y deseaban colocarlos bajo mi mando. Me vi obligado a declinar, ya que no disponía de equipos necesarios de comunicaciones, transportes o aprovisionamiento.

La mañana del 9 de noviembre quedaba un millar de vehículos en la llanura costera, al este de los pasos. El movimiento a través de los mismos se efectuaba con mayor rapidez de la que habíamos supuesto. Durante la mañana, nuestras columnas sufrieron varios ataques en vuelo rasante. Mis vehículos de escolta no escaparon indemnes, aunque sus averías fueron escasas. Notifiqué a Bayerlein que el Afrika Korps podría utilizar la ruta costera. En vista de que la situación mejoraba en Sollum, ordené que se evacuara la zona oeste de *Sidi* Barrani.

Por aquel entonces, los efectivos de mi Ejército eran, poco más o menos, los siguientes:

Para mantener el frente de Sollum disponía de 2000 italianos y 2000 alemanes, 15 antitanques y 40 cañones alemanes, y unos cuantos antitanques y cañones italianos.

Para la reserva móvil, 3000 alemanes y 500 italianos, 11 tanques alemanes y 10 italianos, 20 antitanques alemanes, 24 antiaéreos y 25 piezas artilleras.

Resulta obvio que con dichas fuerzas no podíamos enfrentarnos a un ataque en el que tomarían parte centenares de carros ingleses y varias divisiones motorizadas de infantería.

La División «Jóvenes fascistas», que se proyectó mandar a Sollum desde el oasis de Siwa, no habría llegado a tiempo, y, en consecuencia, se la dirigió a Mersa el Brega. No podíamos pensar siquiera en aceptar combate en la Marmárica, aun cuando nos resultara doloroso ceder un territorio tan duramente conquistado. Pero los rasgos de valor sin objetivo fijo

resultan insensatos, y el jefe que insiste en ellos es un irresponsable.

9 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

Me encuentro bien. Gracias por tu carta. Cariñosos saludos.

10 noviembre 1942.

No he podido escribirte desde que el enemigo rompió el frente de El Alamein, pero hoy te dedicaré algo más de tiempo. Las cosas van mal, como no puede menos de ocurrir en un Ejército que se ha visto arrollado y que ha de abrirse camino para escapar, perdiendo, en el ínterin, cuanto le quedaba de poder combativo. No podemos resistir por mucho tiempo, porque nos acosa un enemigo superior.

Físicamente me encuentro bien. Haré cuanto sea posible para mantenerme firme hasta el final. Ha llegado Seiderer y también Buelowius. Los dos se sienten consternados por las condiciones que imperan aquí.

LA EVACUACIÓN DE CIRENAICA

Entretanto, habíamos sabido que fuerzas del Eje acababan de desembarcar en Túnez, e intentaban oponerse a la amenaza del oeste. Sin embargo, existía la posibilidad de que ingleses y americanos intentaran operaciones contra el Ejército Panzer desde aquella zona. En tal caso consideré lo mejor mantenerse en la comarca montañosa a cada lado de Cirene, y trasladar a Europa a nuestros efectivos por medio de aviones, submarinos y buques de poco tonelaje, abandonando así la totalidad del África del Norte.

Durante la noche del 10 de noviembre, centenares de cazabombarderos ingleses atacaron la zona alrededor de Capuz-

zo, utilizando bengalas y causando un número extraordinario de bajas y daños.

A la mañana siguiente el enemigo lanzó un enérgico ataque por la costa, mientras concentraciones de carros blindados se observaban en el sur. En consecuencia, la 90.ª División Ligera recibió orden de retirarse hacia el mediodía, a través de Sollum, utilizando la carretera. La maniobra se realizó según el plan previsto, y quedó terminada por la tarde, una vez la carretera fue volada, tras de que los últimos vehículos hubieron atravesado el paso.

La organización administrativa, muy desperdigada, afluía ya a Cirenaica. Las formaciones que aún conservaban alguna capacidad de combatir se dispusieron a la defensa. No podíamos detenernos en la línea de Gazala, porque ello hubiera hecho preciso un apoyo móvil del que carecíamos, según muestran las cifras dadas anteriormente. Por aquel entonces todavía no sabíamos de cuántas fuerzas disponía el escalón administrativo de retaguardia.

En vista de la situación en Túnez, rogué al Mariscal Cavallero y al Mariscal Kesselring que viniesen al África del Norte. Deseaba de ellos una exposición clara de las perspectivas que ofrecía la resistencia en Túnez y obtener refuerzos para mi Ejército, a pesar de las demandas del frente tunecino. La situación exigía decisiones estratégicas claras. Las de carácter táctico se basaban en el atrevimiento; aquéllas sólo debían ser adoptadas tras un meticuloso examen de la situación y contando con un cien por cien teórico de seguridad en los resultados.

Sin embargo, ni Cavallero ni Kesselring consideraron necesario acudir a África. En consecuencia, decidí enviar al Teniente Berndt al Cuartel General del *Führer* para informar sobre la situación. A su vuelta, algunos días más tarde, mani-

festó haber encontrado muy escasa comprensión entre las personas con quienes se entrevistó. El *Führer* le había dado instrucciones para que me informase de que Túnez no debía entrar en mis cálculos, limitándome a resistir en mi zona de mando. Era una reacción típica de nuestro Alto Mando y determinaría los reveses que todavía nos esperaban. A pesar de nuestros éxitos tácticos en todos los teatros de la guerra, aquéllos carecieron de una base estratégica sólida que canalizara nuestra habilidad sobre el campo de batalla. Berndt informó de que en otros aspectos «el amo» se había mostrado poco amable. Aunque me enviaba la seguridad de su «profunda confianza», no parecía de buen humor. Había prometido un efectivo apoyo en los abastecimientos, y asegurado que se atenderían nuestros requerimientos en todos los aspectos con la máxima rapidez. Nada nos sería negado. La posición de Mersa el Brega tenía que mantenerse a toda costa, por constituir el trampolín para una próxima ofensiva.

Entretanto, prosiguió la retirada de Cirenaica. Era imposible transportar la gasolina almacenada en Bengasi, a causa del pesado fardo que significaban las tropas no motorizadas, los enfermos y los heridos. Además, muchas de nuestras columnas se encontraban todavía completamente desorganizadas. Nos enfrentábamos, pues, a muy serios problemas, cuando, el 10 de noviembre, hubimos de preparar la evacuación de la Marmárica. Informé a los organismos pertinentes, en términos bien claros, de que necesitábamos grandes cantidades de material de guerra que debían ser desembarcadas en Trípoli mientras fuese posible, ya que dentro de muy pocas semanas los aviones ingleses se hallarían en situación de atacar dicho puerto desde la costa de Sirte.

Estaba resultando muy difícil el transporte de nuestras fuerzas a través de los estrechos caminos abiertos en los

campos de minas de Tobruk y Gazala, amenazados de continuo por aviones y carros enemigos.

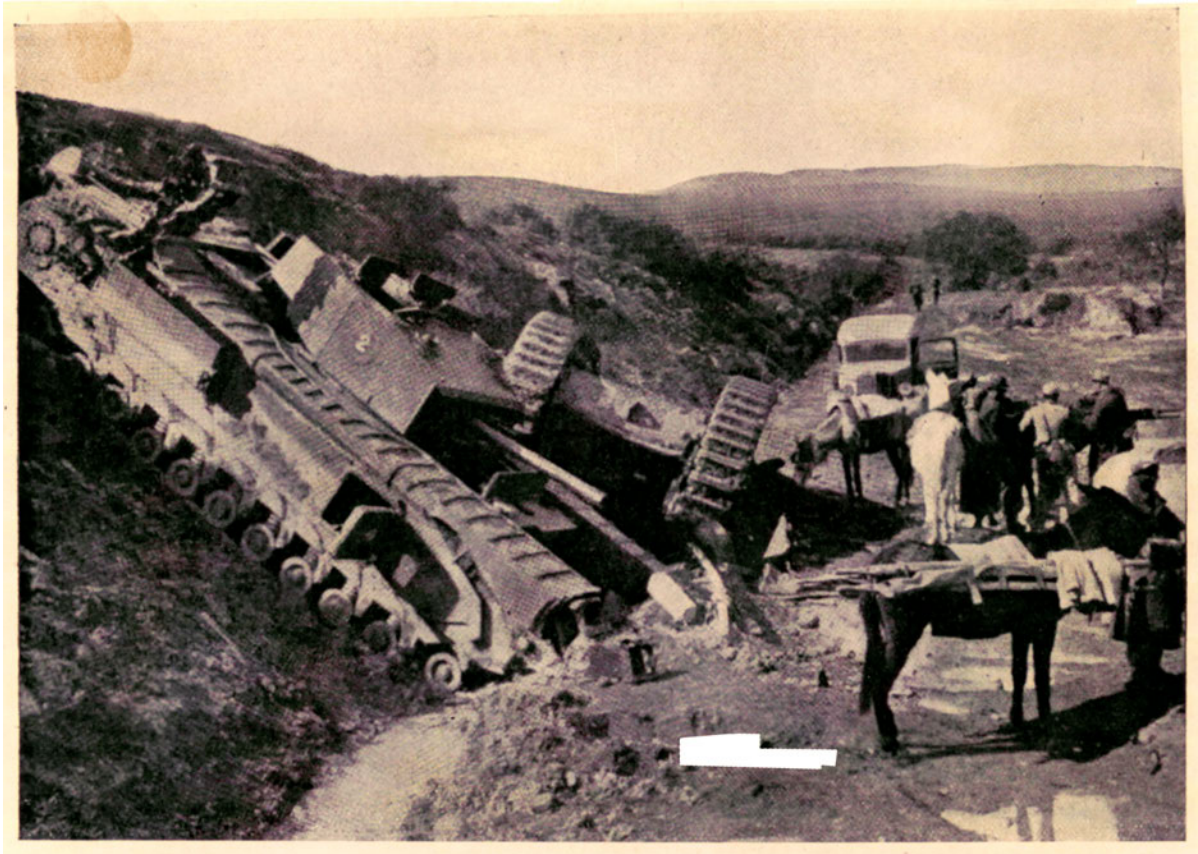
Los ingleses habían mandado una división acorazada (la 7.ª) para que rodease el sur de *Sidi* Omar, intentando rebasarnos, y en consecuencia nos replegamos sobre Tobruk. Durante la jornada del 11 de noviembre el enemigo consiguió capturar a un batallón de la «Pistola» y a tres baterías alemanas en la posición de Halfaya[35]. Nuestras columnas se hallaban todavía en la carretera, entre Bardia y Tobruk, con la retaguardia entre Sollum y Bardia, cuando fuerzas inglesas fueron vistas de improviso al sur del aeródromo de Gambut. Me preocupó mucho la posibilidad de que se dirigieran hacia el norte y cortaran la carretera. Por fortuna se mantuvieron en el sur, y nuestra retirada prosiguió con más o menos fortuna. La actividad aérea inglesa era menor que en días anteriores. Utilizando nuestras últimas reservas de gasolina, extraídas a aeródromos y almacenes, conseguimos alcanzar la línea de El Adem-Tobruk hacia el mediodía. No fue hasta entonces cuando los ingleses avanzaron sobre la carretera, pero nuestras fuerzas se hallaban ya más lejos.

Intentamos mantenernos en Tobruk cuanto pudiéramos, con el fin de retirar parte de las 10 000 toneladas de material que aún quedaban allí. El 11 de noviembre, y a pesar de que habíamos solicitado que sólo se nos enviase gasolina, nuestras escuadrillas transportaron 1100 hombres, desprovistos de valor combativo, por no haber sido adiestrados convenientemente. Por otra parte, carecían de vehículos y sólo iban a entorpecer aún más las maniobras.

Recibíamos un mensaje tras otro, conminándonos a retrasar la retirada cuanto fuera posible. Pero la rapidez de la misma nos la dictaba el enemigo y la situación de nuestro carburante.

En el «gollete» de Gazala se produjo, el día 12, una obstrucción que nos obligó a mantenernos en Tobruk hasta el amanecer. Centenares de vehículos debían ser remolcados, algunos de ellos por averías en el motor y otros por carecer de gasolina. La disciplina era buena. El pánico anterior no existía ya, y todo el mundo estaba convencido de que podríamos escapar. La gasolina escaseaba cada vez más, porque la Luftwaffe tenía a sus grupos de transporte empleados en Túnez, y no podía transportar más de 200 toneladas diarias.

Existían síntomas de que los ingleses intentaban avanzar a través de Acroma para rodear Tobruk por el oeste, y con el fin de evitar un copo, me vi obligado a evacuar la fortaleza, que por lo demás poseía ya un valor puramente simbólico. La plaza no hubiera podido sostenerse sin sacrificar una buena parte del Ejército. No intenté repetir el error de los ingleses en 1942. El enemigo la ocupó, pues, sin lucha, la noche del 12, tras de que la 90.ª División Ligera la hubo evacuado.



Tanques pesados ingleses destruídos por la artillería alemana durante la batalla de Túnez

Puesto de mando de Rommel durante la ofensiva alemana de Túnez. Está situado bajo un puente de ferrocarril.

Durante la retirada hicimos acopio de todos nuestros recursos imaginativos para meter al enemigo en una serie de trampas de nuevo modelo, induciéndole a la máxima cautela en su avance. Nuestro jefe de Ingenieros, General Buelowius, uno de los mejores en su especialidad dentro del Ejército alemán, realizó una espléndida tarea.

A la tarde siguiente quedó bien claro que los ingleses trataban de rebasarnos por medio de un ataque hacia Segnali, llevado a cabo por fuerzas considerables. La observación aérea notificó la presencia de más de 1000 vehículos en marcha hacia el oeste.

13 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

La batalla en el Norte de África (francesa) se acerca a su fin[36]*. Ello acumula aún más obstáculos contra nosotros. Tampoco allí la decisión final se hará esperar, porque nuestras tropas se ven aplastadas por la superioridad del enemigo. Los soldados no se merecen ningún reproche. Todo el mundo se ha batido espléndidamente.*

Hacia el mediodía del 13 de noviembre, el primer contingente del Ejército Panzer alcanzó la línea de Mersa el Brega. A pesar de las obstrucciones señaladas en los desfiladeros, el movimiento de nuestras columnas prosiguió más o menos dentro del plan trazado. Por desgracia resultó imposible transportar gasolina desde Bengasi por carretera o llevarla hasta Barce por ferrocarril, porque los italianos habían volado los rieles. Nos vimos obligados a pedir ayuda a los transportes de la Luftwaffe.

Una vez los ingleses hubieron rebasado la línea de Gazala, nuestra posición se hizo muy difícil, ya que el enemigo podía efectuar movimientos encaminados a envolver la totalidad

de Cirenaica. Se hacía precisa una vigilancia muy atenta de las pistas que rodeaban a Mechili, a fin de que nuestras tropas motorizadas pudiesen ser puestas en movimiento con el tiempo suficiente para interceptar a las columnas de asalto británicas. Al propio tiempo, tenía que proseguir la evacuación de Cirenaica. Durante las batallas en África había quedado demostrado repetidas veces que la línea de Gazala constituía el punto crucial en cualquier retirada hacia el oeste. Mediante hábiles maniobras habíamos podido retirarnos en 1941-42 sin pérdidas graves. Pero las tropas de Bergonzoli quedaron atrapadas a causa de la infantería no motorizada.

En la última frase, Rommel se refiere a la retirada italiana en él invierno de 1941, tras él descalabro de Sidi *Barrani.*

14 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

De nuevo hacia el oeste. Estoy bien, pero no necesito expresar mi estado de ánimo. Debemos agradecer cada jornada en que el enemigo no nos acosa. No puedo decir hasta dónde resistiremos. Todo depende del petróleo que se nos envíe por vía aérea.

¿Qué tal vosotros dos? Aun cuando mis preocupaciones sean tantas, pienso a menudo en ambos. ¿Qué será de la guerra si perdemos el Norte de África? ¿Cómo terminará todo? Me gustaría poder librarme de tan terribles pensamientos.

Al día siguiente nos enfrentamos a una grave crisis de gasolina, ya que la Luftwaffe transportó sólo 60 toneladas contra las 250 que nos había prometido Kesselring. Como resultado de dicha crisis, y teniendo en cuenta que las torrenciales lluvias habían reblandecido las pistas por las que in-

tentábamos aligerar el tráfico de la carretera, aquel día no pudimos alcanzar los objetivos previstos. Desde luego resultaba exasperante tal interrupción, ya que todo dependía de la velocidad. Por fortuna el enemigo no podía utilizar tampoco dichas pistas, y sus movimientos se retrasaban en la misma proporción.

El Mariscal Cavallero se encontraba en Libia desde el 12 de noviembre, pero no había considerado necesario conferenciar conmigo, aunque se lo pedí en repetidas ocasiones. Por el contrario, me mandó, por conducto de Ritter Von Pohl (*agregado aéreo alemán*), una orden del *Duce* requiriéndome para permanecer en Cirenaica durante otra semana por lo menos. La misma orden establecía que debíamos resistir en la posición de Mersa el Brega a toda costa, ya que de ello dependía el destino de las fuerzas del Eje. Hubiese sido mejor que el Mariscal Cavallero aplicara el celo que ahora estaba solicitando de nosotros a la tarea de aprovisionar al Ejército Panzer ante El Alamein o cuanto menos hubiese hecho algo para iniciarla. Por nuestra parte, cumplimos siempre nuestro deber, y el valor de mis tropas sobrepasó dificultades mucho peores a las que debieron sufrir los organismos encargados de abastecernos. Era ya tiempo de que las autoridades responsables hicieran gala de aquella energía que siempre fue nuestra norma. El Mariscal Cavallero pertenecía al tipo del militar muy bien calificado intelectualmente, pero de voluntad débil y poco amigo de abandonar su despacho. El organizar suministros, mandar hombres..., en fin, todo cuanto representa tarea constructiva, requiere algo más que inteligencia; nada puede lograrse sin energía, aplomo y la firme decisión de servir a una causa, sin considerar los intereses personales. Los soldados de academia consideran la guerra como un problema intelectual y sólo saben exigir dinamismo a los

que con mucha frecuencia califican de «troupiers»[37]. Se contentan con los méritos que les fueron concedidos por personajes de su misma mentalidad y llegan a considerarse indispensables en sus cargos. Era preciso que tanto en Italia como en Alemania se efectuase un cambio en tal estado de cosas.

El 15 de noviembre la crisis de la gasolina se agravó todavía más, cuando algunos buques en ruta hacia Bengasi fueron obligados a regresar a sus puntos de partida, y un buque cisterna que se hallaba ya en dicho puerto partió de nuevo sin descargar.

La Luftwaffe seguía transportando cantidades irrisorias. La falta de carburante impidió al Afrika Korps ponerse en camino hasta el mediodía, teniendo que detenerse otra vez por la noche sin una gota en sus depósitos. La 90.ª División Ligera disponía aún de una pequeña reserva. La mañana del 15 informé claramente a Ritter von Pohl de que en el futuro deseaba recibir la cantidad necesaria, y no 60 toneladas contra las 250 prometidas. La carretera seguía obstruida, y era muy escasa la munición transportada hasta el Afrika Korps. Además, algunos oficiales dotados de un celo excesivo habían volado el depósito de Barte, junto con la munición existente en el mismo. Los ingleses se mostraban de nuevo muy activos en el aire, y destruyeron muchos de nuestros vehículos en los sucesivos «golletes». Por otra parte, parecían dedicarse a organizar sus suministros antes de continuar la persecución. La prematura marcha de los buques italianos que se hallaban en Bengasi nos impidió salvar lo que aún quedaba. Debía haberse realizado un esfuerzo supremo para evacuar cuando menos la munición, antes de que el puerto cayera en manos enemigas.

Durante la noche del 15 continuó lloviendo. Los ingleses seguían lentamente nuestros movimientos, y los zapadores propios pudieron dedicarse a preparar toda suerte de sorpresas para ellos. Una vez más, la guerra invadía el hermoso país de Cirenaica, en cuyas ruinas destacaba todavía el esplendor de la antigua colonia. Tanto en Cirenaica como en Tripolitania se habían conseguido resultados admirables. Sus antiguos habitantes árabes dejaron que las tierras se arruinaran por falta de medios para cultivarlas. Los italianos crearon numerosas instalaciones, especialmente en el distrito de Barce y en los alrededores de Beda Littorio, zona que ahora servía de retaguardia a la 90.ª División Ligera, gracias a un trabajo continuo e inteligente por parte de los agricultores, que conquistaron metro a metro el desierto.

Hice que se me explicara con detalle el proceso de mejora agraria del país. En otros tiempos aquellos territorios no fueron sino praderas desiertas, en las que algunos árabes apacentaban sus modestos rebaños. En ciertas comarcas se recogía un poco de cebada. Los sistemas de irrigación, que en muchos lugares databan de los antiguos romanos, habían terminado por quedar cubiertos por la arena. El cultivo de trigo era desconocido para los árabes. Los primeros colonos hubieron de contender hasta 1929 con los rebeldes senusitas, y no fue hasta que el Gobierno procedió contra los árabes hostiles cuando los italianos empezaron a afluir a Cirenaica. No queda la menor duda de que Mussolini merece los mayores elogios por su obra civilizadora en Libia. Organizó la creación de generosos créditos financieros e hizo que se construyeran poblados, con pozos comunes y sistemas de regadío. Miles de casas se edificaron en Cirenaica y Tripolitania. Cuando llegó la guerra, destruyendo la tarea de tantos años, se conseguían ya espléndidas cosechas de trigo. Du-

rante nuestra retirada los colonos sufrieron mucho, a causa de los árabes, que devastaron sus campos y saquearon sus casas. La recuperación de Cirenaica como «granero de Roma» aparece ahora muy lejana.

16 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

Otro paso considerable hacia atrás. Para empeorarlo todo, llueve intensamente, dificultando aún más nuestros movimientos. Gran carestía de gasolina. Hay para echarse a llorar. Esperemos que los ingleses sufran igualmente las consecuencias del mal tiempo.

El Afrika Korps seguía inmovilizado. La dirección de los suministros italianos parecía presa de una verdadera furia destructora. Se volaban depósitos de munición y de agua, todos ellos de urgente necesidad para el sostenimiento de las tropas. No fue hasta el último momento cuando pudimos impedir que demolieran la central eléctrica de Bengasi.

A la mañana siguiente, y aunque el terreno seguía en muy mal estado, los ingleses prosiguieron su marcha con considerables efectivos, pisando los talones a la 90.ª División Ligera, y apareciendo también por nuestro flanco cerca de Msus. Aquello significaba que debíamos salir de Cirenaica lo antes posible si no queríamos ver destruido el ejército alrededor de Bengasi. Como de costumbre, sufríamos una casi absoluta carencia de gasolina. Los buques de guerra italianos que, según lo prometido días antes, transportarían el carburante necesario, no llegaron.

Por fortuna la Luftwaffe informó de que la columna inglesa localizada en Msus se había visto obligada a detener su marcha a causa de las inundaciones provocadas por la lluvia.

Teníamos tan poco carburante, que no hubiésemos podido enfrentarnos a un ataque inglés en dicha zona.

Aquel movimiento de flanqueo se llevó a cabo por un par de regimientos blindados y algunas armas auxiliares. El informe de Alexander dice: «El enemigo se estaba retirando por el Gebel, y constituía una gran tentación el repetir nuestra estrategia de otras veces, mandando fuerzas que cortasen su retirada en Agedabia. Sin embargo, el General Montgomery no estaba dispuesto a correr riesgos, especialmente a causa del abastecimiento, y el 10.º Cuerpo recibió instrucciones para enviar por dicha ruta tan sólo a elementos blindados. Más tarde, y cuando se observó que la retirada enemiga se había detenido temporalmente por causa del combustible, ordenóse al 10.º Cuerpo aumentar en lo posible aquella fuerza de flanqueo; pero no se pudo realizar, a causa de las circunstancias reinantes».

Al amanecer del 18 de noviembre, vehículos blindados y tanques ingleses avanzaron desde Msus contra nuestras fuerzas de cobertura, siendo rechazados. Más adelantada la mañana, supimos que los destructores que nos llevaban gasolina habían regresado a puerto. Poco después, un convoy inglés de 15 buques de transporte, con otros 15 de escolta, era localizado al nordeste de Derna, proa al oeste. Dedujimos que se preparaba un desembarco en Bengasi, y a pesar de la mar gruesa ordené que las barcazas cargadas con tanques y material se hicieran a la mar. Lo restante sería destruido. La mayoría de las embarcaciones se hundieron, y no nos fue posible salvar más que una parte muy pequeña de nuestros depósitos de Bengasi. Se demolieron puerto e instalaciones. Entre la población civil reinaba una confusión indescriptible. Por quinta vez en el curso de la guerra la ciudad cambiada de manos.

La vanguardia del Afrika Korps se retiró con gran dificultad hacia la zona de Zuetina, donde se reagrupó para la defensa. Centenares de vehículos habían de ser remolcados. A pesar del enorme peligro que se cernía sobre nosotros y de la terrible escasez de material, se mantuvo un orden ejemplar, y todo se fue desarrollando más o menos de acuerdo con nuestros planes. Una y otra vez, el 33.º Batallón de Reconocimiento rechazó a la columna inglesa que intentaba rodearnos por el sur. A primeras horas de la mañana del 19 de noviembre, la 90.ª División Ligera abandonó Bengasi. Durante el curso del día el grueso del Afrika Korps llegó a sus nuevas posiciones, y la 90.ª Ligera se estableció en Agedabia. La evacuación de Cirenaica era completa.

La retirada desde Gazala a Agedabia había sido realizada en medio de un peligro constante, ya que los ingleses tuvieron siempre la posibilidad de cortarla, por medio de un avance por Mechili. Parte de mis fuerzas estuvieron bloqueadas en la carretera durante días enteros por carecer de gasolina, mientras los aviones lanzaban un ataque tras otro contra aquella columna de 100 Km., consiguiendo continuos impactos. Aunque la cantidad de gasolina recibida podía considerarse elevada, desde el punto de vista de la Luftwaffe —ya que fue transportada casi exclusivamente por aviones—, no bastaba, ni con mucho, para llenar las necesidades de mi ejército. A pesar de todo, conseguimos terminar la retirada dentro de un orden establecido. Desde Tobruk a Mersa el Brega, apenas si perdimos un hombre.

Cuando llegamos a Agedabia no nos quedaba un litro de carburante. Había 500 toneladas en Trípoli y otras 100 en Buerat, pero esta última población se encontraba todavía a 400 Km. La causa principal de aquella crisis residía en que el frente se hallaba ahora fuera del alcance de los aparatos con

base en Italia. Aquel día, un buque cisterna italiano con 4000 toneladas de gasolina fue hundido frente a Misurata, pero otro más pequeño y cargado con 1200 pudo llegar a Trípoli. Se mandó allí a todos los camiones disponibles. El permanecer inmovilizados en el desierto por tiempo indefinido constituía una perspectiva muy poco halagüeña. El Mariscal Bastico aseguró que haría lo posible por ayudarnos. Las 500 toneladas descargadas en Trípoli con anterioridad serían llevadas a Agheila con la mayor rapidez.

Entretanto, se había trabajado con ardor, y dentro de lo que permitían las circunstancias, en la línea de Mersa el Brega. Las posiciones estaban bien situadas. Terminaban unos kilómetros al sur de la costa, en unas marismas de 16 Km. de anchura, tras de las cuales se encontraba una franja de terreno muy difícil para los vehículos. Quien atacara desde el este, tratando de tomar la posición mediante una maniobra de flanqueo, tendría que efectuar un gran rodeo por el sur. Y cuanto más se alejara de la costa, más peligrosa resultaría la operación, teniendo en cuenta las condiciones reinantes en el Norte de África. Sin embargo, incluso la defensa de Mersa el Brega necesitaba de fuerzas motorizadas lo suficientemente poderosas como para enfrentarse a la columna de flanqueo. En una acción entre dos formaciones equilibradas, el atacante se encontraría en posición táctica difícil, ya que su ruta de aprovisionamientos sería forzosamente vulnerable por parte de las fuerzas motorizadas del defensor. Se trataba de cerrar el desfiladero en Mersa el Brega, asegurarse el terreno en Sebcha (*las marismas*) y disponer de una fuerza móvil, provista de la suficiente gasolina y munición. Sin esta fuerza o con escasez de carburante, la posición era imposible de defender.

Pronto quedó patente que tanto nosotros como los ingleses nos veríamos obligados a detenernos allí. El enemigo necesitaba organizar su abastecimiento. El resultado de la batalla dependería de nuestra facultad para obtener refuerzos motorizados y asegurarnos gasolina y munición suficientes antes de que el adversario estuviera en condiciones de atacar.

Entretanto, las divisiones italianas «Jóvenes Fascistas», «Pistoia» y «Spezia» (de estas dos últimas, sólo una parte se hallaba en África) se instalaron en la línea de Mersa el Brega, iniciando su acondicionamiento, bajo la dirección del Mariscal Bastico. Unidades de la División Acorazada «Centauro» se desplegaron a retaguardia. Los paracaidistas, la 164.ª División Ligera y los restos del XXI Cuerpo italiano se estaban concentrando tras de Mersa el Brega. A mi llegada a la zona indiqué que las fortificaciones no nos servirían de mucho, ya que el enemigo podía rodearnos, aunque no sin dificultades. En este caso, las formaciones no motorizadas italianas, al igual que lo ocurrido en El Alamein, serían presa fácil para las unidades acorazadas y blindadas adversarias, a las que no podrían ofrecer resistencia efectiva.

Con el fin de dar al Alto Mando una idea clara de las necesidades tácticas del momento, mandé al General De Stefanis (ya que el Mariscal Cavallero no hubiera venido a visitarme) para que informase al *Duce* y a este último en Roma. De Stefanis, jefe inteligente y bien informado en asuntos tácticos, sabía perfectamente cuáles eran los defectos del Ejército italiano. Debía insistir especialmente sobre las limitaciones que sufre un jefe cuando por no disponer de suministros debe procurárselos como sea, sin estar nunca seguro de lo que ocurrirá al día siguiente. Ya era demasiado tarde para alterar el curso de los acontecimientos iniciados en El Alamein. No

quedaba más remedio que contemplar los hechos cara a cara y tratar de salir airosos de la situación. En vista de las condiciones reinantes, no cabía pensar en una batalla de Mersa el Brega.

Una hora después de haber dado instrucciones al General De Stefanis acerca de su misión en Roma, me fui a ver al General Navarrini, que mandaba el XXI Cuerpo italiano, comprendiendo a las Divisiones «Pistoia», «Spezia» y «Jóvenes Fascistas». También él comprendió que aceptar batalla significaba la pérdida total de sus fuerzas. Le prometí que haría cuanto estuviera de mi mano para que la infantería italiana no sufriera un nuevo descalabro.

Repasando los acontecimientos desde principios de 1942, discutimos la posibilidad de repetir nuestro ataque por sorpresa a los ingleses, frente a Agedabia, destruyendo parcialmente a sus fuerzas. Pero en realidad no podíamos llevar a la práctica aquellos planes puramente académicos, por carecer de gasolina y de tanques. La afluencia de la primera no podía concentrarse ya en Trípoli —como en 1941—, sino en Túnez, haciendo imposible su traslado al frente con el tiempo necesario.

Dejando esto aparte, la situación era muy parecida a la del invierno de 1941-42. Los ingleses nos habían seguido con fuerzas parciales, dejando al grueso a retaguardia. Aun con la excelente organización de su abastecimiento no podrían concentrar en Agedabia a sus fuerzas completas. Suponiendo que todos los puertos de Cirenaica hubieran quedado perfectamente destruidos, la zona de Agedabia sería siempre de mucho peligro para quien atacara desde el este, ya que el aprovisionamiento de las unidades desde tan largas distancias no podría ser realizado sólo por carretera. En consecuencia, buena parte de las mismas debe permanecer en la

Marmárica. Con una base adecuada, más al oeste, la defensa podría destruir a las vanguardias enemigas antes de que llegaran otros contingentes. Aun cuando se llevasen refuerzos desde Cirenaica, éstos operarían demasiado tarde, cuando la batalla estuviera ya decidida, quedando asimismo a merced de un enemigo superior.

Si hubiera sido yo quien avanzara desde el este, jamás habría aceptado un contraataque en Agedabia, sino que, retrocediendo esperaría la llegada de las demás formaciones, como hizo Wawell en 1941.

En enero de 1942 habíamos conseguido —por las razones ya expresadas— caer sobre las vanguardias inglesas, destrozándolas con fuerzas superiores, antes de que pudieran recibir una ayuda efectiva. Aquello significó casi el colapso de la ofensiva de Ritchie. Ahora, sin embargo, semejantes propósitos debían permanecer en suspenso, ya que su realización era imposible, por no darse las circunstancias adecuadas. Resultaba irritante observar cómo el dispositivo inglés nos hubiera permitido conseguir un resultado favorable, de haber dispuesto de los elementos necesarios.

La gran retirada era consecuencia de nuestra derrota en El Alamein. Una vez sobrepasada la primera etapa de desorganización, el comportamiento de las tropas fue ejemplar. Nuestras pérdidas, aparte de las sufridas en El Alamein, no eran graves[38]. De los 90 000 soldados alemanes (incluyendo fuerzas aéreas y navales) que teníamos, aproximadamente, antes de la batalla, habían podido salvarse 70 000, sin incluir a los millares de enfermos y heridos trasladados en avión a Europa.

No habíamos recibido todavía directrices estratégicas de los organismos superiores alemán e italiano acerca del futuro en el teatro de la guerra Africano. Desde luego, no se con-

templaban los hechos bajo un prisma realista ni muchísimo menos. Lo más sorprendente era observar la cantidad de material que ahora podía ser enviado a Túnez, y que superaba por muy amplio margen a lo recibido por nosotros en cualquier época pasada. Lo delicado de la situación empezaba a influir en Roma. Pero ingleses y americanos habían multiplicado también sus desembarcos de pertrechos, y procedían a reforzar rápidamente su dominio del aire y del mar. Uno tras otro, los buques del Eje se hundían en el Mediterráneo, y estaba bien claro que la situación no podría mejorar. Estábamos con el agua hasta el cuello, y nadie disponía de la fuerza necesaria para sacarnos a flote.

La falta de dirección, los errores operativos, los prejuicios y las continuas evasivas alcanzarían ahora un ritmo acelerado. Pero quien padecía las consecuencias no era el mando, sino el sufrido soldado alemán e italiano.

CAPÍTULO VI
CONSULTAS EN EUROPA

En las jornadas siguientes las mayores dificultades tuvieron su origen en la escasa comprensión de nuestros mandos superiores, no en la actividad del adversario. Como ya dije antes, sólo nos quedaba un recurso: el de no aceptar batalla. No podíamos confiar en una afortunada defensa contra un ataque de flanqueo inglés, por más que así lo desearan los organismos competentes.

Nuestras fuerzas se reducían a un tercio de las que habíamos empleado en El Alamein. No disponíamos de suministros ni depósitos, y nuestra situación resultaba precaria en grado sumo. Muy poca cosa llegaba a Trípoli. Los buques cisternas eran hundidos uno tras otro por la acción de los submarinos y los aviones torpederos ingleses. Mi sugerencia de que fueran camuflados bajo la apariencia de mercantes no fue aceptada. Al atacar a los transportes, los ingleses nos herían en la parte más vital de nuestra organización, aquella de la que dependía todo el conjunto.

Por entonces me formé la opinión de que la actitud del Alto Mando hacia mi ejército se originaba en una falsa apreciación de las circunstancias en que nos debatíamos, ocasionada quizá por informaciones de la Luftwaffe y de los italianos, dotadas de cierto tono peculiar. Sin embargo, esperaba poder demostrarles algún día la realidad. Más tarde llegaría a la conclusión de que en los altos círculos gubernativos no se aceptaban fácilmente las crudas verdades. Habían metido la

cabeza en la arena y sólo eran capaces de ceder ante la fuerza de los acontecimientos.

Mientras el General De Stefanis se encontraba en Italia, llegó una comunicación del *Führer*, confirmando la orden del *Duce*, según la cual la posición de Mersa el Brega había de mantenerse a toda costa. Se nos prometieron cuantiosos refuerzos en tanques y cañones antitanques y antiaéreos; pero nosotros sabíamos ya, por triste experiencia, lo que significaban tales seguridades. Al propio tiempo se nos subordinaba otra vez al Mariscal Bastico, «para cumplir ciertas formalidades puramente rutinarias».

Rommel se había encontrado ya bajo el mando de Bastico antes de que el Ejército Panzer avanzara por Egipto. Pero durante la batalla de El Alamein había sido responsable directo ante el Commando Supremo y el Cuartel General del Führer.

Decidí utilizar el respiro que nos otorgaba la reorganización del adversario, para exponer personalmente la situación al Commando Supremo y al Cuartel General del *Führer*, insistiendo en que se extrajeran conclusiones inmediatas.

Había dejado entrever ya una parte de mi plan, pero pensaba detallarlo todo con la más absoluta claridad. En sus líneas generales era el siguiente:

a. Teniendo en cuenta la situación del abastecimiento, que nos privaba de substituir a los tanques, vehículos y armas perdidos en los últimos meses y reunir el material necesario para una batalla móvil, no podíamos enfrentarnos a los ingleses en ningún lugar de Tripolitania. El motivo resultaba obvio: a causa de que cualquier posición era rebasable por el sur, el peso de la defensa recaía siempre sobre las formaciones motorizadas.

En consecuencia, debíamos considerar desde el principio la total evacuación de Tripolitania, con el fin de realizar un último repliegue hasta Gabes, donde establecer una línea que se apoyara por el sudoeste en el Shott el Jerid.

Dicha línea se hallaba a 192 kilómetros al oeste de la frontera tunecina, y a mitad de camino entre Trípoli y Túnez. La comarca cubre una estrecha faja de terreno —18 kilómetros— entre el mar y los lagos y marismas conocidos con el nombre de Shott el Jerid o Fejaj.

En aquella retirada desde Mersa el Brega a Túnez había que considerar dos cosas: primera, la necesidad de ganar el mayor tiempo posible, y segunda, la de ejecutar la operación con el mínimo de pérdidas en hombres y material.

Nuestro gran problema lo constituían las fuerzas no motorizadas italianas. Si no se quiere abandonar a la formación más débil, ésta determinará siempre la velocidad de retirada de todo el ejército. Ello constituye una desventaja desastrosa frente a un enemigo completamente motorizado y superior en número. Por lo tanto, resultaba esencial que trasladáramos a las divisiones italianas a posiciones situadas más al oeste, antes de que se iniciara el ataque inglés, dejando a las fuerzas motorizadas en Mersa el Brega para que inmovilizaran al enemigo, minaran las carreteras y utilizaran cuantas oportunidades se les ofreciesen para causar daños a las vanguardias de aquél. El jefe inglés se había mostrado sumamente cauteloso. No se arriesgaba nunca, y las soluciones atrevidas no parecían hechas para él. Nuestras fuerzas motorizadas deberían mantener una apariencia de constante actividad, con el fin de alentar esta actitud precavida, induciéndole a una mayor lentitud. Me agradaba sobremanera que Montgomery no aceptara el riesgo de arrollarnos, como podría haber hecho perfectamente. Tal movimiento le hubiera

costado quizá menos bajas que su metódica insistencia en abrumarnos con fuerzas superiores en cada acción táctica, lo cual disminuía asimismo su velocidad.

La retirada hacia Túnez sería realizada por etapas, con el fin de obligar a los británicos al mayor número posible de marchas de aproximación. Nos basábamos para ello en la cautela de nuestro oponente, que a la larga resultó justificada. La primera detención se efectuaría en Buerat, y la segunda, en Tarhuna-Homs. No queríamos aceptar batalla ni siquiera en estos puntos, sino retirar la infantería antes de ser atacada, mientras las formaciones motorizadas libraban escaramuzas con el enemigo, retrasando su avance. Finalmente, nos detendríamos en la posición de Gabes, que, como la de El Alamein, no podía ser envuelta por el sur.

1. Una vez en Gabes, estaríamos en condiciones de acumular el peso de la batalla sobre la infantería no motorizada. La posición no era apta para el ataque de fuerzas motorizadas, y sólo podía tomarse mediante una tremenda concentración de material. Montgomery necesitaría varios meses para transportarlo a través de Libia y atacar el Wadi Akarit (este obstáculo se encuentra en el desfiladero de Gabes) con posibilidades de éxito[39]. Durante dichos meses nuestras fuerzas motorizadas serían provistas de material llevado a Túnez, mientras tenía lugar la retirada. Junto con el 5.º Ejército Panzer, que entretanto había desembarcado en Túnez, dispondríamos de la oportunidad de descargar un duro golpe.

El peligro principal para nosotros residía en el frente abierto que se hallaba al oeste de Túnez y que ofrecía a ingleses y americanos excelentes posibilidades para una ofensiva. Era esencial el que actuáramos los primeros lanzando

un ataque por sorpresa con el total de nuestras fuerzas motorizadas, destruyendo a parte de las formaciones angloamericanas y rechazando el resto hacia Argel. Entretanto, Montgomery no podría hacer nada contra la línea de Gabes, a menos que dispusiera de tremendos efectivos en artillería y munición.

Cuando las tropas angloamericanas en Túnez occidental hubieran sido derrotadas y desposeídas de su poder ofensivo, una rápida reorganización nos permitiría atacar a Montgomery y rechazarlo hacia el este, retrasando su despliegue. Desde luego la operación ofrecía muchas dificultades, debido a la naturaleza del terreno.

1. Sin embargo, ni Libia ni Túnez podían ser sostenidos, porque, como ya dije antes, la guerra en África estaba siendo decidida en la batalla del Atlántico. Desde el momento en que la inmensa capacidad industrial de los Estados Unidos empezaba a pesar en un teatro de la guerra, no existían ya posibilidades de victoria. Aun cuando hubiésemos ocupado la totalidad del continente Africano, con excepción de un pequeño territorio donde los americanos hubiesen podido desembarcar su material, la derrota era inevitable a la larga. La habilidad táctica podía solamente aplazar el colapso, pero no evitarlo.

Nuestro objetivo en Túnez consistiría en ganar cuanto tiempo nos fuera posible, y trasladar a Europa el mayor número de nuestros veteranos. Como no existían posibilidades para equipar y aprovisionar a un grupo de ejércitos en Túnez, deberíamos reducir los efectivos a formaciones menores, pero bien equipadas. Si los aliados lanzaban una ofensiva en gran escala acortaríamos el frente paso a paso, evacuando a gran cantidad de tropas por medio de aviones, bar-

cos y buques de guerra. La primera detención se efectuaría en la comarca montañosa que se extiende desde Enfidaville a los alrededores de Túnez, y la segunda, en la península del cabo Bon. Cuando los angloamericanos completasen su conquista no encontrarían nada, exceptuando a unos pocos soldados, escapándoseles el fruto de su victoria, lo mismo que nos había ocurrido a nosotros en Dunkerque.

1. Las fuerzas evacuadas a Italia se reorganizarían en unidades de ataque. Dichas tropas eran las mejores para oponerse a los ingleses y norteamericanos, debido a su gran experiencia y excelente adiestramiento. Mis relaciones con ellas eran tales, que su valor combativo se incrementaba bajo mi mando hasta un punto superior al que lógicamente hubiera podido esperarse de su número.

Durante las semanas siguientes discutí mis ideas con los mandos superiores, y esperé —aunque en vano— que fueran adoptadas. El 22 de noviembre celebré una entrevista con el Mariscal Bastico, desarrollando los argumentos ya citados y advirtiendo que si obedecíamos, como era de esperar, la orden de «resistir» hasta el final en Mersa el Brega, ello significaba la destrucción total de nuestros efectivos, a menos que la mencionada orden fuera revocada a tiempo.

«Tenemos dos alternativas: la de perder la posición cuatro días antes y salvar al Ejército, o la de perder ambas cosas un poco después». Con este argumento y otros similares traté de hacer resaltar lo más esencial de las circunstancias reinantes. También Navarrini hizo lo posible para convencer al Mariscal Bastico, quien, aunque interiormente convencido de que la solución propuesta por nosotros era la mejor, seguía oponiéndose a ella. Pero tampoco nosotros nos hacíamos ilusiones acerca de las enormes desventajas que repre-

sentaba la evacuación de Tripolitania. Sin embargo, no existía otra alternativa. Finalmente, prometió defender nuestro punto de vista tan objetivamente como fuera posible, ante los organismos superiores.

21 noviembre 1942.

Queridísima Lu:

Las últimas jornadas transcurrieron tranquilas, dentro de lo que cabe. No cesa de llover, y nuestra existencia dista mucho de ser cómoda, especialmente teniendo en cuenta que he vivido en mi coche, al aire libre.

Hoy dispongo otra vez de techo y de una mesa, lo cual representa un lujo extraordinario. Lamento haberte escrito unas cartas tan mezquinas como las últimas. Aunque apenas si me atrevo a confiar en un giro favorable de la situación, pienso en que a veces ocurren milagros.

El 24 de noviembre los Mariscales Kesselring y Cavallero vinieron, por fin, a África para celebrar la entrevista tan deseada por mí. Tuvo lugar en Arco dei Fileni[40], localidad situada en la frontera entre Cirenaica y Tripolitania. Nos encontrábamos presentes Kesselring, Cavallero, Bastico y yo.

Con el fin de poner coto al optimismo de que hacían gala los dos primeros, abrí la sesión describiendo los acontecimientos ocurridos desde que se inició la batalla de El Alamein, insistiendo en que las malas condiciones reinantes al iniciarse aquélla fueron la causa de la derrota posterior. Las tropas se habían batido admirablemente, pero perdimos casi todo nuestro material pesado, parte en la línea de El Alamein y parte durante la retirada, a pesar de haberse remolcado a muchos vehículos con el fin de salvar lo posible. Los restos del Ejército representaban el potencial aproximado de una división no muy fuerte. Añadí que el armamento de las tres

divisiones de infantería italianas era prácticamente inútil, y que en modo alguno podía hacer frente a los recursos enemigos. En consecuencia, se hacía imposible resistir en Mersa el Brega. Insistí en mis ideas sobre la evacuación de Tripolitania, aunque tropezando con la obstinada oposición de Kesselring y Cavallero. El primero lo contemplaba todo bajo el punto de vista de la Luftwaffe, y no pensaba sino en las consecuencias que una maniobra semejante habrían tenido para la situación estratégica del arma aérea en Túnez. En cuanto al segundo, vivía en un mundo de ilusiones.

Les dije a ambos que dos o tres semanas más tarde no cabría pensar en una retirada, ya que los ingleses habrían tenido tiempo de aproximarse a nuestra línea con 800 vehículos blindados, 400 cañones y 550 antitanques. Era preciso tomar una decisión muy rápida. Si realmente deseaban defender la línea de Mersa el Brega, debíamos disponer, para dentro de una semana, del siguiente material, con sus correspondientes equipos:

50 antitanques de 75 mm.

50 «Panzer IV» de cañón largo.

78 cañones de 100-150 mm.

Transportes y abundante munición para los mismos.

Por lo menos, 4000 toneladas de gasolina y otras tantas de munición.

También necesitaríamos considerables refuerzos aéreos.

A juzgar por la experiencia, no existía posibilidad para que dichas demandas fuesen satisfechas. Sólo quedaba una solución: la de retirarse hacia el oeste. Ninguno de los dos mariscales pudo oponer argumentos lógicos a dicho razonamiento. Cuando les pregunté su opinión acerca de lo que debía hacerse en caso de un ataque de flanqueo inglés, no res-

pondieron palabra. No habían venido a verme con la intención de sacar conclusiones y formarse juicios sensatos. Según ellos, el error era nuestro, y estaban seguros de poder espolearnos con frases rimbombantes. En cuanto a mí, me consideraban un pesimista inveterado, y de ambos debió partir la versión, muy extendida después por retaguardia, de que era un «gallo de pelea en la victoria y un apático en la derrota». Dicho parecer fue muy del agrado de determinados militares de salón. De todos modos, resultaba bien claro que ninguno de los dos mariscales estaba dispuesto a apoyarme.

El lector debe tener en cuenta que lo que antecede fue escrito por Rommel poco después del final de la campaña de África, y que no pudo revisarlo con tiempo. Sus duros comentarios acerca de Kesselring no deben ser nunca interpretados como exponente de una opinión razonada. Existe una diferencia significativa entre lo dicho aquí y lo que escribió en el capítulo final de la obra, poco antes de su muerte, y cuando pudo contemplar los acontecimientos de África dentro de una más amplia perspectiva. En dicho capitulo muestra una apreciación mucho mayor de las cualidades del Mariscal Kesselring.

La situación del abastecimiento continuaba siendo muy seria. En vez de las 400 toneladas diarias que necesitábamos, llegaban al frente 50 como máximo, debido, en parte, a nuestra carencia de vehículos y, en parte, a la gran distancia existente entre Trípoli y la línea. El resultado se traducía en deficiencias de todas clases.

El 26 de noviembre pudimos comprobar la reacción ocasionada por mi entrevista con Kesselring y Cavallero. Mientras el primero nos requería para destacar tropas que protegieran la ciudad de Trípoli, el *Duce* mantenía su demanda de resistir en Mersa el Brega. Además, Mussolini deseaba lanzar

un ataque contra los ingleses en cuanto fuera posible, para lo cual recibiríamos extraordinario apoyo de la Luftwaffe. Lo que dicho apoyo representaría, podíamos imaginarlo por anteriores experiencias. Caso de que atacaran los británicos, el Mariscal Bastico decidiría si era necesaria o no la retirada. El Commando Supremo había insistido cerca de Bastico para que no diese dicha orden sino en el caso de la más extrema necesidad. De esta forma me tendrían más sujeto. Haciendo gala de extraordinaria franqueza, Bastico se puso en contacto conmigo, instándome a realizar los arreglos pertinentes.

Me sentí indignado. Hasta aquel entonces había sido el mando del Ejército Panzer el que una y otra vez dirigió la marcha del mismo, sacándolo de los atolladeros en los que hubiese terminado por deshacerse, de haber intervenido el Commando Supremo. Una vez demostrada la imposibilidad de conseguir nada efectivo en Roma, decidí partir hacia el Cuartel General del *Führer*, para rogarle personalmente me indicara una solución estratégica e insistir en la evacuación del Norte de África como medida a largo plazo. Pensaba exponerle las posibilidades operativas y tácticas del Ejército Panzer, tal como las he venido describiendo, y procurar que fueran aceptados mis puntos de vista.

Partimos la mañana del 28 de noviembre, llegando por la tarde a Rastenburg. Las primeras conversaciones entre Keitel, Jodl, Schmundt y yo se iniciaron a las cuatro. Los dos primeros se mostraron extremadamente serios y reservados.

Hacia las cinco fui requerido para presentarme ante el *Führer*. Desde el principio noté mucha frialdad en la atmósfera. Describí las dificultades a que el Ejército hubo de enfrentarse durante la batalla y el repliegue. Se tomó nota de todo, considerándose la operación como perfecta y única en todos sus detalles.

Por desgracia abordé demasiado bruscamente el tema de la evacuación, y dije que como no podía esperarse una mejora en los transportes marítimos, la experiencia aconsejaba abandonar el teatro de la guerra Africano, como medida a largo plazo. No podíamos hacernos ilusiones acerca de la situación, y todos los planes debían encaminarse a conseguir lo más factible. Si el Ejército seguía en el Norte de África, quedaría aniquilado.

Había esperado que se discutieran razonablemente mis argumentos, pero apenas mencioné la cuestión estratégica, tuvo lugar un auténtico estallido. El *Führer* se enfureció, dirigiendo contra nosotros una avalancha de reproches, completamente injustificados. La mayoría de los componentes del Cuartel General, muchos de los cuales no habían oído un tiro en su vida, estuvieron de acuerdo con cuantas palabras pronunció Hitler. Para ilustrar nuestras dificultades mencioné el hecho de que sólo 5000 de los 15 000 soldados del Afrika Korps y de la 90.ª División Ligera disponían de armas. Aquello provocó violentas recriminaciones, acusándoseme, entre otras cosas, de haber abandonado el armamento. Protesté enérgicamente, y dije con claridad que era imposible juzgar el desarrollo de la batalla, desde Europa. Nuestras armas habían quedado reducidas a pedazos por los bombarderos, los tanques y la artillería adversarias, y podía considerarse un milagro el que hubiésemos logrado escapar con todas las tropas motorizadas alemanas, especialmente teniendo en cuenta la carestía de petróleo que nos obligó a retirarnos a un promedio de sólo unas decenas de kilómetros por día. Declaré que todos los demás ejércitos sufrirían idéntico destino si los americanos lograban poner pie en el Continente.

Sin embargo, nadie quiso discutir. El *Führer* dijo que su decisión de resistir en Rusia durante el invierno 1941-1942 ha-

bía obrado resultados excelentes. También allí sus órdenes fueron duras. Empecé a darme cuenta de que Hitler rehusaba comprender la situación, y que reaccionaba emocionalmente contra lo que su inteligencia le estaba mostrando con toda claridad. Manifestó que el continuar manteniendo una cabeza de puente en África era una necesidad política, y que por lo tanto, no habría retirada desde Mersa el Brega. Prometió hacer lo posible para que dispusiera de los abastecimientos necesarios. El Reich*smarschall* (*Goering*) me acompañaría a Italia, investido de poderes extraordinarios para negociar con las autoridades responsables italianas. Sin embargo, teníamos ya amplia experiencia de tales gestiones.

Tras abandonar el Cuartel General del *Führer*, Goering y yo nos dirigimos hasta Gumbinnen, donde pasamos al tren especial que debía llevarnos a Roma. Me sentía irritado ante la falta de comprensión demostrada por nuestras autoridades supremas y por su tendencia a recriminar a las tropas lo que no era sino culpa de ellos mismos. Mi cólera se incrementó cuando observé el comportamiento del *Reich*marschall, en su tren especial. La situación no parecía preocuparle lo más mínimo. Mostrábase satisfecho, sonreía ampliamente ante la adulación de los imbéciles que formaban su corte, y no hablaba sino de joyas y pinturas. En otras circunstancias aquel comportamiento podía haber resultado divertido, pero a mí me pareció indignante.

Goering poseía una ambición desordenada y carecía de escrúpulos para llevarla a la práctica. Estaba convencido de que en el Norte de África podrían ganarse laureles fáciles, y deseaba que fuera la Luftwaffe quien los consiguiese. Unidades de su guardia pretoriana, la División Panzer «Hermán Goering», se encontraban ya en camino hacia Túnez[41]. Sus opiniones acerca de las posibilidades que ofrecía aquel teatro

de la guerra resultarían erróneas. No creo que hubiera existido nunca otro frente donde nuestro enemigo hubiese demostrado un mando tan hábil y un adiestramiento tan perfecto de sus tropas —sin mencionar equipo y armamento— como el formado por los ingleses, y más tarde por los americanos, en el Norte de África. Nuestra única ventaja residía en un concepto más moderno de la guerra, pero quedaba eliminada al no disponer de suficiente material. Por consiguiente, era una locura seguir considerando inferiores a nuestros enemigos. Durante todo este período mi peor adversario fue Goering. Tengo la impresión de que pretendía verme eliminado del Norte de África para poder realizar en él sus propios planes. Rechazó todos los informes que mandé al *Führer* acerca de la situación, calificándolos de simple pesimismo, y dió origen a la absurda idea de que me regía por estados de ánimo y sólo era capaz de mandar bien en circunstancias favorables; de lo contrario, me deprimía y me dejaba influenciar por el «mal Africano». Basándose en ello, se afirmaba que era un hombre enfermo, y se sopesó la necesidad de relevarme, ya que para ganar batallas era preciso un general que creyera firmemente en la victoria. Por lo que a los «estados de ánimo» respecta, debo decir que en el frente no nos complacía demasiado el encontrarnos en situaciones próximas al desastre, mientras el Reich*smarschall* permanecía sentado en su coche salón. El punto de vista de ambos era, pues, muy distinto.

Con el fin de no perder la oportunidad, había dado instrucciones a mi ayudante, el teniente Berndt, hombre muy persuasivo, para que hiciese aceptable a Goering el plan de Gabes (*retirada a Túnez y defensa de la línea de Gabes*). Por lo que a mí respecta, me enfurecían tanto las opiniones del

Reich*smarschall*, que tarde o temprano habría estallado, terminando con nuestras ya mermadas posibilidades.

Desplegando todos sus recursos oratorios y exagerando la nota, Berndt consiguió entusiasmar a Goering. Insistió especialmente en el efecto propagandístico que ejercería sobre la opinión mundial una ofensiva combinada de los dos ejércitos en Argel. Goering aprobó sonriente, y prometió apoyar la idea.

Pero nuestro éxito fue breve, porque, apenas llegados a Roma, Kesselring se opuso al plan, a causa del creciente peligro aéreo que representaría para Túnez. Indiqué que en realidad no podíamos optar, ya que la retirada era cosa inevitable. Deberíamos aprovechar la ventaja que en un momento favorable nos proporcionara la concentración de nuestras fuerzas. Pero Goering consideró que los inconvenientes de un triángulo aéreo Malta-Argel-Trípoli sobrepasaban a todas las ventajas de la maniobra. El plan de retirarse a Gabes quedó, pues, eliminado de manera definitiva. Estuve a punto de expresar mi idea de que era tontería hablar de triángulo aéreo cuando, a fin de cuentas, nos tenía sin cuidado la procedencia de los aparatos ingleses encargados de bombardearnos; pero comprendiendo la futilidad de discutir, me mantuve en silencio.

En la conferencia con el *Duce*, Goering declaró que yo había dejado a los italianos en la estacada al retirarme de El Alamein. Antes de que pudiera replicar a tan monstruosa insinuación, Mussolini repuso: «—Es la primera vez que oigo hablar de semejante cosa. Su retirada fue una obra maestra, Mariscal Rommel».

En aquella ocasión los italianos se mostraron mucho más razonables que nuestro propio mando, pero aunque apoyaron mi recomendación de retirada a Gabes, no se llegó a con-

clusión alguna. Entretanto, había cursado órdenes a mi Ejército en el sentido de que si los ingleses atacaban, se sostuviera la línea de Mersa el Brega hasta el último hombre, de acuerdo con la orden del *Führer*. Los italianos comprendieron que aquello conduciría a la inevitable destrucción del Ejército, y se las arreglaron para obtener un permiso del *Duce* que les autorizaba a erigir la línea de Buerat, y trasladar a la misma a la infantería no motorizada, con el tiempo suficiente. Las fuerzas motorizadas también se retirarían en caso de ataque inglés. Por lo menos aquello representaba algo práctico.

La mañana del 2 de diciembre se celebró en el Commando Supremo una conferencia para debatir el tema del abastecimiento. Con anterioridad había indicado que prácticamente todos nuestros recursos marítimos eran utilizados por el 5.º Ejército Panzer (*en Túnez*) y que mis unidades no recibían ni lo más imprescindible, aunque cargaran con el peso principal de la lucha. La razón más verosímil no podía ser otra que el interés demostrado por la Luftwaffe y algunos círculos romanos para hacer emprender al 5.º Ejército una ofensiva hacia el oeste.

Al iniciarse la reunión, Goering insistió en que me sostuviera indefinidamente, y a toda costa, en Buerat; pero que, si era posible, empezase a atacar al enemigo desde Mersa el Brega.

La discusión derivó hacia una serie de detalles técnicos relacionados con el mejor medio para llevar suministros a Trípoli. Goering sugirió tender una barrera de minas, según ejemplo inglés, que mantuviera libre de submarinos la ruta entre Túnez e Italia. La cantidad necesaria de artefactos estaba ya preparada en Alemania. Pero la Marina italiana se

opuso terminantemente, y sacó a colación una serie de inconvenientes.

Todo aquello me pareció depresivo. Si nuestras autoridades superiores se hubiesen ocupado de tales asuntos unos meses antes, la victoria en África habría sido nuestra. Muchas personas se deciden a actuar cuando ya el agua les llega al cuello.

No me sentí precisamente complacido al saber que Kesselring había encaminado hacia Túnez a buen número de cañones de 88 mm., último modelo, que el *Führer* nos había prometido y que necesitábamos con la máxima urgencia. Era una desgracia el que Kesselring se comportara hacia nosotros de una manera tan desconsiderada, pensando sólo en sí mismo. Finalmente dió órdenes a los buques que los transportaban para que pusieran proa a Trípoli.

Muy interesante fue la actitud política de Goering hacia los italianos, con relación a las dificultades de África. Aunque siempre se nos había prohibido mencionar nada acerca de los errores de su Ejército o de su Gobierno, o solicitar mejoras, Goering empezó a hablar a Cavallero acerca de cuestiones fundamentales, tales como el escaso armamento italiano, su estrategia marítima y otros temas espinosos similares. Sin embargo, el único resultado fue el de exasperarlos, sin conseguir nada efectivo. En un capítulo anterior he llamado ya la atención acerca de la defectuosa base política sobre la que se basaba la alianza ítalogermana, causa de todos los errores que condujeron a la pérdida del Norte de África. Una guerra entre aliados ocasiona siempre roces, ya que cada uno procura trabajar para sus propios fines, despreciando los del otro. Lo mejor en estas circunstancias es discutir claramente los problemas y no encubrirlos bajo una capa de silencio. Muchos italianos estaban convencidos de que el Eje

carecía de robustez y que, caso de obtener la victoria final, dedicaríamos muy escasa atención a los intereses de su patria.

Era opinión general que si se perdía Tripolitania, Mussolini se vería amenazado de una crisis política en Italia. Quizás contribuyera a ello la actitud escasamente diplomática de Goering. Muchos italianos estaban ya cansados de guerra y no pensaban sino en el mejor modo de salir de ella.

Al regresar en avión a África comprendí que deberíamos limitarnos a nuestros propios recursos, y que necesitaríamos hacer acopio de toda nuestra habilidad para salvar al Ejército de una destrucción segura, caso de ser cursada alguna orden insensata de resistir a toda costa.

CAPÍTULO VII
>LA RETIRADA HACIA TÚNEZ

Mis colaboradores se sintieron profundamente decepcionados al enterarse del poco aprecio que nuestra situación acababa de merecer al Alto Mando.

Entretanto, los ingleses no habían permanecido ociosos. La artillería se hallaba en posición, fueron preparadas reservas, y sus aviones reconocían el terreno sin descanso. La situación del carburante había empeorado para nosotros, por no encontrarnos ya dentro del alcance de las bases aéreas sicilianas. En realidad, podíamos considerarnos inmovilizados por completo, y la Luftwaffe debía limitarse a las salidas más imprescindibles.

Aunque durante el mes de noviembre habían llegado 5000 toneladas de gasolina para el Ejército Panzer, no menos de 8000 fueron hundidas por la aviación enemiga. El nivel alcanzado por semejantes pérdidas queda de relieve si se considera que el transporte de la mayoría de las 5000 toneladas en cuestión corrió a cargo de la Luftwaffe.

En vista de las circunstancias, resultaba dudoso que pudiéramos retirar a nuestras formaciones a Buerat. El ataque inglés se esperaba para mediados de diciembre, fecha en que deberíamos encontrarnos ya en la nueva línea. Cuando, el 3 de diciembre, cambié impresiones con el Mariscal Bastico, decidimos hacer cuanto fuera posible para presentar a los organismos competentes un cuadro exacto de la situación. Por

lo demás, todo dependía de la llegada de los cargamentos prometidos.

Durante los días siguientes las perspectivas no mejoraron. Nuestro plan se basaba en no emprender retirada alguna hasta que dispusiéramos del carburante necesario para mover el grueso de las unidades. Pero tuvimos que abandonar el proyecto cuando, el 5 de diciembre, se hizo evidente que el ataque inglés se desencadenaría de un momento a otro. La noche del 6 empezamos la retirada de los italianos. A pesar de la necesidad de conservar el secreto, ya que si los ingleses tenían noción de nuestras intenciones atacarían sin esperar más, los italianos armaron un barullo tremendo, y algunos de sus camiones emprendieron la marcha bajo la claridad lunar, con los faros encendidos.

Las unidades italianas fueron trasladadas hacia el oeste en noches sucesivas, consumiendo prácticamente nuestras ya casi nulas existencias de gasolina, al tiempo que se paralizaba el transporte de munición al frente. Las fuerzas acorazadas y motorizadas carecían de movilidad y no hubieran resistido un ataque inglés. Mandábamos a Europa continuos mensajes solicitando ayuda. Como el enemigo concentraba su reconocimiento aéreo y parte del terrestre sobre la zona sur, era evidente que sus propósitos consistían en rodearnos por allí mediante una amplia maniobra de flanqueo. Cada día se hacía, pues, más necesario recuperar la perdida movilidad.

8 diciembre 1942.

Querido Manfred:

Ya es hora de que te felicite en tu 14.º aniversario. Espero que mi carta no llegue demasiado tarde.

La guerra es muy dura y resulta dudoso el que pueda regresar junto a vosotros. Ya sabéis lo difícil que se ha

vuelto la lucha contra los ingleses, a causa de su tremenda superioridad y a nuestras dificultades en el aprovisionamiento. Si todo continúa como hasta ahora, nos veremos aplastados por su material. Para mis soldados y para mí resulta muy amargo pasar por todo esto, al final de una contienda tan heroica y victoriosa. Haremos lo imposible para evitar la derrota.

En cuanto a ti, querido Manfred, tienes ya catorce años y pronto dejarás la escuela. Debes hacerte cargo de las dificultades reinantes y estudiar cuanto puedas. Es para ti mismo para quien estudias. No sería extraño que pronto tuvieras que valerte de tus propios recursos. Los tiempos pueden hacerse muy duros para nosotros. Déjate guiar por mamá, que siempre procura tu bien. No me gusta que las Juventudes Hitlerianas te exijan tanto y que por su causa hayas de acudir menos a la escuela. Quizá resulte demasiado...

11 diciembre 1942.

Queridísima Lu:

No hay noticias de importancia. El frente se anima un poco. Nuestro abastecimiento es tan malo como de costumbre, y mis preocupaciones no cesan ni un instante. Me gustaría recibir un diccionario inglés-alemán, que podría serme muy útil.

Espero impaciente tus cartas. Nehring ha sido relevado del mando, que ocupa ahora un Coronel General. No sé si este último lo hará mejor que él[42].

Dentro de poco será Navidad. Os deseo unas muy felices fiestas.

La noche del 11 de diciembre, y tras una larga preparación artillera sobre varios de nuestros núcleos de resistencia, los

ingleses desencadenaron un ataque a lo largo de la ruta costera. Poco después mis tropas consiguieron rechazar a un grupo de exploración que reconocía la carretera en las inmediaciones de Merduma. Las intenciones de Montgomery se estaban haciendo claras. Los británicos lanzaron un ataque tras otro contra nuestras posiciones del norte, y pronto no quedó duda de que la ofensiva había empezado.

La retirada de las fuerzas no motorizadas alemanas e italianas era ya completa. Como resultaba esencial que nuestras unidades móviles no entablaran combates de importancia en Mersa el Brega, se inició su repliegue al atardecer. A partir de las siete, una corriente de vehículos empezó a discurrir hacia el oeste. No había esperanzas de oponerse a un rodeo de los ingleses, por carecer de gasolina. El permanecer por más tiempo en las posiciones hubiera resultado un suicidio.

Montgomery había intentado iniciar el ataque el 16 de diciembre, pero apresuró los acontecimientos cuando, al empezar el mes, observó que Rommel empezaba los preparativos para retirarse. Su plan consistía en un ataque frontal, por medio de la 51.ª División Highland, con la 7.ª Acorazada protegiendo su flanco izquierdo, mientras la 2.ª neozelandesa realizaba un amplio movimiento con la intención de cortar la retirada enemiga en el Wadi Matratin, cerca de Merduma, 96 Km. al oeste de Agheila. El conjunto del ataque seria realizado por el 30.º Cuerpo (Leese), que había relevado al 10.º

El 9 de diciembre la División neozelandesa quedó concentrada alrededor de El Haseiat, y el 12 inició su maniobra desde aquella posición de retaguardia. Montgomery ordenó a la 51.ª División que iniciara operaciones en gran escala sobre el enemigo, la noche del 11, con el fin de

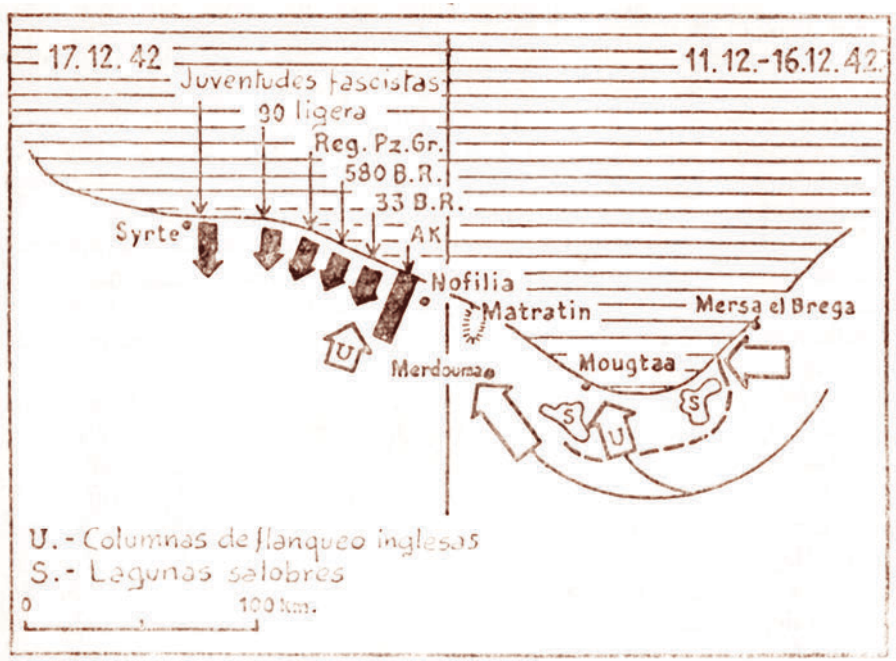
atraer su atención. El ataque frontal definitivo tendría lugar el 14. Rommel creyó que dichas operaciones preliminares constituían la ofensiva, induciéndole a apresurar su retirada, con lo que estropeó el plan de Montgomery.

A TRAVÉS DE LA SIRTE

Una vez más, mis tropas atravesaban las amplias y monótonas planicies de la Sirte, hacia el oeste..., quizá por vez postrera. La retirada prosiguió durante la noche, de acuerdo con nuestros planes, sin que los ingleses se dieran cuenta de nada, ya que a la mañana siguiente desencadenaron un nutrido fuego de artillería sobre nuestras antiguas posiciones. Cazabombarderos enemigos atacaron durante todo el día el «gollete» de El Mugtaa.

A última hora de la mañana una fuerza importante lanzó un ataque contra el Grupo de Combate «Ariete», situado al sudoeste de El Agheila, con su flanco derecho apoyándose en Sebcha Chebira y el izquierdo enlazando con la 90.ª División Ligera. Se entabló un combate contra 80 tanques enemigos, que duró cerca de diez horas. Los italianos se batieron con gran valor, mereciendo las mayores alabanzas. Finalmente, a última hora de la tarde, se les pudo rechazar por medio de un contraataque llevado a cabo por el regimiento acorazado de la «Centauro», tras haber dejado sobre el terreno 22 tanques y 2 vehículos blindados. Las intenciones inglesas de aislar a la 90.ª División Ligera habían fracasado.

Durante todo aquel día mantuve fuerzas de reconocimiento en la zona de Merduma, con el fin de prevenir un ataque contra la carretera, por medio de unidades de flanqueo.



La retirada hacia Trípoli (11 a 16 de diciembre)

En el transcurso de la jornada los ingleses hundieron un buque cisterna y dos vapores rápidos que, en total, transportaban 3500 toneladas de gasolina. Aquello representaba un duro golpe, en especial teniendo en cuenta que el adversario amenazaba por el sur, lo que hacía imprescindible acelerar los movimientos.

La observación aérea especialmente ordenada a causa del peligro que corrían nuestros flancos, indicó pronto el avance de fuerzas enemigas importantes en dirección a Merduma. Aquello significaba que deberíamos utilizar hasta la última gota de carburante para salir del paso. Resultaba irritante el verse obligado a permanecer ocioso, observando las magníficas oportunidades que el enemigo nos ofrecía para contraatacar con éxito. He aquí un ejemplo: El jefe inglés utilizó una columna de sólo 2000 vehículos para su maniobra por el sur. Si hubiésemos tenido carburante nos habría resultado

muy fácil dejar una pequeña fuerza en el desfiladero de Mugtaa, mientras el grueso de nuestros elementos motorizados atacaba y destruía a dicha columna. Sin embargo, tal como estaban las cosas, la situación era terriblemente comprometida.

Aquella noche se prosiguió la retirada. A la mañana siguiente la 21.ª División Panzer seguía en el desfiladero de Mugtaa. Hacia las diez trasladé el Cuartel general a un lugar situado a 48 Km. al este de Nofilia, donde por la tarde me informó la Luftwaffe de que los ingleses habían alcanzado un punto situado a 32 Km. al sudeste de Merduma. La noticia era muy grave, porque carecíamos casi por completo de gasolina en el frente y debíamos reservar alguna para el transporte. Entretanto, el 3/ Batallón de Reconocimiento, que protegía nuestro frente sur, se vió obligado a retroceder hacia Merduma, empujado por fuerzas enemigas muy superiores en número.

A mediodía, una formación de bombarderos enemigos apareció en el cielo, la primera desde hacía mucho tiempo, escogiendo como blanco mi Cuartel General, quizás a causa del «Storch» del General Seidemann, que aparecía claramente visible. El camión del Ic quedó incendiado, y otros vehículos se averiaron.

Durante la tarde, la 15.° División Panzer y un grupo de combate de la 21ª se trasladaron frente a Merduma, a fin de mantener abierta la Vía Balbia para el grueso de la 21.er División Panzer, que seguía combatiendo duramente en Mugtaa. Con el fin de evitar que estas fuerzas quedaran inmovilizadas, les ordené replegarse sobre Arco dei Fileni.

Por la noche los ingleses atravesaron las posiciones del 3.er Batallón de Reconocimiento, cerca de Merduma, y fuerzas

considerables se pusieron en camino hacia Nofilia, con intención de rebasarnos.

Decidí desplegar a los contingentes más próximos a la mencionada zona. El Afrika Korps ocupó nuevas posiciones durante la noche, mientras la 90.ª División Ligera cubría la retaguardia en el Wadi Matratin. Al amanecer, la 21.er División Panzer se hallaba en camino hacia Nofilia, pero la 15.ª no recibió el combustible con el tiempo necesario y hubo de seguir en Merduma.

A primeras horas del 16 la infantería inglesa consiguió ocupar una altura importante frente a la retaguardia de la 90.ª División Ligera. Cuando la 15.° División Panzer llegó a la Vía Balbia con el grueso de las fuerzas enemigas pisándole los talones, la vanguardia inglesa había cruzado ya la carretera. Sin embargo, la división consiguió dispersar dicha vanguardia, abriéndose camino hacia Nofilia, con escasas bajas. Teniendo a los británicos tan cerca de nosotros resultaba imposible para aquella unidad sostener la línea de retaguardia de la 90.ª Ligera por el flanco sur, como se había planeado al principio. Ello hacía insostenible la posición de la 90.ª División Ligera, que también hubo de replegarse hacia Nofilia.

16 diciembre 1942.

Queridísima Lu:

Hemos acampado en una pradera cubierta de flores. Pero, por desgracia, tenemos que proseguir la retirada, sin que existan indicios de que la situación mejore. Faltan ocho días para Navidad. Me pregunto dónde nos hallaremos cuando llegue dicha fecha.

Las columnas inglesas del sur intentaron otra vez cortar nuestro repliegue. La radio de El Cairo anunció que nos encontrábamos dentro de una botella, que el mando inglés iba

a taponar de un momento a otro. Al oír esto dije a mis oficiales que la botella en cuestión se vaciaría muy pronto si pudiéramos repostar nuestros tanques. El carburante bastó apenas para llevarnos a Nofilia, y como no existían perspectivas de abastecimiento inmediato, me vi obligado a planear la resistencia en dicha localidad durante veinticuatro horas más de lo previsto, arriesgándome a quedar envuelto. Con el fin de impedir que el enemigo avanzara rápidamente hacia la costa, cortando la carretera tras de nosotros, se ordenó a las formaciones desplegarse en profundidad a lo largo de aquélla, hacia el oeste. La pantalla formada por el Afrika Korps alrededor de Nofilia continuaría hacia occidente por medio del 33.er y el 580.° Batallones de Reconocimiento, el Regimiento Panzer de Granaderos «Afrika» y la 90.ª División Ligera, por dicho orden. La zona de Sirte quedaba defendida por la División «Jóvenes Fascistas» y el Grupo de Combate «Ariete».

Durante la noche nuestras fuerzas se situaron en los lugares previstos, y a la mañana siguiente se hallaban en posición, aunque sin gasolina disponible. En el transcurso de la mañana (*17*) los ingleses atacaron por un punto situado entre 10 y 16 Km. al sudoeste de Nofilia. Se inició un violento combate, en el que tomaron parte unidades del Afrika Korps y el 33.er Batallón de Reconocimiento, que quedaron inmovilizados. La batalla se fue aproximando a la carretera. Finalmente, y tras de que, por fin, hubieron llegado unas toneladas de gasolina, elementos del Afrika Korps lanzaron un contraataque, apoyados por una parte del 33.er Batallón de Reconocimiento, quedando destruidos 20 tanques adversarios. Aquello mantuvo libre la carretera, y una vez aprovisionadas de carburante, las unidades amenazadas de cerco prosiguieron su retirada hacia el oeste.

A las nueve de la mañana salí de mi Cuartel General con intención de persuadir al Mariscal Bastico para que apoyara mi propósito de discutir la orden de resistencia en Buerat, donde sólo podríamos realizar una parada eventual. Quizás obligaríamos a los ingleses a una prolongada interrupción de su ofensiva, pero a la larga deberíamos retroceder hasta la línea Tarhuna-Homs apenas renovasen su ataque. Resultaba evidente que el Commando Supremo autorizaría las retiradas en el último instante, es decir, cuando el peligro para el Ejército fuera tan claro, que pudiese ser observado desde Roma. Sin embargo, ello podía conducir a un desastre. La retirada hacia Gabes hubiera resultado más ventajosa para nosotros si se hubiese actuado no perdiendo de vista los fines ulteriores, en vez de adoptar apresuradas decisiones cuando la presión del enemigo se hacía demasiado peligrosa.

Por el camino discutí el asunto con el General Navarrini, el cual no se mostró muy optimista, dudando incluso de que con la carestía reinante pudiéramos llegar tan lejos. Le señalé que lo más importante consistía en no aceptar una batalla decisiva y hacer lo que pudiéramos para evitar que los ingleses inmovilizaran frontalmente a nuestras fuerzas. Desde luego, era cierto que la velocidad de nuestra retirada quedaría determinada por la cantidad de gasolina de que pudiéramos disponer diariamente[43]. Seguía creyendo, sin embargo, en que los ingleses no intentarían una operación decisiva mediante un flanqueo por el sur. De lo contrario, no estaba muy seguro de que lográramos escapar.

Hacia las doce se inició mi conferencia en Buerat con el Mariscal Bastico. Tras de que hube insistido en que debía considerarse posible la evacuación de Tripolitania, decidimos enviar un mensaje conjunto al Commando Supremo, rogándole una vez más nos enviara instrucciones. Me encargué de

redactarlo. Durante la conferencia el Mariscal Bastico explicó con detalle los resultados de una eventual retirada de Tripolitania. Pero tal como estaba el abastecimiento, dichas consecuencias eran inevitables. Un soldado ha de saber aceptar las circunstancias tal como se presentan.

Bastico estaba convencido de que no podríamos mantenernos en Buerat. Le indiqué considerara la línea Tarhuna-Homs como nuestra etapa siguiente. Después de terminada la entrevista dicté el documento en el que pedía permiso para evacuar gradualmente de Buerat a la infantería no motorizada, y rogaba se tuviera en cuenta el plan de Gabes para toda operación ulterior. Mis puntos de vista se vieron aprobados, en líneas generales, por el Mariscal Bastico.

La situación del carburante era la misma. De diez grandes barcos destinados a Trípoli, nueve fueron hundidos por los ingleses, y el décimo no transportaba gasolina.

Por si esto fuera poco, sufríamos continua ansiedad por lo que estaría ocurriendo en Túnez. No recibíamos información alguna de aquel frente, que nos permitiera formarnos opiniones concretas. Al parecer, ambos Ejércitos daban por descontado que el otro mantendría sus posiciones, y actuaban de acuerdo con ello. Mi temor principal residía en que ingleses y americanos adoptaran la decisión más lógica y atacaran el «gollete» de Gabes, desde el sur de Túnez, aislando a los dos núcleos. En parte debido a ello, intentaba apresurarme hacia el oeste. De habérseme permitido obrar a mi arbitrio, y disponer de más gasolina, me hubiera trasladado a Túnez mucho antes de lo que lo hice.

18 diciembre 1942.

Queridísima Lu:

Otra vez se recrudece la lucha, con pocas esperanzas de éxito, puesto que carecemos de todo. El destino personal de cada uno se desvanece ante el del conjunto del Ejército, más amargo aún, y las consecuencias y efectos que de él se deriven.

Bastico se mostró ayer muy deprimido. La situación no ha mejorado en el oeste, especialmente en los puertos. Confiamos en poder resistir unos días más. Pero la gasolina es muy escasa y sin ella nada puede hacerse.

El 18 de diciembre inspeccioné las posiciones de Buerat, cuya construcción se había efectuado bajo la vigilancia de Westphal, dentro de las limitaciones en que nos debatíamos. Se colocaron 80 000 minas, aunque por desgracia la mayor parte contra la infantería, y en algunos lugares se había excavado un foso antitanque.

Entretanto, los ingleses anunciaban haber completado su cerco de Nofilia, y disponerse a eliminar su contenido. Decían que dentro del mismo se encontraban varias de nuestras unidades, pero en realidad se trataba tan solamente de un destacamento, que logró libertarse.

La tarde del 19 de diciembre llegó una orden del *Duce*, consecuencia del documento redactado por Bastico y yo. Teniendo en cuenta las circunstancias, su tono era muy ampuloso. Poco más o menos decía lo siguiente:

«Resistid hasta el final; repito, resistid hasta el final, con todas las tropas germanoitalianas disponibles, en la línea de Buerat».

¿Cómo se imaginaba Mussolini semejantes operaciones? Había hecho cuanto estuvo de mi mano para provocar una comprensión de las reglas que rigen la guerra en el desierto, insistiendo en que la cuestión del territorio es relativa; lo es-

encial consiste en mantenerse activos hasta encontrar una situación táctica favorable a la batalla, y entonces librar ésta. En las circunstancias reinantes, dicha situación se daría en cuanto alcanzáramos la línea de Gabes. Sin embargo, se ordenó otra vez a las tropas «resistir hasta el último instante».

Inmediatamente telegrafié al Mariscal Cavallero, preguntándole qué haríamos si el enemigo nos rebasaba por el sur, eludiendo todo encuentro con la guarnición de Buerat. Me contestó que condujera la batalla de modo a no sacrificar de nuevo a las unidades italianas. En vista de ello, di instrucciones al General Mancinelli para que fuese a visitar a Bastico y le dijera que no podía resistir «hasta el final» en las posiciones de Buerat, y al propio tiempo retirar a las tropas italianas. Debía adoptar una decisión lo antes posible. Por su parte, Bastico replicó con evasivas.

La posición de este último era extremadamente delicada. Sabía las dificultades contra las que nos debatíamos, y, como ya he dicho, estaba seguro de que no era posible resistir más acá de Gabes. Pero, como Gobernador de Libia, no podía declararse en modo alguno partidario de evacuar Tripolitania. Además, sabía que Cavallero y su cuadrilla esperaban la ocasión para librarse de él, tras haberle hecho responsable de errores que les incumbían a ellos.

Por aquel entonces empecé a temer que el jefe inglés prosiguiera con sus intenciones de rebasarnos por el sur. De obrar así, la posición de Buerat habría caído sin disparar un solo tiro.

Montgomery no podía continuar un avance en gran escala, por cuestiones de intendencia. Prefirió, pues, esperar hasta disponer de elementos suficientes, para proseguir hasta Trípoli sin una sola detención. «Me preocupaba también asegurar el perfecto equilibrio de la retaguardia,

y al planear a fondo la siguiente fase de la ofensiva, consideré la necesidad de disponer de un Cuerpo para que ocupase la posición de El Agheila, cuando el XXX prosiguiera su camino hacia el oeste». Ello corrió a cargo del X Cuerpo, comprendiendo a las divisiones 1.ª Acorazada y 50.ª y 4.ª Hindú. Sin embargo, dicho movimiento quedó retrasado por complicaciones en el suministro, derivadas de las destrucciones sufridas por el puerto de Bengasi, tras las borrascas del 4 y 5 de enero.

De manera característica en ella, la Luftwaffe trató de perjudicarnos todavía más. Kesselring declaró que habíamos utilizado gasolina en sectores de retaguardia donde no era imprescindible, y que por esta causa no podíamos intentar contraataques con nuestras fuerzas motorizadas. No había el menor asomo de verdad en dicha acusación, y el único propósito de la misma debió ser el de disponer de algo con lo que justificar la escasez de los envíos. El 95 por 100 de las cantidades recibidas se consumió en la retirada y en el aprovisionamiento de las formaciones. Los únicos que utilizaron gasolina sin autorización fueron precisamente elementos de la Luftwaffe. Durante las jornadas anteriores, centenares de vehículos permanecieron en la carretera con los depósitos vacíos, mientras las tropas no disponían de munición para enfrentarse al enemigo. Nos sentimos profundamente coléricos ante semejante historia, y sin pérdida de tiempo mandé a Kesselring un mensaje comunicándole lo que pensábamos de él.

Los británicos parecían estar acumulando efectivos en gran escala, para un ataque de flanqueo. Interminables columnas de vehículos iban hacia el oeste, desde Tobruk y Bengasi, a lo largo de la Vía Balbia, mientras en los puertos proseguía sin descanso la descarga de buques.

El «Long Range Desert Group» realizaba ataques intensivos contra nuestras líneas de abastecimiento, de acuerdo con un bien trazado plan. Una y otra vez destruían camiones a retaguardia de nuestras líneas, colocaban minas, cortaban hilos telegráficos y realizaban, en fin, toda clase de operaciones de este género. Dichos grupos eran muy difíciles de atrapar, porque sus apariciones eran breves, desapareciendo después en el desierto, sin dejar el menor rastro.

Mientras las tropas motorizadas continuaban manteniendo sus posiciones en Sirte, se realizaban tremendos esfuerzos para acondicionar la línea de Buerat. Colocamos todas las minas disponibles. En caso de que el *Duce* decidiera mantener un frente fijo, al menos estaríamos preparados para resistir en él. Desde luego, hubiera sido mejor haber utilizado todos nuestros recursos para establecer la línea Tarhuna-Homs, donde las fuerzas italianas no motorizadas habrían disfrutado de mayores ventajas.

Pronto el frente de Buerat quedó lo suficientemente reforzado como para repeler una tentativa inglesa de ruptura, siempre y cuando se produjera frontalmente. Como en la mayoría de las posiciones del África del Norte, el enemigo podía efectuar un rodeo por el sur, para alcanzar la Vía Balbia sin haber establecido contacto con la línea fortificada. Si decidía utilizar varias divisiones acorazadas, la batalla quedaría decidida por las fuerzas motorizadas. Por lo que a nosotros respecta, nos encontrábamos en situación de absoluta inferioridad, dejando aparte el que las existencias de gasolina jamás permitirían una batalla móvil. Las fuerzas no motorizadas no pueden crear un centro de gravedad con la suficiente rapidez, faltándoles la cualidad que más importa en la guerra mecanizada. A causa de su escasa velocidad, el ene-

migo las puede atacar una después de otra con elementos superiores, sin sufrir apenas bajas.

Durante los días siguientes expresé repetidamente mi opinión de que los ingleses no realizarían un ataque frontal contra Buerat, sino que intentarían rodearnos por el sur. En consecuencia, pedí instrucciones al efecto. Pero en cada ocasión se me recordó la necesidad de ceñirse a la orden del *Duce*. En Roma se sentía un terror mortal a adoptar decisiones personales, y todo el mundo trataba de descargar su responsabilidad en otras personas. Decidí no cejar hasta haber obtenido una respuesta concreta. No quería convertirme en un muñeco para los estrategas de salón que actuaban en Roma.

24 diciembre 1942.

Queridísima Lu:

En la fecha de hoy mis pensamientos están más que nunca con vosotros. A ti, Manfred, mis mejores deseos en este año que es tu décimoquinto. Espero hayas recibido mi felicitación. Os deseo muy felices Navidades. Dios nos ayudará como en el pasado.

... Esta mañana he salido muy temprano, y por la noche me reuniré con mis hombres. Todos se sienten animados, gracias a Dios, y hace falta una gran voluntad para no dejarles entrever lo difícil de nuestra situación.

Kesselring estuvo ayer aquí. Se nos hicieron nuevas promesas, pero sé que ocurrirá como siempre. No pueden mantenerlas, porque el enemigo da al traste con todos nuestros planes de abastecimiento.

El 24 de diciembre partimos a las siete de la mañana, para realizar una inspección por la zona sur del frente. El día era hermoso y soleado. Primero avanzamos por la vía Balbia, y luego por el terreno fantásticamente quebrado de Wadi

Zem-Zem hacia El Fashia, escoltados por dos blindados italianos. Pronto empezamos a observar huellas de vehículos ingleses, probablemente pertenecientes al grupo Stirling (*el Long Range Desert Group*), que se habían dedicado a hostigar nuestro tráfico por aquella zona. Las huellas eran recientes, y nos mantuvimos alerta por si veíamos algún «Tommy» por los alrededores. Cerca de El Fashia distinguí de improviso un vehículo solitario. Le dimos caza, pero resultó que su tripulación era italiana. También se encontraban por allí tropas de mi *Kampfstaffel*. Habían sorprendido el día antes algunos Commandos ingleses, capturándoles mapas, en los que estaban marcados depósitos y núcleos de resistencia. Las fuerzas se dedicaban ahora a patrullar el territorio, esperando tropezar con los «Tommies».

Durante el trayecto de regreso, un grupo de gacelas surgió ante nosotros, proporcionándonos la cena de Navidad. Armbruster (*intérprete del Ejército Panzer*) y yo conseguimos abatir a dos de dichos veloces animales, desde nuestros automóviles.

A mi llegada al Cuartel General supe que los ingleses habían desencadenado un ataque al sur de Sirte, con 4500 vehículos que proseguían hacia el oeste. Los soldados de la 15.ª División Panzer acaban de reunirse para celebrar la fiesta, cuando se inició el ataque, obligándoles a evacuar rápidamente la zona. Hacia las cinco de la tarde el General Bayerlein y yo nos trasladamos a la compañía del Cuartel General para una reunión navideña. Se me hizo obsequio de un minúsculo bidón de petróleo conteniendo unas dos libras de café, capturado al enemigo. De este modo se rindió homenaje a nuestro más serio problema. A las ocho invité a varios miembros de mi mando para que compartieran con nosotros las gacelas cazadas por la mañana.

Durante el día siguiente (*25 de diciembre*) los ingleses detuvieron su avance, como si esperasen refuerzos y pertrechos. La 90.ª División Ligera y el 580.º Batallón de Reconocimiento, que sostenían la retaguardia, se retiraron paso a paso tras de la línea de Buerat.

Aproveché la ocasión para inspeccionar las posiciones desde el lado enemigo, especialmente para comprobar el grado de efectividad del camuflaje. En El Alamein los ingleses habían concentrado una avalancha de proyectiles sobre nuestras posiciones artilleras, con el fin de neutralizar desde el principio a los cañones de 88 mm., los más peligrosos para ellos. Esta vez utilizábamos gran número de piezas de madera, para engañarles y dispersar su fuego.

El 29 de diciembre las tropas se habían retirado a la línea de Buerat.

28 diciembre 1942.

Queridísima Lu:

Nuestro destino se define gradualmente. Los suministros han sido escasos, y sólo un milagro podría permitir una más prolongada resistencia. Lo que haya de ocurrir queda en manos de Dios. Lucharemos hasta donde sea posible. Ya intuí todo esto cuando estuvimos juntos y discutimos tan importantes asuntos.

En estas duras jornadas mis pensamientos se hallan más que nunca con vosotros. He de repetirme continuamente que todo se arreglará algún día. Conserva el ánimo, y yo haré lo propio.

30 diciembre 1942.

La batalla ha empezado. No abrigo la menor duda acerca de su resultado final, ya que las fuerzas no están proporcionadas. Los suministros han cesado casi por com-

pleto. Debemos inclinarnos ante lo inevitable y esperar que Dios proteja nuestra causa. Ayer estuve en el frente y hoy pienso regresar.

31 diciembre 1942.

Kesselring vendrá a verme. Existe la esperanza de que la situación cambie «ligeramente» a nuestro favor. No será gran cosa, pero algo es algo. Desde luego no podemos esperar grandes mejoras.

A mediodía celebraré una reunión con Bastico, que se considera cada día más el verdadero jefe. Se trata de algo muy desagradable, pero que es preciso aceptar. De todos modos, ello significa que comparte la responsabilidad de lo que ocurra...

... Me preocupa mucho la dura lucha que se libra en el Este (Stalingrado). Esperemos que todo acabe bien. Mi Ejército conserva una moral muy alta. Resulta beneficioso el que mis hombres no sepan nada.

EL RESPIRO DE BUERAT

Ante nuestra profunda sorpresa, el enemigo se detuvo ante Buerat, proporcionándonos un ligero margen, que aprovechamos para insistir de nuevo sobre la retirada de las tropas italianas a Tarhuna. Dichas fuerzas no motorizadas debían replegarse como en Mersa el Brega, mientras tuvieran ocasión para ello, si no querían verse envueltas por el sur.

Sólo unidades ligeras habían seguido la retirada de Rommel a la línea de Buerat. Montgomery planeaba lanzar su ataque contra dicha línea el 15 de enero, empleando para ello al XXX Cuerpo.

El 31 de diciembre, el Mariscal Bastico y yo celebramos una nueva conferencia. Al parecer, y tras largas vacilaciones, el Commando Supremo había decidido no arriesgarse a una

posible destrucción de su Ejército en Buerat. Pero creían que podríamos resistir hasta el final, y retirarnos hacia el oeste si la amenaza se hacía demasiado grave. Según ellos, era esencial mantenerse en Tripolitania durante un par de meses, cuando menos. Repliqué enseguida que nuestra permanencia en Tripolitania la decidiría Montgomery y no el Commando Supremo, y que las tropas no motorizadas debían ser retiradas inmediatamente, ya que cuando los ingleses lanzaran su ataque sería demasiado tarde. Llamé la atención especialmente sobre el hecho de que el enemigo había tratado siempre de rebasarnos por el flanco, situándose fuera del alcance de nuestras armas.

El Mariscal Bastico me preguntó si estaba dispuesto a ordenar tal retirada. Aquello representaba una solución al problema, pero hubiese empeorado todavía más mis relaciones con el Commando Supremo, con consecuencias notorias para todo el Ejército. Además se aprovecharía la primera oportunidad para remitirme otra orden del *Duce*. Dije que debería recibir autorización formal de Bastico para iniciar la maniobra, y que decidiría yo mismo el momento de iniciarla.

El buscar responsables indirectos es un mal síntoma en todo Ejército, ya que pone de manifiesto fallos graves en las esferas superiores del mando. Dicho procedimiento elimina toda decisión en los subalternos, ya que éstos tratarán de hallar justificación a cuanto hagan, perdiéndose en un sinfín de argucias en vez de aceptar sus responsabilidades con plena independencia de criterio. Como resultado, todos aquellos que se inclinan ante las opiniones de sus jefes consiguen los más altos cargos, mientras que los hombres realmente valiosos y con ideas propias quedan relegados a un segundo término.

El Mariscal Bastico era un militar fundamentalmente honrado, con profundos conocimientos técnicos y una moral muy fuerte. Del mismo modo que yo, veía claramente la situación; pero tuvo la desgracia de verse encargado por el Commando Supremo de representar ante mí los puntos de vista del *Duce*. Como dichas opiniones eran generalmente erróneas, se encontraba en una posición ambigua. No obstante, se puso siempre de mi lado, y su mediación contribuyó en gran parte a que la retirada de Tripolitania fuera un éxito, a pesar de la insensata terquedad de nuestros superiores.

La víspera de Año nuevo los dos ocupamos el camión de operaciones, sintiéndonos de pésimo humor. Pero se hacía preciso seguir dominando la situación y conservar los ánimos.

1.º enero 1943.

Queridísima Lu:

El año viejo no ha transcurrido sin traernos una ligera mejoría en la situación. Entramos, pues, en 1943 con nuevas esperanzas, lo cual ya es algo.

Mis mejores deseos para ti y Manfred para el año que ahora empieza. Bayerlein, Bonin y yo hemos permanecido hasta la medianoche sentados en el pequeño vehículo de mando, pensando con frecuencia en nuestros hogares...

Días más tarde llegó la orden del Mariscal Bastico de empezar el traslado de las tropas italianas hasta la línea Tarhuna-Homs. Pero por si ello no fuera suficiente, se nos encargaba también de contener a los ingleses frente a las defensas de Trípoli durante al menos seis semanas. Ya había indicado con anterioridad la insensatez que representaba establecer fechas concretas. Desde luego, siempre procuré ganar el ma-

yor tiempo posible, pero sin incurrir en tal error. Informé en dicho sentido al Commando Supremo a través de Bastico.

Durante el respiro de que disfrutamos a principios de enero me mantuve continuamente en movimiento con Bayerlein, tratando de obtener una impresión bien clara del terreno sobre el que iba a librarse la próxima batalla. Aprovechamos la oportunidad para visitar la antigua ciudad romana de Leptis Magna, cuyas ruinas seguían en pie. Nos sirvió de guía un profesor italiano, quien, en excelente alemán, nos explicó las particularidades del lugar. Pero nuestros pensamientos estaban pendientes de lo que haría Montgomery y se distraían a cada momento. Por otra parte, la fatiga y la falta de sueño empezaban a obrar sus efectos, y mi ayudante el Teniente Von Hardtdegen lo demostró quedándose dormido entre dos estatuas representando a bellezas romanas, en cuya actitud lo fotografió Bayerlein.

5 enero 1943.

Queridísima Lu:

Nada nuevo que señalar. El enemigo sigue sin arriesgarse a un ataque. ¿Cuánto durará esta situación? Ayer escribí a Helene y Gertrud. El tiempo sigue frío y ventoso. Tan sólo mejora cuando a mediodía sale un poco de sol. Se trata de algo a lo que no estoy acostumbrado en África. He recibido una carta de Von Luepke, que cayó prisionero hace un año; trasladado al África del Sur, logró escapar y dirigirse al norte con un compañero, permaneciendo libre cuatro meses, hasta que finalmente, un zulú lo descubrió a los ingleses.

Por el momento, llega muy poco correo, y aun con gran retraso, ya que la mayoría data de noviembre. Lo más probable es que muchas cartas se encuentren en el fondo

del Mediterráneo. Me siento algo más animado, ya que existe la esperanza de que podamos resistir en algún sitio.

7 enero 1942.

Estuvieron aquí Kesselring y Cavallero, y también Gause. Pero ya no hacen promesas. Deberemos arreglarnos del mejor modo posible. Gause te llamará para que consigas un par de hombreras de Mariscal. Todo sigue tranquilo, y nuestros «amigos» los ingleses parecen muy precavidos.

8 enero 1943.

Nada nuevo. Nuestro adversario se toma el tiempo necesario, lo que significa una existencia más ordenada para nosotros. Ayer avancé mucho hacia el interior, y hoy realizaré otro reconocimiento.

¿Qué tal vosotros dos? El correo funciona muy mal, como ocurre con todo lo relacionado con el transporte. ¿Recibió Manfred mi felicitación? Veo que no lo menciona en su carta.

Entretanto, los ingleses continuaron sus movimientos, con la evidente intención de desencadenar su ataque principal por el sur. La actividad de sus bombarderos aumentaba otra vez, y nuestras instalaciones de aprovisionamiento se veían atacadas día y noche. Treinta toneladas de munición llegaron al frente entre el 1 y el 8 de enero, contra las 50 necesarias. Durante el mismo período utilizamos 1900 toneladas de petróleo, recibiendo sólo 800.

Hacia el día 10 se hizo más aguda la amenaza de un ataque angloamericano desde Túnez, sobre el desfiladero de Gabes (*a mitad de camino entre Trípoli y Túnez*). Esta operación hubiera dividido a los dos ejércitos. El Mariscal Cavallero me preguntó si podía trasladar allí a una división. Como el desfi-

ladero era un punto vital para nosotros, sugerí enviar a la 21.ª División Panzer, a la que suministraría desde Túnez. La unidad partió hacia el oeste la mañana del 13.

13 enero 1943.

Queridísima Lu:

Otra vez en movimiento. Puedes figurarte mi preocupación. Mis pensamientos siguen con vosotros, en estas largas noche de insomnio.

14 enero 1943.

Es el cumpleaños de Bayerlein. Los chicos le han dado una serenata. El Afrika Korps lo tiene en gran estima, y debe agradecerle muchas cosas. No hay cambio notable en la situación. Ayer se desencadenó una tempestad de arena que nos permitió efectuar movimientos sin ser observados. En el Este parece que las cosas se arreglan, lo que constituye un gran alivio. Pero por lo que a nosotros respecta, todo depende de los suministros. Y no es preciso decirte que éstos son muy escasos.

		EJE	
	Ingleses	**Alemanes**	**Italianos**
Tanques	aprox. 650[44]	36	57
Cañones	aprox. 360	72	98
Antitanques	aprox. 550	111	66
Vehículos blindados	aprox. 200	17	16

Los ingleses situaron a su artillería durante la noche del 14. El primer ataque tuvo lugar al alba del 15, y lo llevó a cabo, por el sur, la 7.ª División Acorazada, con el apoyo de elementos de la neozelandesa. La primera se dirigió hacia Fortino, con 140 tanques y 100 vehículos blindados, y luego atacó directamente a la 15.ª División Panzer. Pero ésta consiguió detenerla. Tras haber situado otra vez su artillería, prosiguió

el ataque a primeras horas de la tarde, desarrollándose una violenta batalla de tanques, ventajosa para nosotros. El enemigo dejó 33 blindados sobre el terreno, mientras la 15.ª División Panzer perdía sólo dos.

Los ingleses maniobraban por el resto del frente, y estaba bien claro que proseguirían presionando con todos sus contingentes, aunque concentrando el ataque principal sobre el sur. No disponíamos de gasolina ni de munición para garantizar una defensa efectiva, y, en consecuencia, se dió la orden de retirada hacia el oeste. Las tropas alemanas e italianas se replegaron durante la noche.

13 enero 1943.

Queridísima Lu:

Se han iniciado nuestros movimientos. No sabemos lo que pueden durar. Todo depende de la presión enemiga. No me siento demasiado alegre, como puedes suponer. Berndt ha estado ausente otra vez, y le esperamos mañana.

Físicamente sigo en condiciones, aunque la tensión nerviosa es demasiado fuerte y debo dominarme de continuo.

EL FIN DE TRIPOLITANIA

Al día siguiente, 16 de enero, los ingleses siguieron de cerca nuestros movimientos, y muy pronto una gran concentración de efectivos, con un total de 100 blindados, se lanzó contra los 30 de que disponía la 15.ª División Panzer. Sin nada para proteger sus flancos ni al norte ni al sur, la unidad se encontraba en situación comprometida. Los ingleses avanzaron irreflexivamente, perdiendo otros 20 tanques tras encarnizado encuentro. La 90.ª División Ligera pudo rechazar a la 51.ª (*Highland*), tras de que esta última hubo penetrado en algunos sectores de la retaguardia.

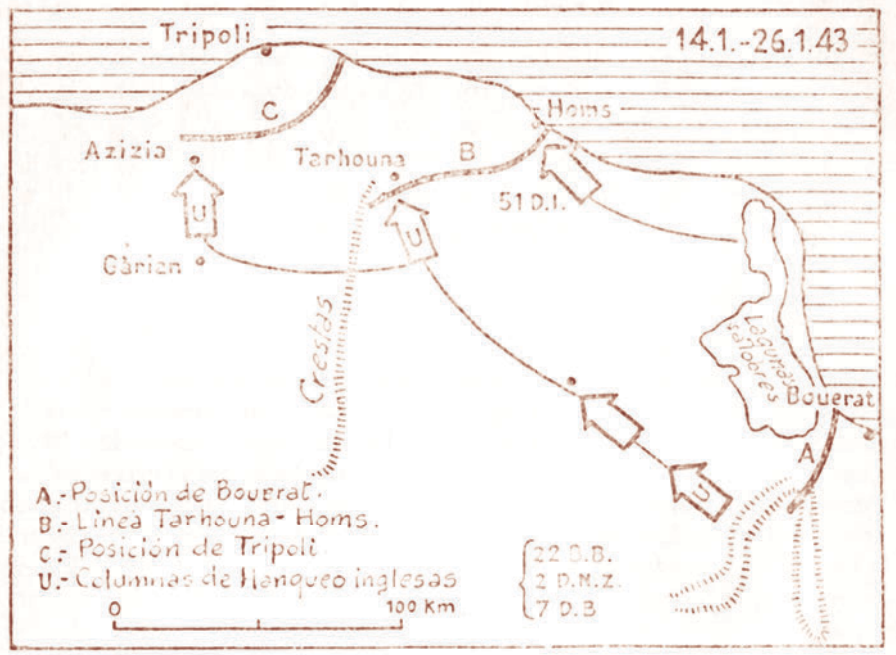
La carestía de gasolina empezó a hacerse sentir otra vez, en especial después de los últimos combates. En parte debido a ello, y también a causa del creciente potencial enemigo, no podríamos seguir aceptando batalla en terreno despejado. Era preciso evitarlo a toda costa.

17 enero 1943.

Queridísima Lu:

Hemos dejado atrás la segunda jornada de duros combates, en el flanco sur. Será un milagro el que podamos resistir mucho tiempo esta avalancha. Como ya sabes, hace tiempo que vengo pronosticando lo que ahora ocurre, aunque otros no hayan comprendido la realidad hasta hace poco. En los encuentros que aún nos esperan cumpliremos con nuestro deber, sin defraudar la confianza que el país deposita en nosotros.

El 17 de enero tuvieron lugar combates de retaguardia en Beni Ulid. Durante los mismos, el grueso de la 7.ª División Acorazada maniobró como si intentara rebasar nuestro flanco y dividir a nuestras unidades. La 90.ª División Ligera se vió obligada a replegarse luchando.



La ofensiva de Tripolitania (14 a 26 de enero)

Con su flanco abierto por el sur, aquel frente no podía sostenerse sin correr el riesgo de perder buena parte de los efectivos. Por esta causa di orden de que, la noche del 17 de enero, se iniciara la retirada hacia la línea Tarhuna-Homs. Con el fin de asegurar la protección de la infantería italiana, di instrucciones para que, en cuanto las fuerzas motorizadas llegaran a la nueva línea, se iniciara la evacuación de aquellas unidades hacia las posiciones defensivas de Trípoli.

A mediodía del 17 informé al Jefe del Estado Mayor italiano en Libia de que, en vista de la enorme superioridad del enemigo, no cabía la perspectiva de defender Tarhuna-Homs. Debíamos prepararnos para ver a los ingleses frente a Trípoli hacia el 20 de enero.

Mientras los italianos eran transportados hacia el oeste, los británicos siguieron avanzando con grandes contingentes. El Alto Mando italiano me había informado de que la lí-

nea Tarhuna-Homs era difícil de rebasar por el flanco. Las posibilidades defensivas resultaban muy buenas en otros aspectos, ya que cualquier ataque inglés por el sur o el sudeste debería desarrollarse sobre terreno arenoso y quebrado. Si hubiéramos dispuesto de un abastecimiento mejor, el enemigo se habría visto obligado a detenerse allí por mucho tiempo.

17 enero 1943.

Queridísima Lu:

La lucha continúa con violencia. Nos encontramos en país montañoso y conliamos en poder resistir. Pero la desigualdad existente entre ambos bandos es muy notoria. Berndt ha regresado, pero Kesselring lo ha suplantado en el favor del Führer. Sin embargo, su viaje fue útil y oportuno, aunque nadie puede prever si conseguirá resultados concretos. Los acontecimientos se han precipitado y aun queda lo peor. Berndt me trajo los mejores deseos del Führer, de cuya confianza sigo disfrutando. Teniendo en cuenta las dificultades reinantes, estamos haciendo lo humanamente posible para salvar la situación. Pero aun así, el éxito es más que dudoso.

Las perspectivas se han vuelto muy malas (incluso en el Este). Tendrá que efectuarse una total movilización de los trabajadores alemanes, sin tener en cuenta lugar de residencia, edad ni condición. Es preciso prevenirse con tiempo. Muy pronto, incluso Manfred deberá realizar una labor manual o formar parte de la dotación de un antiaéreo. Como ya debéis comprender, se trata de un caso de vida o muerte para el pueblo alemán. Te escribo lo que antecede porque deseo te formes una imagen clara de la situación. Vale más acostumbrarse con tiempo a la idea de lo que puede ocurrir, para adaptarse mejor a las posi-

bles consecuencias. Desde luego, el enemigo no lo está pasando bien ni mucho menos, especialmente los rusos. Llevan mucho tiempo obligando a su pueblo a un esfuerzo brutal. Sólo así se explican sus últimos éxitos.

El 19 de enero unos 200 tanques ingleses avanzaron por la carretera hacia Tarhuna, en una tentativa para arrollar a mis tropas a la primera embestida. Pero se les pudo contener, causándoles cuantiosas bajas por medio del fuego concentrado de nuestra artillería.

La misma mañana instalé mi puesto de mando en una granja al noroeste de Tarhuna, desde donde podíamos ver las nubes de polvo levantadas por los vehículos adversarios que discurrían por la ruta Tarhuna-Garian, al sur de la primera localidad. Al llegar, horas más tarde, a la zona ocupada por la 15.ª División Panzer, descubrí que los británicos estaban a punto de lanzar un ataque sobre Garian, con toda una división acorazada. Aquello constituía una amenaza muy grave, y con el fin de contrarrestarla preparé a toda mi artillería disponible. Inmediatamente se hizo necesario reagruparse. La 164.ª División, elementos de la Brigada de Paracaidistas y el Grupo de Reconocimiento quedaron desplegados hacia al oeste, para impedir un ataque inglés a la carretera Tarhuna-Castel Benito. Pronto el enemigo emplazó su artillería y empezó a disparar contra nuestras posiciones cerca de Tarhuna. El jefe inglés conducía ahora sus operaciones con mucha más decisión que en el pasado.

Entretanto, no se habían librado combates de importancia en el sector norte, y ello nos permitió completar el despegue de las fuerzas que todavía se encontraban en la zona de Homs.

Por la noche las intenciones inglesas quedaron bien claras. Se trataba de inmovilizar a nuestras fuerzas mediante vivos

ataques a Homs y Tarhuna, mientras se efectuaba un movimiento de mayor escala alrededor de Garian. Miles y miles de vehículos ingleses se concentraron en el sur. Durante el día la Luftwaffe trató por todos los medios de contener el avance de dicha columna, aunque con escasos resultados. Por la noche el enemigo había llegado a un punto situado a 48 Km. de Garian, después de atravesar la carretera Tarhuna-Garian.

Tras haber recibido estas noticias, me vi obligado a decidir el inmediato abandono de Tarhuna, con el fin de dejar libres a fuerzas suficientes con las que oponerme al avance inglés por nuestro flanco. Era necesario apresurar la retirada de los italianos que seguían en la zona de Homs.

Todos los movimientos se llevaron a cabo la noche del 19 de enero, según los planes previstos. A la mañana siguiente nuestra situación era como sigue:

1. La 90.ª División Ligera había relevado a la infantería italiana en Homs, adoptando posiciones defensivas a retaguardia.
2. La 164.ª División ocupaba el desfiladero al oeste de Tarhuna, con la Brigada de Paracaidistas desplegada en profundidad tras de aquélla, con el fin de impedir un ataque inglés a la carretera.
3. La 15.ª División Panzer y el grupo de reconocimiento Luck quedaron situados alrededor de Azizia, para detener cualquier intento hacia el norte desde Garian.

La División «Jóvenes Fascistas» y el grupo de combate «Centauro» ocuparon posiciones al sur de Sorman, para evitar avances aún más hacia el oeste,

A primeras horas de aquella mañana ensordecedoras explosiones anunciaron que se estaban demoliendo las instala-

ciones portuarias de Trípoli. Los más importantes depósitos quedaron destruidos, ya que no podíamos esperar retener en nuestras manos dicha plaza.

20 enero 1943.

Queridísima Lu:

La jornada de ayer transcurrió bien, pero el escaso abastecimiento hace cada día más difícil la situación. El enemigo trata de hacer derivar la lucha hacia el oeste lo más rápidamente posible...

... Paulus se encuentra quizá en peor situación que yo, puesto que su enemigo es más inhumano. Sólo podemos esperar que Dios no nos abandone. (Paulus mandaba las fuerzas alemanas que habían sido cercadas en Stalingrado).

A primeras horas de la mañana (día 20) llegó un mensaje del Mariscal Cavallero, en el que, bajo instrucciones del Duce, se declaraba que mi decisión de retirar nuestras fuerzas de la línea Tarhuna-Homs y situarlas en la zona Azizia-Sorman era contraria a la orden de mantenerse en la primera durante al menos tres semanas. A su entender, la situación no podía considerarse tan grave, y mi maniobra resultaba precipitada en exceso. Debíamos detenernos, ya que de otro modo no era posible preparar la línea del Mareth. Por lo demás, Cavallero me expresaba su deseo de que me ciñera a las órdenes del Duce y solicitaba mi aprobación.

Al recibir dicho mensaje nos quedamos consternados. Toda posición arrollada por el enemigo o rebasada por sus flancos carece de valor, a menos de que se disponga de fuerzas móviles capaces de rechazar a las columnas que

intentan rodearla. El mejor plan estratégico resulta inútil si no se le puede ejecutar tácticamente.

Contesté sin pérdida de tiempo, dirigiendo mi mensaje al Commando Supremo, pero aquella misma tarde pude hablar directamente con el Mariscal Cavallero en presencia de los Mariscales Kesselring y Bastico. Expresé mi opinión acerca del mensaje, e insistí en que el límite de tiempo de que disponía había sido calculado por Mussolini y Cavallero, sin que yo lo aceptara nunca. Al final de la discusión, que se hizo muy violenta, pedí una decisión específica del Commando Supremo acerca de si debíamos librar batalla con los ingleses en Tarhuna-Homs, conduciendo al Ejército a un aniquilamiento seguro, o retirarnos hacia Túnez. «Podemos mantenernos en Trípoli unos días más, perdiendo al Ejército, o perder Trípoli unos días antes y salvar al Ejército para la lucha en Túnez. Les ruego decidan algo». Tales fueron mis palabras finales al Mariscal Cavallero. Durante la entrevista llegaron noticias de que las lanchas torpederas inglesas habían hundido 10 de 14 barcazas petroleras, al oeste de Trípoli.

Al día siguiente (21) el enemigo atacó vivamente en todos los lugares de la línea. Nutridas columnas inglesas se abrieron camino por los wadis, entre Garlan y Tarhuna, por una zona que, según los italianos, resultaba inaccesible, y amenazaron con aislar la retaguardia de la 164.ª División, al oeste de Tarhuna. Con el fin de contrarrestar dicho movimiento mandé a un grupo de combate, bajo el mando del General Frantz.

Entretanto, otras fuerzas inglesas maniobraron desde el este para tomar el paso ocupado por elementos de la 164.ª División, al oeste de Tarhuna, aunque sin conseguirlo. Los contingentes enemigos en dicho sector aumentaban gra-

dualmente, y en vista del peligro que amenazaba nuestro flanco derecho hube de ordenar el repliegue de la infantería no motorizada desde la línea de defensa de Trípoli a la de Zavia. Obrando bajo directivas del Duce, el Mariscal Cavallero evitó expresar una decisión clara acerca de si Trípoli debía o no ser defendido hasta el último hombre. Me dió instrucciones para que el Ejército fuera salvado, pero, por otra parte, debía ganar todo el tiempo posible.

Los acontecimientos de aquel día confirmaron plenamente mis pronósticos del 19, y justificaron el traslado de las fuerzas motorizadas a la zona Sorman-Azizia. De haber permanecido en Tarhuna-Homs, como pretendía el Duce desde su despacho de Roma, el Ejército hubiera quedado cercado y destruido, incluyendo a toda su infantería.

22 enero 1943.

Queridísima Lu:

Ayer no pude escribirte. Tuve mucho trabajo desde la mañana a la noche. Llegaron severos reproches de Roma porque no resistimos más a la fuerte presión enemiga. Sin embargo, estamos haciendo cuanto podemos. Lo ocurrido ayer justifica completamente mi manera de obrar. Teniendo en cuenta las dificultades en el abastecimiento, no sé hasta cuando continuaremos la lucha. No obstante, nos opondremos al enemigo hasta el final. Tengo complicaciones con nuestros aliados, pero no es preciso que te las cuente. Era de esperar que, en estas circunstancias, se volvieran algo agresivos. No creo que sigan con nosotros mucho tiempo. Los pueblos y las naciones no varían.

El movimiento hacia el oeste continuó hasta el 22, fecha en la cual el enemigo había trasladado 6000 vehículos a Tarhuna, esperándose que atacara el 23. En consecuen-

cia, me vi obligado a ordenar la evacuación de Trípoli, una vez destruidas todas sus instalaciones.

Las maniobras previstas quedaron completadas durante la noche, bajo fuerte presión enemiga y continuos ataques de los cazabombarderos. El hecho de haber logrado evacuar casi todo el material y depósitos de Trípoli constituía un señalado éxito por parte de nuestra Intendencia, ya que sólo el 7 por 100 pudo ser transportado por mar. Los víveres restantes se entregaron al prefecto, para su distribución entre la población civil.

23 enero 1943.

Queridísima Lu:

Espero obtener excelentes resultados de la maniobra en curso. Este país es muy hermoso y me gustaría poder recorrerlo tranquilamente en tiempo de paz. ¿Podrá ser algún día?

Hacia las doce de la mañana del 23 de enero los ingleses lanzaron nutridas fuerzas contra la línea de defensa de Trípoli, pero fueron rechazados. Nuestros 30 000 soldados de infantería italianos serían llevados inmediatamente a la línea del Mareth, para ayudar a su construcción. A fin de asegurarnos contra un ataque por sorpresa, las restantes fuerzas quedaron desplegadas a lo largo de la carretera, en dirección oeste. Por la tarde dispuse de un momento para echar una mirada a las ruinas romanas de Sabratha.

El 8.º Ejército entró en Trípoli tres meses después de su ataque a El Alamein, habiendo cubierto una distancia de 2250 Km.

Tras la conquista de Trípoli, los ingleses se permitieron una breve pausa para reagrupar sus fuerzas y hacer acopio

de material. Aquello nos otorgó unos días de respiro, que nos permitieron transportar los suministros almacenados en Zuara.

25 enero 1943.

Queridísima Lu:

El día de ayer transcurrió según lo previsto. Me es imposible expresarte lo duro que resulta todo cuanto se relaciona con esta retirada. Día y noche me atormenta la idea de que pueda hundirse el frente de África. Me siento tan deprimido, que apenas puedo realizar mi trabajo. Quizás algún otro pudiera ver más claro en esta situación y ser capaz de arreglarla. Por ejemplo, K. (Kesselring) está lleno de optimismo. Quizá ve en mí el motivo por el que el Ejército no ha podido resistir más. No puede tener una idea clara del verdadero valor de mis tropas, especialmente las italianas, ni del equilibrio de fuerzas cada vez más desfavorable para nosotros, a causa de la excelente motorización del enemigo, su número de tanques y vehículos blindados y un aprovisionamiento perfecto. Espero ansiosamente las próximas jornadas. Resistiré aquí cuanto pueda. K, es ahora mi superior[45].

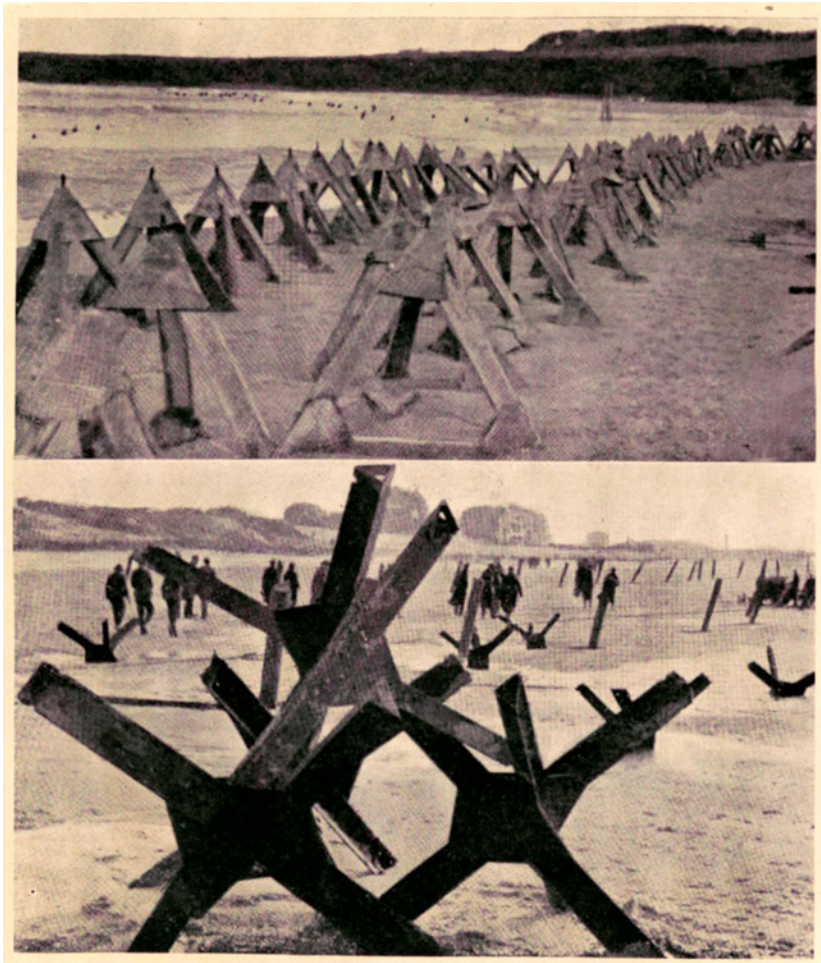
El 26 de enero trasladamos el Cuartel General del Ejército a la comarca situada al oeste de Ben Gardane (*más allá de* la *frontera tunecina*). Por el camino vimos la línea férrea que se estaba construyendo entre Túnez y la frontera libia. Si hubiéramos podido resistir en Sirte durante tres meses, el ferrocarril en cuestión habría quedado probablemente terminado. Resultó muy desfavorable para nosotros el que los italianos no hubieran trazado una línea de tal género en el Norte de África antes de la guerra, ya que una ruta de abastecimiento de varios centenares de kilómetros sólo puede soportarse si el grueso de las mercancías es transportado por fe-

rrocarril o por vía marítima. La utilización de camiones resulta antieconómica, debido a la gran cantidad de gasolina que consumen. A mediodía del 26 recibí una comunicación del Commando Supremo, informándome de que, a causa del mal estado de mi salud, se me relevaría del mando cuando llegásemos a la línea del Mareth, dejándose la fecha a mi elección. Se formaría una jefatura italiana a las órdenes del General Messe, que había mandado al Cuerpo expedicionario italiano en Rusia. Tras de mis experiencias durante la retirada, no sentía el menor deseo de proseguir siendo juguete de una cuadrilla de incompetentes, y a tal efecto contesté al Commando Supremo que enviase al General Messe cuanto antes, con el fin de instruirlo en su nuevo cometido.

28 enero 1943.

Queridísima Lu:

Dentro de pocos días entregaré el mando a un italiano, por la sola razón de que «mi actual estado de salud no permite que prosiga en mi puesto». Desde luego, las razones son otras[46]*, especialmente relacionadas con el prestigio. He hecho lo posible para conservar estas comarcas, a pesar de las enormes dificultades sufridas en todos los aspectos. Lo lamento profundamente por mis hombres, hacia los cuales profeso gran afecto.*



Obstáculos en la muralla del Atlántico

Físicamente no estoy demasiado bien. Sufro fuertes dolores de cabeza, y mis nervios están alterados, lo cual, añadido a las molestias circulatorias, me impide descansar. El profesor Horster me está administrando soporíferos y ayudándome en lo que puede. Quizá disfrute de unas semanas para reponerme, aunque teniendo en cuenta la situación en el Este, quizá lo mejor sería hallarse en primera línea.

Hacia las tres de la tarde (*del 26*) fui a inspeccionar el frente del Mareth, con el fin de formarme una idea de su posible valor. La línea se extendía (*128 Km. dentro de territorio tunecino*) entre el mar y las alturas de Matmata, y consistía en una serie de anticuados blocaos franceses, en modo alguno apropiados a las necesidades de la guerra moderna. Por si esto fuera poco, quedó completamente desarmada después del armisticio con Francia. Servía de poco, a no ser que se la empleara como protección contra la artillería, y la defensa debería efectuarse desde posiciones de campaña situadas entre los blocaos. La parte sur podía considerarse impenetrable para los tanques. En su centro existía protección contra los mismos, a causa de un profundo *wadi*, si bien dicho obstáculo era superable por tripulaciones bien adiestradas. El extremo norte quedaba cubierto por una marisma, en parte accesible a los vehículos. El tendido de la línea era muy malo, por hallarse situado inmediatamente detrás de terreno ligeramente alto, que impedía la observación artillera, y al propio tiempo dotaba a los atacantes de una zona excelente para controlar su fuego. También dichas alturas deberían ser sostenidas por nuestras fuerzas, lo cual significaba una grave dispersión de los elementos disponibles.

Estratégicamente la elección de esta línea por el Commando Supremo presentaba un serio inconveniente, ya que podía

ser rebasada por sus flancos, aun cuando no sin dificultades. En 1938 los generales franceses Catroux y Gautsch habían realizado un ejercicio de flanqueo, mediante una unidad sahariana transportada en camiones, con el fin de comprobar si tal operación era o no realizable, llegando a una conclusión negativa. Pero los ingleses de Montgomery disponían de una motorización bastante superior a la de aquellas unidades francesas. Si se arriesgaban a una operación semejante, la línea del Mareth no nos serviría de nada, a pesar de las mejoras realizadas en la misma. En consecuencia, advertí a tiempo las posibilidades de semejante maniobra.

Considerando la debilidad de aquel centro de resistencia, solicité la ocupación de la línea de Akarit, entre el Shott el Jerid y el mar. Dicha línea (*64 Km. detrás de la del Mareth*) no podía ser rebasada, y nos hubiera permitido hacer un uso conveniente de la infantería no motorizada. Puse de relieve que nuestras unidades móviles no eran lo suficientemente fuertes como para resistir por un lado en El Hamma y por otro en Gafsa, y al propio tiempo prestar su apoyo a la zona del Mareth. Pero nuestros superiores opinaron de manera distinta. Al llegar el momento oportuno, los ingleses desarrollaron un movimiento de flanqueo perfectamente planeado, que hizo completamente inútil la línea del Mareth. Aunque Bayerlein consiguió trasladar sus fuerzas móviles a Akarit, relativamente intactas, a pesar de la amenaza de ruptura por tres lados, hubiera sido mucho mejor concentrar desde un principio nuestras fortificaciones en Gabes.

Rommel no se refiere aquí a la ciudad de Gabes, sino a un desfiladero, 24 Km. al oeste de aquélla, por el que corre el Wadi Akarit. A veces lo denomina línea de Gabes y otras línea de Akarit.

El 31 de enero el Mariscal Bastico abandonó el mando y regresó a Italia. En más de una ocasión existieron fricciones entre ambos, pero casi siempre originadas por las directrices del Commando Supremo. En general nuestras relaciones fueron buenas, y con frecuencia su apoyo me resultó muy útil. En gran parte se debió a él el que, a pesar de las ideas de nuestros mandos superiores, el Ejército pudiera alcanzar la línea del Mareth en condiciones bastante normales, sin ser sacrificado a nuevas órdenes de resistir hasta el final.

En cambio, la substitución del Mariscal Cavallero, que tuvo lugar casi simultáneamente, fue recibida con alborozo. Hubiese sido mejor reemplazarlo mucho antes, por alguien más competente.

Hacia el .º de febrero, transportes ligeros ingleses empezaron a utilizar el puerto de Trípoli. Nuestros aviones señalaron también la presencia de buques de mayor calado. Pero, desde luego, la Luftwaffe no se hallaba en condiciones de hostigar las tareas del enemigo. Los ingleses iniciaban ya su marcha de aproximación desde el este, y el 8.º Ejército estaría muy pronto en condiciones de lanzarse contra nosotros con todo su potencial.

Messe llegó a África por aquel entonces, y, como la mayoría de quienes habían estado en Rusia, lo consideró todo con notable optimismo. No era mi intención hacer entrega del Ejército hasta sentirme seguro de que su posición sería firme, al menos durante algún tiempo.

2 febrero 1943.

Queridísima Lu:

No hay grandes novedades. La actual calma es preludio de nuevas operaciones. A juzgar por lo que se dice, los re-

levos actuales fueron planeados hace tiempo. Desde luego, los italianos no cesaron nunca de proponerlos.

Durante el mes de enero, un grupo de nuestros artilleros antiaéreos consiguió sorprender en Túnez a una columna del «Long Range Desert Group», capturando al jefe del 1/ Regimiento de S.A.S., Teniente coronel David Stirling. A causa de una defectuosa vigilancia, éste se las arregló para escapar, trasladándose a un poblado árabe, a cuyos habitantes ofreció una recompensa si lo llevaban a las líneas inglesas. Pero su oferta debió ser poco espléndida, y los nativos, con su afición a los negocios, nos ofrecieron su entrega por 5 Kg. de té. Ni que decir tiene que aceptamos inmediatamente. De este modo los ingleses perdieron al competente y hábil jefe de las Patrullas del Desierto, unidad que nos causó más graves daños que cualquier otra de parecida importancia.

El 15 de febrero de 1943 la retaguardia de la 15.ª División Panzer se replegó por fin a las avanzadillas de la línea del Mareth, cerrándose de este modo la gran retirada desde El Alamein a Túnez. El espíritu combativo de las tropas seguía intacto, lo cual constituía casi un milagro, después de los reveses sufridos, y en parte se debía a que ningún soldado se consideraba vencido por otra cosa que por la superioridad del material.

7 febrero 1943.

Queridísima Lu:

Ayer vino a visitarme el doctor Horster, el cual me aconsejó que empezara cuanto antes mi tratamiento. Todo mi ser se rebela ante la idea de abandonar el campo de batalla, mientras pueda mantenerme en pie.

8 febrero 1943.

He decidido no ceder el mando sino bajo órdenes expresas, sin considerar en absoluto mi estado de salud. Considerando la situación, estoy decidido a resistir hasta el límite, incluso contrariando los consejos del médico. Ya comprenderás perfectamente mi actitud. El sucesor enviado por Roma tendrá que esperar a que le llegue el turno.

12 febrero 1943.

Hoy hace dos años que llegué a tierra Africana. Dos años de dura y obstinada lucha, la mayoría de las veces contra un enemigo superior. En tan señalada fecha pienso en las tropas bajo mi mando, que tan fielmente han cumplido su deber hacia el país, depositando su entera confianza en mí. He procurado siempre atender a todas mis obligaciones, tanto en mi propia esfera como en beneficio de la causa... Hemos de hacer lo posible para alejar los peligros que ahora nos amenazan. Por desgracia todo se basa en el abastecimiento. Espero que mi decisión de permanecer con las tropas hasta el fin obtenga la aprobación superior. Comprenderás mi actitud. Como militar, no puedo comportarme de otro modo.

DE EL ALAMEIN AL MARETH

OJEADA RETROSPECTIVA

En la guerra motorizada, una retirada general ofrece al mando —aun cuando éste se encuentre en inferioridad numérica— oportunidades tácticas considerables, siempre y cuando se cumplan determinadas condiciones. Dichas condiciones deben ser las siguientes:

1. Sus fuerzas han de permanecer intactas, conservando todo su poder combativo.
2. Cada zona recién ocupada durante el repliegue, deberá estar provista de suficiente gasolina, munición, víveres

y pertrechos.

Cuanto más se aleje el enemigo de sus puntos de partida y mayor se haga su línea de abastecimiento, más tropas habrá de ir dejando atrás para cubrirla. Durante los avances, la línea de abastecimientos se prolonga; durante las retiradas, se acorta. El Ejército en retirada concentra cada vez más sus efectivos. De ahí que llegue un momento en que sea localmente superior al adversario. Si al producirse este momento dispone de gasolina y munición suficientes, su oportunidad para actuar es única, ya que puede volverse y atacar a las fuerzas que le persiguen, destruyéndolas..., siempre y cuando estas últimas cometan la insensatez de aceptar batalla. Dicha operación debe, pues, emprenderse con la máxima celeridad, con el fin de no permitir al adversario reunir los necesarios refuerzos.

Teniendo en cuenta lo antedicho, había sido nuestro propósito despegarnos de El Alamein antes de que la batalla alcanzara su punto culminante. Durante el curso de aquélla, padecimos infinidad de limitaciones impuestas por la presencia de importantes formaciones no motorizadas, alemanas e italianas. Sabíamos bien que dichas limitaciones se agravarían durante la retirada, cuando las unidades motorizadas hubieran de enfrentarse una y otra vez a los ingleses, para permitir la retirada completa de nuestros aliados.

Sin embargo, y a pesar de nuestros cálculos, los acontecimientos se agravaron. Bajo órdenes del *Führer* y el *Duce*, nos vimos en la absoluta precisión de proseguir la batalla durante los días 3 y 4 de noviembre. Dichas jornadas decidieron nuestro destino final, ya que en ellas perdimos 200 tanques (incluyendo los italianos), es decir, casi el resto de nuestros elementos blindados y buena parte de las formaciones italia-

nas. Los dos días en cuestión nos despojaron, además, de toda posibilidad de librar encuentros móviles durante la retirada, porque las condiciones del Ejército no permitían otra cosa sino un continuo retroceso. Lo único que nos quedaba por hacer era obligar al enemigo a renovadas marchas de aproximación y despliegues, procurando de este modo ganar cuanto tiempo nos fuera posible. Lo conseguimos, a pesar de todo, y ni en Mersa el Brega, Nofilia, Buerat o Trípoli pudo Montgomery destruirnos, según su deseo. Sin embargo, resultaba imposible iniciar un contraataque con nuestras menguadas fuerzas móviles.

El hecho era especialmente lamentable, considerando las muchas ocasiones en que el enemigo nos ofreció la oportunidad de llevar a cabo tales movimientos tácticos. Montgomery demostró siempre una verdadera obstinación en disponer de reservas apropiadas tras de sus vanguardias, y en no arriesgar más que lo absolutamente necesario. Las reacciones del mando inglés fueron siempre lentas. En las primeras etapas del repliegue, su columna de flanqueo era demasiado débil, y en varias ocasiones pudimos atacarla y destruirla, de no haber sido por la carencia de gasolina. Montgomery debió haber situado el grueso de sus fuerzas tras de las unidades encargadas de rebasarnos, ya que eran estas últimas las que disponían de más probabilidades para obligarnos a la batalla. En Buerat y Trípoli el mando enemigo demostró mayor maestría, tras haberse sobrepuesto a sus exageradas precauciones. Buscó una decisión con gran vigor, y nos fueron necesarios tremendos esfuerzos para salir airosos de la situación.

Puedo jactarme de haber calculado exactamente las posibilidades de mi Ejército, teniendo en cuenta los suministros de que disponíamos, y de haber desarrollado una estrategia correcta, de acuerdo con dicha circunstancia. Considerando

la operación en su conjunto, preciso es reconocer que sobrellevamos bien la dura prueba. Tácticamente, la retirada no se realizó de acuerdo con los planes ingleses, que se basaban en la destrucción de mis unidades, sino según los míos. El Ejército salió al paso de todas las dificultades, incluso las derivadas de la actitud del mando superior, que desde sus lejanos emplazamientos en Europa había buscado de continuo una panacea a todos nuestros males, en la resistencia a ultranza, sin considerar que dicha resistencia se hubiera quebrantado con nuestra última gota de agua. A pesar de la constante retirada, de la mala alimentación y de la terrible fatiga, las tropas no flaquearon ni en las situaciones más apuradas, demostrando el mismo valor combativo, entusiasmo y ardor que el día de la conquista de Tobruk. Mi gratitud hacia ellas era inmensa.

El hecho de que nuestras autoridades superiores hubieran rehusado considerar desde un principio las posibilidades de una evacuación final de Tripolitania, nos costó un tiempo y unos efectivos preciosos. La tarea de fortificar la línea de Buerat resultó, a la larga, inútil, y lo mismo puede decirse de la de Tarhuna-Homs. Si la infantería italiana hubiera retrocedido en masa a la línea de Gabes, empezando inmediatamente su fortificación, y si todas aquellas minas malgastadas en Libia se hubiesen llevado a dicha zona, semejante trabajo y material nos hubiera sido de un valor incalculable.

CAPÍTULO VIII
ENTRE DOS FUEGOS

Con el repliegue hasta la línea del Mareth, nos encontrábamos libres otra vez para actuar de acuerdo con principios estratégicos distintos. Explotando nuestras «líneas interiores» podíamos concentrar el grueso de las fuerzas motorizadas para un ataque a ingleses y americanos en Túnez occidental, obligándolos quizás a retirarse. No era necesario esperar ninguna maniobra de diversión por parte de Montgomery, porque un ataque tal, lanzado con fuerte concentración artillera y apoyo de bombarderos, debería forzosamente detenerse frente a la línea del Mareth, con grandes pérdidas para el enemigo. Pensamos en eliminar primero la amenaza de división, que pendía sobre nuestros dos ejércitos, tras un posible avance angloamericano desde Gafsa hasta el mar, aplastando sus zonas de concentración. Una vez conseguido, nuestras fuerzas retrocederían hasta el Mareth, para atacar a Montgomery. Proyectamos ceder las comarcas de Medenine (*32 Km.* al *este del Mareth*) y de Ben Gardane, inmediatamente antes del ataque, con el fin de impedir al adversario que se opusiera a nosotros en defensas preparadas.

Como preludio de tales operaciones, la 21.ª División Panzer, que actuaba ya bajo el 5.º Ejército, y había sido reforzada convenientemente, atacó el 1.º de febrero el Desfiladero de Faid (*128 Km. al norte del de Gabes*), con objeto de convertirlo en punto de partida para el avance sobre *Sidi* Bouzid y Sbeitla (*25 Km. al oeste y 55 al noroeste, respectivamente, del*

Desfiladero de Faid). Dicho paso fue conquistado por arrollador ataque de flanqueo, capturándose 1000 prisioneros.

El peligro principal para la cabeza de puente de Túnez residía en un ataque americano desde Gafsa (*112 Km. al noroeste del Desfiladero de Gabes*) hacia Gabes, separando entre sí a los dos Ejércitos del Eje. En consecuencia, nuestro primer objetivo debía ser un avance hacia las zonas de reunión americanas en el sudoeste de Túnez. La 21.ª División Panzer y elementos de la 10.ª D.P., recibieron orden de atacar *Sidi* Bouzid y Sbeitla, con el fin de quebrantar y a ser posible destruir las concentraciones enemigas. Al propio tiempo, un grupo de combate formado por mi Ejército eliminaría a la guarnición americana de Gafsa. Por el momento no existían más objetivos que los señalados[47].

El 14 de febrero la 21.ª División Panzer inició un ataque envolvente desde el Paso de Faid contra la 2.ª División Acorazada norteamericana[48], que se hallaba en la zona de *Sidi* Bouzid. Mientras se inmovilizaba frontalmente a las formaciones enemigas, un grupo acorazado avanzó, rodeando profundamente el sector norte, para penetrar en el flanco enemigo, mientras otro se dirigía a *Sidi* Bouzid, que atacó por retaguardia, colocando a nuestro adversario en situación táctica extremadamente difícil. Se desarrolló una violenta batalla de blindados, durante la cual los inexpertos norteamericanos se vieron arrollados por mis tanquistas —veteranos de centenares de acciones en el desierto—, y pronto un gran número de «Grants», «Lees» y «Shermans» ardieron sobre el lugar del encuentro. El grueso de las fuerzas americanas quedó destruido, y sus restos huyeron hacia el oeste.

En vista del resultado, insté al 5.º Ejército, a cuyo cargo corría la operación, que prosiguiera el ataque durante la noche, manteniendo la presión sobre el enemigo en franca hui-

da, y alcanzando Sbeitla. Los éxitos tácticos han de ser explotados sin pérdida de tiempo. Un enemigo que, en el momento de su derrota, dispone de posibilidades para reagruparse, aparecerá al día siguiente en plena posesión de su fuerza operativa.

Sin embargo, la 21.ª División Panzer no siguió la retirada hasta la noche del 16. La mañana del 17 la división se encontraba ante Sbeitla. Pero aquel retraso había permitido a los americanos organizar una precaria defensa, volviendo a la lucha con habilidad y valentía. Si Ziegler[49], que mandaba a la 21.ª División Panzer, hubiera explotado su victoria en *Sidi* Bouzid, no habría existido tan dura lucha frente a Sbeitla. A pesar de todo, la resistencia enemiga fue quebrantada a última hora de la tarde. En aquellas breves jornadas, la 2.ª División Acorazada norteamericana había perdido 150 tanques[50] y 1600 hombres, capturados por nuestras unidades. Por su parte, las bajas de la 21.ª División Panzer eran escasas.

Los americanos carecían de experiencia, y era preciso inculcarles por todos los medios un sentimiento de inferioridad que nos resultara beneficioso.

Como consecuencia de los éxitos de la 21.ª División Panzer en Sbeitla, los americanos habían retirado su guarnición de Gafsa la noche del 14 de febrero, antes de que mi grupo de combate pudiera lanzar su proyectado ataque. La tarde del 15, elementos del Afrika Korps y el «Centauro» pudieron ocupar la localidad, sin librar combate.

Mientras la mañana del 16 nos dirigíamos por carretera a Gafsa, pasamos junto a columnas de árabes que conducían animales cargados de botín. Todo cuanto podía arrebatarse a las casas y edificios abandonados fue presa de los nativos. Los objetos de madera disfrutaban de su preferencia. Los árabes estaban encantados, y obsequiaron a mis tropas con

huevos y pollos. Los americanos habían volado sus depósitos de municiones en la ciudadela, sin advertirlo antes, y treinta casas se derrumbaron sobre sus desgraciados habitantes. Se habían extraído 30 cadáveres, y faltaban 80 más. Como consecuencia de ello, los sentimientos de la población civil hacia los americanos eran los que pueden suponerse. A nuestra entrada celebraron su liberación con gran alborozo.

Entretanto, mi *Kampfstaffel* se hallaba en camino hacia el sudoeste, con instrucciones de atravesar el Metlaoui, y volar el túnel del ferrocarril. En dicha localidad se capturaron una gran cantidad de gasolina y cierto número de vagones. En la zona se encontraban almacenadas 20 000 toneladas de fosfatos, producto que nos hubiera sido de gran utilidad en Europa, de haberlo podido trasladar allí. Liebenstein[51], al que había mandado a Feriana con el Grupo de Combate del Afrika Korps (*Feriaría se encuentra 62 Km. al noroeste de Gafsa*) tomó dicho importante centro el 17 de febrero, tras haber eliminado la fuerte resistencia americana. Por desgracia la guarnición pudo incendiar a tiempo sus depósitos. Supimos también, por nuestros servicios informativos, que los almacenes aliados ardían en Tebessa (*128 Km. al noroeste de Gafsa*). Una docena de camiones blindados para el transporte de fuerzas, que montaban o llevaban a remolque piezas de 75 mm., fueron capturados o destruidos. La embestida prosiguió valientemente hacia Thelepte, donde obligamos al enemigo a incendiar 30 aparatos que se encontraban en el aeródromo.

Los americanos se retiraban, al parecer, hacia Tebessa. Su mando daba señales de nerviosidad, y mostraba esa indecisión típica de quien se encuentra por vez primera en situación difícil. Ahora que las operaciones llevaban cuatro días de ininterrumpidos éxitos, mi deseo era proseguir, con todos

nuestros efectivos, en dirección a Tebessa, apoderarme de esta importante base aérea y centro de abastecimientos y transportes, y penetrar profundamente en la retaguardia aliada. En África hube de enfrentarme siempre a graves riesgos, debido a la constante inferioridad de mis fuerzas, pero jamás me lancé al albur. Aun en las más atrevidas operaciones conservé siempre elementos con los que salir al paso de cualquier dificultad imprevista, y nunca temí que pudiera perderse todo. Sin embargo, tal como estaban ahora las cosas, se hacía preciso correr por vez primera semejante peligro.

18 febrero 1943.

Queridísima Lu:

Mi salud se mantiene buena, por el momento. Pero aun así, creo que mi relevo es inminente. No es preciso decirte hasta qué punto me disgusta. Sin embargo, nada puede hacerse para evitarlo. Confío en que el próximo tratamiento me devuelva la energía y el vigor, con el fin de proseguir actuando como hasta la fecha.

Las operaciones siguientes habrían tropezado con muy serios peligros, si el mando adversario hubiese adoptado medidas correctas, lanzando al grueso de sus fuerzas contra nuestro prolongado flanco, con objeto de ocupar las bases de aprovisionamiento, dejando a nuestras tropas de vanguardia desprovistas de lo más necesario. Pero los jefes que sólo han librado batallas teóricas, tienden a reaccionar de manera directa y no indirecta ante los movimientos enemigos[52]. Por regla general, los principiantes carecen de nervio para adoptar decisiones basadas solamente en la experiencia, desechando aquello que pesa de manera más notoria en su cerebro.

Estaba convencido de que un avance hacia más allá de Tebessa, llevado a cabo por las fuerzas acorazadas y motorizadas de los dos Ejércitos, obligaría a ingleses y americanos a trasladar a Argel el grueso de sus unidades, retrasando así sus preparativos para una ofensiva. Para que el golpe obtuviera el deseado éxito, se hacía imprescindible no perder ni un solo día, y disponer de elementos suficientes para arrollar cualquier resistencia enemiga y abrirse camino hasta la carretera. El avance hacia el norte debía penetrar lo suficiente tras las líneas enemigas, para asegurarnos de que no afluirían reservas a los pasos. Tenía la seguridad de que manteniéndonos en cierto número de aquéllos, así como en posiciones estratégicas en las carreteras, podríamos contener los ataques que no dejarían de producirse sobre nuestro flanco. Sin embargo, era dudoso que el enemigo se dejase arrebatar la iniciativa por mis fuerzas de ataque.

El coronel General Von Arnim no estaba preparado para reconocer las posibilidades de triunfo derivadas de aquella operación, quizá por desear que la 10.ª División Panzer se mantuviera bajo su mando, permitiéndole así una pequeña exhibición particular. En consecuencia, se pronunció enérgicamente contra el plan, aunque no se encontraba en condiciones de captar con claridad sus ventajas, ya que carecía de experiencia en las batallas contra nuestros enemigos occidentales, y nada sabía de las debilidades de su mando.

Decidí, pues, transmitir mi propuesta al Commando Supremo y a la Jefatura de la Zona Sur. Bayerlein se las arregló para convencer al General Seidemann (jefe de las Fuerzas Aéreas en Túnez) sobre las posibilidades que ofrecía la operación. Deposité mi confianza en el habitual optimismo de Kesselring (*Jefatura de la zona sur*) y en los italianos, de los

que esperaba un asentimiento absoluto, ya que se trataba de avanzar.

El *Duce* necesitaba urgentemente una victoria para fortalecer su posición política.

Por la noche, Kesselring me informó de que estaba de acuerdo con el plan, y que así lo haría constar cerca del Commando Supremo. A partir de aquel momento, nos consumimos de impaciencia, aguardando una respuesta. A medianoche no había ocurrido nada. Se hacía evidente que los italianos no tenían prisa. Mandamos otro mensaje, insistiendo en la necesidad de adoptar una resolución inmediata, ya que de otro modo se perdería un tiempo precioso, comprometiendo el resultado de la operación.

Por fin, a las una y media del 19 de febrero llegó un comunicado del Commando Supremo autorizándonos a obrar, aunque con la importante modificación de que el avance no se efectuaría por Tebessa, sino por Thala, en dirección a Le Kef[53]. Aquello constituyó una desilusión terrible y ponía de relieve la falta de visión de nuestros mandos. Debido a ello, fracasó todo el plan. Un avance por aquella comarca resultaba demasiado cercano al frente, y nos opondría, sin duda alguna, a las fuertes reservas enemigas.

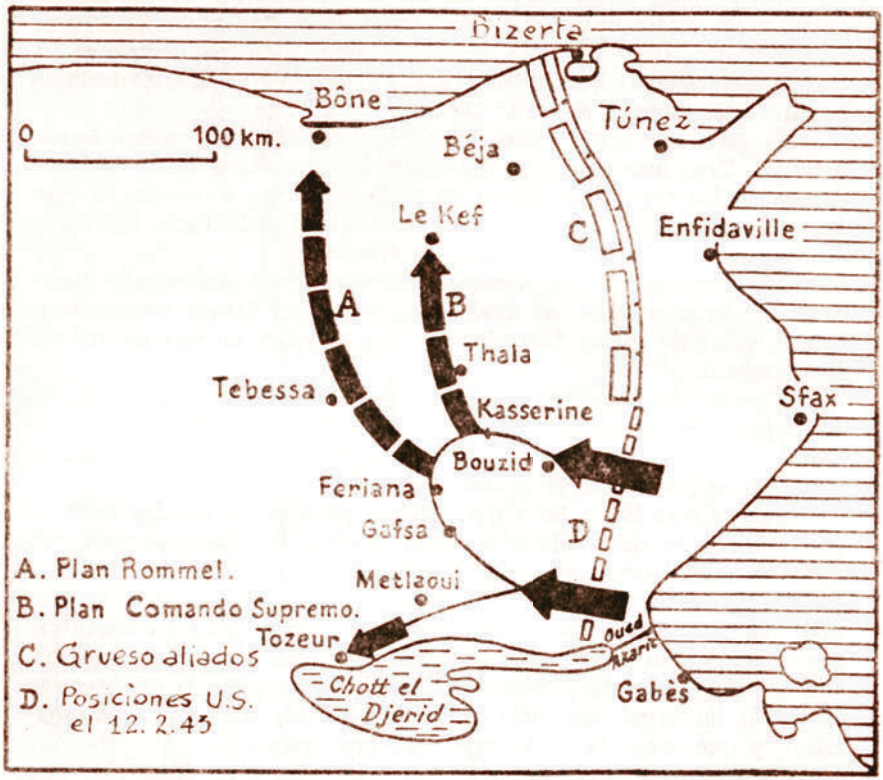
En otros tiempos nuestras altas autoridades se mostraron tan optimistas, que exigieron de nosotros lo imposible. Ahora, en cambio, cuando se requería un cierto atrevimiento, no demostraban ánimos para llegar a una decisión definitiva. Pero no era tiempo para discusiones, ya que caso de incurrir en ellas, no habría manera de impedir que los americanos realizaran su concentración.

El grupo de combate del Afrika Korps fue situado en la carretera que conducía al desfiladero de Kasserine, al noroeste de Kasserine (*32 Km. al oeste de Sbeitla y otros tantos de Fe-*

riana). La 21.ª Dimisión Panzer recibió orden de avanzar por un valle cercano hasta Sbiba (*40 Km. al norte de Sbeitla*). Unidades de la 10.ª División Panzer siguieron hacia Sbeitla, desde donde podían unirse a la 21.ª División Panzer en Sbiba, o ayudar al grupo del Afrika Korps en Kasserine, según lo aconsejasen las circunstancias.

Entretanto, los aliados habían puesto en marcha hacia el frente sudoeste a cuantos elementos pudieron reunir en el norte de Túnez. Por aquel entonces, las fuerzas que protegían su flanco sur eran relativamente débiles.

Mientras el grupo del Afrika Korps se desplegaba alrededor de Kasserine, el 3.er Batallón de Reconocimiento avanzó para conquistar el paso; pero el enemigo se defendió tenazmente, impidiéndolo. (*La 34.ª División Estadounidense guarnecía dicho sector*).



La ofensiva alemana desde el 14 hasta el 24 de febrero de 1943

Un ataque del Regimiento Panzer de Granaderos Menton consiguió algunos éxitos iniciales, pero después hubo de suspenderse, por haber sido emprendido de una manera equivocada. Tras la larga lucha en el desierto, los oficiales se encontraban ahora en un terreno no muy diferente al de los Alpes europeos. A ambos lados del paso, las alturas se elevaban a 1500 m., y estaban ocupadas por tropas americanas y observadores de artillería. Menton había limitado su ataque al valle, quizás por no considerar al enemigo suficientemente fuerte. Debió haber combinado un avance por aquél y las alturas, tomando posesión de estas últimas a cada lado del desfiladero, para eliminar a los observadores artilleros e infiltrarse hacia la retaguardia enemiga.

Sobre la una de la tarde del 19 de febrero me dirigí al Puesto de Mando del grupo Afrika Korps para observar directamente la situación. Por la carretera vimos numerosos vehículos americanos con sus conductores muertos ante el volante, seguramente a causa de nuestros ataques aéreos. Numerosos americanos desperdigados estaban siendo reunidos. Envié al General Buelowius con un grupo de combate para que realizara un ataque de flanqueo contra el desfiladero de Kasserine, Luego, me dirigí a la 21.ª División Panzer que, por desgracia, se había retrasado algo, pero que avanzaba ya con más facilidad. Por aquel entonces, todavía no había decidido hacia dónde mandar a la 10.ª División Panzer.

Sin embargo, la 21.er Panzer hubo de detenerse muy pronto frente a Sbiba. Tras haber sufrido múltiples dificultades a causa del mal estado de las carreteras, llenas de baches por las continuas lluvias, tropezaron con un denso campo de minas obstinadamente defendido por el enemigo (*la* 1.er *Brigada de la Guardia*).

Se sobrepasaron las primeras barreras, tras prolongada lucha, pero la división tuvo, al final, que detenerse. Había cometido el mismo error de atacar frontalmente por el valle, en vez de utilizar las cumbres.

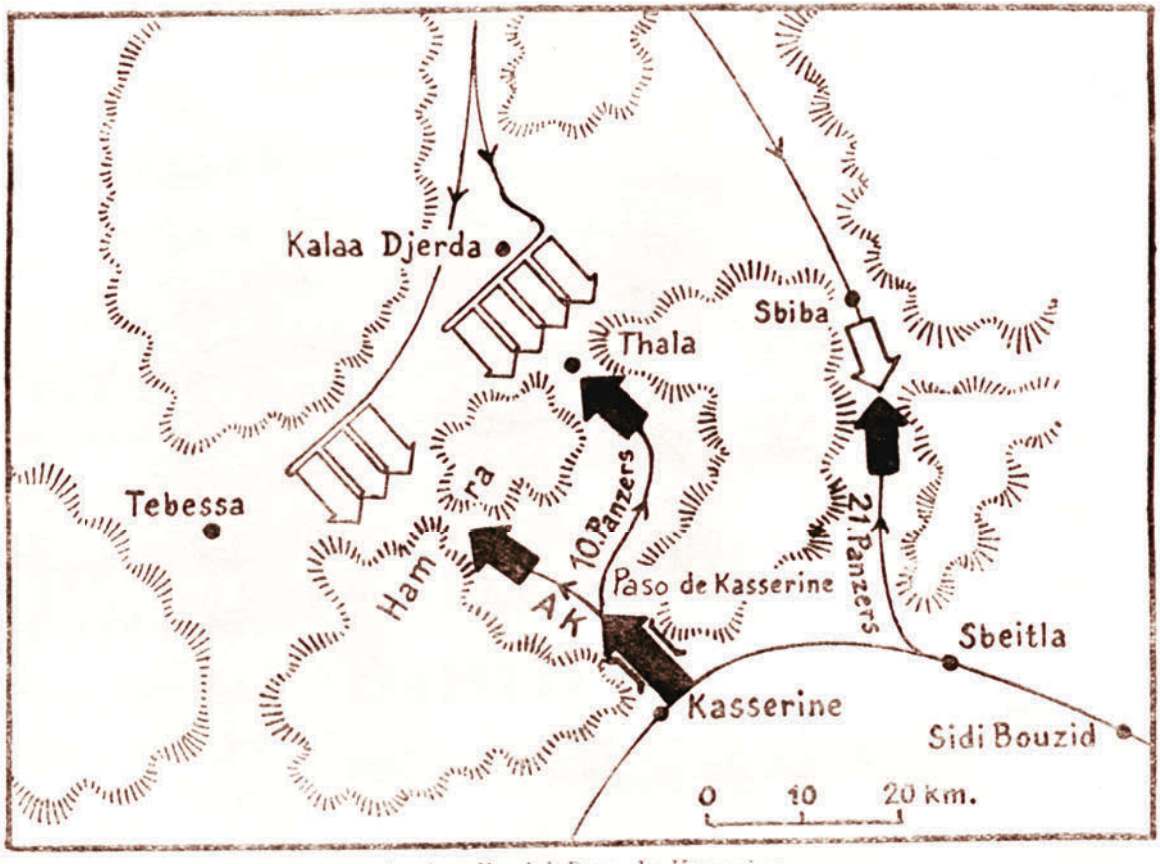
A pesar de las dificultades que nos ocasionaba, el mal tiempo no dejaba de beneficiarnos, ya que impedía al enemigo utilizar el grueso de sus fuerzas aéreas, cuyos efectos hubieran sido desastrosos en aquellas profundas gargantas.

Lo que más había temido acabó por suceder en los dos sectores por los que se desarrollaba nuestro ataque. El enemigo consiguió instalar sus reservas en posiciones elevadas, difíciles de tomar, y trataba de ganar tiempo hasta la llegada de nuevos refuerzos. En una ofensiva contra Tebessa lo más probable hubiera sido no encontrar resistencia eficaz hasta

haber conquistado un gran trecho de terreno, mientras que aquí tropezábamos desde el principio con un enemigo al que la larga marcha hacia el frente no había conseguido desorganizar, y que disponía de tiempo para prepararse.

Creyendo que los aliados serían más débiles en Kasserine que en Sbiba, decidí concentrar el peso del ataque contra la primera de ambas localidades, llevando allí a la 10.ª División Panzer.

A las siete de la mañana del 20 de febrero me dirigí al Cuartel General del Afrika Korps, instalado en Kasserine, donde encontré al General von Broich, jefe de la 10.ª División Panzer. Por desgracia disponía sólo de la mitad de sus fuerzas, porque von Arnim retuvo al resto en el norte, para utilizarlo con propósitos propios. El Batallón Motociclista se había puesto ya en movimiento, y pasé junto a él por el camino.



La batalla del Paso de Kasserine

Todos los ataques de Menton se vieron detenidos por la artillería americana, extraordinariamente bien emplazada, así como por el fuego de los morteros desde las alturas circundantes. El Batallón Motociclista de la 10.ª División Panzer tomaría también parte en la batalla. Desgraciadamente no supimos nada de él durante casi toda la mañana. Al preguntar a von Broich qué significaban aquellos retrasos, me contestó que había destacado a una unidad distinta para el asalto, ya que deseaba reservar al Batallón Motociclista para la persecución. La unidad encargada del primero aún se hallaba en camino hacia el frente. Una vez más estábamos desperdiciando un tiempo precioso. Me sentí extremadamente irritado, y ordené a los jefes que se acercaran más al frente, desde donde podrían apreciar con mayor claridad la situación. Inmediatamente hice avanzar a los motociclistas, ya que los americanos se estaban fortaleciendo a cada hora que pasaba, haciendo nuestra posición cada vez más difícil.

A partir de mediodía se reanudó el ataque, llegándose a la lucha cuerpo a cuerpo. Por vez primera en África se emplearon *Nebelwerfer*, resultando su fuego sumamente eficaz.

Finalmente, hacia las cinco de la tarde, se pudo tomar el desfiladero. Los americanos habían luchado muy bien, y las pérdidas de Menton eran considerables. A última hora descubrimos la presencia de una formación de blindados enemigos al otro lado del paso. Se encontraba formada parcialmente en una vertiente del valle, como si quisieran acudir en apoyo de los defensores de Kasserine. Inmediatamente hice cruzar el paso a un grupo acorazado. Dicho avance, que se realizó sobre el puente del Hatab, reconstruido a toda prisa, ocasionó una auténtica sorpresa al enemigo, que fue arrinconado contra las montañas y destruido por los veteranos tanquistas del 8.° Regimiento Panzer. Nuestras piezas dispararon

a cero, y el enemigo abandonó sus carros y vehículos y trató de escapar a pie por las alturas. Capturamos unos 20 tanques y 30 transportes blindados, la mayoría de los cuales remolcaban antitanques de 75 mm. Los americanos disponían de un equipo fantástico, y debíamos aprender mucho de ellos en organización. Particularmente notable era la completa fabricación en serie de vehículos y piezas de recambio. La experiencia inglesa había sido aprovechada de una manera perfecta.

Como cabía esperar que el enemigo contraatacase al día siguiente, decidí mantener a la columna del Afrika Korps y a la 10.ª División Panzer (es decir, la parte de que disponíamos) alrededor de Kasserine, para permitirnos medidas eficaces contra cualquier movimiento imprevisto.

Sin embargo, durante la noche del 20 nuestras columnas salieron de Kasserine, en dirección norte, por la carretera Kasserine-Thala, y hacia el oeste, en dirección a Tebessa. El enemigo se había retirado.

Una de las fortificaciones del Muro Atlántico

A la mañana siguiente, 21 de febrero, fui al paso de Kasserine para inspeccionar los tanques americanos destruidos. Una larga columna de transportes blindados capturados a los americanos atravesaba el desfiladero, algunos de ellos llenos de prisioneros. Tres de dichos vehículos se hallaban en la carretera completamente destrozados por sus propias minas. Buelowius me contó que tropas escogidas de Bersaglieri habían actuado magníficamente durante el ataque, aunque por desgracia su jefe resultó muerto.

Era bien claro que el plan enemigo consistía en librar encuentros de contención desde las nuevas posiciones y mantenerse a la defensiva. En vista de ello decidí presionar inmediatamente sobre su retaguardia. Hacia el mediodía la 10.ª División Panzer avanzó hacia Kalaet Jerda, donde debía ocupar el cruce de carreteras y el nudo de ferrocarriles, inutilizándolos. El grupo del África Korps haría retroceder al enemigo en El Hamra, tomando la cumbre que dominaba el paso sobre la carretera de Tebessa. La 21.ª División Panzer sostendría dicha línea. Desplegando fuerzas en varios puntos peligrosos esperaba poder dividir a las fuerzas enemigas más de lo que lo estaban las nuestras. Entretanto, el 5.º Ejército trataría de inmovilizar al oponente por medio de ataques frontales, impidiéndole mandar nuevos refuerzos al frente sur.

Hacia la una la 10.ª División Panzer avanzaba a buen paso hacia Thala (*54 Km. al norte de Kasserine*). Por el camino arrolló a una compañía inglesa de antitanques, que constituía la vanguardia de una formación en marcha. Yo me había adelantado con Bayerlein y Horster hacia la zona de la 10.ª División Panzer. Dicha unidad no actuaba con la necesaria rapidez, y a cada instante me veía obligado a hacer que apresurara la marcha. No parecía comprender que se trataba de una auténtica carrera contra las reservas aliadas. Con el fin

de observar personalmente la situación avancé hasta las unidades exploradoras. Los soldados se encontraban tendidos entre los cactus, junto a un poblado árabe. Un fuego graneado de artillería estaba cayendo sobre las casas, y la confusión era espantosa. Todos los seres vivientes huían en desorden. Bayerlein recogió algunos huevos. Luego, también nosotros hubimos de protegernos, y Bayerlein se ocultó entre los cactus, llevando su precioso botín. Por fortuna no nos ocurrió nada, ni tampoco a los huevos.

Nos habíamos trasladado a una altura situada 500 m. más allá, desde donde presenciamos el curso del ataque. 17 tanques destruidos se hallaban ante nosotros. Eran «Mark VI». No resultaba, pues, extraño que hubiesen recorrido tan rápidamente su camino desde el norte. Con profunda sorpresa vimos también que ahora estaban provistos de un cañón de 75 mm[54]. Nuestra artillería inició bien pronto su actividad contra las piezas adversarias. Poco después caímos bajo el fuego de los carros, viéndonos obligados a escabullirnos. El camino estaba lleno de cuerpos de soldados ingleses junto a antitanques destrozados. Los árabes habían aprovechado la ocasión, despojándolos incluso de sus ropas. Los rufianes habían huido a tiempo; de otro modo, se hubieran acordado de nosotros. Poco después avancé de nuevo hacia el sector ocupado por la infantería, al este de la carretera, instando a las unidades a que apresuraran su avance. Di órdenes al General von Broich para que los granaderos siguieran a los tanques, transportados en camiones. Tendrían tiempo de abandonar sus vehículos cuando llegasen ante las posiciones enemigas.

Hacia las siete de la tarde la 10.ª División Panzer consiguió penetrar en Thala, que ya había sido ocupada por el enemigo. Durante la operación, un batallón inglés se dejó capturar por las puntas de lanza de nuestros tanques, sin haber abier-

to fuego. Nuestros blindados describieron un círculo, atacaron al enemigo por retaguardia y lo hicieron salir de sus posiciones, capturando 700 prisioneros. Sin embargo, pronto nos vimos obligados a abandonar otra vez Thala, tras de que el enemigo hubo acumulado más unidades de la 6.ª División Acorazada inglesa y otros elementos diversos.

Antes de empezar la operación habíamos solicitado de von Arnim que nos enviara los 19 tanques «Tiger 1»[55] de que disponía el 5.º Ejército Panzer. De haberlos tenido en Thala habríamos podido avanzar todavía más. Pero von Arnim rehusó complacernos, diciendo que estaban en reparación, aunque más tarde pudimos descubrir que no era cierto. Había procurado conservarlos para su propia ofensiva.

Al regresar, por la tarde, del sector ocupado por la 10.ª División Panzer vi cómo se desarrollaba un fuerte duelo de artillería en la zona de ataque del Afrika Korps. Parecía como si la columna hubiese realizado muy pocos progresos, y dicha impresión quedó confirmada por los partes que me estaban esperando en el Cuartel General. Tras algunos éxitos iniciales el avance de la unidad fue contenido por una resistencia cada vez más firme. Por desgracia se había mantenido en el fondo del valle sin tomar las alturas ni reducir al silencio las posiciones enemigas por medio de un ataque de flanqueo. Era la tercera vez que se cometía el mismo error. Lo más apropiado hubiera sido concentrar el grueso del ataque sobre las alturas, aunque sin perder de vista que no podían utilizarse tanques a causa de lo boscoso del terreno. La defensa americana fue muy hábil. Tras haber permitido a los atacantes avanzar tranquilamente por el valle habían abierto fuego sobre la columna desde tres direcciones distintas, obligándola a detenerse. Los hombres de Buelowius quedaron perplejos ante la flexibilidad y la excelente puntería de los artille-

ros enemigos, que inutilizaron a buena parte de nuestros tanques. Cuando, más tarde, la columna se vió obligada a retroceder, los americanos la siguieron de cerca, convirtiendo la maniobra en una costosa retirada.

A la mañana siguiente, 22 de febrero, volví a Thala, donde me vi obligado a reconocer que el enemigo era demasiado fuerte para permitirnos continuar la operación.

Hacia la una de la tarde me entrevisté con el Mariscal Kesselring, acabado de llegar a mi Cuartel General, con Westphal y Seidemann. Convinimos todos en que la continuación del avance hacia Le Kef carecía de posibilidades de triunfo y, en consecuencia, acordamos suspender la ofensiva gradualmente.

Durante la noche la 10.ª División Panzer y el grupo del Afrika Korps fueron retirados a Kasserine, donde adoptaron posiciones al noroeste del desfiladero. La 21.ª División Panzer (cuña oriental) permanecería por el momento en Sbiba, pero debía prepararse para una retirada en cuanto hubiese minado el terreno.

Kesselring me preguntó si querría tomar el mando del Grupo de Ejércitos. Al parecer, después de la ofensiva de Kasserine había dejado de ser *persona non grata*, y volvía a parecer aceptable a la superioridad, a pesar de mi supuesto derrotismo. Sin embargo, después de lo que habíamos sufrido durante los últimos meses, y sabiendo que el favorito para el mando del Grupo era ahora von Arnim, decliné el ofrecimiento. De todos modos, tampoco me seducía demasiado el actuar bajo órdenes de la Luftwaffe y el Commando Supremo, habiendo de sufrir su constante interferencia en toda clase de cuestiones. Aparte de sus innegables méritos, el Mariscal Kesselring no tenía la menor idea de las condiciones tácticas y operativas en que se desarrollaba la campaña de

África. Parecía verlo todo de color de rosa, y su ilusión quedaba ahora reforzada por nuestros recientes éxitos. Según él, dispondríamos de nuevas oportunidades, y opinaba, además, que el valor combativo de los americanos era muy bajo.

Aunque estos últimos no podían compararse a los veteranos del 8.º Ejército, su falta de experiencia quedaba cubierta por un equipo modélico y por un mando táctico extremadamente flexible. El número de antitanques y de vehículos blindados de que disponían era tal, que no podíamos menos de considerar las próximas batallas como muy comprometidas para nosotros. La conducta táctica del enemigo en su defensa podía calificarse de magnífica. Se habían recuperado con suma rapidez, tras de la primera sorpresa, consiguiendo detener nuestro avance, agrupando sus reservas en los pasos y demás puntos apropiados. Sin embargo, no todas sus tropas habían reaccionado con la misma perfección, y estoy convencido de que si hubiéramos tratado de conquistar Tebessa habríamos penetrado mucho más profundamente en el norte, antes de tropezar con resistencia efectiva.

La última de nuestras formaciones fue retirada del paso de Kasserine el día 23 de febrero. El mal tiempo había terminado, y desde el mediodía nos veíamos sometidos a terribles ataques aéreos por parte de la aviación estadounidense, que había elegido el sector Feriana-Kasserine, concentrando sus ataques hasta una medida superior a la soportada en El Alamein. Aparatos de todas clases mantenían una presión incesante, por medio de las bombas y las piezas de a bordo, contra mis tropas en retirada por los valles, mientras aviones de observación dirigían el fuego de numerosas baterías sobre todos los objetivos de la zona. En quince minutos llegamos a contar hasta 104 aparatos, solamente sobre Kasserine. Cuando, a las cuatro de la tarde, me dirigía al Cuartel General

avanzado, 18 bombarderos tendieron una alfombra de explosivos 100 m. por delante de nuestra columna. Los ataques duraban hasta la caída de la tarde, dando una impresionante sensación de fortaleza.

De este modo terminó la batalla de Sbeitla-Kasserine, iniciada con una gran victoria de los blindados alemanes sobre los bisoñés americanos, ventaja que hubiera debido ser explotada por medio de una rápida penetración en territorio enemigo, hasta provocar el derrumbamiento de todo el frente tunecino. Por desgracia las órdenes recibidas del Commando Supremo no tuvieron en consideración tan ambicioso plan, y el ataque se dirigió contra las reservas angloamericanas más próximas. La obstinada defensa del paso de Kasserine y el retraso del 5.º Ejército nos impidieron penetrar por sorpresa en el dispositivo adversario, y nuestro enemigo tuvo tiempo de organizar su defensa a retaguardia y hacer afluir reservas a los lugares críticos.

Las poco fluidas órdenes de algunos jefes alemanes y la ausencia de las fuerzas que habían sido retenidas por el espíritu de rivalidad del 5.º Ejército condujeron a una prematura interrupción del ataque. No conseguimos eliminar a los americanos de la meseta de Hamra, y ello impidió libertar nuestro flanco occidental.

23 febrero 1943.

Queridísima Lu:

No he podido escribirte hasta hoy. He resistido bien las fatigosas jornadas de la batalla. Por desgracia no podremos mantener el terreno tan duramente conquistado.

EL GRUPO DE EJÉRCITOS «AFRIKA».

La noche del 23 de febrero llegó una orden del Commando Supremo estableciendo que, con el fin de satisfacer la urgen-

te necesidad de un mando único en Túnez, se formaría el Grupo de Ejércitos «Afrika», de cuya jefatura iba a encargarme. Recibí la noticia con la sorpresa que es de suponer. Por una parte, me alegraba saber que disfrutaría otra vez de influencia directa sobre el destino de mis hombres —el General Messe había asumido el mando, poco antes, en el frente del Mareth—; pero, por otra, no me satisfacía demasiado la perspectiva de seguir desempeñando un papel que me hiciese continuamente responsable ante el Cuartel General del *Führer*, el Commando Supremo y la Luftwaffe.

24 febrero 1943.

Queridísima Lu:

He ascendido un poco más, pero como resultado de ello deberé abandonar mi Ejército. Bayerlein sigue siendo jefe de Estado Mayor. No sé si se trata de una solución permanente. Me siento bastante bien, aunque los últimos días han sido agotadores.

Los comunicados del Este vuelven a tener mejor aspecto. Ello representa un rayo de esperanza, después de los malos tiempos pasados.

El 24 de febrero sostuve un cambio de impresiones con el Ia del 5.º Ejército. Von Arnim planeaba un ataque de flanqueo para destruir a las fuerzas enemigas reunidas alrededor de Medjez el Bab (*62 Km. al oeste de Túnez*). Estuve de acuerdo, pero en modo alguno pude aceptar la posterior evacuación de la llanura de Medjez el Bab, regresando otra vez al punto de partida. Aquella zona era ideal para una concentración de tuerzas motorizadas que quisieran atacar Túnez, y, en consecuencia, representaban un «talón de Aquiles» para nuestro frente.

Por la noche me entrevisté con el Coronel Westphal en el Cuartel General de la Luftwaffe. Por encargo del Mariscal Kesselring me rogó sostuviéramos durante unos días las posiciones de retaguardia de Kasserine, y en caso necesario cooperáramos con el 5.º Ejército en su avance sobre Beja. Era la primera vez que oía hablar de semejante localidad y de un plan por parte del 5.º Ejército. En modo alguno pude estar de acuerdo, ya que el objetivo era demasiado ambicioso para las escasas fuerzas de que disponíamos. De todos modos, la operación debió haberse iniciado el mismo día en que atacamos Thala.

Por desgracia era imposible dejar en Kasserine a la 10.ª División Panzer, por haberse iniciado ya su retirada. Además, esperábamos un fuerte ataque envolvente sobre las actuales posiciones de la unidad, que no habríamos podido rechazar sin grandes bajas.

Era típico de la corta mentalidad del Commando Supremo el que no tuvieran el menor atisbo de la realidad, ni se formaran un juicio racional de la situación militar. No basaban sus planes en posibilidades auténticas, sino que sus deseos les dictaban una serie de irrealizables disposiciones. Aunque los personajes de Roma se consideraban competentes para tales menesteres, no habían sido capaces de coordinar el propuesto ataque del 5.º Ejército sobre Beja con el nuestro en Thala, con lo cual las posibilidades de triunfo hubieran sido mucho mayores.

La ofensiva del 5.º Ejército Panzer se inició el 26 de febrero. El ataque cogió al enemigo por sorpresa y se consiguió una ruptura de relativa importancia. Pero muy pronto empezó el contraataque. El mal tiempo constituía una desventaja, ya que nuestras fuerzas manejaban con dificultad su armamento pesado.

La operación prosiguió durante varios días. En realidad, no hubiera podido obtener una victoria, dadas las circunstancias, y las bajas sufridas fueron inmediatamente superiores a las que pudimos inflingir al enemigo. En ningún lugar se llevó a cabo una maniobra táctica suave y eficaz, y en conjunto todo terminó en un inútil despilfarro de fuerzas. Me irritó particularmente ver como los pocos «Tigers» de que disponíamos en África, y que nos fueron negados poco antes, eran lanzados ahora por un valle pantanoso, donde su ventaja principal, es decir, el largo alcance de sus piezas, quedaba anulada por completo. Los tanques pesados se hundieron en el barro o fueron inutilizados por el enemigo. De los 19 que entraron en acción, perdimos 15, y lo mismo ocurrió con los demás tanques que penetraron en el estrecho valle. Inmediatamente ordené al 5.º Ejército que detuviera cuanto antes aquella insensata operación. Por desgracia el ataque prosiguió, a mi partida de África, y precisamente bajo las mismas condiciones, tomándose una altura tras otra, según la rígida táctica que tan familiar nos resultara durante la Primera Guerra Mundial.

26 febrero 1943.

Queridísima Lu:

... estamos encantados con las noticias que se reciben del Este. Parece ser como si todo se arreglara. Si, por lo menos, aquí pudiésemos obtener una victoria decisiva... Me exprimo el cerebro día y noche para encontrar un medio. Por desgracia no se dan las condiciones necesarias. Todo depende del abastecimiento, como viene ocurriendo desde hace tanto tiempo.

Mi salud sigue buena. Aunque el corazón, los nervios y el reumatismo me molestan bastante, intento resistir hasta donde me sea humanamente posible.

Carta del Capitán Alfred Ingemar Berndt

26 febrero 1943.

Querida Frau Rommel:

A principios de febrero la condición física y mental de su marido alcanzó tal estado, que el profesor Horster consideró indispensable un tratamiento de por lo menos ocho semanas. El 20 de febrero se indicó la fecha máxima al Cuartel General del Führer, a través de la Jefatura de la zona sur.

Uno de los factores que contribuían a empeorar la salud de su esposo era el de no haberse resuelto de una forma concreta lo referente al mando. Los italianos habían enviado a su sucesor sin justificación de ningún género y sin que se recibiera orden alguna por parte alemana. Esperaban un comunicado declarándolo enfermo. Él adoptó la resolución, muy lógica por cierto, de no declararse en malas condiciones físicas. Pertenecía a sus hombres, y pensaba que si poco después de fijar una fecha de salida ocurría algo grave, seria acusado de falta de previsión y de haberse precipitado.

Entretanto, era preciso iniciar operaciones de imposible aplazamiento y en las que tomarían parte elementos de los dos Ejércitos. Cuando observó la rivalidad existente, cambió de parecer, y cedió el mando. Sin embargo, al ver que el éxito no era explotado según sus ideas, intervino de nuevo con una proposición audaz, que, aunque rechazada, le confirió otra vez la jefatura, para emprender operaciones móviles. Aquella tarde pidió una botella de champaña, y afirmó sentirse como un viejo guerrero que escucha de nuevo las cornetas. Durante las jornadas siguientes su estado mejoró hasta tal punto, que apenas parecía el mismo. El profesor Horster diagnosticó la mejoría, y no

puso objeciones a que continuara con sus planes operativos durante unas semanas más.

Informé al Führer y a la Jefatura de la zona sur, aunque le ruego no lo comunique al Mariscal. En mitad de nuestras victoriosas operaciones se recibió la orden de que ambos ejércitos fueran reunidos en un Grupo «Rommel». Aquello significaba una confirmación de la confianza depositada en él por el Führer y el Duce. Así lo hice notar, con la intención de animarle, ya que siempre insistía en lo contrario.

Su regreso a África, después de haber seguido el tratamiento, dependerá de las circunstancias. Si la lucha prosigue ofensivamente, estoy seguro de su regreso. De lo contrario, el Führer, que lo considera como su mejor general de fuerzas móviles, lo trasladará a algún lugar donde sus cualidades puedan ser más útiles. Desde luego, el peso de sus cada vez mayores responsabilidades influye en él, pero por otro lado le dota de un estímulo del que estaba muy necesitado. Las cosas han mejorado. Actualmente puede confiar ciegamente en todos sus auxiliares.

Era maravilloso observar la reacción de las tropas durante los últimos días, mientras recorría las columnas. Cuando, en medio del ataque, aparecía en una de las divisiones que antes no estuvieron bajo su mando, marchaba con las vanguardias frente a las puntas de lanza de los tanques, o se tendía en el barro entre sus hombres, bajo el fuego de la artillería, a la manera de otros tiempos, sus ojos brillaban de entusiasmo. ¿Qué otro jefe ha demostrado nunca tal confianza en sí mismo?

Se ha cancelado el alquiler de la villa de Semmering, pero creo que podremos ocuparla hacia finales de marzo.

Se llevará algunos ayudantes, quizá dos oficiales y seis sargentos y soldados, para escribir el relato de la batalla.

Espero que esta carta le haya dado un idea clara de la situación. Con mis mejores deseos. ¡Heil Hitler!

Sinceramente suyo, BERNDT

27 febrero 1943.

Queridísima Lu:

Hemos dejado atrás tiempos muy difíciles y, quizás el futuro sea aún peor. Espero tener la fuerza necesaria para sobrellevarlo todo. Los nervios no me han fallado hasta ahora, y es preciso que me sigan sosteniendo. Si al menos dispusiera de lo necesario para la guerra en este país... Pero la línea de abastecimientos es muy defectuosa.

1.º marzo 1943.

No sé todavía si empezaré o no mi tratamiento. No me resulta fácil salir de aquí.

3 marzo 1943.

Aunque ahora mande un Grupo de Ejércitos, las preocupaciones no han disminuido. Schmundt me ha escrito una agradable carta. El Führer se preocupa de mí, pero por el momento no puedo marcharme. Deberé proseguir durante algún tiempo, aunque no me importaría desempeñar una tarea diferente. Roma dicta hasta mis menores movimientos; sin embargo, toda la responsabilidad es mía. Esto resulta intolerable. A veces creo que mis nervios van a estallar. A cada momento hemos de seguir por caminos que discurren muy cerca del abismo. Si las cosas marchan mal, las consecuencias pueden ser incalculables. La primavera ha llegado; árboles y praderas están en flor y brilla el sol. El mundo podría ser muy bello. Son infinitas las posibilidades existentes para que todos los hombres

se sintieran contentos y felices. Es mucho lo que queda por hacer, especialmente aquí en África con sus ilimitados espacios.

4 marzo 1943.

Esta tarde espero a Gause, que va a asumir el cargo de jefe de Estado Mayor. Si la situación lo permite, Arnim me substituirá durante mi ausencia. Sin embargo, aún no estoy seguro de partir. No puedo abandonar esto. Nos enfrentamos a acontecimientos decisivos...

5 marzo 1943.

Antes de emprender una nueva y atrevida operación por orden superior, te mando mi cariño a ti y a nuestro hijo.

Entretanto, el 23 de febrero, habían sido recibidas órdenes de ejecutar el ataque propuesto por mí, contra las posiciones inglesas en Medenine. Se trataba de una operación, extremadamente difícil. Pero si fracasábamos en el intento de destruir las concentraciones del 8.º Ejército y aplazar su ofensiva, nuestro final estaba próximo. No debíamos hacernos ilusiones en dicho sentido.

El 20 de febrero Montgomery había atacado el frente meridional, a retaguardia de la 15.ª División Panzer, con el fin de aliviar la presión sobre la zona occidental del frente tunecino. Durante toda la jornada se libró una dura batalla entre mis hombres y fuerzas acorazadas inglesas, muy superiores en número. Con grandes dificultades y contraatacando una y otra vez con los 20 tanques de que disponía, la división pudo mantener abierta su ruta de retirada. Después de haber luchado espléndidamente, se replegó durante la noche, más allá de la línea del Mareth, lo cual permitió a Montgomery

avanzar antes de lo esperado a la zona en la que intentábamos librar combate. Ya era tiempo de prepararse.

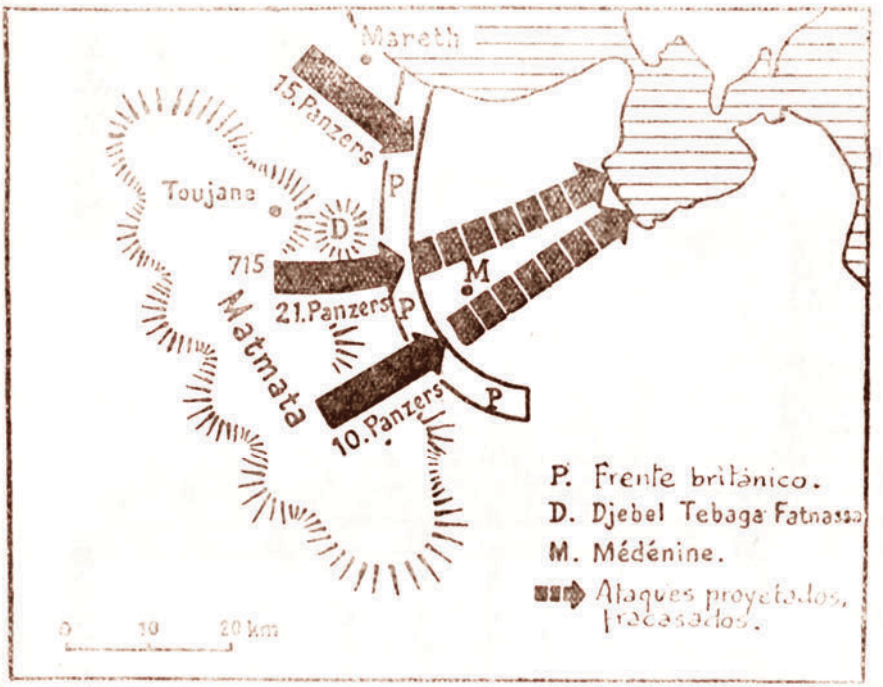
Como resultado de la ofensiva del 5.º Ejército, el repliegue de la 10.ª y 21.ª Divisiones Panzer hasta el Mareth quedó retrasado unos días, pudiendo Montgomery erigir sus defensas con el debido tiempo.

Montgomery pudo también reforzar sus efectivos en Madenine. El 26 de febrero disponía ya del grueso de la 51.ª División que apoyaría a la 7.ª Acorazada. El 6 de marzo, y cuando Rommel lanzó su ataque, Montgomery tenía, además, a la División Neozelandesa, la 201.ª Brigada de la Guardia y otras dos brigadas acorazadas. Su defensa quedó completa al atardecer del 4 de marzo, contando con 400 tanques y 500 antitanques. En este intervalo las posibilidades de Rommel para atacar con fuerzas superiores se habían desvanecido.

El General de Guingand, jefe de Estado Mayor del 8.º Ejército, dice en sus Memorias, refiriéndose a la situación una semana antes: «Montgomery admitió francamente que al haber ayudado al 1.er Ejercito había perdido el equilibrio. En consecuencia, nos apresurarnos febrilmente para enfrentarnos al ataque cuando se produjera... El 5 de marzo estábamos dispuestos a rechazarlo, y contábamos con fuerzas suficientes para ello. Rommel había perdido su oportunidad y todos respirábamos tranquilos otra vez».

El atacar al 8.º Ejército en Medenine resultaba empresa difícil, no sólo por la veteranía de las tropas inglesas, sino también a causa de la naturaleza del terreno, que ofrecía pocas posibilidades tácticas, a menos que se consumieran grandes cantidades de gasolina en la marcha de aproximación. Existían pocas posibilidades de sorprender al enemigo.

La empresa se planeó bajo la suposición de que los ingleses no hubieran tenido tiempo de organizar sus defensas de manera completa. No podíamos elegir más que entre estas dos alternativas: esperar la acción inglesa en nuestras líneas y sufrir una derrota, o tratar do ganar tiempo penetrando en las zonas de concentración inglesas.



La fracasada ofensiva contra Montgomery, el 6 de marzo de 1943

El método a seguir en el ataque suscitó enconadas discusiones. Finalmente, aceptamos la sugerencia del General Messe, que consistía en que una División Panzer se desplegara en la carretera, otra tras el Jebel Tebaga y otra, por último, avanzaría por las montañas. Aunque el terreno de Jebel Tebaga era poco apropiado para que los tanques intentaran irrumpir por el mismo, el proyecto tenía ciertas ventajas sobre los que habíamos considerado anteriormente.

Algunos de mis ayudantes indicaron que lo mejor sería aplazar la acción hasta el siguiente período de luna llena, pero no pude aceptarlo, porque por aquel entonces el enemigo habría terminado sus preparativos a placer.

Sin embargo, todas aquellas discusiones causaron un nuevo retraso, quedando por fin fijada la fecha del 6 de marzo. El día 5 me dirigí al Cuartel General de vanguardia, situado en la cota 715, al sur de Toujane (*extremo meridional de la línea del Mareth, 32 Km. tierra adentro*), y conferencié con los jefes de las formaciones de ataque. Desde aquella altura la vista era admirable, distinguiéndose incluso Medenine.

A la mañana siguiente el cielo estaba nublado y todo el campo de batalla aparecía envuelto en niebla. A las seis en punto la artillería abrió fuego, machacando las posiciones enemigas. Las bombas de los Nebelwerfer atravesaban el aire para explotar en el valle, situado más abajo. Entretanto, la 10.ª División Panzer habíase trasladado hacia Hallouf, sin sufrir interferencias del enemigo.

El ataque empezó muy bien, pero pronto hubo de detenerse, ante las inexpugnables posiciones inglesas, protegidas por minas y antitanques, y situadas en terreno montañoso. El enemigo había construido una potente línea, encarada hacia el sudeste. Nuestros repetidos ataques no consiguieron éxito alguno. Los bombarderos en picado tropezaron con una terrible defensa antiaérea, de intensidad nunca vista, sobre la colinas de Metameur. Como ya no había más que ver desde la cota 715, proseguí hacia adelante, dándome cuenta bien pronto de que el ataque había fallado, y de que nada quedaba por hacer ya en aquellos parajes. Hacia las cinco de la tarde di orden de suspender la acción, mantenerse en el territorio conquistado y recuperar a los vehículos que habían sufrido

daños. A la caída de la tarde me vi obligado a decidir el despegue de fuerzas.

El ataque no había pasado de sus primeras fases y la acción no logró hacerse fluida. El jefe inglés había agrupado sus fuerzas extremadamente bien, realizando los preparativos con celeridad pasmosa. En realidad, aquel ataque se lanzaba con una semana de retraso, perdiéndose la oportunidad de sorprender a los ingleses. Sufrimos terribles pérdidas, incluyendo 40 tanques totalmente destruidos[56].

Sin embargo, el golpe más cruel lo constituyó la certeza de que habíamos sido incapaces de perturbar los preparativos de Montgomery. Nos invadió un tremendo desaliento. El ataque del 8.º Ejército era ya inminente, y debíamos enfrentarnos a él. Una más prolongada permanencia del grupo de Ejércitos en África constituiría un auténtico suicidio.

EL FINAL DE LA CAMPAÑA

Al terminar el mes de febrero había dado instrucciones al Coronel General Von Arnim y al General Messe para que expresaran sus opiniones acerca de la situación en Túnez. Los dos documentos insistían sobre la inestabilidad de las posiciones sostenidas por el Grupo de Ejércitos, y su contenido podía resumirse así:

«En la actualidad nuestras fuerzas cubren un frente de 640 Km. con dos centros de gravedad, uno en el oeste y sudoeste de Túnez y otro en la línea del Mareth, entre la costa y las montañas. Unos 560 Km. están guarnecidos muy someramente, y en algunos lugares incluso carecen por completo de defensores, a causa de la escasez de personal. La mayor parte del frente del 5.º Ejército Panzer es montañosa, pero aun así un ataque de la infantería enemiga podría abrirse camino hasta los desfiladeros, muy débilmente defendidos. Entre los dos ejércitos existe una enor-

me brecha, a cada lado del Sohtt el Jerid, que en la estación seca ofrecerá excelentes oportunidades a las tropas motorizadas enemigas».

Calculé el potencial adversario, incluyendo a americanos, ingleses y franceses. En el momento del ataque aliado el Grupo de Ejércitos se enfrentaría, más o menos, a los siguientes efectivos:

1600 tanques,

1100 antitanques,

850 cañones,

aproximadamente 210 000 soldados.

FINDIV

Me dije que los aliados emprenderían la acción más correcta, atacando simultáneamente con todas sus fuerzas. Nuestro frente era por completo incapaz de resistir semejante operación, y las posiciones de la infantería quedarían pronto arrolladas. Poco tiempo después, todas las reservas habrían acudido a los puntos más críticos.

Solicité que se extrajeran las siguientes conclusiones:

«Un frente de 640 Km. resulta imposible de defender y, en consecuencia, debe ser acortado en 160. Sugiero establecer la nueva línea como sigue:

El 5.º Ejército se establecería en Jebel Mansour, extendiéndose desde allí hasta Efidaville, a través de las montañas. Sería muy ventajoso arrojar al enemigo de Medjez el Bab y Bou Arada, hacia el oeste. Ello significaría, desde luego, abandonar buena parte de Túnez, incluyendo algunos aeródromos, y además dotaría al enemigo de comunicaciones entre sus grupos oriental y occidental. Sin embargo, dicho frente acortado tendría la ventaja de poderse sostener más tiempo que el actual. Si éste se hunde, uno

de nuestros Ejércitos no recibirá más suministros y los dos quedarán derrotados uno tras otro, siendo entonces imposible modificación alguna, por carecer de fuerzas con las que efectuarla. En tal caso, la cabeza de puente en África puede darse por perdida».

Pasé a tratar la cuestión del abastecimiento, e indiqué que para crear los elementos necesarios a nuestra defensa contra un ataque en gran escala necesitábamos un aumento mensual en los transportes marítimos, hasta alcanzar la cifra de 140 000 toneladas. Dentro de lo humanamente posible y juzgando por las experiencias de los últimos años, dicha cantidad no resultaba exagerada. Mi informe concluía con las siguientes palabras:

«En vista de la gravedad de la situación, solicito se llegue rápidamente a un acuerdo sobre el plan de la futura campaña de Túnez. La ofensiva enemiga se iniciará, sin duda alguna, durante el próximo período de luna llena».

Se tardó mucho en recibir respuesta, pero, tras haber insistido varias veces, Kesselring contestó que el *Führer* no podía estar de acuerdo conmigo. Incluido a la respuesta se encontraba un resumen comparativo de las fuerzas de ambos bandos, expresadas en regimientos, sin tener en cuenta su motorización, equipo o personal. El intento no era otro que el de demostrarme que en modo alguno podíamos considerarnos inferiores, como yo me empeñaba en sostener.

Desde luego podíamos haber defendido el enorme territorio de Túnez con las fuerzas a nuestro alcance, siempre y cuando hubieran sido motorizadas, estuvieran provistas de armas modernas y contaran con los pertrechos necesarios, pero no ocurría así, y nuestra única posibilidad residía en basar la defensa sobre posiciones muy bien fortificadas y utilizar nuestras escasas unidades móviles tan sólo para elimi-

nar las posibles penetraciones en el frente. Si se quería que los elementos no motorizados sostuvieran la línea en densidad, aquélla no podía ser más larga de 160 Km.; jamás 650.

Resultaba bien claro que nuestros mandos superiores se forjaban unas ilusiones sorprendentes acerca de los transportes marítimos, aunque desde luego habían aumentado mucho con relación a los meses precedentes. En enero llegaron 46 000 toneladas, incluyendo 50 tanques, 2000 vehículos y 200 cañones, y en febrero, 53 000 toneladas, con 50 tanques, 1300 vehículos y 120 cañones. Pero no se tenía en cuenta que el armamento inglés y americano era mucho más moderno y eficaz que antes, y que sus unidades disponían de un crecido número de cañones de campaña y de antitanques. La cantidad de material enviada a los aliados era muy superior a la que Auchinleck recibiera jamás en Egipto.

Pensando en todo ello, me dirigí a Beni Zelten, el día 7 de marzo, despidiéndome del General Ziegler y del Coronel Bayerlein. Este último había sido adjuntado al mando del General Messe como Jefe de Estado Mayor alemán. Estaba seguro de que haría todo lo posible para salvar la situación, dentro de nuestras escasas posibilidades. Ante todo deberíamos prevenir cualquier desastre como resultado de un fallo italiano. Durante la mañana decidí ir en avión al Cuartel General del *Führer*. Creí mi deber hacer cuanto estuviera de mi mano para despertar en los mandos superiores una comprensión efectiva de los problemas de Túnez, y sobre todo, debería procurar que las tropas fueran salvadas. Rogué al General Von Arnim, mi substituto por el momento, que viniera al Cuartel General; pero me enteraron de que él y el General Von Vaerst habían sido llamados aquella mañana a Roma. Me sentí furioso, y al instante dije por teléfono a Kesselring lo que pensaba de todo aquello, tras de lo cual canceló su

conferencia. Al día siguiente hice entrega del mando del Grupo de Ejércitos a Von Arnim, y el 9 de marzo me puse en marcha hacia Roma.

En primer término me dirigí al Commando Supremo para celebrar un cambio de impresiones con el General Ambrosio. Comprendí enseguida que los italianos no esperaban mi regreso a África, y me dije que el *Führer* ordenaría mi permanencia en Europa por motivos de salud. No era aquélla mi idea. Esperaba que se aceptaran mis planes y continuar durante algún tiempo al mando del Grupo de Ejércitos.

Acompañado de Ambrosio y de Westphal, fui a visitar al *Duce*, con el que hablamos durante unos veinticinco minutos. Expliqué breve y claramente a Mussolini lo que pensaba de la situación y de las conclusiones que de la misma podían extraerse. Pero tampoco él parecía comprender la realidad a que nos enfrentábamos, y pasó todo el tiempo buscando argumentos con los que justificar sus opiniones. Le preocupaba sobre todo la reacción del país, si Túnez se perdía. Decliné su oferta de mandar allí a otra división italiana, insistiendo en que era mejor equipar bien a las que ya se encontraban en el frente. El tono del *Duce*, que hablaba en alemán, era muy cordial, aunque hacia el fin de la entrevista se volvió algo más áspero. Más tarde supe por Berndt que aquel día había proyectado concederme la Medalla de Oro italiana al Valor Militar. Pero me tendió la mano, al parecer irritado ante mi «derrotismo», y nada dijo de la condecoración, aunque sí me dió las gracias por nuestras grandes acciones en el curso de la campaña, al tiempo que me expresaba la seguridad de su absoluta confianza.

Yo había experimentado siempre un gran afecto hacia el *Duce*. Era probablemente un gran actor, como la mayoría de los italianos, y desde luego nada tenía de romano, aunque

quisiera aparentarlo. Dotado de gran inteligencia, reaccionaba demasiado según sus emociones, y ello le impedía la realización de muchos planes. No cabe duda alguna de que el pueblo italiano le debe mucho. El desecamiento de las marismas pontinas, la colonización de Libia y Abisinia y otras grandes empresas no hubiesen ocurrido de no ser por su empuje. Por desgracia muchos de sus colaboradores no estaban provistos de un sentido tan realista, y se empeñaban en seguir directrices rígidas. Por la época de mi visita, el *Duce* veía como sus sueños amenazaban derrumbarse. Eran horas muy amargas para él y no se sentía con ánimos para soportar las terribles consecuencias. Quizás hubiera debido hablarle de manera muy diferente, pero me sentía tan consternado ante aquel inconsciente optimismo, que me sentí incapaz de hacerlo.

Cuando, hacia el mediodía, pregunté si el Reichsmarschall, que se encontraba también en Roma, deseaba verme, Goering mandó noticia de que lo acompañaría en su tren especial hasta el puesto de mando de Hitler. Sin embargo, decliné hacerlo, porque deseaba celebrar mi conferencia con el *Führer* sin la continua intervención de Goering y su perpetuo optimismo.

La tarde del 10 de marzo llegué al Cuartel General de Hitler, situado en un lugar de Rusia. Poco después recibía una invitación para tomar el té con él, lo cual me permitiría hablarle a solas. Parecía preocupado y abatido por el reciente descalabro de Stalingrado. Me dijo que, tras una derrota, todo el mundo se siente propenso a ver las cosas por su lado negro, y que ello conduce a falsas y peligrosas conclusiones. Pareció no comprender mis argumentos, como si le dominara la idea de que me había vuelto exageradamente pesimista. Puse de relieve la absoluta necesidad de equipar a las tropas

«Africanas» una vez en Italia, con el fin de ponerlas en condiciones para la defensa de la Europa septentrional.

Llegué tan lejos como hasta ofrecerle la garantía —cosa a la que siempre me mostré muy reacio— de que con semejantes tropas podría rechazar un ataque aliado por aquella zona. Pero todo fue inútil. Contestó que me tomara un permiso y que recuperase las fuerzas otra vez, con el fin de estar dispuesto para las operaciones que debían emprenderse contra Casablanca[57]. No pasaba siquiera por su imaginación que las cosas pudieran marchar mal en Túnez, ni quiso considerar la posibilidad de que el frente hubiera de ser acortado, cosa que impediría una nueva ofensiva. Mi solicitud de proseguir durante unas semanas al mando del Grupo de Ejércitos, con el fin de observar personalmente si eran ciertos los propósitos americanos de ofensiva general, fue rechazada de plano. Sin embargo, pareció comprender la necesidad de retirar inmediatamente a la infantería desde el Mareth a Gabes, e iniciar la construcción de las defensas en este último sector.

Al día siguiente apareció Goering rodeado de una atmósfera tan optimista como de costumbre. El *Führer* me condecoró con las Hojas de Roble con espadas y diamantes, pero, aparte de esto, todo prosiguió igual. Mis esfuerzos para salvar a las tropas y hacer que se las transportara al Continente habían fracasado. Regresé a Wiener Neustadt, y luego proseguí hacia Semmering, para empezar mi tratamiento.

La ofensiva angloamericana no tardaría en desencadenarse.

Aunque el *Führer* había dado órdenes de retroceder hasta la línea de Akarit, dichas órdenes fueron canceladas al cabo de poco. Al parecer, también Kesselring había estado en el Cuartel General, haciendo cambiar de opinión a Hitler. Para

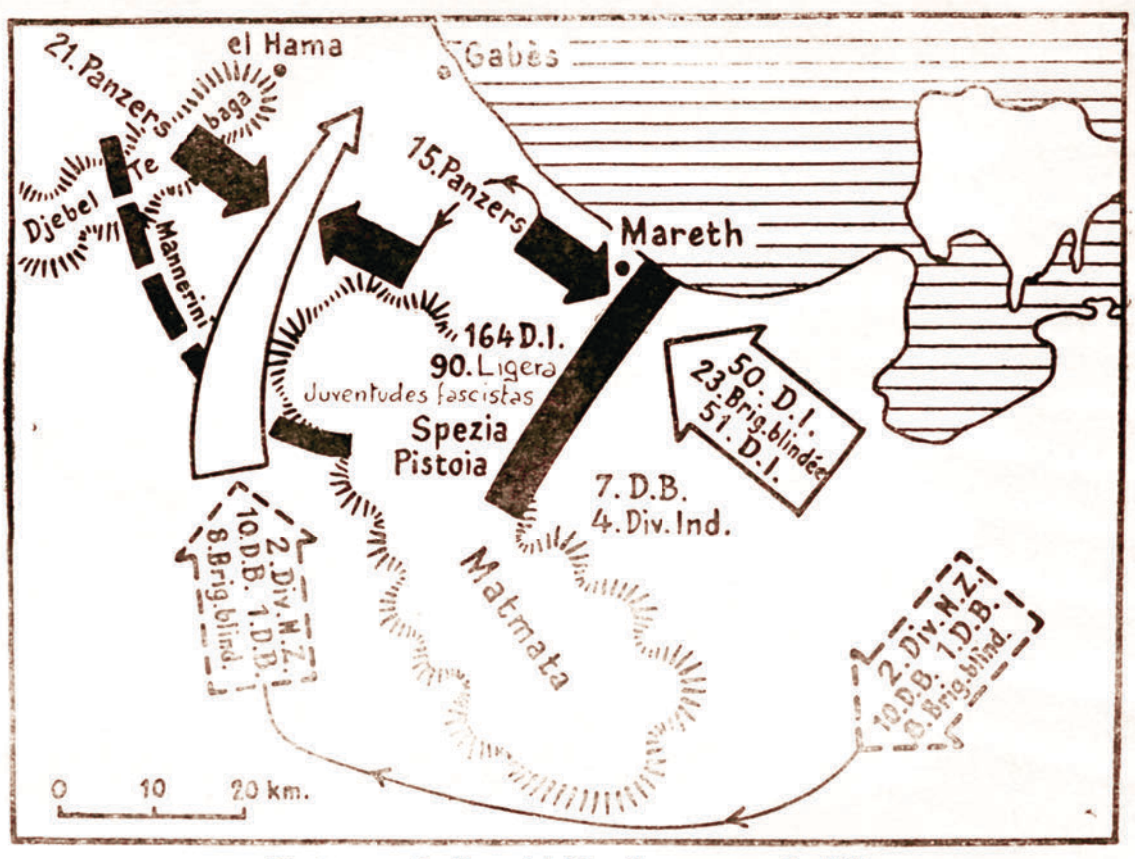
él resultaba muy importante el que se sostuviera la línea del Mareth, porque era debido a sus consejos y los del Commando Supremo, que nos encontrábamos en aquel atolladero. Durante una entrevista celebrada poco después con Von Arnim manifestó que yo había descuidado el incluir a Gabes dentro del dispositivo del Mareth, fortificando ambas zonas por igual, según los proyectos del *Führer*. De aquello, se desprendía que no estaba aún bien impuesto de las necesidades imperantes.

Con las fuerzas a nuestro alcance resultaba imposible oponerse a un ataque inglés al Mareth y otro a El Hamma (*en las proximidades del desfiladero de Gabes*), mientras los americanos presionaban por retaguardia de esta última posición. Los preparativos realizados en el Mareth no aportarían ventaja alguna si los angloamericanos conseguían llegar hasta la costa, al oeste de nuestro frente. En tal caso se hacía imprescindible la retirada a Akarit, sin que la infantería italiana hubiese dado rendimiento alguno en el Mareth. Defender sólo esta parte del triángulo era absurdo. Debo añadir aquí que mis previsiones se vieron ampliamente confirmadas por los acontecimientos.

El Cuartel General del *Führer* cursó órdenes para que se mantuviera el más estricto secreto acerca de todo lo ocurrido. Mi prestigio militar debería seguir ejerciendo su papel. Pero teniendo en cuenta la situación militar, ni siquiera un Napoleón hubiera conseguido sacar partido de la misma. Nada podían el optimismo, la energía ni las medidas extremas. Las tropas habían de disparar y de moverse, y para ello necesitaban gasolina y munición. Sin embargo, esperamos en vano que ambas cosas afluyeran al frente. La posición de Von Arnim distaba mucho de ser envidiable. Hizo cuanto es-

tuvo de su mano para convencer a los organismos superiores, pero inútilmente.

Como habíamos previsto, Montgomery mandó que su X Cuerpo acorazado rodeara las alturas de Matmata, y lo lanzó luego contra el sector de Mannerini[58], mientras atacaba por el norte la línea del Mareth. Por su parte, los americanos avanzaron simultáneamente desde Gafsa, con efectivos equivalentes a una división acorazada. Su operación estaba bien concebida estratégicamente, y a causa de la coordinación entre el ataque al Mareth y a Mannerini, nos vimos obligados a continuos e improvisados movimientos. Los jefes hubieron de hacer gala de gran inteligencia, y me alegró saber que Messe contaba con el apoyo de Bayerlein.



El ataque a la línea del Mareth en marzo de 1943

A pesar de lo adverso de la situación, pareció factible retirarse del Mareth hacia el Wadi Akarit, conservando buena parte del poder combativo de las tropas. Pero éstas no tuvieron el tiempo necesario para instalarse en la nueva línea, y Montgomery pudo llevar a cabo una profunda penetración que hizo insostenible el sector de Akarit. Por su parte, los italianos se habían derrumbado por completo, dejando prácticamente de existir como elemento combativo. Buena parte de la artillería del 1.er Ejército italiano, en la que figuraba mucho material alemán, se perdió en el Mareth, sin haber tenido la oportunidad de actuar. Entretanto, la 10.ª División Panzer conseguía contener a los americanos que intentaban una ruptura por (*la retaguardia de*). Gabes, a costa de grandes bajas. Los restos del 1.er Ejército italiano, junto con la 10.ª División Panzer, se retiraron hacia Enfidaville, cuya línea de defensa se había ordenado construir mientras yo estaba aún en África, siendo continuada después por Von Arnim. A pesar de nuestros severos reveses, Eisenhower[59] no había conseguido su intención de separar al 1.er Ejército italiano del 5.º Ejército Panzer. Su ala derecha no fue lo suficiente fuerte, y, por otra parte, lanzó frontalmente a sus tropas contra nuestras bien fortificadas posiciones de montaña, sufriendo terribles pérdidas, que podía haberse evitado, acumulando fuerzas según las necesidades estratégicas. Debió haber concentrado su potencial en el sudoeste de Túnez, con el fin de separar al 1.er Ejército italiano del 5.º Panzer, destruyendo luego al primero en colaboración con Montgomery, y a continuación dirigir sus esfuerzos contra Pont du Fahs o Medjez el Bab, con el fin de acabar con el 5.º Ejército Panzer. Toda aquella barahúnda en el norte no sirvió para nada.

La línea de Enfidaville estaba muy someramente guarnecida. Tanto la infantería como la artillería del 1.er Ejército ita-

liano no se hallaban a la altura que requerían las circunstancias, y en cuanto a sus formaciones motorizadas, habían quedado destruidas en el sur. El abastecimiento era prácticamente nulo y todo el mundo… menos nuestro Alto Mando, se sentía convencido de que el final se hallaba próximo. Desde el hospital de Semmering solicité que se retirase a las tropas, aunque, como es de suponer, sin resultado. Luego insistí en que al menos se evacuara al personal irreemplazable, como Gause, Bayerlein y Buelowius, pero tampoco se hizo nada en tal sentido. El General Gause se salvó gracias a Von Arnim, que lo había enviado con una misión a Italia. Bayerlein estaba enfermo, y también fue trasladado. En cuanto al General Buelowius, cayó prisionero del enemigo.

Finalmente, el 6 de marzo los americanos avanzaron arrolladoramente en Medjez el Bab[60]. Bajo protección de una progresiva barrera de proyectiles artilleros y ataques en masa de los aparatos de bombardeo, consiguieron bien pronto adentrarse profundamente en nuestras líneas y extenderse a retaguardia de las mismas, tras haber aniquilado por completo a la 15.ª División Panzer. El frente se vino abajo. Carecíamos de armamento y munición. Todo había terminado. Lo que quedaba del Ejército se rindió al enemigo.

En el Cuartel General del *Führer* la moral sufrió un terrible golpe. La derrota los había cogido completamente de sorpresa, lo cual no resulta incomprensible, si se tiene en cuenta que ciertas personas colocadas en los más altos pedestales, basaban su encumbramiento en el espíritu de lucha de las tropas y creían que éstas resistirían a perpetuidad. Por aquel entonces Goering trataba de obtener beneficios por medio del Ejército. Sus divisiones de tierra empezaban a debutar. Quizá pensaba dar entrada a su plan por medio de una gran victoria que incrementara el crédito de la Luftwaffe, y que

había imaginado tendría lugar en el África del Norte, terreno, según él, bastante fácil. Como carecía de toda experiencia militar, el proyecto debió parecerle en extremo sencillo.

No puede negarse a Goering un talento considerable para la organización, y una inteligencia poco común. Pero sentía demasiado apego a sus comodidades personales, para ejercer la fuerza necesaria que hiciera realidad sus planes.

También tenía algo que ver con lo de Stalingrado, ya que, cuando Hitler decidió mandar al jefe del 6.º Ejército la orden de replegarse hacia el oeste, Goering intervino al parecer, con esta frase: «—¡Pero, mi *Führer*, no nos mostremos débiles! Abasteceremos a Stalingrado desde el aire».

Entretanto, mis hombres habían pasado a los campos de concentración angloamericanos. Pero aun peor que esto era el considerar que nuestra estrella declinaba y que nuestros mandos no parecían prepararse para las pruebas que nos estaban aguardando. En cuanto el primer soldado aliado puso pie en tierra italiana, Mussolini cayó, y con él el sueño de erigir otra vez un Imperio Romano.

SEGUNDA PARTE

ITALIA

CAPÍTULO IX
ITALIA 1943

Por MANFRED ROMMEL

En marzo de 1943 me encontraba en el gran aeródromo de Wiener Neustadt, esperando a mi padre, que había avisado por telegrama su regreso desde el Cuartel General del *Führer*. Por fin, el bimotor «Heinkel» de bombardeo, pintado de amarillo y verde, se posó sobre la pista gris. Se abrió la escotilla, bajo el fuselaje, y mi padre descendió la escalerilla de aluminio.

En el momento de estrecharnos la mano, me dijo: «El *Führer* no me dejará volver a África. Von Arnim se ha hecho cargo del mando del Ejército».

Un día o dos más tarde abandonó Wiener Neustadt, acompañado de mamá, para continuar el tratamiento interrumpido en la batalla de El Alamein. Yo permanecí en casa para no suspender mis estudios, y sólo visitaba a mis padres los fines de semana.

Por aquel entonces tenía catorce años y no puedo repetir exactamente lo que mi padre dijo durante tan decisivas semanas. Sin embargo, unos cuantos episodios han quedado grabados en mi memoria de manera indeleble.

Recuerdo muy bien la sorpresa que me causó el oírle decir que «había caído en desgracia y no era de esperar se le otorgase ningún mando importante». Sus relaciones con el Cuartel General del *Führer* no fueron buenas durante aquel período. Carecía de información, exceptuando la que le llegaba

por la prensa y la radio, y permanecía ocupado escribiendo sus Memorias de la campaña de África.

Mientras la batalla rugía en el Mareth y Akarit, paseaba intranquilo por el amplio estudio puesto a su disposición por las autoridades del hospital. No abrigaba duda alguna acerca del resultado de los combates, y expresaba amargas críticas sobre el Mando Supremo, sin excluir al propio Hitler, cosa que, como entusiasta miembro de las Juventudes Hitlerianas, escuchaba no sin cierta desazón. Pocos días antes de que las divisiones alemanas e italianas partieran hacia los campos de concentración aliados, recibió el encargo telefónico de trasladarse al Cuartel General de Hitler, para celebrar una entrevista con él.

Se iniciaba entonces una nueva fase en la carrera militar de mi padre, durante la cual pudo observar de cerca, y por primera vez, los procedimientos políticos y militares de Hitler, extrayendo consecuencias que conducirían a su rompimiento final con el sistema nazi.

Por desgracia no escribió nada durante el período que se extiende desde el 10 de mayo de 1943 hasta que fue designado para inspeccionar la Muralla del Atlántico. Los únicos documentos existentes son cartas particulares y un diario muy conciso, que llevó desde el 9 de mayo al 6 de septiembre de 1943, y que incluye la copia taquigráfica de numerosas conferencias. Basándome en este material y en los recuerdos de mamá y los míos, he redactado los episodios siguientes:

El 10 de mayo de 1943 la crisis había alcanzado alarmantes proporciones en todos los frentes. El 6.º Ejército, con sus 320 000 soldados, quedaba destruido entre las ruinas de Stalingrado. De ellos, 230 000 habían muerto, y el resto fue capturado. Un desastre similar se cernía sobre los 130 000 alemanes que se hallaban en Túnez.

Tal era la situación cuando mi padre descendió del aparato en el aeródromo de Tempelhof, a primeras horas de la tarde del 10 de mayo. Inmediatamente fue llevado al Cuartel General, donde encontróse con Hitler. Éste aparecía pálido, nervioso y desprovisto de su habitual serenidad y confianza.

»—Debí haber seguido antes sus consejos», dijo a mi padre, según éste nos contó más tarde; «pero ahora es ya demasiado tarde. Todo está a punto de terminar en Túnez».

A los pocos días la prensa y la radio anunciaron la capitulación del Grupo de Ejércitos «Afrika». Mas tarde, y cuando centenares de miles de soldados hubieron muerto cumpliendo las órdenes de Hitler, mi padre se consoló pensando en que sus «Africanos» estaban prisioneros de las Potencias occidentales. Las cartas escritas tras de la capitulación de Túnez demuestran, sin embargo, lo mucho que le afectó aquel desastre.

15 mayo 1943.

Queridísima Lu:

He cenado con Zeitzler (sucesor de Halder), sosteniendo con él una agradable conversación. Nuestras opiniones coinciden en todo. Me he enterado de que Arnim disfruta de buen trato por parte de los ingleses. Espero que Buelowius, Seiderer, Kolbeck y los demás valientes hayan tropezado con idéntica consideración...

18 mayo 1943.

... hoy vendrá Gause. Me siento extraordinariamente complacido, ya que ello significa el fin de esta insoportable soledad. Muchos oficiales de nuestro antiguo Estado Mayor se unirán pronto a nosotros, y entonces tendremos muchas cosas en las que ocuparnos.

Físicamente sigo bien, pero esta soledad y los últimos tiempos en Túnez han dejado su profunda huella. Sin embargo, espero que todo pase.

24 mayo 1943.

He llegado ayer, perfectamente y con mucha rapidez[61]*. Gause apareció desde dirección opuesta, dos minutos después de nosotros. Inmediatamente nos pondremos a trabajar. Como de costumbre, son muchas las dificultades a que nos enfrentamos. No obstante, confío en superarlas. Ahora que tengo algo en que ocuparme me siento más animado. Uno se olvida pronto de las dificultades pasadas.*

El corto tiempo que pasamos juntos resultó muy grato. Procura que Manfred extraiga el máximo provecho de los días que aún le quedan por pasar en casa. No puedo acostumbrarme a la idea de que un chiquillo de catorce años y medio haya de ingresar dentro de poco en un cuartel. Para ti la separación va a ser especialmente dolorosa…

Cuando mi padre escribió «No obstante, confío en superar las dificultades», probablemente se refería a la guerra en su conjunto, ya que por aquel entonces no disfrutaba de mando alguno. Aunque carecía de confianza en una absoluta victoria, seguía creyendo que la capacidad militar del pueblo alemán obligaría al enemigo a entablar negociaciones para una paz honorable.

Comunicó su parecer acerca de ello a Hitler, pero pronto observó que el Jefe Supremo tenía opiniones muy distintas acerca de su responsabilidad hacia el país. Particularmente le impresionaron mucho dos conversaciones sostenidas con el *Führer* durante el año 1943, y que nos refirió a mamá y a mí. La primera tuvo lugar tras un largo cambio de impresiones acerca del potencial inglés y americano. Hitler se sentía muy

preocupado por Italia, que estaba a punto de desplomarse. Mi padre creyó que era el momento oportuno para expresar al *Führer* sus puntos de vista acerca de la situación global.

Señaló que los comunicados especiales llegaban con notable irregularidad, y que más de treinta submarinos se perdían cada mes. Aquello no podía prolongarse demasiado. Las cosas se presentaban mal en el Este y en Italia. Desde luego, Alemania produciría más armas y munición, como resultado de la total puesta en marcha de los recursos nacionales, iniciada en 1943. «Pero, aun así —indicó—, no podremos enfrentarnos al mundo entero».

Hitler lo escuchó todo con los ojos bajos. De improviso miró a mi padre y dijo que tampoco él abrigaba grandes esperanzas de ganar la guerra. Pero el Occidente no querría concluir ninguna paz con él..., al menos los actuales gobernantes. En cuanto a las personas que estarían dispuestas a una negociación, carecían de poder para llevarla a cabo. Jamás había deseado un conflicto con Occidente. Pero ahora éste tendría guerra..., una guerra hasta el fin.

Mamá me ha contado que mi padre expresó más tarde su convicción de que ya en 1943 Hitler estaba seguro de la derrota. Sin embargo, cuantos más desastres se acumulaban sobre él y más amargas eran las críticas, más se aferraba a sus ya escasas posibilidades y trataba de persuadirse de que la victoria final sería suya.

Mientras los frentes se derrumbaban, mientras miles de alemanes emprendían el camino hacia su cautiverio, mientras las poderosas escuadras de bombardeo enemigas surcaban el cielo patrio, Hitler incurrió en un odio patológico que dejó al descubierto la parte más nefasta de su ser, aquella que en las jornadas de victoria había permanecido cuidado-

samente oculta. El cambio tuvo lugar en el transcurso de unos meses.

Mi padre dijo a mamá que una tarde, a finales de julio de 1943, fue testigo de unas manifestaciones de Hitler acerca del final de la guerra, que le parecieron en extremo malsonantes.

»—Si el pueblo alemán es incapaz de obtener la victoria —había dicho el *Führer*—, no importa que se pudra». De todos modos, los mejores habían muerto ya, y si es que tenía que quedar derrotado, lucharía casa por casa hasta que no quedara ni una en pie. Un gran pueblo había de morir heroicamente. Según él, era una necesidad histórica.

»—A veces parece como si no estuviera normal», comentó mi padre.

Por haberse educado dentro de la antigua tradición militar europea, estaba imbuido del principio de la obediencia incondicional. Su actitud hacia este tema puede observarse en una carta que me envió para las Navidades de 1943.

25 diciembre 1943.

Querido Manfred:

... Dentro de quince días abandonarás el hogar para alistarte como auxiliar en la Luftwaffe. Una nueva vida empieza para ti... Debes aprender a obedecer las órdenes de tus superiores con rapidez y sin discusión de ningún género. Con frecuencia no serán de tu agrado, y a veces no las comprenderás. Pero aun así obedece siempre. Los superiores no pueden sostener discusiones con sus subordinados y nunca tienen tiempo para explicar las cosas...

Sin embargo, empezaba a darse cuenta, cada vez con mayor claridad, de que existen límites a la obediencia, aun cuando se trate de la debida a un alto jefe. Por un lado estaba

Hitler, que deseaba arrastrar consigo a todo un pueblo; por el otro, ochenta millones de alemanes batallando por su existencia y sin deseo alguno de verse consumidos entre las brasas de sus propios hogares. En los meses finales de 1943 mi padre comprendió que se acercaba el momento de adoptar una decisión final.

Con frecuencia hemos sido interrogados acerca de la época en que se formó el propósito de interponerse en los planes del *Führer*. Quizás aporte algún indicio la conversación que sostuve con él en diciembre de 1943. La recuerdo con toda claridad, ya que concernía a mis propios problemas.

Por aquel entonces se ejercía una intensa propaganda para incitar a los jóvenes a alistarse en las Waffen S.S. y no en el Ejército. Carteles de llamativos colores llenaban las calles. Todo el mundo sabía que las S.S. eran tropas mejor equipadas que el resto y provistas de un atractivo uniforme. Un día me decidí a optar por dicho Cuerpo, pero antes solicité el parecer de mi padre.

Su reacción fue inmediata. « —Nada de eso —me contestó—. Te alistarás en el mismo Cuerpo en el que yo he servido durante treinta años».

Por regla general me permitía extraordinaria libertad de acción, y viéndome contrariado, empecé a discutir. Pero esta vez no me permitió seguir más adelante. Reconocía la excelente calidad de las S.S., pero en modo alguno estuvo dispuesto a permitir que formara bajo las órdenes de un hombre que, según sus informes, llevaba a cabo asesinatos en masa.

«—¿Te refieres a Himmler?», le pregunté.

»—Sí», fue su respuesta.

A continuación me instó a no decir nada de cuanto acabábamos de comentar. La guerra no andaba muy bien, y gente como Himmler trataban, al parecer, de quemar los puentes para el pueblo que seguía detrás. Por aquel entonces, no creo estuviera seguro de que Hitler sabía tales cosas, porque en su Cuartel General nadie había mencionado aún lo relativo a aquellas ejecuciones en masa. Mi padre no hubiera llegado a la decisión de terminar la guerra —incluso mediante una revuelta si era necesario— de no haber recibido, a principios de 1944, informaciones que confirmaban dichos crímenes y daban una idea de su gravedad. A partir de aquel momento su adhesión hacia un hombre al que hasta entonces había admirado quedó quebrantada, hasta el punto de sentir la necesidad de proceder contra él.

Pero antes de que tales cambios ocurrieran en el ambiente político, habían tenido lugar en Italia graves acontecimientos militares, que mi padre pudo presenciar de cerca, durante el año 1943, aun cuando no fuese uno de los principales actores en el drama.

La noche del 9 de julio las fuerzas de desembarco aliadas atacaron Sicilia[62]. Aun cuando los italianos disponían de 300 000 hombres y 1500 cañones, no ofrecieron resistencia alguna, y desde el principio todo el peso de la defensa recayó sobre dos (más tarde cuatro) divisiones alemanas. Al propio tiempo volvió a suscitarse entre el Ejército y la Luftwaffe la antigua rivalidad por el predominio en el mando. Las anotaciones que se leen en el diario de mi padre muestran su actitud a tal respecto.

15-7-43: ... Noche, conferencia con Hitler acerca situación. El General Hube tomará el mando en Sicilia.

16-7-43: Mediodía, conferencia sobre situación. Goering quiere se nombre al General Stahel, en vez de a Hube.

Conseguí se aprobara a Hube y sugerí al General Bayerlein como Jefe de Estado Mayor. El Führer convino. Graves pérdidas rusas en tanques. La ruptura hacia Briansk está siendo completada. Telefoneé al General Bayerlein, aunque sin conseguir hablar con él.

Noche, conferencia con el Führer acerca de la situación. Se ordena a Hube iniciar la ofensiva. De los paracaidistas alemanes enviados, sólo 300 consiguieron abrirse camino hasta nuestras líneas. El mando de la Luftwaffe está de enhorabuena.

18-7-43: A mediodía visité al Führer. Se hallaba presente el M. von Kluge. Los rusos atacan todo el frente. Contenidos, por el momento. No existe posibilidad de sacar divisiones. Oí decir se ha aconsejado al Führer no darme mando en Italia, por ser poco amigo italianos. Imagino a la Luftwaffe detrás de todo ello. Mi viaje a Italia queda, pues, aplazado. El Führer se entrevistará probablemente con el Duce.

Aunque mi padre se las compuso para lograr el nombramiento de Hube como jefe de las tropas de Sicilia, la Luftwaffe impidió que se le designara General en Jefe para Italia, como había sido planeado.

Poco antes se había encontrado en el cuerpo de un correo inglés un documento indicador de que se planeaba una invasión de Grecia[63]. Hitler decidió nombrar a mi padre para la jefatura del sector sudeste, con mando sobre todas las fuerzas alemanas e italianas en el mismo. Sin embargo, a las veinticuatro horas se había efectuado un cambio en la situación que motivó la urgente llamada de mi padre. Dos anotaciones en su diario nos narran de manera sucinta lo ocurrido durante aquel intermedio balcánico.

23-7-43: ... Larga discusión con el Führer. Debo informarle detallada y personalmente acerca de las condiciones en Grecia. Las fuerzas estacionadas allí son, además del XI Ejército italiano, solamente una división acorazada alemana (la 1.ª Panzer) y tres divisiones de infantería.

25-7-43: Salido de Wiener Neustadt, a las ocho mañana, por vía aérea. Llegado Salónica a las once. Terrible calor.

A las diecisiete, conferencia con Coronel General Loehr. Describió la situación relacionándola con el abastecimiento. Creo que habrá de trabajarse mucho antes de convertir a Grecia en una fortaleza. Mañana, y antes de tomar el mando, realizaré un vuelo para conocer bien el país. Tampoco el General Gause considera esto fácil.

21.30: Telefoneó el General Warlimont anunciando que el XI Ejército italiano se situara bajo nuestro mando. Quiero dirigir a las divisiones alemanas, interpolando un Cuartel General alemán de Cuerpo de Ejército, en vez de dejar que se sitúen bajo jefatura italiana, como fue sugerido en el Cuartel General del Führer. 23.15: una llamada del O.K.W. lo ha trastornado todo. El Duce ha sido detenido. Me llaman al puesto de mando del Führer. La situación es confusa en Italia.

Como puede verse por las anteriores anotaciones, el golpe de Estado italiano constituyó una verdadera sorpresa para Hitler. En su Cuartel General reinaba una asombrosa excitación. Todo era todavía contradictorio y confuso y se esperaban ansiosamente noticias. Mi padre recibió orden de concentrar tropas en los Alpes y preparar una posible entrada en Italia. En su diario vivimos de nuevo la atmósfera reinante aquellos días.

26-7-43: A las doce he llegado a Rastenburg. Directamente al Wolfschanze (Guarida del Lobo, nombre con el

que se conocía el Cuartel General de Hitler). Conferencia con el Führer. Todos los dirigentes de los Servicios estatales y del Partido se encontraban presentes (incluyendo al Gran Almirante Doenitz, al Ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop; al Reichs*führer S. S., Himmler; al* Reichs*minister doctor Goebbels, etc.). El M. von Kluge informaría sobre la situación en el Este. La ruptura hacia Orel no está aún decidida. Entretanto, los americanos han ocupado la mitad occidental de Sicilia y siguen profundizando.*

Situación en Italia muy obscura. Nada se sabe aún de las circunstancias que han motivado la caída de Mussolini. El Mariscal Badoglio se ha erigido en Jefe del Gobierno, bajo las órdenes del Rey. A pesar de la proclama de éste y de Badoglio, debemos esperar que Italia se aparte de la guerra, o que, cuando menos, los ingleses emprendan desembarcos en el norte del país[64].

Comí con el Führer, después de haber celebrado la conferencia. Se espera al Ministro italiano Farinaci, que se les ha compuesto para escapar.

En Roma se ha llegado a los actos de violencia contra miembros y propiedades fascistas, aunque nada grave ocurre, aparte leves fricciones, entre alemanes e italianos. Farinaci nos informa que debemos esperar proposiciones de armisticio italianas para dentro de una semana o de diez días. Los ingleses desembarcarán entonces en Génova o Leghorn. Sigue el contacto con nuestras tropas.

Espero ser mandado pronto a Italia.

Por la tarde hablé con Guderian.

27-7-43: Conferencia con el Führer. M. von Weichs toma el mando en Grecia. A pesar de que los italianos tie-

nen dos ejércitos estacionados en el norte y, según todas las apariencias, van a traicionarnos, no puedo penetrar en Italia por razones políticas. Sin embargo, todo está preparado, y mi tarea consiste en supervisar la concentración alemana.

28-7-43: Voy a preparar la entrada en Italia —tal como fue discutido con el Führer—, aunque por el momento no se me permita cruzar la antigua frontera de 1938... Se han recibido más datos acerca de la situación en Italia. El Gran Consejo Fascista, convocado por Mussolini, se declaró disconforme con éste. En el debate subsiguiente, 18 votaron en contra, 8 a favor y 2 se abstuvieron. Parece ser que Mussolini se ha dirigido al Rey, quedando por el camino bajo la custodia de unos oficiales. Badoglio se ha encargado de formar Gobierno. Aseguran que éste ha organizado una «cacería general» de fascistas...

A las 16.45 llegaron el General Feuerstein y el Coronel Sigel para una conferencia. Feuerstein manda el grupo de combate que penetrará por el Brennero al menor síntoma alarmante.

Al día siguiente, 29 de julio, se celebró una entrevista entre mi padre, el General Feuerstein —hombre robusto, de negro bigote, considerado como un especialista de primera clase en la guerra de montaña— y Hofer, Gauleiter del Tirol. La conferencia, tomada taquigráficamente, muestra las dificultades tácticas a las que se enfrentaba el Alto Mando alemán:

Hofer: Esto es lo que os pido. Hoy se puede penetrar en Italia por el Brennero; mañana tendríais que abriros camino luchando por la península. En este caso, las demoliciones que no pueden menos de producirse inutilizarían el ferrocarril para lo menos seis meses.

Feuerstein: Veo que el Gauleiter quiere actuar cuanto antes.

Hofer: Desde luego. La línea entera está preparada para su voladura. Propongo un ataque por sorpresa utilizando en el mismo no importa cuantas tropas.

Rommel: El O.K.W. se ha reservado la decisión a este respecto. *Hofer*: No debía haber situado contingentes en la frontera, a menos de poder actuar con ellos sin pérdida de tiempo. Los italianos se han dado cuenta… Si no intervenimos ahora, va a ser peor. Ha llegado el momento. Un par de días más y nada podremos hacer. Se volará también la carretera y se guarnecerán centenares de blocaos. Ahora los italianos sólo ocupan su segunda y tercera línea… Durante años no han hecho más que trabajar por su «Vallo Alpino del Littorio».

Rommel: Lo sé. Mejor hoy que mañana. Pero hemos de esperar. Se trata de una necesidad política.

Hofer: Mariscal, no hablo a tontas y a locas, ni tampoco como un aficionado irresponsable. Estoy convencido de que no atravesará el Brennero, a menos que emplee todas las fuerzas disponibles. Le ruego empiece la operación enseguida.

Rommel: He de esperar las órdenes del *Führer*. No puedo precipitarme. *Rommel a Feuerstein, una vez Hofer se hubo retirado*: ¿Sabe lo que creo que ocurre? Pues que Churchill ha rechazado las proposiciones del Gobierno italiano, y que este último trata de zafarse a las consecuencias. Sin embargo, la situación interna del país le obligará a solicitar la paz.

Como demuestran las cartas siguientes, mi padre se encontraba a obscuras, por el momento, respecto a las verdade-

ras intenciones del nuevo Gobierno italiano, aunque sospechaba que Badoglio se proponía solicitar una capitulación independiente. Lo que más temor le causaba era la posibilidad de un súbito movimiento italiano, con ayuda de paracaidistas aliados, para cerrar los pasos y sostenerse en ellos hasta que los angloamericanos hubiesen terminado la ocupación de Italia. Con el fin de impedirlo, el 30 de julio mi padre ordenó al General Feuerstein que cruzara el Brennero y ocupara los sectores amenazados. Sin embargo, y bajo las órdenes expresas de Hitler, él no podía trasladarse a la península.

29 julio 1943.

Queridísima Lu:

Me encuentro en Múnich con mi Cuartel General. Este trabajo me gusta mucho más que aquel otro en el sudeste. No es que sea sencillo, desde luego. Ahora que Mussolini se ha ido, no resulta difícil observar cuál es el propósito italiano, pasarse al otro bando con armas y bagajes. Sin embargo, no creo que encuentren tan fácilmente el camino. Primero se producirá el caos. En el este la ofensiva rusa parece decrecer gradualmente, excepto en Orel, donde se libran todavía duros combates.*

30 julio 1943.

La situación en el sur parece estabilizarse y aclararse. No es del todo imposible que el nuevo Gobierno italiano continúe la lucha a nuestro lado. Desde luego, los elementos antifascistas se muestran cada día más activos. Sigo sin permiso de entrada.

3 agosto 1943.

No puedo alejarme de aquí, por el momento, y probablemente tampoco me podré trasladar a casa hasta dentro de algún tiempo, ya que la nueva tarea está en marcha y

las tropas han iniciado sus movimientos. Por determinadas razones no se me permite pasar personalmente a Italia ni cruzar la antigua frontera de 1938. La situación no es agradable, pero he de soportarla. De todas formas, Kesselring quedará, más tarde o más temprano, desplazado de la península.

La situación ha sido muy crítica durante los últimos días, pero nos las hemos compuesto para situar una división reforzada en el Tirol meridional, más allá de la frontera, a pesar de las protestas italianas. Espero mantenerlos a nuestro lado, contribuyendo a la defensa de su país. La península será zona de guerra; esto no puede evitarse. ¿Por qué iniciaron la campaña con su decrépito armamento? De todos modos, es mejor hacer la guerra en Italia que en nuestro propio país.

Ayer me encontré a Schoerner[65] *en Mittenwald, donde sostuve una conferencia. Sigue siendo el antiguo «Terror de los Mares Árticos», grueso y animado como de costumbre. Charla incesantemente.*

El 31 de julio las operaciones continuaron en el norte de Italia, y mi padre y Feuerstein sostuvieron una nueva entrevista, cuya reseña taquigráfica aporta muestras evidentes de la impresión causada a los italianos por nuestras fuerzas en marcha ya por el país:

Feuerstein: La entrada de nuestras tropas prosigue sin contrariedad. Contamos con la cooperación del Prefecto de Bolzano. Pero no es posible confiar en estas gentes, y deberemos continuar en el Brennero.

Rommel: Desde luego, pero adoptando precauciones aéreas y permaneciendo alerta contra posibles sabotajes.

Feuerstein: Los cuarteles italianos están atestados de tropas. Podrían formar un Cuerpo de Ejército. La actitud de los soldados hacia los oficiales alemanes es mejor que hacia los suyos. Los de grado inferior no nos sirven de nada.

Rommel: Porque no comprenden a sus hombres.

Feuerstein: A propósito: No hemos tropezado con demoliciones ni con minas.

Rommel:... ¿Seguirá así la situación en Italia?

Feuerstein: Puede variar en un momento dado, por orden de Roma. *Rommel*: Es algo contra lo que deberíamos protegernos.

Feuerstein: Un servicio de información alemán ha sido organizado con el fin de vigilar cualquier movimiento de tropas italianas hacia el norte. Parte de una División alpina se encuentra en camino hacia Milán. Pero se dice que cada hombre lleva sólo diez balas, debido, al parecer, a la escasez de munición.

Rommel: Es muy posible. Su industria jamás funcionó bien.

Feuerstein: Los «Tigers» han ocasionado múltiples inconvenientes en las carreteras de cemento. Dos se han perdido, uno se incendió y otro ha volcado. He pedido ya talleres, recambios y gasolina. Los depósitos están llenos, pero quienes los dirigen han de pedir primero permiso a Roma.

Rommel: La misma táctica dilatoria de siempre. Jamás llegan a una decisión concreta. ¿Cómo prosigue el cruce del Brennero?

Feuerstein: Abrimos las barreras y no hemos vuelto a cerrarlas. No se pide más permiso, y el tráfico prosigue suavemente.

Después de que las tropas italianas hubieron permitido —aunque no sin protestas iniciales— que los alemanes atravesaran los pasos, las relaciones entre ambos países se hicieron de improviso más tensas. Pero la situación volvió pronto a normalizarse. «¿Lucharán a nuestro lado?», era la pregunta que se formulaba todo el mundo en el sur. Resultaba imposible formarse una idea clara de las intenciones italianas.

Una vez todos los pasos en manos alemanas, el avance se detuvo. Mi padre seguía creyendo que las negociaciones italianas con ingleses y americanos se habían suspendido, y que por esta causa no se había provocado la ruptura final. Las autoridades alemanas en Roma opinaban de distinta manera.

Gradualmente la tensión fue cediendo. Pronto soldados italianos y alemanes confraternizaron otra vez, e incluso organizaron partidos de fútbol. Sin embargo, y sin que oficiales y soldados pudiesen observar nada, la temperatura política fue ascendiendo hasta un nivel insospechado.

Las cartas y el diario de mi padre demuestran cómo se consideraba la situación desde el Grupo de Ejércitos B[66].

2-8-43: El General Feuerstein informa de la crítica situación creada en el Brennero, hacia el mediodía de ayer, cuando los italianos trataron de contener el avance de la 44.ª División de Infantería. El General Gloria había dado órdenes de abrir fuego contra aquélla si intentaba continuar la marcha. Pero las unidades subordinadas no la cumplieron, y la división continuó avanzando sin contratiempo, mientras los italianos se retiraban en su mayor parte hacia el sur.

Por la tarde se produjeron en Bolzano manifestaciones de tropas italianas. Más tarde la tensión disminuyó otra vez. Según el General Feuerstein, nuestras unidades de re-

conocimiento han señalado la presencia de fuertes concentraciones en el sector de Verona-Bolzano, sumando un total aproximado de 60 000 hombres.

3-8-43: La situación se aclara. Incluso los periódicos indican que Italia desea cooperar. Desde las seis, el S.S. L.A.H. (S.S, Leibstandarte Adolf Hitler) está cruzando el Brennero.

4-8-43: Ha llegado el Generalquartiermeister, General Wagner, quedándose a comer. Nos asegura que la producción será incrementada a partir del otoño, y que ello nos permitirá superar lo más difícil. Añadió que en el Este se hace un consumo extraordinario de proyectiles (esperemos que las bajas rusas alcancen la misma proporción).

El Cónsul general Barón von Neurath[67]*, llegó por la tarde. Asegura conocer las intenciones italianas de apartarse de la guerra, y da detalles de negociaciones entre Eisenhower y Badoglio. Añade que los ingleses piensan desembarcar en Trieste y Génova. «En las negociaciones con Eisenhower, este último rechazó de plano la demanda italiana de que se permitiera una retirada de los alemanes, e insistió en la rendición incondicional de las tropas de ambas nacionalidades, y la entrega de todo el material. Badoglio no aceptó, pero se han establecido nuevos contactos por medio de la Marina, que es de tendencia anglófila. América e Inglaterra realizan negociaciones separadas, tratando cada una de obtener la supremacía sobre su rival. En caso de una revolución o una rendición italiana, deberán esperarse desembarcos en Trieste y Génova, especialmente en la primera localidad...».*

Un documento encontrado en el diario de mi padre establece que el Coronel Christ, jefe de Estado Mayor del Mariscal von Riththofen, informó, el 5 de agosto de 1943, de que

de un total de 240 bombarderos, sólo 120 se encontraban en condiciones de volar, mientras en el teatro de la guerra italiano se disponía de 80 cazas.

Añadió que, según el Mariscal von Riththofen, los italianos no eran de fiar, aun cuando por el momento parecieran bien dispuestos hacia nosotros. En realidad estaban acabados, puesto que carecían de material. Sin embargo, quizás se pudiera conseguir algo de ellos si se les incorporaba a unidades alemanas.

Mi padre contestó que aquello estaba de acuerdo con sus opiniones, y que no sabía la procedencia de su reputación como enemigo de los italianos.

Respecto a la actitud política de éstos, el Coronel Christ declaró que les alegraba verse libres del fascismo y que siempre les pareció impropio el que Hitler tratara con Mussolini y no con el rey.

6 agosto 1943.

Queridísima Lu:

Mi Grupo de Ejércitos opera lentamente. Lo esencial es que el mayor número de tropas afluya por la frontera, lo cual quitará a los italianos toda idea de emprender movimientos.

Parece ser que quieren cooperar. No es fácil que Mussolini vuelva. El Partido estaba corrompido y se le eliminó en unas horas. Según parece, Mussolini fracasó en todo, hacia el final. Hasta cierto punto, nos resulta conveniente el que sólo mande uno en Europa...

7-8-43: Ayer, conferencia en Tarvisio entre el O.K.W. y jefes italianos, que trataron de retrasar toda acción. Entretanto, han trasladado elementos de las divisiones

«Trentina» y «Julia», así como parte de una alpina, a varios sectores del Brennero.

8-8-43: Exploradores de las S. S. mandados en reconocimiento hacia La Spezia, no pudieron pasar de Aulla, a causa de los blocaos. Evidentemente los italianos desean impedir que ocupemos la base naval de La Spezia.

9-8-43: A las 10.45 el General Von Vietinghoff regresó del Cuartel General del Führer, donde se le ha conferido el mando de los dos Cuerpos que operan en el sur de Italia. El Führer intenta evacuar la zona meridional de la península y «no se sentirá dichoso hasta que las divisiones que se hallan en dicha zona y en Sicilia se sitúen al sur de Roma». No prevé un desembarco en el sur, a causa del peligro de malaria. No confía ya en las promesas italianas.

La cooperación entre Kesselring y Von Vietinghoff no será fácil, ya que el primero abriga la idea de trasladar al sur a tantas tropas alemanas como sea posible. El Führer sigue sin permitir que me traslade a Italia, porque esto sería tanto como una declaración de guerra, «ya que los italianos me odian, por haber sido el único general que los llevó a la victoria». El Führer intenta aplazar toda discusión acerca del tema del fascismo en Italia. He hablado con Jodl, pidiéndole otra vez antitanques pesados. La Marina italiana se muestra más activa y ha atacado el puerto de Gibraltar.

11.05: El Oberführer (Brigadier de las S. S.). Ostenderf, Jefe de Estado Mayor del segundo Cuerpo Panzer S. S. (que manda el Gruppenführer Hauser) ha venido a informar. Le expliqué la situación, haciendo hincapié sobre el deseo del Führer de que nuestra posición en Italia se base en un perfecto entendimiento...

9 agosto 1943.

Queridísima Lu:

Dentro de un par de días iré en avión al Cuartel General del Führer, aunque por poco tiempo. La situación es muy desagradable con estos italianos. Ante nosotros prodigan sus muestras de absoluta lealtad, pero luego crean toda clase de dificultades y parece ser que están negociando a nuestras espaldas. Por desgracia no se me permite pasar a Italia y hablar claramente a esos sujetos. Berndt ha escrito contándome que tiene mucho trabajo con la evacuación de Hamburgo y de Berlín. Las bajas en la primera deben haber sido muy numerosas. Esto nos hará todavía más duros...

9-8-43: Roatta ha mandado al General Feurstein una carta insolente, en la que se queja de su actitud hacia los italianos, a la que considera poco acorde con las normas que rigen entre aliados. Se trata de otra hábil tergiversación de los hechos. Toda fricción desaparecería inmediatamente sólo con que mandaran sus divisiones al frente sur. Entonces podríamos mover las nuestras sin tener que preocuparnos de las líneas de abastecimiento.

Según informaciones americanas, los rusos se inclinan hacia negociaciones de paz. Si ello es cierto, se abren ante nosotros insospechadas posibilidades.

10-8-43: Los italianos siguen opuestos a que los pasos alpinos queden guarnecidos por tropas alemanas. Se sienten inclinados a desconfiar, y no comprenden la importancia que para nosotros tienen las rutas de abastecimiento. No podemos correr el riesgo de que un día los pasos se vean bloqueados por tropas italianas o angloamericanas. Estoy seguro de que una bomba descargada allí les curaría para siempre de su obstinación.

11-8-43: 9.30: He ido en avión al Cuartel General del Führer, a pesar de la alarma aérea. Llegué a tiempo para una conferencia, a celebrar al mediodía, en la que se hallaban presentes Goering, Doenitz, Student y Himmler.

En el Este, encarnizados combates cerca de Kharkov, con ruptura rusa al oeste de la ciudad. Cerca de Leningrado, batalla de desgaste con cañoneo durante toda la jornada.

Respecto a Italia, el Führer y yo convinimos en nuestras opiniones. Parece ser que intenta mandarme pronto allá. Tampoco cree en la sinceridad de los italianos. Dice que ha llegado el momento de realizar claras demandas para sentar una base que nos permita continuar la guerra en común. Los italianos no han hecho nada todavía para su defensa, y ha llegado el momento de que ésta se inicie. Según el Führer, tratan de ganar tiempo para salir cuanto antes del conflicto. La intención de la entrevista Churchill-Roosevelt (la, conferencia de Quebec) fue la de persuadir a los italianos para que nos traicionaran, en cuyo caso los aliados impondrían condiciones más llevaderas.

El Führer intenta ceñirse al antiguo plan —restablecimiento del fascismo—, porque, según él, constituye la única garantía de lealtad italiana. Criticó ásperamente la actuación de Mackensen, Von Rintelen y Kesselring, basándose en que no comprenden la situación —especialmente Kesselring— y depositan absoluta confianza en el nuevo Gobierno italiano.

Goering dijo que el Führer es la única persona capaz de garantizar el trono al rey italiano. El Führer se mostró contrario, y repuso que el nuevo rey no quiere ver su trono respaldado por él, y que, además, los reyes dejarán

pronto de existir. Por si esto fuera poco, el de Italia estaba pagado por los ingleses...

Conferencia con Jodl antes de cenar. Tiene un plan basado en una proposición anterior, según el cual nuestro mando se extendería por toda la Italia del Norte. Mi nuevo proyecto es el siguiente: mando por toda Italia; dos ejércitos (norte y sur) con elementos italianos; Cuartel General del Grupo de Ejércitos en las cercanías de Roma, para ejercer influencia sobre el Commando Supremo y el Gobierno. Jodl convino, una vez allanadas sus objeciones.

11-8-43: Conferencia por la noche. Presente Von Ribbentrop. Puso a mi disposición al Cónsul General Von Neurath. Expresé mi temor de que la conferencia con los italianos no condujera a nada, ya que intentaban traicionarnos. Es aprobada mi propuesta de librar acciones de contención en Sicilia, no retirándonos a Italia excepto bajo una absoluta necesidad, y construir cuatro líneas de defensa: una, en Cosenza-Taranto; otra, en Salerno; la tercera, en Cassino, y la cuarta, en los Apeninos. El Führer objetó que los aeródromos de Calabria deberían ser adelantados, a causa de la línea de defensa al norte de Cosenza, situándolos en Catanzaro. Cree que el plan no aportará resultados concretos, a causa de la oposición italiana. Me dió instrucciones para representarle en una conferencia a celebrar con el mando italiano, al objeto de aclarar la actitud de nuestro aliado. Jodl también tomará parte en la misma.

Al atardecer celebramos una conferencia, durante la cual el Führer estudió fotografías aéreas de Ventotene[68], *la isla en la que está prisionero Mussolini. Doenitz y Student se quedaron para discutir la liberación del Duce. Es-*

pero que no me confíen dicho trabajo. No veo ninguna perspectiva buena.

De acuerdo con las instrucciones de Hitler, mi padre y Jodl se dirigieron, el 15 de agosto, a Bolonia, con el fin de aclarar la situación en una conferencia con el General Roatta, jefe de Estado Mayor del Ejército italiano. Los preliminares de la misma resultaron algo tirantes, porque mi padre recibió información de que intentaban aprovechar la ocasión para librarse de él por medio de un veneno o haciéndolo prisionero. En consecuencia, llevó consigo a una compañía de Granaderos, que ocupó el edificio y situó centinelas junto a los italianos.

Según referencias del acto, poco después de iniciado tuvo lugar una disputa entre Jodl y Roatta, concerniente a la súbita retirada de las tropas italianas de ocupación en Francia. Al preguntar Jodl qué se proponía Italia con aquello, Roatta repuso: «—Simplemente disponer de más fuerzas para la defensa de Italia. Sólo 24 divisiones de las 62 que totaliza nuestro Ejército se encuentran en la Madre Patria, y de aquéllas únicamente 11 poseen auténtico valor combativo. Después de todo, las fuerzas a que alude serán empleadas contra el enemigo común: ingleses y americanos».

Una vez demostrada de este modo la debilidad del Ejército italiano por el Jefe de Estado Mayor, mi padre y Jodl le rogaron explicara por qué afluían de tal modo las tropas italianas hacia el norte. Roatta replicó que sólo se trataba de una división alpina, recién regresada de Rusia en malas condiciones, y que tras haber permanecido en el sur por razones políticas, volvía a su lugar de procedencia. A continuación marcharía una segunda, pero solamente para salvaguardar las líneas férreas de posibles sabotajes ingleses. El General Roatta añadió estas palabras: «—La única tarea de ambas unidades consiste

en proteger las vías de comunicación. De todos modos, el Commando Supremo —aparte de no abrigar intenciones malévolas hacia Alemania— no es tan estúpido como para suponer que dichas dos divisiones, en período de reorganización, podrían defender la frontera italiana contra una posible invasión».

Luego, y pasando al contraataque, añadió: «—El Commando Supremo no puede tolerar duda alguna acerca de la integridad de las órdenes emanadas de Italia. Cualquier reserva de este género constituye un insulto. El Commando Supremo no desea más discusiones sobre dicho tema. La protección del suelo italiano ha de dejarse a sus propios soldados, del mismo modo que la guardia del palacio real sólo pueden montarla italianos. Los alemanes pueden hacerse cargo de la defensa aérea. Las posiciones fronterizas no serán guarnecidas, exceptuando al personal imprescindible —a lo sumo dos o tres hombres por blocao— para su conservación. De todos modos, la mayoría de dichas fortificaciones carecen de armamento».

Cuando Jodl trató de relacionar los recientes acontecimientos de Italia con la intervención alemana, Roatta replicó enseguida: «—En Italia no ha ocurrido revolución alguna, sino tan sólo un cambio de Gobierno. El antiguo se suicidó. Las circunstancias que rodearon dicho cambio han sido superadas, y no existe ya motivo de desconfianza».

Sin embargo, el General Jodl insistió en que Alemania deseaba defender sus líneas de abastecimiento.

No se llegó a acuerdo sobre dicho punto, ya que indudablemente ambas partes sabían perfectamente cuáles eran los motivos de la situación reinante.

El debate prosiguió, pasándose a discutir la concentración de tropas alemanas e italianas para la defensa de Italia

contra ingleses y americanos. Roatta sugirió que el *Leibstandarte S. S.* fuese enviado a Cerdeña, y que el resto de las unidades germanas se emplearan todo lo más al sur que se pudiera. Desde luego, el mando seguiría en manos del Commando Supremo, y el Mariscal Rommel quedaría subordinado al mismo. Como es natural, ni mi padre ni Jodl estuvieron de acuerdo, y la conferencia terminó en un completo fracaso. El Eje quedaba roto. Mi padre resume así el resultado de aquella infructuosa reunión:

> *15-8-43: Los italianos se niegan a ceder en algunas de sus demandas, como, por ejemplo, la defensa exclusiva de los ferrocarriles y el mando sobre todas las tropas que se encuentren en la península. Declaran que nuestras sugerencias significan una desconfianza notoria, y se sienten heridos en su honor.*

Debe aclararse aquí que fue precisamente el 15 de agosto cuando Italia realizó su primer acercamiento a los aliados a propósito de un armisticio. La nota mandada el 16 por Churchill y Roosevelt a Stalin empieza con las siguientes frases: «El Embajador inglés en Madrid nos anunció, el día 15 de agosto, que el General Castellano llegó a dicha capital en representación de Badoglio, llevando una carta de presentación del Ministro inglés en el Vaticano. Castellano declaró poseer autorización de Badoglio para expresar la voluntad italiana de rendirse incondicionalmente, si ello permite a su país unirse a los aliados. La oferta parece sincera, y, según el Ministro inglés en el Vaticano, Badoglio confirma por escrito haber autorizado a Castellano…»[69].

Una de las consecuencias de la reunión de Bolonia queda demostrada en esta nota de mi padre, con fecha 18 de agosto de 1943:

«Ha llegado una carta del General Rintelen diciendo que Roatta se queja del acordonamiento del edificio durante la entrevista de Bolonia. Le he hecho contestar que ocurrió sin mi conocimiento».

Los planes de Hitler para la postguerra aparecieron siempre claros a mi padre, al menos en sus líneas principales. Sin embargo, fueron cambiando conforme proseguía el conflicto.

Tras la derrota de Francia en 1940 mi padre tuvo la impresión de que Hitler se proponía solucionar de una vez los problemas europeos. Las palabras de Hitler, leídas por el Mariscal Keitel ante la Comisión de Armisticio francesa, reunida en el Bosque de Compiégne el 21 de junio de 1940, parecieron indicar que el Gobierno nacionalsocialista intentaba seguir una política razonable. «Tras heroica resistencia, Francia ha sido derrotada en una serie de sangrientas batallas, y su resistencia ha cedido. Alemania no desea imponer a tan valeroso enemigo condiciones o negociaciones de carácter humillante».

En varias ocasiones, durante la campaña Africana, mi padre propuso a Hitler hacer a Francia copartícipe en la guerra contra los ingleses, concluyendo con ella un tratado de paz, y garantizándole sus posesiones de ultramar.

Hitler rehusó, aunque en 1941 ó 1942, y según mi padre, los franceses no se hubieran mostrado reacios a aceptar. El *Führer* dió como razón las dificultades que una alianza militar germanofrancesa hubiera creado con España e Italia. No dejaba de comprender las ventajas de la misma, pero las circunstancias impedían llevarla a cabo.

Mi padre me expresó sus opiniones personales acerca del problema de Europa, en el curso de un paseo, poco antes de su muerte.

Dijo que, a su entender —trato de repetir en lo posible sus palabras—, la tragedia de Europa tenía como origen la incapacidad napoleónica para mantener una unidad conseguida a base de tan largas campañas militares. Con dicha unidad, los pueblos europeos se hubieran ahorrado graves sufrimientos. Tómese, como ejemplo, las guerras de 1866, 1871 y 1914-18. La tragedia de Alemania residía en no haber conseguido tampoco la unificación durante la actual contienda. En tal caso el mundo habría tenido que tratar con 300 millones de europeos y no con 80 millones de alemanes, sin que los intereses vitales de otros países se sintieran lastimados. Añadió que había expresado estas ideas ante Hitler en 1943, recibiendo una respuesta adversa. Quizás se refiera a este incidente la siguiente anotación en su diario, tomada a raíz de una conferencia en el Cuartel General, el 4 de septiembre de 1943, es decir, un día después de los primeros desembarcos aliados en el sur de Italia.

4-9-43: El Führer me dió la impresión de tranquilidad y confianza. Intenta enviarme a celebrar una entrevista con el rey de Italia. Convino con mis ideas para el desarrollo de las operaciones en la península —defensa a ultranza de las costas—, a pesar de las objeciones de Jodl, poco acordes con una guerra moderna. El Führer considera prematura la unión de los Estados europeos.

La situación en el Este se agrava. Los rusos han conseguido una ruptura de importancia... No se atacará a los ingleses en Calabria, sino que dicha zona será evacuada.

20.30: Cena con el Führer. Me ha aconsejado precaución en mis negociaciones con el rey de Italia.

Durante la semana siguiente los aliados desembarcados en Calabria presionaron hacia el Río Sangro. El 9 de septiembre

de 1943, día en que Eisenhower lanzó el desembarco de Salerno, conocióse en Alemania la capitulación italiana.

Durante la confusión de los años inmediatos al final de la guerra se perdió, por desgracia, el diario de mi padre que abarcaba dicho período. Pero podemos utilizar otras fuentes, así como sus cartas, para obtener una idea de lo ocurrido.

En primer término está el libro del General Westphal, *El Ejército alemán en el Este*, donde se cuenta la visita del Almirante De Courten, ministro italiano de Marina, al Cuartel General del Sector sur, el día 7 de septiembre de 1943.

«El Almirante De Courten explicó que, según indicios claros, era inminente un desembarco aliado en las costas italianas. Ante tal perspectiva, la Marina no deseaba permanecer al margen, mientras se libraban encuentros decisivos. No querían ser víctimas de un nuevo Scapa Flow. En consecuencia, las unidades mayores realizarían un ataque por sorpresa contra la escuadra inglesa, tomando como base La Spezia y rodeando el extremo occidental de Sicilia, para salir al encuentro del enemigo. Dicho encuentro terminaría con la victoria o con la destrucción total. Aquel movimiento permanecería en secreto hasta el último instante, y los elementos aéreos de enlace alemanes subirían a bordo minutos antes de levar anclas. La emoción con que De Courten sugirió el proyecto, sus lágrimas y la alusión a la sangre alemana, de procedencia materna, que fluía por sus venas, no dejaron de obrar su efecto. Ni a Kesselring ni a mí se nos ocurrió pensar que todo aquello no fuera más que una estratagema para eliminar las sospechas alemanas acerca de la inminente entrega de la Flota italiana a los ingleses».

El 8 de septiembre de 1943, el General Westphal fue invitado a una conferencia en el Cuartel General de Roatta, situado en Monte Rotondo. En su libro relata así lo ocurrido:

«De improviso llegó una llamada telefónica alemana, procedente de Roma. La radio informaba de que se había concluido un armisticio. Roatta aseguró que se trataba de un ardid del adversario. El cambio de impresiones terminó con unas frases de Roatta en las que expresó su confianza en que nuestra colaboración fuera cada día más firme y eficaz. Durante el regreso pudimos observar la alegría de las muchedumbres romanas, prueba fehaciente de que la capitulación era real.

«A la noche siguiente —prosigue Westphal— Roatta telefoneó para decirme que durante nuestra entrevista no sabía aún nada de la rendición del país, y reafirmó su declaración, haciendo invocaciones a su honor».

He aquí lo que narran las cartas de mi padre:

9 septiembre 1943.

Queridísima Lu:

La traición italiana es ya evidente. Nuestro juicio fue acertado. Hasta ahora mis planes se desarrollaban bien, pero este giro en los acontecimientos los hace muy difíciles. Sin embargo, trataremos de salvar lo que podamos...

10 septiembre 1943.

Hacía tiempo que se esperaban los acontecimientos registrados en Italia. Por fin ha surgido lo que tanto quisimos evitar. En el sur ya hay tropas italianas luchando con los ingleses contra nosotros. En el norte procedemos a desarmar a los soldados y a mandarlos prisioneros a Alemania. ¡Qué fin más vergonzoso para un ejército!...

Antes de que finalizaran las operaciones, mi padre sufrió un repentino ataque de apendicitis, al que se refiere en la siguiente carta:

24 septiembre 1943.

Querido Manfred:

Gracias por tu carta del 13. Me horrorizo al pensar que aun sigues de vacaciones. Confío en que no olvidarás cuanto aprendiste. Mi operación de apendicitis tuvo lugar sin contratiempo. Todo ocurrió de manera imprevista. A las ocho de la noche me sentía perfectamente. Hora y media más tarde sufría agudos dolores en el lado derecho del estómago y me sentía muy enfermo. El dolor no se aplacó y pasé una noche muy mala, hasta que finalmente conseguí dormir, con ayuda de los medicamentos que me administró un doctor. Me operaron a la mañana siguiente.

Hasta ahora todo transcurre bien. Los traidores han sido desarmados, y muchos de ellos se encuentran ya a buen recaudo. Te acompaño un sobre con sellos...

Una vez la Wehrmacht alemana hubo completado el desarme del Ejército italiano, Hitler planeó dar a mi padre el mando en Italia, trasladando a Kesselring a Noruega.

Como mamá y yo recordamos muy bien, Hitler discutió con mi padre la posibilidad de una contraofensiva que nos hiciera recuperar el sur de Italia y acaso también Sicilia. Mi padre no vió la menor posibilidad de éxito, y añadió que no podía garantizar la defensa de la península con los elementos a su disposición. Temía especialmente que los aliados inmovilizaran frontalmente a la masa de las fuerzas alemanas empleadas en el sector central, realizando luego un desembarco por sorpresa en el valle del Po, mediante marinos y paracaidistas, con el fin de cortar la retirada alemana y provocar la caída de todo el sector sur de la «fortaleza europea».

Mi padre propuso ceder la Italia meridional y central, y detenerse en la línea de los Apeninos, al sur del valle del Po. Aquello acortaría el frente costero, permitiendo su mejor defensa. Por su parte, Kesselring opinaba que, dentro de las cir-

cunstancias reinantes, podía resistirse al sur de Roma durante algún tiempo. En el relato del General Westphal podemos apreciar cómo se consideraba la situación:

«... se pidió la opinión de Rommel. Éste declaró que los elementos anfibios de que disponía el enemigo hacían muy peligrosa toda línea situada demasiado al sur, y que el Ejército corría el riesgo de verse atrapado mediante un desembarco a sus espaldas. No quería hacerse responsable de dicho riesgo, si bien admitía que la línea al sur de Roma podía ser sostenida con la mitad de las tropas que harían falta en los Apeninos. Hitler vaciló durante largo tiempo... A mediados de noviembre ordenó a Rommel tomar el mando de las fuerzas de Kesselring, así como de las suyas. Pero cuando el telegrama no había sido todavía transmitido cambió de parecer, y dijo a Kesselring que se hiciera cargo del mando supremo en la península italiana a partir del 21 de noviembre de 1943».

Las tropas se aferran al terreno durante el desembarco en Normandía

Rommel y el General Speidez en Francia, 1944

La última carta que mi padre escribió desde Italia se refiere a dichos acontecimientos:

26 octubre 1943.

Queridísima Lu:

El cargo no fue confirmado. Parece ser que a última hora el Führer cambió de parecer. Sea corno quiera, la orden no llegó a firmarse. Desde luego, no estoy enterado de más detalles. Quizás no me creyó capaz de mantener la posición; o acaso tuvo la culpa mi retraso en asumir el mando. También pudieran existir otros motivos. De momento sigue, pues, Kesselring. A lo mejor me alejan. Estoy dispuesto a aceptar lo que venga.

La situación en el Este es muy crítica. Creo que tendremos que abandonar la gran curva del Dnieper en condiciones muy difíciles. En tal caso, tampoco podremos sostenernos en Crimea. La superioridad del enemigo es excesiva. No sé a dónde iremos a parar.

Hoy me ha visitado el Mariscal Graziani. Se trata de una personalidad impresionante, muy distinta a los demás jefes italianos que he conocido. Pero, de momento, carece de autoridad. Ni siquiera la policía italiana la ejerce. Tendremos que ayudarles. También vino el embajador japonés. Toda esta gente parece apreciarme mucho...

En mi viaje de ayer a la costa adriática visité el pequeño estado neutral de San Marino. Tras haber dado una vuelta por la ciudad y adquirido unos cuantos sellos, estaba a punto de partir, cuando se acercó un Ministro comunicándome que el Regente expresaba su deseo de verme. Volvimos al castillo...

... El Estado deseaba estar seguro de que su neutralidad sería respetada por el Reich alemán. Bien. Ya veremos.

San Marino no ha intervenido en ninguna guerra desde el año 1600. Napoleón quiso engrandecerlo y dotarlo de un puerto y algunos cañones, pero los Regentes rehusaron. Preferían seguir pequeños. Nadie puede nacionalizarse en San Marino…

El 21 de noviembre de 1943 mi padre subió a su aeroplano en Villafranca, para abandonar Italia definitivamente. Iba a desempeñar una nueva tarea. Regresaría a las ondulantes y verdes colinas de Normandía, donde en 1940 adquirió su merecida fama y que serían escenario de su última derrota militar.

TERCERA PARTE

LA INVASIÓN

CAPÍTULO X
INVASIÓN 1944

Por el Teniente General Fritz Bayerlein

Mi primera entrevista con el Mariscal Rommel, después de la campaña de África, tuvo lugar en el Cuartel General de Hitler, en la Prusia Oriental. Estábamos en julio de 1943. Los dos salíamos de una conferencia con el *Führer*. Habían transcurrido unos días desde el colapso de nuestra ofensiva en el sector de Bielgorod-Kursk (*última tentativa de Hitler en el frente oriental; L. H.*),[70] en el transcurso de la cual nuestras fuerzas quedaron eliminadas por los antitanques y demás defensas rusas, perdiéndose el grueso de los carros. Con esta derrota desaparecía toda posibilidad de una nueva ofensiva de verano en Rusia.

Tras la conferencia, Rommel y yo nos sentamos en el estudio, pasando a discutir la situación militar. Se había adaptado a las condiciones imperantes y estaba lleno de ideas para el futuro. Como la mencionada conversación constituye la única referencia por la que comprender sus opiniones en aquel período, la reproduciré hasta donde alcance mi memoria.

—Ya sabe, Bayerlein —me dijo— que hemos perdido la iniciativa. De eso no queda duda alguna. Acabamos de aprender, por vez primera en Rusia, que el optimismo no basta. Hay que contemplar los hechos bajo un ángulo distinto. Durante unos años no cabrá hablar siquiera de ofensivas, ni en el Este ni en el Oeste. Hemos de aprovechar las ventajas que proporciona la defensa. Contra los tanques, sólo vale el anti-

tanque. En el aire debemos disponer de cazas en mucha mayor cantidad, y abandonar la idea de realizar bombardeos. No veo la perspectiva tan negra como en África, si bien la victoria total es apenas concebible.

Le pregunté cómo imaginaba podría ser puesta en práctica una defensa eficaz.

—Deberemos luchar en líneas interiores —repuso—. En el Este habrá que retirarse con toda rapidez a una zona preparada de antemano. Nuestro esfuerzo principal tenderá a evitar que los aliados occidentales creen un segundo frente. Para ello concentraremos los máximos elementos de defensa. Si conseguimos hacerles fracasar, la perspectiva será mucho mejor para nosotros. Pronto estaremos produciendo enormes cantidades de material de guerra. Hace unos días me dijo el *Führer* que a partir de los comienzos de 1944 dispondremos mensualmente de 7000 aviones y de 2000 tanques. Si logramos mantener a raya a ingleses y americanos durante otros dos años, permitiéndonos la creación de nuevos centros de gravedad en el Este, nuestra hora habrá sonado de nuevo. La sangría rusa proseguirá hasta que nuestras tropas recuperen la iniciativa. Entonces podremos conseguir una paz tolerable.

Hablando de la táctica defensiva, dijo, poco más o menos, lo siguiente:

—Ya recordará, Bayerlein, lo difícil que nos fue atacar las defensas antitanques inglesas en África. Eran necesarias tropas de primera clase, magníficamente adiestradas, para conseguir resultados apreciables. He realizado un cuidadoso estudio de nuestras experiencias en Rusia. Los rusos son tercos e inflexibles, pero jamás conseguirán desarrollar un método tan hábil e ingenioso como el inglés. Atacan haciendo un de-

rroche tremendo de material, y tratan de abrirse camino gracias a su superioridad numérica.

»Si pudiéramos dotar a las divisiones de infantería alemanas de un número cada vez mayor de antitanques de 75 mm., y emplazarlos en posiciones cuidadosamente preparadas, tras extensos campos de minas, podríamos detener perfectamente a los rusos. Los antitanques son armas sencillas. Lo único preciso en este caso es que puedan atravesar las corazas adversarias desde una distancia prudencial, y sean útiles también como cañones de infantería.

»No existe la menor esperanza de mantenerse a nivel del enemigo en la producción de tanques, pero sí en antitanques. A cada carro que construyan, nosotros opondremos diez antitanques por lo menos.

Situación del Ejército alemán en Francia al producirse la invasión

«Supongamos ahora que los rusos atacan por un sector bien minado, tras el que nuestros antitanques formen una cortina de aproximadamente 10 Km. de profundidad. A pesar de sus enormes disponibilidades en material, habrían de detenerse durante unos días, y proseguir después con suma lentitud. Entretanto, más antitanques afluirían a nuestro dispositivo de defensa. Si el enemigo adelantara 5 Km. diarios, nosotros responderíamos estableciendo una franja de 10 Km., obligándoles a detenerse otra vez. Lucharíamos bajo la protección de posiciones que atacarían al descubierto. Perderíamos antitanques, y ellos carros. Para trasladar las piezas utilizaríamos caballos rusos o cualquier otro procedimiento similar. Debemos adoptar sus mismos métodos. Una vez las tropas quedaran convencidas de que pueden resistir en sus defensas, la moral aumentaría... La fabricación de carros y de antitanques extraordinariamente complicados debe ser suspendida. Nuestra única posibilidad en el Este reside en equipar el Ejército para una defensa a ultranza[71].

»Pero es en el Oeste donde reside la mayor dificultad. Si pudiéramos arrojar al mar a ingleses y americanos, pasaría mucho tiempo antes de que volviesen a poner pie en tierra firme...».

Esta conversación acudió a mi memoria cuando oí que el Mariscal había sido encargado de organizar la defensa de las costas francesas. Rommel estaba convencido de que tanto allí como en el Este era imposible una victoria por medio de campañas móviles, y no sólo por la superioridad aérea angloamericana, sino porque la industria alemana no se hallaba a la altura de la de los aliados en la producción de tanques, cañones, antitanques y vehículos. La solución mejor quedó expresada en un informe presentado a Hitler con fecha 31 de diciembre de 1943, a raíz de una visita de inspec-

ción a la costa atlántica. Empezaba por sugerir el punto probable de desembarco aliado. Es interesante comprobar cómo su opinión de entonces se diferenciaba de la que expresaría más adelante.

«El desembarco principal —indica— tendrá lugar probablemente por el sector del 15.º Ejército (el *Paso de Calais*), por ser desde allí desde donde podríamos lanzar un ataque en gran escala y desde larga distancia contra Inglaterra y, sobre todo, su capital. Si el mar está agitado, el propósito principal del enemigo consistirá en apoderarse rápidamente de un puerto o puertos que le aseguren el atraque de grandes buques. Es más: tratará también de conquistar la zona desde la que se lance nuestro ataque contra la isla.

»... Es fácil que realice su esfuerzo principal contra el sector situado entre Boulogne y el estuario del Somme, y a cada lado de Calais, donde disfrutaría de gran apoyo de su artillería de largo alcance, siendo a la vez la ruta más corta para el asalto, para el envío de aprovisionamientos y para el empleo del arma aérea. En cuanto a las tropas aéreotransportadas, debemos esperar que el grueso de las mismas se utilice para abrir brecha en nuestro frente costero desde retaguardia, y tomar posesión del área desde donde se disparen nuestros proyectiles cohetes de largo alcance.

» ...El momento del ataque resulta incierto, pero el adversario hará lo posible para emprenderlo antes de que empiece nuestro ataque desde larga distancia contra Inglaterra. Si, debido al mal tiempo o a borrasca en el mar, fracasara en su propósito, el ataque tendrá lugar a principios, o poco después, de iniciada nuestra campaña contra la isla, ya que cuanto mayor sea la duración de esta última, más se harán sentir sus efectos sobre la moral de las tropas angloamericanas. Si lanzamos nuestro ataque durante un período de mal

tiempo, desfavorable al desembarco, dispondremos de la posibilidad de crear condiciones particularmente adversas para la acción enemiga[72].

» ...Probablemente precederán al desembarco ataques fortísimos desde el aire, y la operación en sí tendrá lugar bajo cubierta de pantallas de humo y protección de numerosos buques de guerra. Además del desembarco propiamente dicho, se arrojarán tropas tras de las líneas costeras de los sectores principales, con el fin de quebrantar las defensas desde retaguardia y crear una cabeza de puente en el mínimo posible de tiempo.

»La línea de defensa sufrirá severos daños, debido a su debilidad, y resulta dudoso que siga en condiciones de rechazar al enemigo, cuyas fuerzas se aproximarán en amplio frente, mediante centenares de botes de asalto blindados, y bajo cubierto de niebla artificial. Si el asalto no es rechazado, nuestro endeble frente quedará roto bien pronto, y el enemigo establecerá contacto con las fuerzas aéreotransportadas que ataquen desde retaguardia.

»Apenas cabe esperar un contraataque fructífero con las escasas reservas de que disponemos por el momento, tras de la costa, desprovistas de cañones a propulsión mecánica y de antitanques en cantidad adecuada. Sabemos por experiencia que el soldado inglés logra consolidar el terreno ganado y sostenerse tenazmente en él, gracias al apoyo de sus formaciones aéreas y de los cañones de sus barcos, cuyo fuego dirigen observadores desde la primera línea.

»Con las escasas defensas de que disponemos ahora, el enemigo logrará establecer cabezas de puente en varios puntos, consiguiendo penetrar a fondo en algunos sectores. Una vez haya ocurrido así, sólo la rápida intervención de nuestras reservas operativas podrá arrojarlo otra vez al mar. Para

ello dichas fuerzas habrán de ser mantenidas muy cerca de los lugares afectados.

»Si las reservas han de ser trasladadas desde el interior, la maniobra requerirá no sólo mucho tiempo —que el enemigo utilizará para reforzar su penetración, organizándose para la defensa o la prosecución del ataque—, sino que permanecerá continuamente bajo la amenaza de los ataques aéreos. Teniendo en cuenta la superioridad material y numérica del enemigo, su gran adiestramiento y su tremendo potencial aéreo, me parece muy dudosa una victoria de nuestras armas en el Continente. Ingleses y americanos se han mostrado tan superiores en el aire, que todo movimiento en gran escala es ya imposible, tanto en el frente como en retaguardia, de día o de noche. Nuestros aparatos sólo han podido operar en contadas ocasiones».

Las conclusiones que Rommel extraía de tales argumentos resultan sumamente instructivas. Mas, a pesar de sus escasos recursos, de sus mal armadas y peor equipadas divisiones de infantería, se veía obligado a admitir la posibilidad de que aquéllas infligiesen una derrota al enemigo. Continúa:

«... Considero que debe realizarse una tentativa para rechazar al adversario en las playas, y en todo caso, librar la batalla en la más o menos preparada faja costera. Ello requerirá la construcción de una zona fortificada y minada que se extienda desde la costa hasta 8 ó 10 Km. hasta el interior y pueda ser defendida en ambos sentidos. Los campos de minas actuales, cruzados por alambradas, representan un obstáculo escaso o nulo, ya que en poco tiempo se abrirían pasillos que los atravesaran. La zona minada que propongo consistiría en numerosos campos, cada uno de varios kilómetros de longitud y anchura, trazados según un plan bien meditado, entre la costa y una línea situada 10 Km. al interior.

Comprendo que se necesitará un número extraordinario de minas. Por el momento, bastaría, sin embargo, que se colocaran en los frentes costero e interior, simulando el resto.

»Ciertos sectores de esta zona, en especial los paralelos a la costa y los que siguen las carreteras, deberían mantenerse abiertos para nuestro contraataque. En los combates con los ingleses hemos aprendido que extensos campos de minas, con núcleos de resistencia desparramados por su interior, se hacen muy difíciles de conquistar. Además, las zonas minadas de este tipo pueden ser guarnecidas por tropas auxiliares o formaciones de reserva.

»Las divisiones empleadas en la costa tendrán ante sí dos tareas: defenderla contra un desembarco enemigo y resistir, 8 ó 10 Km. tierra adentro, los ataques de las fuerzas aéreotransportadas. Si éstas descendieran sobre la zona minada, no sería difícil destruirlas allí mismo.

»Algo sumamente necesario, siquiera para reducir los efectos del bombardeo naval y aéreo, es el aumento en profundidad de la franja costera. El jefe de toda división situada en la costa emplazará su puesto de mando en mitad de la zona minada, ya que en cierto sentido habrá de actuar como comandante de una fortaleza.

»Caso de que alguna zona escape al ataque, la división que la guarnece podrá retirarse y ser reemplazada, si las circunstancias lo permiten, por tropas auxiliares o refuerzos. Aun cuando los efectivos sean escasos, estas zonas minadas poseerán una gran eficacia defensiva.

»... El número de antitanques y ametralladoras de tiro rápido situado a vanguardia de la zona costera resulta insuficiente, por ahora. Teniendo en cuenta que debemos procurar la destrucción de las unidades de desembarco mientras siguen en el agua, o cuando menos en el momento de ganar la

playa, los efectivos de las tropas defensoras de este sector avanzado habrán de sufrir un considerable aumento. La defensa sería relativamente fácil mientras las embarcaciones adversarias se encontraran todavía navegando. Una vez desembarcados tropas y material, el poder combativo de dichos elementos se multiplicaría de manera asombrosa.

»En consecuencia, será necesario que en los sectores más comprometidos se acumulen antitanques pesados, cañones de propulsión autónoma y antiaéreos, todo ello situado en una zona avanzada, desde donde sea posible trasladarlo con toda rapidez a la costa, para entablar combate mientras el enemigo desembarca.

» ...Considero de la máxima urgencia mantener dos divisiones de reserva a corta distancia, hacia el este de las defensas costeras, y a lo largo de los sectores más amenazados, es decir, los que se encuentran entre Boulogne y la desembocadura del Somme. Dichas divisiones podrían intervenir, una vez identificado el punto crucial del ataque enemigo, impidiendo la creación de una cabeza de puente. Más que una acción en gran escala, se procurará la destrucción gradual de las tropas de desembarco, por medio de pequeños grupos de combate. La batalla de la costa habrá terminado probablemente en unas horas, y si la experiencia no nos engaña, la afluencia de elementos desde retaguardia resultará decisiva. Una de las condiciones básicas para el triunfo de este contraataque de las reservas consiste en el manejo de fuerzas aéreas que apoyen la acción, y sobre todo alejen a los bombarderos enemigos».

Los métodos expuestos por Rommel para explotar los recursos disponibles demuestran su capacidad improvisadora y su completo dominio de la técnica. El nuevo plan de defensa implicaba un completo alejamiento de las doctrinas y de los

sistemas ortodoxos, y en modo alguno incurría Rommel en el defecto de «admirar rígidamente sus propias ideas». Sigue una breve descripción de los detalles básicos de su esquema, basada en documentos redactados por él mismo.

Campos de minas

«Durante los dos años que duró la campaña de África tuve oportunidad de observar la importancia de los campos minados, en sus diferentes modalidades, familiarizándome con el uso en masa de tal medio, por parte del enemigo. En comparación con los suyos, nuestros recursos eran desgraciadamente escasos. Tras el feliz resultado de las campañas de la Marmárica y Cirenaica, en el invierno 1941-1942, los ingleses hicieron un uso extensivo de las minas, al construir su nueva línea, que se extendía desde Ain el Gazala hasta 80 Km. al sur, en pleno desierto. En dicha línea y en los puestos avanzados de Tobruk habían colocado, en dos meses, más de un millón de artefactos, construyendo, además, campos de enlace que, en algunos lugares, alcanzaban una anchura de varios kilómetros.

»... Durante los encuentros que siguieron, alrededor de Bir Hacheim, en la línea de Gazala, ante Tobruk, y finalmente en la conquista de la propia ciudad, nos encontramos una y otra vez ante la necesidad de derrotar a un enemigo fuertemente atrincherado, con abundantes antitanques y a veces incluso carros, muy al interior de la zona minada. Tales encuentros resultaban extraordinariamente sangrientos, aunque, gracias al valor de nuestras tropas y a la tenacidad y dotes de mando de los oficiales, logramos con frecuencia la victoria. Aquello me demostró la importancia que los ingleses concedían al minado en gran escala. De haber sido tropas alemanas las que guarnecían dichas posiciones, nadie hubiera podido tomarlas».

Como resultado de sus experiencias en África, Rommel estaba convencido de que mediante extensos campos de minas, las mal pertrechadas divisiones alemanas[73] podrían rechazar con éxito a las fuerzas estadounidenses y británicas.

El siguiente extracto de una carta escrita por el General Meise, jefe de Ingenieros del Grupo de Ejércitos B, el día 17 de marzo de 1944, demuestra el alcance de los planes de Rommel respecto a los campos minados:

«... Para el primer sector, que se extiende en una anchura de 1000 m. a lo largo de la costa, y para otro similar más al interior, se requerirán 10 minas por metro, lo cual representa para toda Francia un total de 20 millones de explosivos. Para el resto de la zona (8000 m.) serán necesarios 200 millones...».

Aunque hizo tremendos esfuerzos para conseguir dichas cantidades, llegaron demasiado tarde para resultar efectivas. Sin embargo, si Hitler le hubiera encargado de la defensa de las costas en el verano de 1943, la batalla de invasión se hubiera inclinado a favor de Alemania. El Mariscal organizó la fabricación de minas en la propia Francia, donde se encontraban explosivos suficientes, capturados durante la ocupación, para producir 20 millones de minas contra la infantería. La siguiente nota del *Diario de Campaña* del Grupo de Ejércitos B demuestra los resultados conseguidos:

«Hasta el 20 de mayo de 1944 fueron colocadas en la costa del Canal 4.193 167 artefactos, más de la mitad por iniciativa de Rommel, y la mayoría, después de finales de marzo. En dicho corto período, y también gracias al Mariscal, 1.852 820 quedaron preparadas para su terminación».

El modo en que Rommel imaginaba la batalla en dichas zonas queda demostrado en el siguiente extracto de un escrito suyo:

«Entre y alrededor de los tanques estacionarios, los núcleos de resistencia y los nidos, se establecerán campos minados, de gran profundidad, con explosivos de todas clases. Su eficacia será extraordinaria. Si el enemigo logra poner pie en tierra firme, la continuación del ataque a través de aquellos campos y contra los núcleos de defensa establecidos en su interior presentará grandes dificultades. Habrá de abrirse camino por una zona de muerte, mientras el fuego de nuestra artillería colabora a su destrucción. Y ello ocurrirá no sólo en la costa, sino en los numerosos y extensos campos situados más al interior. Las tropas aereotransportadas que intenten llegar hasta la costa, desde retaguardia, sufrirán también las consecuencias de dichas zonas minadas».

Obstáculos[74]

Referente a estos obstáculos, Rommel escribió lo siguiente:

«... desde finales de enero se ha procedido a la instalación de obstáculos a todo lo largo de la costa atlántica. En los lugares más importantes dicha instalación está ya casi completa. Se preguntará por qué dicha tarea no fue emprendida antes, ya que de este modo la franja sería mucho mayor. La respuesta es que nadie pensó en tal forma de defensa. Aun cuando el trabajo se haya iniciado tarde, existen considerables ventajas, ya que el enemigo habrá de adaptarse a un sistema defensivo que ocasionará multitud de pérdidas entre sus unidades asaltantes. Incluso es posible que estos obstáculos hayan contribuido al aplazamiento de la ofensiva adversaria...

»El objeto de las mencionadas obstrucciones consiste no sólo en detener la aproximación a las playas —que se llevará a cabo utilizando centenares de lanchas de desembarco y buques, vehículos anfibios y tanques a prueba de agua, bajo cu-

bierta de la obscuridad o de la niebla artificial—, sino también destruir el equipo y las tropas. Consisten en una amplia variedad de obstáculos, provistos de minas o proyectiles artilleros. Se llevarán a cabo los máximos esfuerzos para instalarlos en profundidad y hacerlos efectivos sea cual fuere el estado de la marea. Los recientes ejercicios angloamericanos parecen indicar que el desembarco se efectuará dos horas después de la marea baja, y una vez la artillería y los bombarderos hayan tratado de destruir los obstáculos. Todos sabemos lo difícil que resulta abatir las alambradas por medio de fuego artillero. Mucho más difícil será ocasionar daños a una amplia franja de duros obstáculos, hasta el punto de permitir un desembarco frente a ellos. Serían necesarias inmensas cantidades de munición y bombas, así como una preparación extraordinariamente larga. Y si, contrariamente a lo esperado, el enemigo consigue allanar los obstáculos situados bajo el agua, ello nos indicará el lugar de su aproximación y nos permitirá acumular las necesarias reservas.

»Cuanto más tiempo nos conceda el enemigo, mayores serán los obstáculos, y más tarde o más temprano nuestros batallones se encontrarán en posición de informar acerca de los excelentes resultados de tales franjas, en las que figurarán millares de minas y de explosivos de todo género...».

Según el General Meise, se instalarían cuatro zonas de obstáculos submarinos. El extracto de una carta con fecha 17 de mayo de 1944 las describe del siguiente modo:

La primera, a 2 m. de profundidad en la marea alta; la segunda, a 2 m. cuando la marea se encuentra en su mitad; la tercera, a 2 m. en la marea baja, y la cuarta, a 4 m., también en la marea baja.

El día de la invasión, las dos primeras estaban completas en muchos sectores, especialmente en Normandía; pero no

así las más profundas, debido al poco tiempo disponible, aunque Rommel había realizado ya extensos preparativos para su construcción.

El nivel de los éxitos obtenidos por Rommel en este sentido queda demostrado por la siguiente nota, que aparece en el *Diario de Campaña* del Grupo de Ejércitos B:

«Hasta el 13 de mayo de 1944 se construyeron a lo largo del canal 517 000 obstáculos, 31 000 de los cuales estaban provistos de minas».

Precauciones contra aterrizajes

También aquí Rommel ofrece una explicación de sus proyectos y de la manera de ejecutarlos:

«Me referiré ahora a las seguridades que deben adoptarse contra las tropas aereotransportadas. Es muy posible que el enemigo ponga en juego todos sus recursos al iniciar el ataque, con el fin de obtener una rápida decisión y asegurarse un amplio sector en la costa. Las Potencias enemigas disponen de buen número de poderosas y bien adiestradas formaciones aereotransportadas. Debemos prepararnos para la posibilidad de que dichas fuerzas se utilicen contra las zonas defensivas costeras, tanto en un ataque por sorpresa como después de un breve pero intenso bombardeo. Puede ocurrir también que desciendan numerosos paracaidistas, aprovechando la claridad lunar, o bien al amanecer o anochecer, tanto en la costa como unos cuantos kilómetros al interior. Tropas aereotransportadas, hasta alcanzar los efectivos de una división, podrían aterrizar mediante planeadores, intentando el quebranto de las defensas desde retaguardia. También es posible que el enemigo haga descender formaciones de este género muy al interior del país, para utilizarlas operativamente o bien desperdigarlas en pequeños grupos de combate que traten de conseguir una rápida movilización del

Ejército Secreto. Pero mientras permanezcamos en la costa estaremos en condiciones de eliminar, más tarde o más temprano, a las tropas aereotransportadas que intenten operaciones en gran escala o a los grupos que actúen en el interior.

»... Lo más importante es, pues, que todas las comarcas capaces de ser utilizadas para aterrizajes de tal género se dispongan de modo a destruir los aparatos o planeadores en el momento de tomar tierra, infligiendo al enemigo tremendas pérdidas en hombres y material, además de las ocasionadas por nuestro fuego defensivo... Todas las divisiones adoptarán las medidas necesarias para que las zonas que se extienden entre los frentes terrestre y marino queden rápidamente preparadas».

Los obstáculos planeados por Rommel consistían en estacas de 3 m. de altura clavadas en el suelo de 30 en 30 m. Comprendió luego que no representaban un obstáculo insuperable para tropas que emplearan planeadores, y en consecuencia ordenó que una gran parte de las mismas estuvieran provistas de granadas situadas en su extremo, estableciéndose contacto por medio de alambres. Los proyectiles explotarían a la más leve presión sobre aquéllos. Los experimentos demostraron que todo planeador que aterrizase en una zona preparada de tal modo sufriría terribles daños. Pocos días antes de la invasión, Rommel consiguió se le cediera un millón de proyectiles capturados con los que armar dichos obstáculos, pero era demasiado tarde. No había ya tiempo para instalarlos.

© Royston Leonard / mediadrumworld.com

LAS CARTAS DE ROMMEL DESDE EL OESTE

Diciembre 1943-Junio 1944.

Si bien disponemos de detalles suficientes acerca del punto de vista de Rommel sobre la invasión, no existe por desgracia ningún escrito suyo que abarque dicho período y que nos permita comprender mejor sus preocupaciones. La única fuente verídica debe buscarse en las cartas que escribió a su esposa e hijo durante aquellos meses, y cuyos párrafos más interesantes ofrecemos a continuación:

Durante el viaje de inspección por la costa danesa

8 diciembre 1943.

Queridísima Lu:

Hoy hemos partido hacia el punto más septentrional. El viaje terminará dentro de un par de días, y luego se iniciarán los procedimientos de costumbre. En el Este y Sur prosigue la dura lucha. No necesito decirte cuáles son mis sentimientos al considerar el futuro.

He oído decir que la movilización comprenderá incluso a los muchachos de catorce años, que serán enviados al Servicio de Trabajo y a las tareas de la defensa, según su estatura y capacidad individual.

11 diciembre 1943.

Hemos regresado de la capital (*Copenhague*). Unos días de papeleo y luego proseguirá el trabajo.

Aquí en Dinamarca aún puede adquirirse cuanto se quiera, aunque, desde luego, los daneses sólo venden a sus compatriotas. He comprado unos cuantos regalos de Navidad, empleando el poco dinero de que dispongo. (*Al igual que a todos los militares alemanes, sólo le fue asignada una modesta cantidad en dinero danés*).

Tras la llegada a Francia

15 diciembre 1943.

... Llegué ayer sin novedad. Me he alojado en un bonito *château (Fontainebleau)* que perteneció en otros tiempos a *Madame* de Pompadour. Pero no estaré mucho tiempo. Mañana salimos, según se nos acaba de anunciar. Parece ser que ingleses y americanos se han enterado, con suma rapidez, de que me encuentro aquí.

He comido con R. (*Rundstedt*). Parece satisfecho, y creo que todo marchará bien, pero antes he de hacerme cargo personalmente de la situación y ver cómo se prepara el porvenir.

El antiguo palacio es una maravilla. Hace dos siglos los franceses construían con amplia generosidad para sus clases superiores. Comparados a ellos, podemos considerarnos unos verdaderos provincianos.

25 diciembre 1943.

Me alegró muchísimo recibir vuestra comunicación telefónica de anoche y enterarme de que los dos seguís bien. Por fortuna la conferencia fue perfecta. Desde luego, la noticia más sensacional ha sido la de la incorporación de Manfred para el 6 de enero. Estoy seguro de que a él le gusta la perspectiva, pero a nosotros, y sobre todo a ti, nos resultará penoso verle partir. Tardaremos mucho tiempo en acostumbrarnos a la idea.

Os deseo a los dos unas felices Navidades. Aprovechad estos días en que aún permanecéis juntos... Ayer por la tarde estuve con los oficiales de mi Plana Mayor y luego con los soldados. Resulta difícil mostrarse alegre, al menos por ahora.

19 enero 1944.

Regreso hoy de mi largo viaje. He visto muchas cosas y me considero satisfecho con los progresos obtenidos. Estoy seguro de que ganaremos la batalla defensiva del Oeste, siempre y cuando se nos deje un poco más de tiempo para prepararnos. Günther saldrá hoy con una maleta. Tiene que traer mi traje de paisano, abrigo, sombrero, etcétera. Me gustará salir alguna vez sin el imprescindible bastón de mariscal…

En el Este la situación parece haberse estabilizado.

En el Sur, encarnizada lucha y ataques aun más violentos.

En el Oeste: estoy convencido de que lograremos rechazar el asalto.

21 enero 1944.

Desde ayer poseo dos perros que me regaló la O.T.

[75]1 Uno de ellos tiene un año; su pelo es largo y posee prolongados bigotes. El otro tiene sólo tres meses, y se mostró inmediatamente muy afectuoso, al contrario de su compañero. Los dos descansan ahora bajo mi escritorio. El mayor ladra en cuanto se aproxima alguien. De vez en cuando aullan por la noche. Quizás añoren a su antiguo amo.

26 enero 1944.

La tarea se está haciendo decepcionante. Una y otra vez tropezamos con trabas burocráticas, impuestas por individuos que se obstinan en resistir a todo cuanto represente novedad o progreso. Pero aun así lograremos triunfar. He tenido que separar a mis dos perros, ya que el mayor hubiera terminado por matar al pequeño.

29 enero 1944.

La situación en el Este sigue muy comprometida, aunque estamos eliminando a masas de tanques enemigos —860 en

los últimos tres días—, cantidad que les será difícil reemplazar.

En Italia todo ha ido ocurriendo como temí. Los flancos, tan amplios y carentes de protección, representan un gran peligro. Sin embargo, estoy seguro de que conseguiremos restablecer el equilibrio.

Me he hecho hacer un abrigo en París. El viejo era demasiado delgado y rígido…

31 enero 1944.

Querido Manfred:

Me complació mucho tu primera carta como auxiliar de la Luftwaffe y el observar lo bien que te has adaptado a la nueva situación. No resulta fácil para un joven como tú abandonar la casa paterna. Quizás en febrero te concedan unos días de permiso y entonces ya nos lo contarás todo. Tendré un trabajo enorme antes de poder afirmar que estamos preparados para la batalla. Cuando el frente permanece tranquilo, la gente se vuelve perezosa y despreocupada. Pero el contraste entre estos tiempos y los que se avecinan será muy duro, y me parece esencial prepararme convenientemente para cuando lleguen.

Tengo que trabajar mucho y me veo obligado a removerlo todo de arriba abajo.

Te deseo mucha suerte y te mando cariñosos saludos.

Tu padre.

31 marzo 1944.

Queridísima Lu:

No hay noticias de importancia. Parece ser que Stalin ha formulado toda clase de demandas a los aliados, entre otras, la de proporcionarle una flota equivalente a la antigua italiana del Mediterráneo (para zafarse a la actual dependencia de

las de América e Inglaterra), la donación de tres puertos en el Mediterráneo (Taranto, otro en Palestina y un tercero en el Norte de África), el poder disponer de un tercio del petróleo árabe y la implantación de una fecha definitiva para el establecimiento del segundo frente en la Europa occidental. Si no se cumplen dichas condiciones, Stalin se considerará relevado de sus compromisos con los occidentales. Resultaría espléndido que todo terminara así. Ayer me sentí muy animado. Aunque nuestra debilidad es todavía evidente, contemplamos el futuro con absoluta confianza.

27 abril 1944.

Parece ser que ingleses y americanos van a dejarnos tranquilos por ahora, lo cual representa una tremenda ventaja para nuestras defensas costeras, porque a cada día que transcurre éstas van aumentando..., al menos en tierra. No puede decirse lo mismo del aire, pero aun esto cambiará dentro de poco en beneficio nuestro.

Mi perro se muestra muy afectuoso y le gustan mucho los dulces. Duerme en mi habitación, debajo de la estantería, con las maletas. Pronto lo vacunaré. Ayer volví a cabalgar, pero hoy me duelen las articulaciones.

Esta tarde vendrá Guderian. El asunto con Geyr von Schweppenburg[76], a quien tuve que tratar con cierta rudeza, al no querer aceptar mis planes, ha quedado resuelto, por orden superior, de la manera que yo esperaba.

8 mayo 1944.

La O.T. me ha obsequiado con un enorme perro de caza, marrón, con el pelo muy suave. Es joven, muy diestro y afectuoso. Se ha acostumbrado enseguida a su nueva vida aquí. *Elbo (el más joven de los anteriores; Rommel había mandado el otro a su esposa, pero fue atropellado por un coche)* parecía ce-

loso al principio, pero ahora se divierte mucho con el recién llegado. Al principio *Elbo* se disgustaba mucho a las horas de comer. Me parece que pronto te mandaré a *Elbo* o haré que te busquen otro. Resulta extraño hasta qué punto distraen y cómo le hacen olvidar a uno las preocupaciones.

15 mayo 1944.

Ya estamos a mediados de mayo sin que nada ocurra, aunque parece ser que en Italia se ha iniciado un ataque en pinza, que quizá sea el preludio de mayores acontecimientos para la primavera o el verano. He estado ausente un par de días, cambiando impresiones con oficialidad y soldados. Resulta sorprendente lo que se ha conseguido en estas últimas semanas. Estoy convencido de que el enemigo pasará muy malos ratos, cuando ataque, y no conseguirá éxito alguno.

19 mayo 1944.

Hace un par de días llamé al *Führer* por teléfono. Es la primera vez que lo hago. Estaba de excelente humor y no escatimó las alabanzas respecto a mi trabajo. Espero conseguir una celeridad aún mayor.

El tiempo se mantiene frío, y por fin ha empezado a Rover. Los ingleses habrán de tener paciencia. Estoy tratando de obtener unos días de permiso, en junio. Por ahora resulta imposible. Por desgracia las cosas no andan bien en Italia. La tremenda superioridad artillera del enemigo y su potencial aéreo han conseguido romper nuestro frente.

21 mayo 1944.

Ayer la aviación volvió a mostrarse muy activa. Hoy no ocurre nada. Los éxitos aliados en Italia resultan un grave contratiempo. En tierra no estábamos en mala posición. Lo que ocurre es que, lo mismo que en África, el enemigo dispone de una gran superioridad aérea y de un municionamiento

inagotable. Espero que aquí en el Oeste todo adopte mejor cariz. Hasta la fecha no se ha producido preparación aérea alguna. Los daños causados hace unos días han sido reparados…

… Ayer vino a visitarnos Rundstedt. Por la tarde conversé con un oficial inglés capturado, que se mostró muy razonable.

PREPARATIVOS DEL ALTO MANDO PARA LA INVASIÓN

En una arenga pronunciada el 20 de marzo de 1944, Hitler expuso a los altos jefes de las tres armas una opinión general acerca del papel que el teatro occidental representaría en la guerra. He aquí algunos párrafos:

«… es evidente que habrá de producirse un desembarco angloamericano en el Oeste. Ahora bien, no sabemos dónde ni cuándo. Tampoco es posible establecer conjeturas razonadas. Las concentraciones de buques que se observen no deben ser tomadas como síntoma de que la elección haya recaído sobre un sector determinado del Atlántico, desde Noruega al Golfo de Vizcaya, o del Mediterráneo, en el sur de Francia, las costas italianas o los Balcanes. Tales concentraciones pueden ser desplazadas en cualquier momento, a cubierto de la mala visibilidad, o efectuarse tan sólo con el fin de engañarnos. En ningún lugar de nuestro largo frente es imposible un desembarco, exceptuando los sectores inaccesibles de la costa. Las zonas más favorables, y por consiguiente las más amenazadas, son las dos penínsulas occidentales de Cherburgo y Brest, que ofrecen tentadoras posibilidades para establecer una cabeza de puente, capaz de ser aumentada progresivamente por la utilización en masa de fuerzas aéreas y de armas pesadas de todas clases.

»... Lo más importante para el enemigo consiste en conquistar un puerto que le permita desembarcos en la mayor escala. Solamente esto confiere ya una importancia capital a las costas occidentales y a sus puertos. Se han cursado órdenes para que se les considere «fortalezas», cuyo jefe quede responsable de la buena marcha de los tres servicios y haga la fortaleza inexpugnable. Se le responsabilizará asimismo de que la plaza resista hasta el último cartucho y la última ración de campaña, es decir, hasta que no quede posibilidad alguna de proseguir la lucha.

»... La operación de desembarco no podrá prolongarse, bajo ningún concepto, más allá de unas horas, o, todo lo más, días, como demuestra el ejemplo de Dieppe. Una vez rechazado, el enemigo no repetirá su tentativa. Dejando aparte el número de bajas sufridas, necesitará varios meses para un segundo intento. Con todo, no es éste el único factor que lo impida, sino también el rudo golpe sufrido en la moral de sus tropas y mandos. De momento impedirá la reelección de Roosevelt, el cual podrá considerarse afortunado si termina en una cárcel. También en Inglaterra el cansancio existente se acentuará aún más. Churchill, ya viejo, enfermo y con menos influencia, será incapaz de organizar un nuevo desembarco. Muy pronto podremos oponernos, con fuerzas equivalentes, a las 50 ó 60 divisiones adversarias. La destrucción de las unidades atacantes significa mucho más que una decisión puramente local en Occidente. Es el factor decisivo en la contienda, que marcará el resultado de la misma.

»Las 45 divisiones que ahora tenemos en Europa son necesarias en el frente oriental, y serán transferidas al mismo en cuanto consigamos una decisión en el Oeste. Ello ocasionará un cambio perceptible. Como es en el Oes-

te donde está localizado el frente fundamental de esta guerra, en el comportamiento de los soldados que lo guarnecen descansa el final de la misma y el futuro del Reich. El absoluto convencimiento de que el esfuerzo individual es la base sobre la que se asienta todo nuestro futuro deberá presidir los pensamientos de oficiales y soldados».

De esta arenga del *Führer*, tomada taquigráficamente, se desprende que en el Cuartel General reinaba una falta absoluta de decisión. Aunque los puntos por los que podía producirse un desembarco eran varios, rehusaban convencerse de que se hacía necesario establecer concentraciones adecuadas. Hitler se encontraba indeciso entre dos tendencias: la representada por el Mariscal von Rundstedt y Geyr von Schweppenburg, de una parte, y la de Rommel, por otra.

El General Geyr von Schweppenburg, que por aquel entonces era responsable del adiestramiento de las divisiones acorazadas en Francia, deseaba formar un Grupo Panzer, bajo su mando, que incluyera a todas las divisiones blindadas acantonadas alrededor de París. Consideraba asimismo que debía permitirse a ingleses y americanos un desembarco y la consiguiente penetración, para que sus fuerzas fueran destruidas y rechazadas hacia el mar, por medio de una contraofensiva en gran escala.

Aunque su primera propuesta fue rechazada por los expertos, su segundo argumento cayó en terreno abonado, ya que la mayoría de los jefes superiores alemanes conocían sólo el frente del Este y la clase de guerra bidimensional librada allí. Dichos jefes carecían de una idea clara acerca de los efectos obrados por la superioridad aérea enemiga en el frente sur, y consideraban a ingleses y americanos como incompetentes para las campañas móviles, y en modo alguno comparables a nuestros veteranos de las campañas del Este.

Como puede observarse por el relato de Rommel, era mucha su experiencia, adquirida en el Norte de África, acerca de los métodos de guerra más modernos. Ni uno solo de los jefes que se oponían a él en Francia se había medido con un adversario tan diestro como aquél al que conoció en el teatro de la guerra Africano. Su idea de colocar a todas las Divisiones Panzer en el sector más peligroso de la costa ocasionó comentarios adversos entre quienes la consideraban poco meditada estratégicamente. En realidad, sus éxitos en África residieron en un arte especial para concentrar el máximo de fuerzas en el debido lugar y en el momento más adecuado, y en esto tenía más experiencia que cualquiera de los otros, especialmente el General Geyr von Schweppenburg[77].

Es digno de tenerse también en cuenta que Rommel había solicitado el traslado de otras seis u ocho divisiones Panzer y de siete a nueve motorizadas desde Alemania hasta la zona de París[78], donde quedarían emplazadas como reserva operativa. El 17 de marzo sostuve una larga conversación con Rommel en La Roche Guyon (*Cuartel General de este último en Francia*), acerca de las diferencias existentes entre los generales procedentes del Este y aquéllos con experiencia en las campañas Africanas. Mientras paseábamos por el parque, Rommel se expresó, más o menos, en los siguientes términos:

«Nuestros amigos del Este no pueden imaginar la tarea que les aguarda aquí. No se trata ya de hordas fanáticas que avanzan en masa contra nuestras líneas, sin consideración hacia las pérdidas y sin poner en práctica recursos tácticos de importancia; por el contrario, nos enfrentaremos a un enemigo que aplica toda su inteligencia natural a extraer el máximo partido de la táctica, que no escatima el material y cada una de cuyas operaciones se desarrolla

con la misma pulcritud que si hubiera sido ensayada de antemano repetidas veces. El atrevimiento y el ardor no bastan ya a los soldados, Bayerlein. Éstos han de ser también inteligentes hasta un punto que les permita utilizar al máximo los recursos bélicos de que disponen. Hasta qué punto el adversario lo sabe, es cosa que ya aprendimos en África».

Después de la experiencia adquirida en el Este, no pude menos —de estar conforme con sus palabras. Lo que más nos perjudicaba en Rusia era cierto complejo de inferioridad nacido del escaso equipo de los hombres y de la mala conducción de las operaciones por parte del O.K.W., que con frecuencia nos costó tremendas bajas. A ello hay que añadir el temor a caer prisionero de un adversario inhumano. Recuerdo oír decir a Rommel:

«No tiene usted idea de lo difícil que resulta convencer a esta gente. En otras épocas consideraron las batallas de movimiento como algo que se debía evitar a toda costa; en cambio ahora, cuando no disponemos en el Oeste de libertad de maniobra, no cesan de preconizar dicha clase de guerra. Resulta evidente que si el enemigo pone pie en la costa acumulará en la cabeza de puente cuantos tanques y antitanques pueda, instándonos a estrellarnos contra ellos, como ocurrió en Medenine. Para quebrantar un frente así sería preciso atacar lenta y metódicamente, bajo cubierta de grandes masas de artillería, cosa de la que careceremos en el momento oportuno, debido a la aviación aliada. La época de los atrevidos ataques de carros ha transcurrido ya, lo mismo aquí que en el Este».

Durante aquellas semanas, Rommel hizo lo posible para que se aceptaran por entero sus puntos de vista. Pero el Cuartel General vacilaba y no accedía en la cuestión de las

reservas. La aprobación por parte de Hitler del plan de Rommel para la defensa de Francia en las costas no era consecuencia de un convencimiento absoluto, sino porque al *Führer* le gustaba la idea de las fortificaciones macizas. Por lo que respecta a las reservas operativas, Hitler y sus colaboradores se sentían inclinados a aceptar la proposición de Geyr von Schweppenburg, por no creer que la fuerza aérea enemiga pudiera ejercer una influencia tan decisiva sobre los movimientos de tropas.

El siguiente extracto de una carta escrita por Rommel, el 23 de abril de 1944, al Coronel General Jodl, resulta reveladora a este respecto[79]:

«Si, a pesar de la superioridad aérea enemiga, conseguimos mantener en acción a buena parte de nuestras fuerzas móviles junto a los sectores amenazados de la costa durante las primeras horas del ataque, éste fracasará de manera absoluta. Hasta el presente son muy pocos los daños causados por los fuertes bombardeos a nuestras fortificaciones de cemento, aun cuando posiciones, abrigos y trincheras de comunicación hayan quedado barridos en muchos lugares. Ello demuestra la importancia de reforzar todo el sistema por medio de cemento, incluso en los lugares situados a retaguardia, como posiciones artilleras, antiaéreas y de reserva.

»Pero lo que más me preocupa son las fuerzas móviles. Contrariamente a lo decidido en la conferencia del 21 de marzo, no han sido colocadas todavía bajo mi mando. Algunas se encuentran dispersas en amplios sectores del interior, lo cual significa que llegarán tarde para operar en la costa. Teniendo en cuenta que debemos esperar una tremenda superioridad aérea enemiga, cualquier movimiento en gran escala de formaciones motorizadas quedará ex-

puesto a ataques prolongados y de gran intensidad. Por otra parte, sin una rápida ayuda de aquellas formaciones las fuerzas empleadas en la costa se verían expuestas a ataques procedentes del mar y del interior, estos últimos por parte de las fuerzas aéreotransportadas. El frente está demasiado escasamente guarnecido para poder enfrentarse a ambos peligros. La disposición de las unidades de combate y las reservas deben ser tales, que no se haga difícil un contraataque por cualquiera de los sectores en peligro, ya en los Países Bajos, la zona del Canal, Normandía o Bretaña, asegurándonos también de que la mayor parte de los contingentes enemigos, transportados por mar o por aire, quedarán destruidos durante su aproximación.

»Contrariamente a mis opiniones, el General Geyr von Schweppenburg, que puede haber conocido perfectamente a los ingleses en tiempo de paz, pero que jamás se enfrentó a ellos en combate, ve el mayor peligro en las fuerzas arrojadas desde el aire detrás de nuestras líneas, y apoya la necesidad de hallarse en situación de montar operaciones en gran escala contra las mismas. De acuerdo con tal parecer, ha distribuido a sus unidades por el país. Además, no desea trasladar a las divisiones acorazadas a la zona inmediata a las defensas costeras, donde es posible que el enemigo intente también aterrizar.

»Por lo que a mí respecta, veo el mayor peligro en la utilización por parte adversaria de todos los elementos a su alcance, con la intención de romper nuestro frente de la costa en un amplio sector, poniendo pie en el Continente. A mi entender, mientras conservemos la costa, cualquier tentativa a retaguardia de la misma terminará, más tarde o más temprano, con la destrucción de las fuerzas empleadas en ella. Siempre se consiguió eliminarlas, en experien-

cias pasadas. Creo que tales contingentes pueden ser destruidos con menos pérdidas que las ocasionadas por un ataque en gran escala contra tropas desembarcadas en la playa, las cuales dispondrían de antitanques listos para la acción en escasos minutos, y disfrutarían de un apoyo aéreo excelente. Me he mostrado decididamente disconforme con el General Geyr acerca de este punto. El único modo de obligarle a que ponga en práctica mis ideas consiste en situarlo bajo órdenes del Grupo de Ejércitos.

»La más decisiva batalla de la guerra está por librar. De ella depende el destino del pueblo alemán. Si no situamos bajo un mismo mando a todas las fuerzas que habrán de emplearse en la misma; si todas las unidades móviles no toman parte en la acción de la manera más rápida posible, la victoria es dudosa. Si debo esperar hasta que el desembarco enemigo sea una realidad, antes de poder hacerme cargo del mando y poner en movimiento a las fuerzas motorizadas, se producirán lamentables retrasos. Las tropas en cuestión llegarán demasiado tarde para intervenir con buenos resultados. Un segundo Nettuno resultaría lamentable[80]*...*

Tampoco esta vez Rommel tuvo éxito. En mayo llamó la atención sobre la amenaza latente sobre Normandía y solicitó el envío de un Cuerpo entero de antiaéreos al distrito entre el Orne y el Vire, una brigada de «Nebelwerfer» al sur de Carentan, la 12.ª División Panzer S.S. a la península de Cotentin, y la División Panzer Lehr[81] a los alrededores de Avranches. Además, solicitó que la Marina empezara el inmediato minado de la Bahía del Sena (*estaba dedicada a dicha tarea en el Golfo de Vizcaya*). Ninguna de dichas demandas, que él esperaba compensaran la escasez de las fuerzas y la

debilidad de las fortificaciones normandas, fue cumplimentada.

En el diario de Rommel aparecen las siguientes anotaciones, correspondientes al día 3 de junio[82]:

«Tarde con Jefe sector Oeste (Rundstedt). Jefe (Rommel) proyecta viaje a Alemania.

»5 junio 1944. Los temores de invasión durante este período disminuyeron a causa de lo desfavorable de las mareas y a no haberse efectuado reconocimientos aéreos. La necesidad más urgente consistía en hablar al Führer en Obersalzberg, hacerle comprender nuestra inferioridad en hombres y material, caso de producirse el desembarco, y solicitar el envío a Normandía de otras dos divisiones Panzer, un Cuerpo de antiaéreos y una brigada de Nebelwerfer...».

Tras haber recibido autorización de Von Rundstedt para el viaje, y telefoneado al ayudante del *Führer*, General Schmundt, notificándole su llegada, Rommel abandonó su Cuartel General en La Roche Guyon, la mañana del 5 de junio.

LA INVASIÓN

La noche del 5 de junio fue tenebrosa en extremo. Sólo en contados momentos la claridad lunar lograba atravesar la densa pantalla de nubes, para derramarse sobre las costas normandas. Los solitarios centinelas paseaban a lo largo de las fortificaciones.

Poco después de anochecer se empezó a oír el zumbido de los aparatos adversarios, y pronto estremeció el aire el estampido de las bombas. Los ataques aéreos nocturnos no eran raros en Normandía, pero aquella noche se fueron incrementando de hora en hora, hasta alcanzar insospechadas proporciones. Después de las doce las formaciones fueron

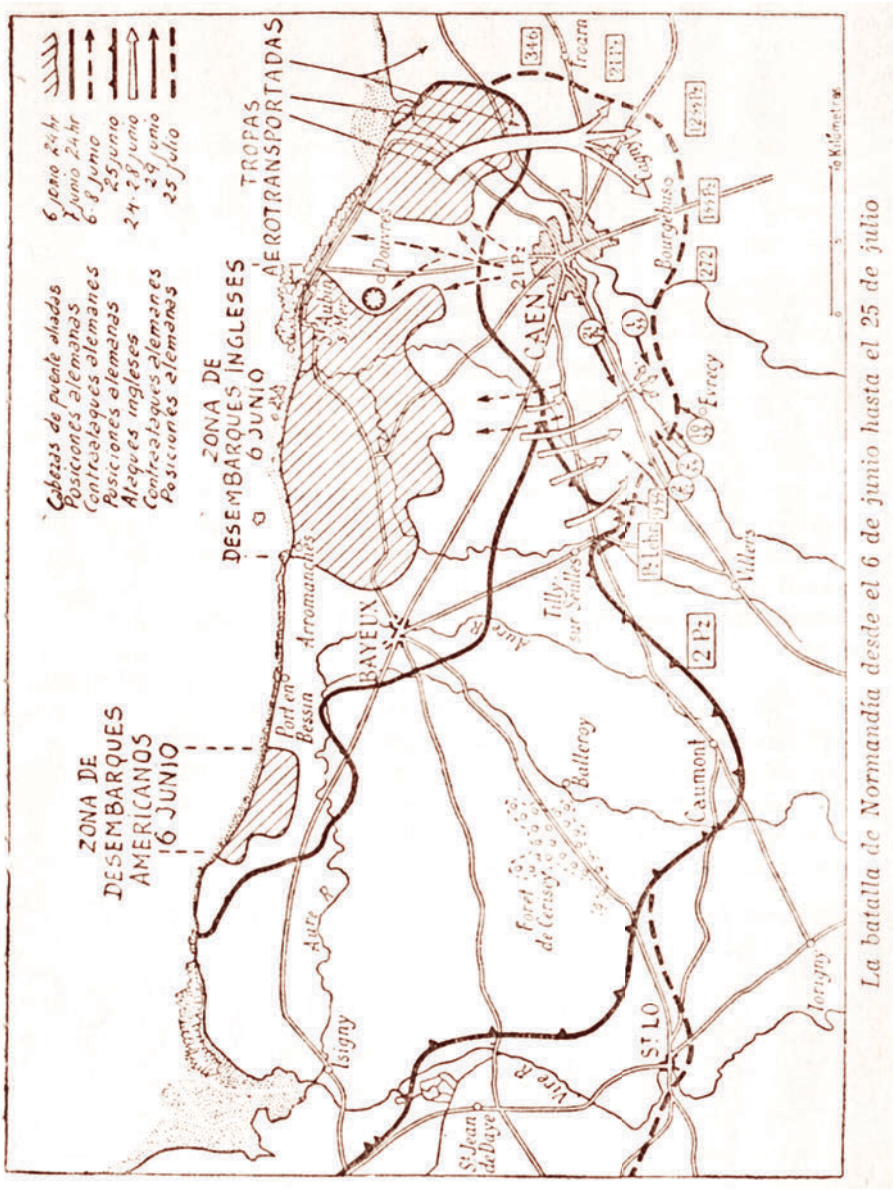
todavía más numerosas, y los «árboles de Navidad» iluminaron extensas zonas del interior. A partir de la una, millares de paracaidistas empezaron a descender sobre los sectores marcados por la aviación, mientras cientos de planeadores, transportando cañones, vehículos y hombres, aterrizaban en los lugares previstos. Las estacas hechas instalar por Rommel resultaron ineficaces, por no haber sido conectadas entre sí ni provistas de minas. Desde luego, una gran mayoría de planeadores quedaron destrozados, pero hombres y material lograron su propósito sin sufrir apenas daños.

Los jefes de los puestos alemanes cercanos corrieron a los teléfonos de campaña para dar cuenta del hecho, tras de lo cual entró en acción todo el mecanismo militar de la defensa[83]. Pronto se entabló encarnizada batalla en las zonas interiores, mientras los paracaidistas trataban de dirigirse hacia las posiciones costeras con el fin de eliminarlas, y se empezaban a producir las primeras bajas de aquel encuentro que decidiría el destino del *Reich* alemán.

Las estaciones de radar instaladas a lo largo de la Bahía del Sena habían sido destruidas por los ataques aéreos de los días precedentes. A causa del mal tiempo, la aviación alemana no había llevado a cabo vuelos de reconocimiento sobre el Canal, y los buques encargados de la vigilancia del mismo permanecieron en sus puertos. En consecuencia, el Alto Mando alemán no pudo observar como una gigantesca Armada cruzaba el Canal, atravesaba las líneas de vigilancia avanzadas y formaba en la Bahía del Sena. El primer indicio de su presencia consistió en una tremenda salva, cuyos proyectiles se abatieron sobre las posiciones alemanas a las cinco y media de la madrugada. Las piezas de 6 acorazados, 23 cruceros y 104 destructores iniciaron un bombardeo sin parangón en la Historia, mientras oleadas de bombarderos vo-

laban sobre Normandía, tendiendo una alfombra tras otra de bombas.

Bajo el fuego de sus buques de guerra, tropas especiales angloamericanas se fueron acercando a la playa, saltaron de sus pequeños botes blindados y empezaron la demolición de las defensas, que la marea baja había dejado al descubierto. La operación hubiera sido imposible de haberse instalado con tiempo los proyectados obstáculos bajo el agua. Poco después, y mientras los cañones de los barcos continuaban sus esfuerzos para eliminar toda defensa, nutridas formaciones de lanchas de desembarco pusieron proa a las playas.



La batalla de Normandía desde el 6 de junio hasta el 25 de julio

Los soldados alemanes supervivientes a aquel huracán comprendieron que había llegado el momento de devolver el golpe. Insensibles al infierno que rugía a su alrededor, la mayoría de ellos continuaron disparando hasta morir o hasta ver inutilizadas sus armas. En algunos lugares se pudo impedir el desembarco, aunque la prolongada y débil línea sería, a

la larga, imposible de mantener. La infantería angloamericana avanzó desde la playa, infiltrándose por entre las defensas aisladas y estableciendo contacto en diversos lugares con los paracaidistas, arrojados detrás del frente. Tanques anfibios y de desembarco llegaron al teatro de la lucha, permitiendo a la infantería continuar los ataques principales, mientras los soldados alemanes no podían defenderse contra los blindados, sino con las minas, algunos *Panzerfäuste*[84] y antitanques aislados.

Las escasas reservas de las divisiones fueron pronto empleadas en diversos lugares, consiguiendo rechazar al enemigo allí donde llegaron con tiempo suficiente. Pero las columnas en marcha se veían atacadas de continuo por oleadas de cazabombarderos. Para los jefes, tratábase de un forcejeo contra una marea imposible de contener y que a la larga acabaría por arrollarles. Muy pronto estuvieron comprometidas todas las reservas, y se careció de tropas de refresco. El frente empezó a derrumbarse en varios puntos, y al llegar la tarde se hizo evidente que los aliados habían conseguido su propósito de desembarcar.

La única división acorazada que aún seguía en la costa era la 21.ª Panzer, bajo el mando del Teniente General Feuchtinger, y localizada cerca de Caen. La unidad poseía unos 150 tanques, 60 cañones de asalto y a tracción propia, y unos 300 transportes blindados. La mañana del 6 de junio, Feuchtinger formó a parte de su división para un contraataque contra los paracaidistas ingleses, al este del Orne. Sus tropas habían iniciado la marcha hacia los lugares de concentración, cuando recibió una orden del 7.º Ejército dándole instrucciones para que la operación tuviera lugar al *oeste* del Orne. Inmediatamente, Feuchtinger obedeció, pero se había perdido un tiempo precioso, y lo único que pudo conseguir fue lanzar

un ataque al oeste del Orne, en el que tomó parte un grupo de combate[85] que consiguió abrirse camino hasta la costa. Pero en vista del peligro, el jefe inglés lanzó paracaidistas detrás del mismo[86], obligándole a suspender el ataque y retirarse ordenadamente, para evitar ser envuelto.

Al anochecer del 6 de junio la situación distaba mucho de ser favorable. A la derecha del frente alemán, los ingleses habían establecido una cabeza de puente de 38 Km. de anchura y unos 8 de profundidad, mientras a la izquierda los americanos lograban establecerse en dos puntos. El territorio intermedio había podido ser mantenido, rechazándose las penetraciones angloamericanas. Todas las reservas disponibles se encontraban empleadas en la batalla, y los jefes esperaban con impaciencia la llegada de las principales fuerzas acorazadas, confiando en que arrojarían al mar al enemigo. Pero no ocurrió así. La munición iba disminuyendo y se hacía necesario economizarla. Entre los mandos supervivientes empezó a extenderse un sentimiento de desesperanza, que sería ya característico en los siguientes encuentros.

¿Qué ocurría entretanto en retaguardia? Durante la noche del 5 de junio el Mariscal Von Rundstedt había dado la alarma en las divisiones Panzer Lehr y «Hitler Jugend» (ambas se hubiesen encontrado en la costa, de haber podido imponer Rommel sus directrices), pero el O.K.W. le había informado de que nada inducía a creer que aquel desembarco fuese el definitivo, y que debía esperar acontecimientos. Luego se produjeron nuevos retrasos, y no fue hasta la mañana del 6 de junio cuando elementos de las dos unidades empezaron su avance hacia la costa. Rommel había sido llamado a Francia por su jefe de Estado Mayor, General Speidel, con el que trabajaba en muy rara armonía.

El punto de vista del Mariscal durante los primeros días de la batalla se hace patente en cierto documento escrito por él con fecha 10 de junio de 1944:

«El curso seguido por la batalla de Normandía da una idea clara de las intenciones enemigas, que son las siguientes:

1. *Obtener una profunda cabeza de puente entre el Orne y el Vire que le sirva de trampolín para un ataque subsiguiente hacia el interior de Francia, quizás hasta París;*
2. *Cortar en dos la península de Cotentin y apoderarse lo antes posible de Cherburgo, con el fin de disponer de un puerto de gran capacidad de desembarco. (Parece existir también la posibilidad de que el enemigo no corte la península de Cotentin, si la batalla es demasiado dura, avanzando hacia el interior de Francia con todos los medios a su disposición.)*

»Como resultado de la tenaz defensa de la costa y de los contraataques lanzados por las reservas disponibles, el enemigo opera con mayor lentitud, a pesar de los medios empleados. También parece ser que emplea más fuerzas de las imaginadas en un principio.

»Bajo cubierta de su formidable apoyo aéreo, procede a reforzar sus divisiones, sin que ni nuestra aviación ni nuestra marina puedan hostigarlo, especialmente durante el día. En consecuencia, las fuerzas que ocupan la cabeza de puente están aumentando a ritmo superior al de nuestras reservas que afluyen al frente.

»Debido a la superioridad aérea del enemigo, no ha sido posible trasladar al 1.er Cuerpo Panzer S. S., la 7.ª Bri-

gada de Nebelwerfer, el Cuerpo antiaéreo y el Cuerpo Meindl con la suficiente rapidez a la zona del Orne y el Vire, para permitirles contraatacar al enemigo después del desembarco. La brigada de Nebelwerfer, el Cuerpo antiaéreo y el Cuerpo Meindl están todavía en camino; el 1.er Cuerpo Panzer S. S. se ha visto obligado a situarse a la defensiva, tras encarnizada lucha.

»Por el momento, el Grupo de Ejércitos debe contentarse con formar un frente continuo entre el Orne y el Vire, empleando las fuerzas que afluyen gradualmente. Por desgracia en tales circunstancias no es posible relevar a las tropas que aún se sostienen en muchos puntos, a lo largo de la costa.

»El Grupo de Ejércitos está tratando de reemplazar a las formaciones acorazadas por medio de unidades de infantería, de modo que aquéllas puedan volver a utilizarse como reservas móviles detrás del frente.

»El Grupo de Ejércitos intenta también trasladar el centro de gravedad de sus operaciones al sector Carentan-Montebourg, durante los próximos días, con el fin de destruir allí al enemigo y alejar el peligro que pende sobre Cherburgo. Hasta entonces no se podrá atacar entre el Orne y el Vire.

»Nuestras operaciones en Normandía se ven terriblemente dificultadas, y en algunos lugares imposibilitadas en absoluto, por los siguientes factores:

a. La inmensa superioridad, a veces abrumadora, de las fuerzas aéreas enemigas. Como yo y los oficiales a mi mando hemos observado repetidas veces (y como han informado algunos jefes, incluyendo al Obergruppenführer[87] *Sepp Dietrich), el enemigo po-*

see un dominio absoluto del aire sobre el campo de batalla, y hasta una zona situada a 100 Km. tras el frente. Durante el día todo nuestro tráfico, ya sea por carretera, camino o a campo traviesa, se ve inmovilizado por potentes formaciones de cazabombarderos y bombarderos, hasta el punto de que los movimientos de las tropas se paralizan casi por completo, mientras el enemigo maniobra con toda facilidad. Cada punto neurálgico de retaguardia se encuentra sometido a un ataque continuo, haciéndose muy difícil transportar pertrechos, munición y gasolina a las tropas.

»Incluso los movimientos de formaciones poco importantes —artillería que entra en posición o tanques que se reúnen— es inmediatamente atacado con efectos devastadores. Durante el día las tropas y los puestos de mando se ven obligados a cobijarse en comarcas boscosas, con el fin de escapar al continuo martilleo de la aviación. El 9 de junio la situación en la zona que se extendía detrás del cuerpo de las S. S. era tal, que gran número de cazabombarderos enemigos describían círculos sobre la misma, mientras poderosas formaciones de bombarderos descargaban toneladas de bombas sobre tropas, pueblos, puentes y cruces de carreteras, con un absoluto desprecio hacia la población civil. Ni nuestros antiaéreos ni la Luftwaffe parecen en condiciones de poner fin a los efectos paralizadores y destructivos de la aviación adversaria, que ha llegado a realizar 27 000 salidas en un solo día[88]*. Las tropas —Ejército y Waffen S. S.— sostienen una defensa heroica, dentro de los medios de que disponen, pero escasea la munición, y*

sólo puede ser trasladada al frente bajo condiciones muy difíciles.

b. *El efecto de las baterías navales, que han utilizado hasta 640 piezas. Sus efectos son tales, que no es posible operación alguna en las zonas sometidas a su influencia. Sin embargo, y a pesar de tan implacable martilleo, las guarniciones de la costa y las unidades que contraatacaron en el sector de Montebourg han mantenido sus posiciones con admirable tesón. Pero es de esperar que los buques de guerra enemigos continúen interviniendo en las operaciones —a menos que sean eliminados por las fuerzas aéreas y navales — sobre todo en la península de Cotentin, empleando cantidades ingentes de munición.*

c. *El equipo de los americanos, muy superior al nuestro, con multitud de armas nuevas y excelente material diverso. Las formaciones acorazadas enemigas entablaban combate a distancias superiores a los 2500 m. —detalle del que ya me informó Sepp Dietrich—, derrochando munición y disfrutando de un excelente apoyo aéreo. (Tal fue ya el caso de El Alamein). También es evidente su superioridad artillera y sus disponibilidades de todo género.*

d. *Tropas aereotransportadas y paracaidistas se emplean en número tan crecido y con tan flexible método, que no hay unidades capaces de enfrentarse a ellas con éxito. Cuando descienden sobre territorios no ocupados por nuestras divisiones, proceden a atrincherarse a toda prisa, y ya no es posible desalojarlos de allí por medio de infantería con apoyo artillero. Son de esperar mayores contingentes de este ti-*

po, en especial en las comarcas desguarnecidas. Por desgracia nuestros aparatos no han podido intervenir contra dichos elementos, como se había planeado al principio. Teniendo en cuenta que el enemigo puede inmovilizar a nuestras formaciones móviles a veces durante días enteros, mientras por su parte prosigue las operaciones emprendidas, mediante unidades motorizadas y tropas de reconocimiento, la situación se está haciendo en extremo difícil.

»Los elementos de todos los servicios se portan de manera admirable, luchando tenaz y valerosamente, a pesar de la superioridad del enemigo. Solicito que se informe al Führer...».

Pero Hitler puso el veto al plan de Rommel basado en atacar la cabeza de puente americana de Carentan-Montebourg, y dió órdenes para que el Grupo de Ejércitos B lanzara un asalto contra la británica, partiendo de Caen y utilizando los refuerzos recién recibidos. Sin embargo, la cabeza de puente americana en Cotentin no sólo era más peligrosa que la británica —ya que podía utilizarse como base para cortar la península en dos—, sino que resultaba más vulnerable, por lo menos al principio, por contener menos tropas. El ataque desde Caen no dió resultado alguno, ya que las tropas enemigas recibieron refuerzos con mucha más rapidez que nosotros, y pudieron recobrar la iniciativa al cabo de poco tiempo.

En su libro *Defendimos Normandía*, el General Speidel nos cuenta cómo, después del desembarco, el O.K.W. prohibió a la Jefatura del sector Oeste y al mando del Grupo de Ejércitos B sustraer división alguna del norte del Sena, reservándose la decisión respecto a los movimientos de cada una de

ellas en particular. Incluso se enviaron a los Cuarteles Generales del Sector Oeste y del Grupo B numerosos documentos secretos, indicando que los aliados retenían en las Islas Británicas elementos suficientes para llevar a cabo un nuevo desembarco. Poco antes de su muerte, Rommel declaró a su hijo que también él había creído que si el grueso de las fuerzas alemanas era retirado del Paso de Calais, podía producirse un segundo desembarco por dicho sector. Un plan aliado para atraer a Normandía a todas las formaciones alemanas, destruir los puentes del Sena por medio de ataques aéreos y luego tomar pie en el Paso, penetrando seguidamente en el Ruhr, no podía considerarse descabellado del todo. Sin embargo, el Mariscal comprendió más tarde que dejar a las tropas alemanas en el Paso había constituido un grave error.

Durante la batalla de invasión se celebraron dos conferencias entre Hitler, Von Rundstedt y Rommel. La primera de ellas tuvo lugar el 17 de junio de 1944, cerca de Soissons, y Rommel la inició con un detallado informe de las terribles condiciones en que el soldado alemán intentaba contener a su adversario. Con el apoyo de Von Rundstedt, rogó a Hitler que acudiera al frente y se formara una idea personal de lo que estaba ocurriendo. Entretanto, el Ejército se enteró de que Churchill había visitado a las tropas inglesas en la cabeza de puente, lo que hizo cundir cierto desánimo, al tiempo que menudeaban los comentarios sobre Hitler. Las palabras finales de Rommel arrojan viva luz sobre su plan para intentar una nueva batalla contra los aliados. Más tarde dijo a su familia que la tentativa en cuestión habría fracasado probablemente, pero que ofrecía una relativa posibilidad de éxito, mientras la persistencia en el sistema imperante acabaría de manera segura con el Grupo de Ejércitos B en cuestión de unas semanas[89].

«La Jefatura del Grupo de Ejércitos B sugirió precauciones contra la limpieza del frente por medio de ofensivas, ya que ello destruiría la capacidad potencial de las unidades Panzer. Se propuso llevar al sector del Orne a divisiones de infantería, mientras las formaciones Panzer permanecían al oeste de Caen y las reservas afluían a los flancos. Una vez completada la marcha de aproximación, se llevaría a cabo una limitada retirada hacia el sur, con el fin de lanzar un ataque con blindados sobre el flanco de las columnas enemigas, librando la batalla fuera del alcance de la artillería naval...».

Pero a la mañana siguiente, y tras de que una bomba volante extraviada hubo caído cerca de su Cuartel General, Hitler regresó al *Reich*, abandonando el frente Oeste. La operación propuesta por Rommel no llegó a realizarse. La victoria debería conseguirse «aferrándose tenazmente a cada palmo de terreno».

El 29 de junio de 1944 Von Rundstedt y Rommel visitaron de nuevo a Hitler, esta vez en Berchtesgaden, con el fin de saber cuáles eran los propósitos del Alto Mando acerca de la situación en el frente. La declaración de Hitler a sus mariscales, recogida en un detallado sumario, da una clara impresión del confusionismo reinante.

«... Tras haber examinado en detalle los informes en los que se insiste sobre la superioridad aérea del enemigo, los efectos de la artillería naval y la sistemática e inflexible conducta de las operaciones por parte de los ingleses, que emplean gran cantidad de material, el *Führer* dió las siguientes directrices para la continuación de la batalla:

1. En primer término, es esencial detener el avance enemigo, como condición indispensable para limpiar la actual cabeza de puente.

2. La Luftwaffe creará un estado de constante alarma sobre las posiciones enemigas, utilizando los últimos modelos de aviones (bombarderos a reacción, provistos de proyectiles cohete) que destruirán a los aparatos adversarios sobre la cabeza de puente.
3. Proseguirá el minado de las aguas, con el fin de impedir el aprovisionamiento y de obligar a los buques de guerra a permanecer junto a la costa, en posición altamente comprometida.
4. Se emplearán bombas especiales contra los navíos de línea. El *Führer* insistió en que consideraba la destrucción de los barcos como de la máxima importancia.
5. Creación de nidos antiaéreos en las carreteras. Con dicho fin se instalarán piezas antiguas y otras armas a lo largo de las rutas, entre el teatro de operaciones y París, con el fin de que el enemigo no dificulte el abastecimiento.
6. Se pondrán en servicio 1000 cazas de nuevo modelo,[1] con el fin de conseguir la superioridad aérea sobre determinadas zonas, al menos durante ciertos días en el transcurso de la semana. Realizando tres salidas diarias con los aparatos disponibles, podría conseguirse un total de 1500 acciones aéreas.
7. Empleo de todas las unidades navales disponibles, incluyendo lanchas torpederas, embarcaciones E, submarinos y otras de tipo medio. Sin embargo, según un informe del Gran Almirante Doenitz, la cantidad de buques utilizables resulta muy pequeña. Consisten en:

1 lancha torpedera, en El Havre.

12 Embarcaciones E.

8 submarinos con schnorkel»[2].

Von Rundstedt y Rommel opinaron entonces sobre la situación. Entre otras cosas, el segundo preguntó a Hitler cómo imaginaba que aún podía ganarse la guerra.

A raíz de aquella entrevista, ambos mariscales esperaron ser relevados de sus cargos. Sin embargo, y de manera sorprendente, Rommel permaneció en el suyo, mientras Von Rundstedt era substituido por el Mariscal Von Kluge. Éste se había visto influenciado con frecuencia contra Rommel en el Cuartel General de Hitler, donde el *Führer*, Jodl y Keitel consideraban al Mariscal independiente, derrotista y poco amigo de obedecer. Por añadidura, la situación militar había sido presentada a Von Kluge como no del todo desfavorable. En consecuencia, llegó al Cuartel General de Rommel lleno de aquel exagerado optimismo que ya demostraron muchos jefes procedentes del Este, e hizo objeto a su colega de severas censuras. Este último no estaba dispuesto a aceptar las acusaciones que se lanzaban contra él, y sin pérdida de tiempo envió a Von Kluge la siguiente carta:

«Cuartel General, 5 julio 1944.

Al Jefe del Sector Oeste,

Herr Generalfeldmarschall Von Kluge:

Le incluyo mi informe hasta la fecha sobre los acontecimientos en Normandía.

La recriminación de que me hizo objeto al principio de su visita, ante mi jefe de Estado Mayor y mi Ia, señalando que «también yo tendría que acostumbrarme a obedecer órdenes», me ha herido profundamente. Le ruego me aclare los motivos que le inducen a semejante actitud.

Firmado: Rommel

Generalfeldmarschall».

FINDIV

En el documento que acompañaba a esta carta, y que Rommel había enviado ya a Hitler, criticaba una vez más, con

toda claridad, el modo de conducir la campaña de Normandía.

«Jefe del Grupo de Ejércitos B

INFORME

C. G., 3 julio 1944.

Los motivos por los que ha sido imposible mantenerse en la costa normanda, la península de Cherburgo y la fortaleza del mismo nombre, son los siguientes:

1 —Las fuerzas estacionadas en Normandía eran demasiado débiles, y en muchos casos estaban compuestas por soldados de edad avanzada (por ejemplo, la 709 División ofrecía un promedio de 36 años); su equipo era inadecuado para la guerra moderna; la munición escaseaba; la construcción de fortificaciones estaba atrasada, y los abastecimientos resultaban insuficientes.

2 —Las repetidas demandas de refuerzos formuladas por el Grupo de Ejércitos B antes de la invasión— sobre todo a finales de mayo, cuando la amenaza sobre Normandía se hizo evidente —no fueron atendidas. La más importante de todas ellas era la de que la 12.ª División Panzer S. S. «Hitler Jugend» fuera trasladada al sector Lessay-Coutances, para emprender, sin pérdida de tiempo, un contraataque efectivo contra las fuerzas adversarias que desembarcaran en la costa este u oeste de Cotentin. El efectuar dicho traslado desde el sur del Sena, más tarde, y bajo la superioridad aérea del enemigo, hubiese precisado al menos dos días, con bajas numerosas. El Coronel General Jodl se dió perfecta cuenta de ello, porque poco antes de iniciarse la invasión me preguntó, por conducto del General Buhle, cuánto tiempo podría tardar la 12.ª División para operar en Normandía. A pe-

sar de mis insistentes demandas, éstas no fueron atendidas, y cuanto recibí fue la promesa de que en la eventualidad de un ataque enemigo la unidad sería puesta inmediatamente bajo mi mando.

3 —Mi sugerencia de situar a la División Panzer Lehr donde pudiera intervenir rápidamente en una batalla costera, tanto en Normandía como en Bretaña, no fue tampoco atendida, debido a temores de un posible aterrizaje de tropas enemigas en los alrededores de París.

4 —El Grupo de Ejércitos solicitó que fuertes formaciones antiaéreas quedaran desplegadas a finales de mayo, sobre todo en aquellos lugares donde el enemigo hubiera llevado a cabo fuertes ataques aéreos contra nuestras posiciones artilleras o fortificaciones. Por consejo del mando del 3.er Cuerpo Antiaéreo, propuse que éste se estacionara entre el estuario del Orne y Montebourg (28 Km. al S.E. de Cherburgo), ya que en dicha zona se observaban síntomas de intensa actividad enemiga. Mi solicitud no fue aceptada, y el Cuerpo Antiaéreo quedó destinado a una función móvil, con uno de sus cuatro regimientos a cada lado del Somme y otro muy débil entre el Orne y el Vire. Esta dispersión del Cuerpo Antiaéreo, tan perjudicial para la defensa de Normandía, tuvo como causa aparente la escasez de gasolina. Dos regimientos permanecieron cerca de las plataformas de disparo de las V 2, con el fin de protegerlas,

5 —Como era de esperar que el movimiento encaminado a concentrar refuerzos en vanguardia presentaría grandes dificultades una vez se hubiera iniciado el ataque, sugerí que las defensas de Normandía se fortalecieran llevando a la zona sur de Carentan a la 7.ª Brigada de Nebelwerfer. Tampoco esto se cumplió, y la brigada

no fue puesta bajo mi mando hasta después del desembarco. En consecuencia, no pudo intervenir durante las primeras jornadas de la invasión.

6 —Con el fin de impedir que el enemigo disfrutara de buenas condiciones para el desembarco, insistí repetidas veces en que la Marina y la Aviación minaran con tiempo la Bahía del Sena utilizando los últimos modelos de minas. Dicha bahía, con sus aguas poco profundas, es extraordinariamente apropiada para ello. Tampoco se llevaron a cabo las mencionadas instrucciones. El minado no empezó hasta después del desembarco, bajo condiciones muy difíciles, y siendo realizado especialmente desde el aire.

7 —El Intendente general ordenó que la afluencia de munición quedase interrumpida durante mayo. Ello formaba parte del plan para retirar munición del sector occidental, con el fin de constituir reservas en los depósitos generales, lo cual hubiese disminuido aún más nuestras ya escasas disponibilidades. El Grupo de Ejércitos consiguió zafarse a la medida, por iniciativa del General Marcks[90].

8 —A pesar de la existencia de la red ferroviaria y de las rutas marítimas, el abastecimiento se estaba haciendo difícil, incluso antes de la invasión, especialmente en Normandía, debido al fuerte bombardeo de las instalaciones.

9 —Una vez el enemigo hubo puesto pie en el Continente, el Grupo de Ejércitos B proyectó eliminar la cabeza de puente al norte de Carentan, destruyendo el peligro que se cernía sobre la península de Cotentin y la fortaleza de Cherburgo, y no lanzar hasta entonces un ataque entre el Orne y el Vire. Sin embargo, la O.K.W.

no estuvo de acuerdo, y ordenó que el peso principal de nuestra operación se dirigiera contra el flanco este del estuario del Orne.

10 —Los elementos avanzados de la 12.ª División Panzer S. S. Hitler Jugend no llegaron al noroeste de Caen hasta las nueve y media del 7 de junio, tras una marcha de aproximación de 120 Km., durante la cual sufrieron ataques de los aparatos en vuelo rasante. No disponiendo de tiempo ni de espacio para una maniobra de formación, su ataque no podía conseguir los resultados previstos.

La División Panzer Lehr debía cubrir 176 Km., y sus elementos de vanguardia no llegaron al frente, al oeste de Caen, hasta las 13 horas del 7 de junio, habiendo sufrido también los efectos de los vuelos rasantes, y quedando separados los vehículos a ruedas de los de cadenas. Como resultado, el ataque fracasó; en realidad bastante hicieron con mantener su posición contra un enemigo que, por aquel entonces, aparecía considerablemente reforzado. La división no pudo establecer contacto y apoyar a la 352.ª de Infantería, que seguía luchando en Bayeux.

Las vanguardias de la 2.ª División Panzer, que hubieron de ser trasladadas desde ambos lados del Somme (256 Km. en línea recta) llegaron el 13 de junio, necesitándose siete días más para ponerlas en condiciones de actuar.

La 3.ª División Paracaidista tardó seis días para trasladarse desde Bretaña al nordeste de Saint Lô (216 Km. en línea recta), durante cuyo tiempo no cesó de soportar ataques aéreos. A su llegada ya no era posible lanzar el proyectado ataque contra Bayeux, ya que numerosas

fuerzas enemigas se habían apoderado del bosque de Cerisy.

La 77.ª División necesitó seis días para intervenir con fuerzas substanciales en la lucha desarrollada al norte de la península de Cotentin.

Todas las reservas llegaron demasiado tarde para aplastar el desembarco enemigo por medio de contraataques. El adversario había situado ya considerables fuerzas en la playa, pasando al ataque bajo la protección de poderoso apoyo aéreo y artillero. 11. —Nuestra aviación no colaboró en la forma prevista. El enemigo dominaba el espacio aéreo sobre el campo de batalla, y hasta 100 Km. más al interior. Mediante efectivos muy numerosos, aplastó las instalaciones de defensa en las zonas costeras y se opuso de manera eficaz a la marcha de aproximación de nuestras reservas y al abastecimiento de las tropas, especialmente por sus ataques contra las líneas férreas.

12 —Tampoco la actividad naval estuvo a la altura requerida (por ejemplo, sólo actuaron 6 submarinos, en vez de 40). Debido al mal tiempo, no se mantuvieron embarcaciones de vigilancia en la bahía del Sena, la noche del 5 de junio. La actividad de los submarinos contra la flota de desembarco fue escasa. Como resultado del bombardeo aéreo de El Havre, realizado el 12 de junio, la Marina perdió buena parte de los buques más apropiados para interceptar el desembarco.

El minado de la bahía del Sena, que se emprendió después de iniciada la invasión, no ha resultado tampoco favorable hasta la fecha. Siguen los desembarcos en gran escala, y el bombardeo diario por parte de los buques de guerra "en proporciones no conocidas hasta la

fecha" (informe del 2.° Cuerpo Panzer S. S.). Dicho bombardeo causa graves trastornos en nuestro frente.

13 —El Grupo de Ejércitos no interviene en el mecanismo del abastecimiento. No posee Intendencia propia, y al principio no tuvo autoridad para dar instrucciones al intendente del Cuartel General del oeste.

14 —El sistema de mando ha resultado poco satisfactorio. Al iniciarse la invasión, el Grupo de Ejércitos no ejercía influencia alguna sobre las formaciones móviles del Grupo Panzer Oeste (véase más arriba), ni sobre la Brigada de Nebelwerfer. En un informe anterior ya he dado mi punto de vista acerca del empleo del Cuerpo Antiaéreo, etc. Sólo un mando unificado y homogéneo, que afecte a todos los servicios, según modelo de Montgomery y de Eisenhower, podrá proporcionarnos la victoria final.

Firmado: ROMMEL

Generalfeldmarschall».

FINDIV

Apenas hubo von Kluge inspeccionado el frente de Normandía, cambió radicalmente de opinión, reconociendo asimismo la justicia del escrito dirigido por Rommel al Cuartel General del Führer a finales de junio, en el que declaraba: «El dominio enemigo del aire restringe todo movimiento en espacio y en tiempo, haciendo imposible los cálculos. Las unidades acorazadas o motorizadas superiores a una división deben limitar sus posibilidades de maniobra a la noche o al mal tiempo, lo cual significa no actuar sino con objetivos extremadamente limitados. La acción diurna es todavía posible

—siempre y cuando haya defensa antiaérea suficiente— para pequeños grupos de combate acorazados».

Los documentos de Rommel no revelan nada concerniente a su participación en los hechos del 20 de julio, porque destruyó cuanto podía comprometer a él o a otras personas. Sin embargo, existen uno o dos puntos que merecen aclaración.

El parecer de Rommel de que, en caso de absoluta necesidad, debía llegarse a una paz razonable, incluso contra la voluntad de Hitler, databa del verano del 43. Pero de lo dicho más tarde a su esposa y a su hijo se desprende que consideraba erróneo un golpe de Estado contra Hitler antes de la invasión. Los motivos eran los siguientes:

1. *Hasta la invasión, el único frente alemán se hallaba en el Este. Un golpe de estado hubiese provocado el derrumbamiento del mismo, haciendo que los rusos se desparramaran por la Europa central, sin que ingleses ni americanos estuvieran en posición de contenerlos.*
2. *En la primavera de 1944 no existían aún las condiciones psicológicas para una rebelión militar, porque las tropas y la mayoría de la oficialidad acantonada en Francia estaban convencidos de que ingleses y americanos sufrirían una derrota, y que los rusos serían detenidos por medio de armas nuevas (cazas a reacción, armas secretas y nuevos tanques).*
3. *Si Alemania hubiera conseguido repeler la invasión, ingleses y americanos hubieran olvidado su demanda de rendición incondicional, ante el temor de una ocupación rusa de Europa o de que Alemania emprendiera de nuevo la ofensiva contra aquélla. La úl-*

tima oportunidad de obligar al enemigo a una paz condicionada no podía despreciarse por parte de Alemania.

Rommel opinaba que si podía rechazarse la invasión, el Occidente quizás aceptase la idea de luchar contra el Este, junto a una Alemania renovada. Le parecía imposible que los aliados occidentales pudieran prestar al bolchevismo el apoyo que, a la larga, le concedieron. Ayudado por su leal jefe de Estado Mayor, General Speidel, había realizado ya contactos con diversos mandos, antes de la invasión, discutiendo las posibilidades de semejante paso.

Aunque después del 20 de julio Rommel comentó, ante su familia y varios oficiales, que «Stauffenberg lo había estropeado todo y que un militar de primera línea habría terminado con Hitler», debe recordarse que dichas palabras eran provocadas por la cólera que experimentó ante el ensañamiento con el que Hitler hizo ahorcar a los generales y políticos que tomaron parte en el complot. En realidad, Rommel nada había sabido de la tentativa, y en caso contrario no la hubiese aprobado. Poco antes de su muerte dijo a su hijo Manfred:

«El atentado contra Hitler fue una estupidez. Lo que debíamos temer de él no eran sus hechos, sino la aureola de que estaba rodeado a los ojos del pueblo alemán. La revuelta no debió estallar en Berlín, sino en el Oeste. ¿Qué se pensaba conseguir con ella? Unicamente que la ocupación americana e inglesa de Alemania se convirtiera en un paseo militar, que cesaran los ataques aéreos y que los angloamericanos mantuvieran a los rusos fuera de Alemania. Lo mejor hubiera sido presentar a Hitler un hecho consumado».

Era quizás este argumento el que condujo a Rommel y Speidel a la decisión de entablar negociaciones de paz independientes con los aliados occidentales, una vez convencidos de que el frente alemán en Francia se derrumbaría a las pocas semanas. Todo había sido preparado, y tanto von Kluge como muchos otros estaban ya decididos, cuando, el 17 de julio, el destino quiso que Rommel quedase gravemente herido y puesto fuera de combate por aparatos aliados que volaban a baja altura cerca de Livarot.

Poco antes de que así ocurriera había enviado a Hitler el siguiente informe —el último redactado por él—, cuyo propósito no era otro que el de presentar clara y urgentemente su caso, con el fin de que nunca pudiera decirse que había atacado a alguien por la espalda.

«Jefatura del Grupo de Ejércitos B.

C. G. 15 julio.

La situación en el frente normando empeora cada día y se aproxima a una grave crisis.

Debido a la dureza de la lucha, el enorme material de que dispone el enemigo —sobre todo artillería y tanques— y los efectos ocasionados por su constante dominio del aire sobre la zona de batalla, nuestras bajas son tan numerosas, que el poder combativo de nuestras divisiones disminuye con toda rapidez. Los refuerzos llegados de la patria son escasos, y debido a la difícil situación de los transportes tardan varias semanas en llegar al frente. Contra 97 000 bajas (incluyendo a 2360 oficiales), que representan un promedio de 2500 a 3000 diarias, los refuerzos llegados hasta la fecha no pasan de 10 000, de los cuales sólo 6000 han alcanzado el frente.

También las pérdidas materiales son elevadas y se han visto substituidas en muy escasa proporción. Por ejemplo, en tanques sólo hemos recibido 17 hasta la fecha, habiéndose perdido 225.

Las divisiones de infantería que afluyen a la zona de combate no están preparadas, y con su escasa artillería, antitanques y otras armas contra los carros no se encuentran en situación de resistir los ataques enemigos, que se desencadenan después de varias horas de preparación artillera y fuertes bombardeos aéreos. El desarrollo de la lucha ha demostrado que mientras el enemigo utilice semejante cantidad de material, incluso el ejército más aguerrido quedaría deshecho gradualmente, perdiendo hombres, armas y territorio.

Debido a la destrucción del sistema ferroviario y a la amenaza aérea sobre carreteras y caminos hasta 150 Km. detrás del frente, el abastecimiento es tan difícil, que sólo llega a su destino lo más imprescindible. Se hace, pues, necesario ejercer la más estricta economía en todos los aspectos, pero especialmente en la munición de artillería y mortero. No es fácil que mejoren dichas condiciones, ya que la acción enemiga está reduciendo la capacidad de transporte de nuestras unidades. Además, dicha actividad aérea se hará más efectiva en cuanto se pongan en juego los aeródromos provisionales de la cabeza de puente.

No pueden llevarse al frente de Normandía nuevos elementos de importancia, excepto mediante la debilitación del 15.º Ejército en el Canal, o el frente mediterráneo establecido en el sur de Francia. Sin embargo, el 7.º Ejército necesita urgentemente dos divisiones de refresco, ya que las tropas se encuentran agotadas.

Por el lado enemigo afluyen diariamente tropas y grandes cantidades de material de guerra. Su abastecimiento no sufre molestia alguna y su presión es cada vez mayor.

En tales circunstancias es de esperar que, en un inmediato futuro, nuestro oponente logre romper el débil frente propio, en particular por el sector del 7.° Ejército, adentrándose profundamente en Francia. Aparte de las reservas del Grupo Panzer, que en la actualidad se encuentran inmovilizadas por la lucha en su frente, y que, debido al dominio enemigo del aire, sólo pueden moverse durante la noche, no disponemos de otras reservas móviles contra semejante ruptura. Nuestra aviación ejercerá un efecto nulo, como ha venido ocurriendo hasta ahora.

Las tropas se baten heroicamente en todas partes, pero la desigual contienda se aproxima a su fin. Es urgentemente necesario que se extraigan las necesarias conclusiones de la situación actual. Como jefe del grupo de Ejércitos considero mi deber expresarme claramente sobre dicho particular.

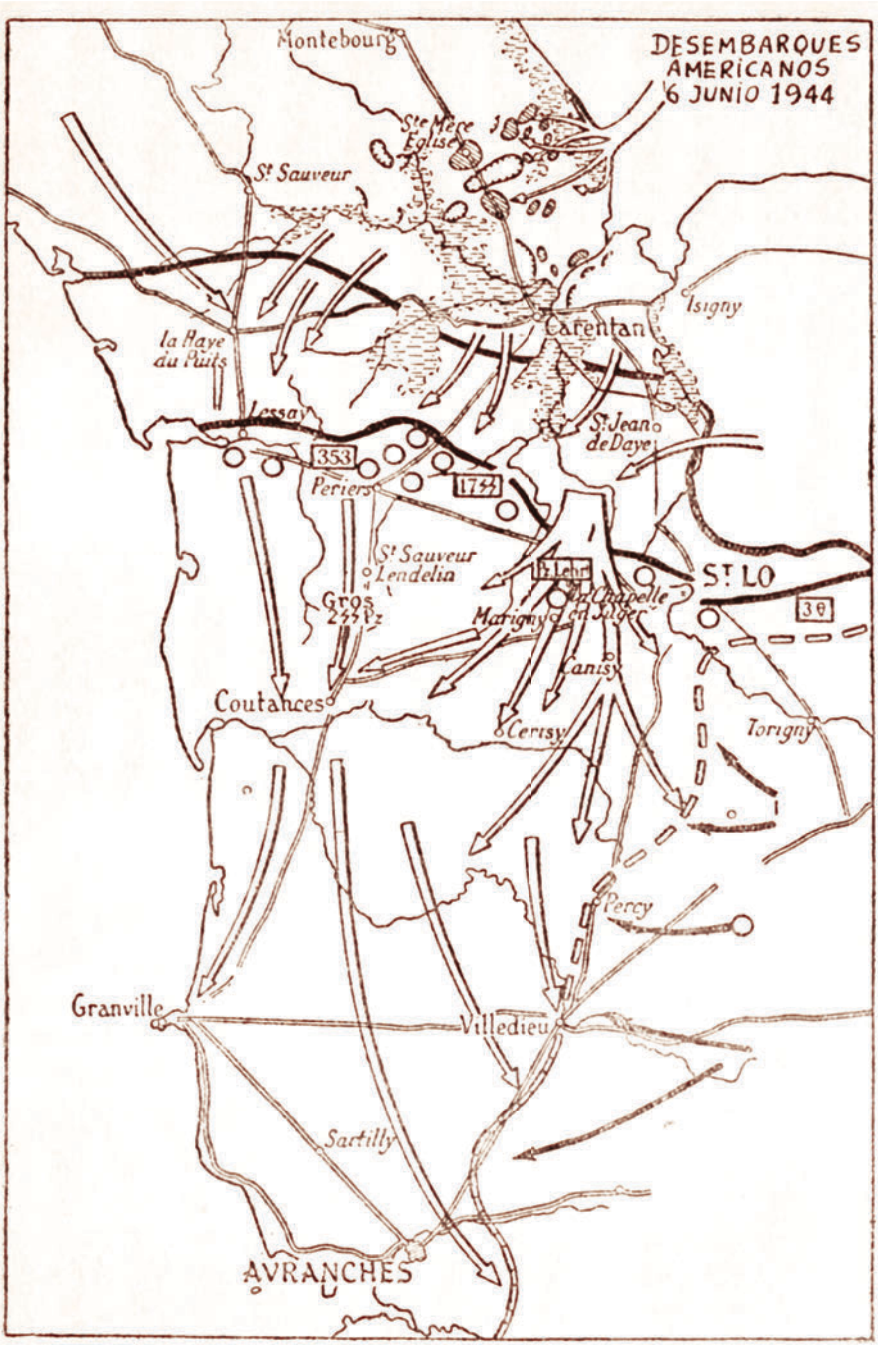
Firmado: ROMMEL».

Los acontecimientos dieron pronto la razón a Rommel acerca de una supuesta ruptura por el sector del 7.º Ejército. Mientras Montgomery ejecutaba sus ataques en pinza por el área de Caen, la presión fue aumentando diariamente en el de St. Lô. Como en este último era donde el Grupo de Ejércitos B esperaba la ofensiva aliada, la División Panzer Lehr (bajo el mando de quien esto escribe) se había trasladado hacia allí desde el sector inglés. El 18 de agosto de 1944 mandé al Grupo de Ejércitos un informe de la batalla que siguió. La copia del mismo enviada a Rommel fue encontrada entre sus documentos, y aporta una base para el relato que sigue.

Después de la terrible lucha soportada por mi división, ésta sólo disponía del 50 por 100 de sus efectivos. Para hacer las cosas todavía peores, hube de dejar en las antiguas posiciones a la mitad de mis blindados para que apoyasen a las divisiones de infantería que nos acababan de relevar.

Hacia el 23 de julio las tropas norteamericanas se habían establecido en excelentes bases de partida para su ofensiva, habiendo tomado St. Lô. La División Panzer Lehr sostenía una zona de 6 Km. al oeste de la ciudad, y empleando reservas muy débiles había formado una franja defensiva de 4 Km. de profundidad. Los 50 ó 60 tanques y piezas antitanques motorizadas de que aún disponía se desplegaron en posiciones estáticas, ya que los antitanques blindados y los granaderos Panzer se encontraban atrincherados en sus posiciones.

El 24 de julio, 400 bombarderos americanos atacaron nuestro sector, sin ocasionarnos graves daños. Mi batallón antiaéreo se las compuso para abatir 10 aparatos. El esperado ataque no se produjo.



El aniquilamiento de la División Panzer Lehr el 25 de julio de 1944

Sin embargo, al día siguiente tuvo lugar uno de los golpes más contundentes descargados por las fuerzas aéreas aliadas durante toda la guerra, en operaciones de índole táctica. De fuente americana supe más tarde que el 25 de julio una fuerza de 1600 fortalezas volantes y otros bombarderos habían atacado el sector defendido por la Panzer Lehr, desde las nueve de la mañana hasta cerca del mediodía. Las unidades que sostenían la línea acabaron eliminadas casi por completo, a pesar de disponer en muchos casos de tanques, antitanques y cañones automóviles en cantidad apreciable. Bajo el efecto de las alfombras de explosivos, las posiciones artilleras quedaron borradas; los tanques, destrozados; las posiciones de infantería, allanadas, y las carreteras y caminos, impracticables. Hacia mediodía la zona semejaba un paisaje lunar; los cráteres se tocaban unos con otros, y no quedaban ya esperanzas de salvar ninguna arma. Las comunicaciones estaban interrumpidas y no era posible ejercer el mando. El efecto ocasionado por tal ataque en nuestras tropas resulta indescriptible. Algunos hombres se volvieron locos y echaron a correr de un lado a otro, en terreno descubierto, hasta ser abatidos por la metralla. Simultaneando esta tempestad procedente del aire, innumerables cañones americanos lanzaron una catarata de proyectiles sobre nuestras posiciones.

Durante este tiempo me encontraba en un puesto de mando regimental, cerca de la Chapelle-en-Juger, en el centro mismo del bombardeo. Nuestro viejo castillo normando, con sus murallas de 3 m. de espesor, constituía una relativa protección. Una y otra vez el rodillo de bombas avanzó hacia nosotros, pasando a pocos metros de distancia. La tierra temblaba. Algunas ojeadas hacia el exterior nos mostraron la comarca envuelta en una nube de polvo, mientras surtidores de tierra saltaban por el aire. Durante muchas horas no pudi-

mos abandonar el sótano, y era ya tarde cuando salí del castillo y regresé en mi moto al Cuartel General Divisionario. (Había llegado a la conclusión de que era preferible utilizar una moto a un coche, ya que seis de estos últimos quedaron destruidos en poco tiempo, muriendo varios de sus conductores). Por el camino nos vimos atacados repetidas veces por cazabombarderos.

Cuando llegué al Cuartel General de la División empezaban a recibirse los primeros informes acerca de infiltraciones enemigas en el sector bombardeado. Los destacamentos supervivientes seguían resistiendo, pero la mayor parte de dichos grupos quedaban arrollados por el apoyo aéreo que precedía al ataque. Algunas débiles reservas procedentes de otros lugares trataron de detener la avalancha por medio de contraataques, pero sus tentativas nada pudieron contra la artillería y la aviación enemigas, que desarticularon aquéllos aun antes de iniciarse. A la mañana siguiente la ruptura del frente era completa.

Los americanos continuaron su avance hacia el sur, utilizando infantería apoyada por bombarderos y cazabombarderos, y por la tarde situaron a los tanques en vanguardia. En el curso de dicha operación arrollaron a los últimos restos de mi división, que habían retrocedido hacia el sur junto con el mando de la unidad. Instalé mi puesto de mando en una granja normanda situada en medio de un paisaje pintoresco, cruzado por setos y colinas bajas, entre las que discurrían las carreteras. De improviso se señaló la presencia de tanques americanos en las inmediaciones. Muy pronto dichos tanques pasaron a poca distancia. Al ver nuestros vehículos, que habíamos situado entre los arbustos, los carros abrieron fuego, incendiándolos. La habitación frontal de la casa quedó hundida. Yo me encontraba en la contigua con cinco hom-

bres. Era imposible abandonar la casa, porque las ametralladoras hacían fuego ante la puerta. La ventana trasera estaba enrejada, y por este motivo nos encontrábamos atrapados como en una ratonera. Gradualmente el fuego cesó, y los tanques reanudaron la marcha. Nos encontrábamos, pues, detrás de las líneas americanas. Por la noche tuvimos una oportunidad para escapar. Durante horas y horas recorrí carreteras desconocidas, hasta que hacia las doce tropecé con un vehículo de mi división, que me condujo hasta los elementos de retaguardia de mi ya aniquilada unidad.

Pero los americanos se desparramaban por doquier, sin que nada pudiera contenerlos, tal como había pronosticado Rommel. Después de torcer hacia el oeste, en dirección a Coutances, aislaron y destruyeron a las fuerzas que luchaban en la península de Cotentin, dejando un amplio vacío en el frente alemán, a través del cual el Ejército de Patton penetró hasta el corazón de Francia. Era el principio del fin. La marcha hacia Avranches, planeada por el O.K.W. para cortar el avance de Patton, fue detenida por ataques en masa de los bombarderos, sin que pudiera llegar a realizarse. De no ser por la U.S.A.A.F. y la R.A.F., dicho ataque podría haberse lanzado antes, con posibilidades casi seguras de obtener una resonante victoria. Igual que la batalla de invasión, ésta se perdió debido a la total supremacía aérea del enemigo. Tal era la opinión de Rommel y de muchos de sus principales colaboradores.

El fardo personal soportado por Rommel y otros jefes durante la batalla de invasión era tremendo, ya que en este frente se estaba decidiendo el destino del pueblo alemán. Allí se dirimía también si las hordas soviéticas llegarían o no a Berlín y si las últimas ciudades alemanas lograrían salvarse o quedarían convertidas en un montón de polvo y cenizas. Las

cartas de Rommel que han podido conservarse nos dicen algo de sus sentimientos durante aquel período.

10 junio 1944.

Queridísima Lu:

El Ejército se ha de enfrentar a circunstancias muy duras. Ayer estuve en el frente y hoy volveré. La superioridad aérea del enemigo dificulta mucho nuestros movimientos. No es posible contrarrestarla, y parece ser que pronto se ejercerá sobre otros lugares. Sin embargo, haremos cuanto podamos.

13 junio 1944.

Ayer la línea telefónica funcionó pésimamente, pero peor hubiera sido no disponer de ella. La batalla no nos es favorable, en especial debido a la superioridad aérea enemiga y a los efectos de la artillería naval. El adversario efectúa 27 000 salidas, contra 300 ó 500 nuestras. Ayer informé al Führer. Rundstedt está haciendo lo mismo. Ha llegado el momento de que juegue la política. Esperamos que el siguiente y aún más terrible golpe se descargue dentro de unos días. El poderío largamente preparado de dos Potencias mundiales ha entrado en acción. Todo quedará decidido en poco tiempo. Hacemos lo que podemos. Con frecuencia pienso en ti, con mis mejores deseos y la esperanza de que todo pueda ser conducido a un tolerable final.

14 junio 1944.

Lucha muy encarnizada. La inmensa superioridad enemiga en aviación, artillería naval, hombres y material diverso empieza a obtener resultados. Aun así, me parece dudoso que las autoridades superiores comprendan la gravedad del momento y extraigan conclusiones adecuadas.

El abastecimiento escasea en todas partes. ¿Qué tal seguís los dos? Aún no he recibido noticias.

15 junio 1944.

Ayer estuve otra vez en vanguardia. La situación no mejora. Debemos prepararnos para graves acontecimientos. Las tropas, tanto de las S. S. como del Ejército, se baten con gran valor, pero el equilibrio de fuerzas se inclina cada vez más en favor del enemigo. Nuestra aviación desempeña un papel muy modesto sobre la zona de combate. Estoy bien. He de mantener la cabeza alta, aun cuando debemos abandonar muchas esperanzas. Pronto nos enfrentaremos a graves decisiones que te recordarán nuestra conversación de noviembre de 1942[91].

18 junio 1944.

Hoy dispongo de la posibilidad de mandarte una rápida carta, por uno de mis hombres. Ayer vi al Führer, que por el momento se encuentra en el Oeste. Le di un informe detallado de la situación y le aclaré muchas cosas. Si el O.K.W. había abrigado dudas acerca del comportamiento de las tropas, dicha idea ha variado. Nuestro enemigo ha otorgado a mi ejército el mejor de los elogios. Desde luego, considerables contingentes quedaron arrollados por la inmensa superioridad del adversario en bombardeos aéreos y artillería naval, pero los supervivientes continuaron luchando como diablos. Si se me hubiera hecho caso, hubiésemos contraatacado la primera noche con tres divisiones, consiguiendo quizás detener el avance. Tan perniciosos retrasos tuvieron como causa el que las divisiones Panzer se vieran obligadas a recorrer entre 400 y 650 Km. hasta el frente. Muchos de estos inconvenientes han sido subsanados y contemplo el futuro con menos ansiedad que una semana atrás. La acción a larga distancia[92] *nos ayuda bas-*

tante. Buen número de generales cayeron en los primeros días de la batalla, entre ellos Falley, que resultó muerto la primera noche, es decir, la del 5 al 6 de junio.

... se ha hecho ya muy difícil un rápido avance enemigo hacia París. Hemos recibido mucho material. El Führer se mostró amistoso y de buen humor. Comprende la gravedad de la situación...

24 junio 1944.

Ahora empezamos en el Este[93]*. Espero que todo marche bien. Cherburgo no podrá sostenerse mucho tiempo, a pesar de la heroica lucha de sus defensores. El enemigo puede preparar el terreno que quiera para el asalto, siempre y cuando disponga de suficientes bombas y proyectiles pesados. Lo trágico es que nosotros no podemos contestar del mismo modo. Parto hacia el frente, como hago casi a diario.*

24 julio 1944[94]*.*

Me encuentro en el hospital, muy bien atendido. Desde luego, debo permanecer tranquilo hasta que pueda moverme, lo que ocurrirá dentro de una quincena. Mi ojo izquierdo sigue cerrado e hinchado, pero los médicos aseguran que mejorará. La cabeza me molesta mucho por las noches, pero el dolor disminuye durante el día. El atentado contra el Führer, ocurrido al tiempo de mi accidente, me ha impresionado mucho. Debemos agradecer a Dios que todo terminara bien. Poco después remití mi punto de vista sobre la situación[95]*.*

Me siento muy apenado por Daniel (su chófer). Era un excelente conductor y un soldado leal.

Mi sincero cariño para ti y Manfred.

Varias semanas más tarde Rommel fue trasladado a Alemania para impedir que cayera en manos de los aliados. No sabía que con ello quedaba sellado su propio destino, ya que por aquel entonces probablemente Hitler había decidido su muerte, aunque el 24 de julio le telegrafiara:

«Acepte Herr Feldmarschall mis mejores deseos para su pronto restablecimiento.

Suyo,

ADOLFO HITLER».

No existen documentos concernientes a los últimos meses de la vida de Rommel, pero su hijo Manfred, que contaba entonces quince años, fue autorizado a trasladarse a su casa para formar parte de los ayudantes de su padre, pudiendo, gracias a ello, comprender sus puntos de vista mediante conversaciones sostenidas diariamente.

CAPÍTULO XI
LAS JORNADAS FINALES

Por Manfred Rommel

Un día, a mediados de agosto de 1944, me hallaba en mi batería, emplazada en las afueras de Ulm, cuando recibí una llamada telefónica de mi Comandante: «Tu padre se encuentra en Herlingen y has sido asignado a su Plana Mayor. Partirás hoy mismo».

Un automóvil militar me llevó a Herlingen. Atravesamos la puerta del jardín y nos detuvimos frente a la casa. La sirvienta me abrió. Dejé mi mochila en el suelo, produciendo el acostumbrado tintineo, y apresuradamente me lavé las manos, pasando luego al estudio. Mi padre estaba sentado en un sillón, junto a una mesita para tomar café, con el ojo izquierdo cubierto por un vendaje negro. La parte izquierda de su cara había quedado estropeada por la explosión. Se levantó, vacilante, y nos saludamos.

—Estoy mejorando con mucha rapidez —dijo, contestando a mi pregunta—. Aún sufro dolores de cabeza, y mi ojo izquierdo sigue cerrado y sin movimiento, pero ya mejorará.

Nos sentamos, y vi como su expresión se volvía grave al volverse hacia mamá y continuar el relato de sus experiencias en Normandía. Aquella conversación, al igual que otras muchas, ha quedado grabada en mi memoria, y en ésta confío al reproducirla.

—Mis funciones en Normandía —dijo— quedaban tan restringidas por Hitler, que igual las hubiera podido realizar un

sargento mayor. Se interponía en todo y desaprobaba todas nuestras sugerencias. Al empezar, ingleses y americanos tenían sólo dos cabezas de puente: una muy débil en la península de Cotentin, y otra más fuerte junto a Bayeux. Como es natural, deseábamos atacar la primera. Pero no. Hitler pensaba de otro modo. El mediocre y disperso ataque consiguiente quedó detenido desde sus comienzos. Si sacábamos a una división de su lugar, Hitler mandaba su inmediato regreso. Cuando ordenábamos «resistir hasta el último cartucho», se cambiaba la frase por la de «hasta la última gota de sangre». Al rendirse Cherburgo nos enviaron un abogado especializado en procesos de guerra.

»Las tropas se comportaron magníficamente, disputándose durante los primeros días la posesión de los *Panzerfäuste* (proyectiles cohete antitanques, de uso individual), pero enseguida surgió un sentimiento de desánimo al comprobarse que nada se podía ya hacer. Un jefe de Cuerpo se quedó en su coche mientras era atacado por aviones en vuelo rasante. Cayó en su asiento gravemente herido. Su ayudante trató de salvarlo antes de que se reprodujera el ataque, pero él se mantuvo en su sitio, contestando: «—Déjame. Prefiero que ocurra así». Poco después fue muerto.

Mi padre se levantó y estuvo mirando por la ventana durante un rato. Luego prosiguió su relato:

—Pero el valor solo no servía para nada. La sangría resultaba terrible. En ocasiones, en una sola jornada sufríamos tantas bajas como durante toda la batalla de verano de 1942 en África. Mis nervios son fuertes, pero a veces me sentía al borde del colapso. Por todas partes no se leían más que informes de bajas y más bajas. Jamás he luchado en tales condiciones. Si no me hubiera trasladado al frente casi a diario,

no habría podido soportar la eliminación literal de tantos regimientos uno tras otro.

De improviso se volvió con una sacudida, y hubo de apoyarse sobre el alfeizar.

—Lo peor de todo es que la lucha carece de sentido. Nada podemos ya hacer. Cada tiro que disparemos será inútil, porque se nos devolverá centuplicado. Cuanto antes termine, mejor para nosotros.

Nos miramos, y yo dije:

—Quizás existan nuevas armas que inclinen las cosas en nuestro favor.

—Tonterías —repuso—. Nadie tiene semejantes armas. El único propósito de tales rumores es el de animar un poco más a los soldados. Hemos sido derrotados, y la mayoría de los caballeros que ejercen el mando lo saben perfectamente, aunque no quieran admitirlo; pero ni aun ellos son tan estúpidos como para no reconocer hechos que aparecen claros a la vista de todos.

Los doctores rogaron a mi padre que permaneciera en cama durante unas semanas, pero él no les hizo caso alguno. Tenía un carácter demasiado activo. Cada mañana, muy temprano, le oía descender lentamente las escaleras. Yo le seguía poco después, para leerle algo. Por regla general sosteníamos una larga discusión durante el desayuno. Para mí con mis quince años y mi tarea de auxiliar de la Luftwaffe, seguía flotando una aureola de gloria alrededor de Hitler, a pesar de lo que había oído de él. Así es que cuando papá empezaba con sus críticas solía intentar una inmediata defensa del régimen. Con infinita paciencia analizaba mis argumentos.

—La guerra —me dijo una vez— raramente ha ocasionado beneficios a los pueblos. Pero éstos nunca son consultados.

Una vez empezada la contienda, sólo cabe el luchar con el fin de salir lo mejor librados posible. Pero ¿qué ocurre cuando ya no queda ninguna perspectiva? Lo mejor es detenerse sin pérdida de tiempo. Tal es nuestra posición actual, exceptuando que en el Este contendemos con un enemigo ante el que no cabe rendición. Hemos de luchar por nuestras vidas, y ello complica el asunto. Debemos procurar que nuestro enemigo de Occidente ocupe la totalidad de la Europa central, manteniendo a los rusos fuera de nuestras fronteras.

Cuando supo que se quitaban tropas del Este para mandarlas al Oeste, estalló:

—¡Qué locura! No piensan sino en su propia piel. ¿Qué sacarán con prolongar unos meses más sus miserables vidas? El frente oriental se derrumbará, y al siguiente empuje los rusos estarán en Alemania. Todos sabemos lo que ello significa.

Hasta entonces no había oído nada de las tentativas de mi padre para concertar una paz separada en Occidente, y jamás imaginé que pudiera existir conexión alguna entre él y los militares detenidos después del 20 de julio. Me dejó perplejo la noticia de que algunos agentes de la Gestapo rondaban la casa, demostrando mucho interés por cuanto ocurría en ella. Papá y yo nos habíamos acostumbrado a dar un paseo diario por el bosque cercano. Una mañana estaba sentado con él en su habitación, cuando de improviso me dijo:

—Mira, Manfred. Es posible que haya agentes por los alrededores con la idea de eliminarme sin armar demasiado ruido. Supongamos por medio de una emboscada. Sin embargo, no tengo la intención de dejarles salirse con la suya. De ahora en adelante llevaremos pistolas durante nuestro paseo. Puedes tomar la mía de 8 mm. Esos individuos jamás aciertan al primer tiro. Si ocurre algo dispararemos contra el lugar de

donde proceda el ataque, y lo más probable es que traten de protegerse a toda prisa.

Al principio no comprendí bien de qué se trataba, pero unos días después me preguntó:

—Dime, Manfred, ¿qué opináis, los jóvenes como tú, cuando Hitler manda ahorcar a personas persuadidas, y no sin razón, de que la guerra se ha perdido y de que debe buscarse un fin a la misma?

—No lo sé —repuse—. En la batería están todos hartos del conflicto, pero muchos siguen creyendo en que ganaremos de una manera o de otra.

—Hemos perdido —me interrumpió mi padre—. ¿Y si yo mismo me hubiese declarado dispuesto a terminar la contienda, incluso contra la voluntad de Hitler?

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Dejémoslo, por ahora —fue su respuesta—. De todos modos, hay una cosa clara: resulta intolerable que el destino de toda una nación dependa de la terquedad de unos pocos. Debe existir un límite, ya que de lo contrario ocurrirían las cosas más fantásticas, sin que nadie las viera venir.

A partir de aquel día también yo experimenté el sentimiento de un desastre, cada vez más próximo.

Por entonces mi padre estaba firmemente convencido de que, dentro de unos años, estallaría la guerra entre Rusia y las potencias occidentales, y, contrariamente a muchos militares que acudían a visitarnos, afirmaba también que la victoria sería del mundo occidental. Recuerdo, con particular claridad, una conversación que tuvo lugar un mes después de su regreso de Francia. Serían las diez de la noche, y nos hallábamos en su gran estudio de Herrlingen. Vestía su traje marrón de paisano y estaba sentado frente a mí en un sillón.

Volvía a mostrarse otra vez muy activo, aunque su ojo izquierdo siguiera hinchado a causa de la herida. Como con el otro no veía muy bien, se me había encargado temporalmente de leerle documentos. Aquella noche se trataba de unas estadísticas concernientes a la distribución de materias primas, en las que se sentía muy interesado, pero pronto el libro quedó sobre la mesa, y empezamos a hablar del futuro, que se ofrecía muy tenebroso.

—Rusia y el occidente son como el fuego y el agua —dijo—. Existirán fricciones, y probablemente estallará otra guerra. Quizá no después de nuestro colapso, porque todo el mundo estará cansado de ellas, pero sí años más tarde.

—Una perspectiva muy poco halagüeña para ingleses y americanos, ¿no crees? —pregunté—. Las fuerzas rusas de tierra son superiores a las occidentales.

—No es eso lo que decidirá la lucha —replicó mi padre—. Nuestros mejores tanques y divisiones escogidas no han servido de nada en Normandía. No, joven. Los americanos han conseguido el dominio del aire y lo conservarán. Ello significa una sentencia de muerte contra todo ejército terrestre, por grande que sea, que haya de luchar sin adecuada protección aérea.

—Quizás los rusos esperen hasta después de que, terminada la guerra, los americanos hayan desarmado —intervino mi madre—. Los pueblos occidentales necesitan un alto nivel de vida, y todas sus industrias revertirán a la producción civil.

—América y Gran Bretaña vencerán —repuso—, aun cuando Europa sucumbiera a la tormenta del Este. No debemos olvidar que ambas disponen de un gran poderío naval y pueden transportar su material de guerra a cualquier punto del globo, accesible por mar. Tomemos, por ejemplo, el África

del norte francesa —añadió señalando el mapa que me había pedido le trajera—. Existen muchos y buenos puertos y comunicaciones ferroviarias de primera clase. En cambio, entre el Cáucaso y Egipto sólo hay algunos ferrocarriles aislados, y de vía más estrecha que la rusa, de modo que de poco podrían servirles. Entre Libia y Túnez no existe ferrocarril en más de 3000 Km. Los rusos tendrían que transportar por camión los abastecimientos de su ejército durante tan largo trayecto, lo cual resulta prácticamente imposible. Un vehículo de tal clase requiere 4 litros de gasolina cada 10 Km., lo cual representa 1200 para cada viaje de 3000 Km. y otros tantos para el regreso, es decir, 120 bidones en total. La carga de cada uno estaría constituida por su propio carburante. Otro factor a considerar es el de que el moderno motor de tanque no soportaría tales distancias. ¿Podrían los rusos continuar siendo peligrosos después de 3 ó 4000 Km.? Desde luego, no. En África, una fuerza pequeña pero bien equipada resistiría durante meses.

»Hemos oído decir, además, que Inglaterra y los Estados Unidos producen cuatro veces más que Rusia. No puede existir duda alguna de que, en caso de peligro, estos dos países podrían establecer considerables fuerzas en el África Occidental francesa, sin experimentar molestia alguna. Desde allí ganarían gradualmente el dominio del aire y se irían fortaleciendo, a cada mes que transcurriese. Luego iniciarían el avance, como están haciendo ahora en el Oeste. Sus formaciones de bombardeo cortarían la comunicación entre el Ejército ruso y sus bases de aprovisionamiento, lo inmovilizarían y procederían a destruirlo. Luego adelantarían paso a paso, ayudados por su flota, que puede transportar pertrechos a cualquier lugar de la tierra, ya sea Tobruk, Suez o Basra. Una vez los yacimientos petrolíferos del Caspio estuvie-

ran al alcance de sus bombarderos, quedaría expuesto el talón de Aquiles ruso.

Mientras mi padre permanecía reflexionando sobre todas estas cosas, los sabuesos de Hitler se ocupaban en seguir las huellas que conducían desde la Bendlerstrasse (*Ministerio de la Guerra*) al Cuartel General del frente occidental. El General Von Stuelpnagel, Comandante militar de Francia, cayó en las manos de la Gestapo después de un intento de suicidio. El Mariscal Von Kluge, que había reemplazado a Von Rundstedt como jefe del sector oeste, después de la substitución del último por su supuesto derrotismo, había desaparecido varias semanas antes. Cierto día mi padre celebró una larga conversación con un oficial que le había traído noticias de Francia. Cuando oí que su coche se alejaba penetré en el estudio. Mi padre estaba sentado ante su escritorio, con el rostro muy serio.

—Kluge ha muerto —me dijo—. Ahora ya sabemos lo ocurrido. Hitler le dió orden de regresar al *Reich*. Por el camino se envenenó. Cuando el chófer volvió la vista atrás, encontróse con un cadáver. A su llegada a Francia, me saludó con las siguientes palabras: «También usted tendrá que aprender a obedecer las órdenes». En el Cuartel General del *Führer* le habían impulsado a ello. Desde luego, se produjeron roces, pero una visita al frente bastó para convencerle de que yo tenía razón, y también quedó pronto seguro de que la guerra debía terminar cuanto antes. El 20 de julio no sabía nada de la revuelta contra Hitler, hasta que el mensaje de éste fue leído por la radio.

No existe duda alguna de que también mi padre había pensado en que podía caer víctima de la represión de Hitler. Lo que no imaginó fue que su fin fuera similar al de Von Kluge.

A principios de septiembre supimos que el General Hans Speidel había sido relevado de su cargo de jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B. Días más tarde visitó a mi padre en Herrlingen. Los dos hablaron durante varias horas. El General Speidel debía presentarse en el Cuartel General del *Führer* uno o dos días después. Convinieron en aprovechar la oportunidad para lanzar otra propuesta de paz a través del General Guderian, jefe del Estado Mayor del Ejército.

Pero nada de ello se llevó a cabo.

El caso de mi padre representaba para Hitler un problema espinoso, porque la noticia de que incluso el Mariscal Rommel consideraba perdida la guerra y preconizaba una paz separada, hubiese equivalido a declarar nuestra bancarrota militar. Por eso Hitler se contuvo tanto tiempo después de haber sabido los esfuerzos de mi padre en dicho sentido. Pero el 7 de septiembre hizo detener al General Speidel, iniciándose así el último acto del drama. La noticia corrió de boca en boca, y antiguos amigos de mi padre guardaron un extraño silencio. Al darse cuenta de ello dijo con una sonrisa:

—Las ratas empiezan a abandonar el buque.

Se sentía muy preocupado por la suerte de Speidel, y aunque no había sido informado todavía oficialmente de la detención, trató por todos los medios de obtener su libertad. Finalmente escribió a Adolfo Hitler la que sería su última carta[96].

«1.º octubre 1944.

Mein Führer*:*

Desgraciadamente mi salud no es aún tan buena como yo quisiera. La cuádruple fractura de cráneo, las desfavorables condiciones en el frente Oeste desde que fui herido, y la destitución y arresto de mi antiguo Jefe de Estado

Mayor Teniente General Speidel —de lo que me enteré por casualidad— han exigido de mis nervios más de lo que éstos pueden soportar. Ya no me siento capaz de resistir nuevas pruebas.

El Teniente General Speidel me fue asignado como Jefe de Estado Mayor a mediados de abril de 1944, substituyendo al Teniente General Gause, y siendo recomendado por el Coronel General Zeitzler y por su antiguo jefe el General Wöhler. Poco antes de ocupar su puesto en el Grupo de Ejércitos le concedisteis la Cruz de Caballero y la promoción a Teniente General. Durante sus primeras semanas en el Oeste, Speidel demostró ser un jefe activo, diligente y enérgico. Gobernó al personal con gran firmeza, demostró una profunda comprensión de las necesidades de la tropa y me ayudó lealmente a completar las defensas de la Muralla del Atlántico, dentro de los medios con los que contábamos. Cuando me dirigía al frente, como ocurría casi a diario, podía confiar en que Speidel transmitiría mis órdenes, discutidas de antemano, a los Ejércitos, y llevaría a cabo los cambios de impresiones con unidades equivalentes o superiores según mis directrices.

Al iniciarse la batalla de Normandía, Speidel no ahorró esfuerzo alguno para conseguir una victoria sobre el enemigo, que nos estaba ocasionando graves preocupaciones con su superioridad aérea, sus cañones navales y otros elementos. Hasta el día en que fui herido, Speidel permaneció lealmente a mi lado. También el Mariscal Von Kluge parecía satisfecho de él. No puedo imaginar lo que habrá conducido a su destitución y arresto. El Oberstgruppenführer Sepp Dietrich y Speidel eran buenos amigos, y se entrevistaban con frecuencia.

Por desgracia resultó imposible librar la batalla de Normandía de tal manera que el enemigo quedara destruido mientras seguía en el mar, o por lo menos en el momento mismo del desembarco. Ya di los motivos que lo impidieron en un informe que el General Schmundt os presentó, sin duda alguna, mientras aún seguía a vuestro lado.

Cuando el Mariscal Von Kluge asumió el mando en el Oeste, tuvo lugar una desagradable escena en el Grupo de Ejércitos B, en presencia de mi Jefe de Estado Mayor y de mi la. No pude soportar en silencio los cargos que se me imputaban, y en privado expuse mi opinión al Mariscal Von Kluge, rogándole al día siguiente que me hiciera saber en qué se basaba para formularlos. Dichos cargos fueron retirados verbalmente en el transcurso de una conversación durante la cual insté al Mariscal Von Kluge a que os presentara con toda claridad y urgencia la situación en el frente, sin ocultar las partes desagradables, porque sólo por este medio podíais, mein Führer, apreciar de manera perfecta lo ocurrido y adoptar las decisiones pertinentes. Mi último informe fue enviado a la Jefatura del Sector Oeste, el día antes de resultar herido, y, como Kluge me dijo más tarde, os fue remitido con una nota adicional suya.

Ya sabéis, mein Führer, hasta qué punto he empleado mi fortaleza y mis posibilidades, tanto en la campaña occidental de 1940 como en la de África de 1941-43, la de Italia en 1943 y de nuevo en el Oeste en 1944.

Sólo me domina un pensamiento: el de luchar y vencer por vuestra nueva Alemania.

Heil, mein Führer.

E. ROMMEL».

Pero el paradero del General Speidel permaneció desconocido. Poco después se mencionó su nombre, junto con el de mi padre, ante el Tribunal de Honor del Ejército. Pero el «caso Rommel» no llegó a discutirse oficialmente.

El 7 de octubre llegó a Herrlingen el primer indicio alarmante. El Mariscal Keitel rogaba a mi padre que se trasladara a Berlín para una importante conferencia, a celebrar el día 10. Un tren especial lo esperaría en Ulm.

—No soy tan tonto —dijo al ver la carta—. Conocemos bien a esos señores. No llegaría vivo a Berlín.

Habló claramente del asunto al profesor Albrecht, especialista de cerebro de la Universidad de Tueringen, y a cuyo cuidado estaba, tras de lo cual el profesor certificó inmediatamente su incapacidad para efectuar el viaje. También trató de persuadirle para que se albergara en su clínica, donde no sería fácil dar con él. Mi padre contestó que no olvidaría la oferta.

Pero los acontecimientos se precipitaban. Su negativa a trasladarse a Berlín prolongó su vida sólo cuatro días.

El Terrateniente Oskar Farny era amigo suyo desde que ambos sirvieron juntos en Weingarten. Como antiguo diputado por el Partido del Centro en el *Reich*stag, Farny había desconfiado siempre de los nacionalsocialistas, y durante la segunda mitad de la guerra sostuvo largas conversaciones con los antiguos Ministros Fehr y Gessler, respecto a la posibilidad de terminar con el conflicto y con el régimen nazi.

Fehr y Gessler fueron detenidos el 13 de octubre de 1944, y Farny, a quien mis padres visitaron aquel mismo día, esperaba que la Gestapo fuese a por él de un momento a otro.

—Pero Hitler no te hará nunca nada —dijo a mi padre—. Eres demasiado popular y atraería demasiado la atención.

La respuesta de papá parecía cargada de presagios.

—Te equivocas —le dijo—. Hitler quiere deshacerse de mí, y removerá cielo y tierra hasta que lo consiga.

De regreso a Herrlingen, después del largo viaje en automóvil, llegó un mensaje telefónico en el que se avisaba a mi padre que al día siguiente dos generales vendrían a hablar con él acerca de su «futuro cargo».

Mi batería, a la que había regresado unas semanas antes, me dió permiso para el 14 de octubre. Partí por la mañana muy temprano, llegando a Herrlingen a las siete. Mi padre estaba ya desayunando. Me trajeron rápidamente una taza, y una vez terminamos, salimos a dar un paseo por el jardín.

—A las doce vendrán dos generales para discutir mi futura tarea —empezó—. Hoy quedará decidido lo que se ha planeado sobre mí: o un tribunal popular o un nuevo mando en el Este.

—¿Aceptarías tal mando? —le pregunté.

Me tomó por el brazo y repuso:

—Querido, nuestro enemigo del Este es tan terrible que ante él ha de abandonarse cualquier otra consideración. Si consigue arrollar Europa, aunque sólo sea temporalmente, ello marcará el fin de todo cuanto hace la vida digna de ser vivida. Desde luego, aceptaría.

Poco antes de las doce, se retiró a su habitación del primer piso, cambiándose la americana marrón de paisano, que solía llevar con pantalones de montar, por la guerrera traída de África, su uniforme favorito por tener el cuello abierto.

Hacia las doce, se detuvo frente a la puerta de nuestro jardín un coche verde obscuro, con matrícula de la capital. Los únicos hombres que había en la casa, aparte de mi padre, eran el Capitán Aldinger[97], un cabo veterano que sufría gra-

ves heridas y yo. Dos generales —Burgdorf, hombre exuberante y robusto, y Maisel, pequeño y delgado— bajaron del coche y entraron en casa. Se mostraban muy respetuosos y corteses, y pidieron permiso a mi padre para hablarle a solas. Aldinger y yo salimos de la habitación. Mientras subía las escaleras en busca de un libro, pensé, aliviado, en que no iban a detenerle.

Minutos más tarde, oí como mi padre penetraba en la habitación de mamá. Ansioso por saber lo que ocurría, lo seguí. Se hallaba en el centro de la estancia, con la cara muy pálida.

—Ven conmigo —dijo con voz tensa. Pasamos a mi cuarto —. Acabo de decir a tu madre —empezó lentamente— que debo morir dentro de un cuarto de hora —su voz era tranquila —. Resulta duro terminar así. Pero la casa está rodeada, y Hitler me acusa de alta traición. «En vista de los servicios prestados en África» —añadió sarcásticamente—, podré quitarme la vida con un veneno. Los dos generales lo traen consigo. Obra efecto en tres segundos. Si acepto, no serán adoptados contra mi familia los procedimientos usuales, e incluso dejarán libres a mis colaboradores.

—¿Lo crees? —le interrumpí.

—¡Sí! —replicó—. Lo creo. Les interesa mucho que este asunto no trascienda. Además, me han encargado que consiga tu promesa del más estricto silencio. Si pronunciáis una sola palabra acerca de lo ocurrido, no se sentirán ligados al convenio.

—¿No podríamos defendernos…? —insinué. Pero me interrumpió enseguida:

—No serviría de nada —dijo—. Es mejor que muera uno, que perecer todos en un tiroteo. Además, carecemos de munición.

Nos despedimos brevemente.

—Haz el favor de llamar a Aldinger —me dijo.

Entretanto, los componentes de la escolta de ambos generales habían entablado conversación con Aldinger, para mantenerle alejado de mi padre. Al llamarle, subió a toda prisa las escaleras. Quedóse frío al enterarse de lo que ocurría. Mi padre habló rápidamente, insistiendo en la inutilidad de defenderse.

—Todo ha sido preparado hasta el menor detalle. Se me hará objeto de honras fúnebres con carácter oficial. He rogado que se celebren en Ulm. Dentro de un cuarto de hora, usted Aldinger recibirá una llamada telefónica del hospital de la Wagnerschule en Ulm, diciendo que he sufrido un ataque cerebral durante el camino hacia una conferencia —consultó su reloj—. Debo irme. Me han dado sólo diez minutos.

Volvió a despedirse de nosotros, y luego bajamos las escaleras juntos.

Le ayudamos a ponerse el abrigo de cuero. De improviso sacó la cartera.

—Quedan 150 marcos —dijo—. ¿He de llevármelos?

—Eso es cosa que ya no importa, señor Mariscal —repuso Aldinger.

Mi padre volvió a guardar su cartera. Al entrar en el vestíbulo, el perro que le habían regalado unos meses antes en Francia, salió a su encuentro ladrando alegremente.

—Enciérralo en el estudio, Manfred —me dijo.

Y esperó con Aldinger, mientras yo me llevaba al alborotado can. Luego salimos juntos de la casa. Los dos generales aguardaban en la puerta del jardín. Avanzamos por el sendero. El crujir de la arena resonaba más que de costumbre.

Cuando nos aproximábamos a los dos generales, éstos elevaron la diestra en un ademán de saludo.

—Señor Mariscal —dijo Burgdorf brevemente, y se apartó para dejar paso a mi padre. Unos cuantos aldeanos permanecían junto a la calzada. Maisel se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿En qué batería sirves?

—En la 36/7, mi General —repuse.

El automóvil estaba dispuesto. El conductor de las S.S. abrió la portezuela y se puso firme. Mi padre se colocó el bastón de Mariscal bajo el brazo izquierdo, y con gesto tranquilo nos estrechó la mano a mí y a Aldinger, antes de penetrar en el vehículo.

Los dos generales ocuparon, rápidamente sus puestos, y se cerraron las puertas. Mi padre no volvió la cabeza mientras el coche se alejaba veloz por la cuesta, desapareciendo a la vuelta de una curva. Aldinger y yo regresamos silenciosos a la casa.

—Voy a ver a tu madre —me dijo.

Yo me fui arriba para esperar la anunciada llamada telefónica. Una gran depresión me invadía, impidiéndome reflexionar con calma. Encendí un cigarrillo y traté de leer, pero las palabras carecían de sentido. Veinte minutos más tarde sonó el teléfono. Aldinger cogió el receptor. Una voz le notificó la muerte de mi padre. Aquella noche nos fuimos a Ulm, dirigiéndonos al hospital en que se hallaba. Los médicos que nos recibieron se encontraban muy nerviosos, sospechando sin duda las verdaderas causas de la muerte. Uno de ellos abrió la puerta de una pequeña habitación. Mi padre yacía en una cama de campaña, vistiendo su uniforme de África, con una expresión de absoluto desprecio en el rostro.

No sabíamos todavía lo ocurrido después de que partió de nuestro lado. Más tarde nos enteramos de que el automóvil se había detenido unos metros después de salvar la cumbre de la colina, en un espacio despejado, junto a la linde de un bosque. Agentes de la Gestapo llegados en gran número de Berlín aquella misma mañana, vigilaban la zona, con instrucciones de abatir de un disparo a mi padre y penetrar violentamente en la casa, si ofrecía resistencia. Maisel y el chófer saltaron del automóvil dejando dentro a Burgdorf y a mi padre. Cuando, diez minutos más tarde, se permitió regresar al chófer, éste vió a mi padre desplomado, sin gorra y con el bastón de mariscal caído a su lado. Dirigiéronse rápidamente a Ulm, conduciendo el cadáver al hospital. Después, el General Burgdorf fue al Cuartel General de la Wehrmacht en Ulm, desde donde telefoneó a Hitler, para notificarle el fallecimiento. A continuación, llamó a casa de la familia de uno de sus oficiales de escolta para preparar la cena de aquella noche. El General Burgdorf, a quien odiaba el noventa y nueve por ciento de su oficialidad, a causa de su carácter brutal e implacable, murió en Berlín en abril de 1945, tras haber pasado varios días borracho con Bormann en el *búnker* del *Führer*.

Quizá la parte más despreciable de todo el asunto la representara las muestras de condolencia recibidas de los miembros del Gobierno, quienes no debían ignorar las verdaderas causas de la muerte de mi padre, habiendo en algunos casos contribuido a la misma con hechos o con palabras. Incluyo unos cuantos ejemplos:

«En Campaña, 16 octubre 1944.

Acepte mi sincero dolor por la sensible pérdida que para usted representa la muerte de su querido esposo. El

nombre del Mariscal Rommel quedará para siempre unido a las heroicas campañas del Norte de África.

ADOLFO HITLER».

«Cuartel General del Führer, 26 octubre 1944[98].

Me he emocionado profundamente al saber que su esposo, el Mariscal Rommel, ha muerto como un héroe, a consecuencia de sus heridas, tras de que todos esperábamos que siguiera perteneciendo largo tiempo al pueblo alemán. Le expreso, querida Frau Rommel, mi profundo sentimiento en nombre propio y de la Luftwaffe alemana.

Silenciosamente apenado, suyo,

GOERING

Reich*smarschall*

del Gran Reich alemán».

«Berlín, 17 octubre 1944.

FINDIV

Mi querida Frau Rommel:

En ocasión de la dolorosa pérdida experimentada en la persona de su esposo, mi esposa y yo le transmitimos el testimonio de nuestra inalterable consideración. Con el Mariscal Rommel el Ejército alemán pierde a uno de sus jefes más ilustres, cuyo nombre quedará para siempre unido a la heroica lucha librada durante dos años por el Afrika Korps. Reciba el testimonio de nuestra más sincera condolencia.

Heil Hitler.

Reich*sminister Dr.* *Goebbels*

y *FRAU GOEBBELS*

FINDIV

Mientras todos aquellos personajes trataban, con su hipocresía, de dar el último toque realista a la farsa, miles de soldados alemanes seguían muriendo en el norte, el sur, el este y el oeste, sin grandes esperanzas, pero con una inalterable fe en la integridad de quienes los mandaban.

CAPÍTULO XII
EL CIELO SE OBSCURECE

Las siguientes reflexiones sobre las campañas de África y Normandía fueron escritas por Rommel mientras se reponía de sus heridas, después del desembarco. Son solamente notas apresuradas, que no pudo revisar a causa de su muerte. Ello debe tenerse en cuenta al observar algunas vaguedades inevitables en los argumentos que expone y en los comentarios acerca de determinadas personas. Su tributo final a Kesselring es un ejemplo de cómo llegaba frecuentemente a adoptar una actitud justa y sincera ante hombres con los que estuvo antes en franca desavenencia.

La capitulación de Túnez marcó el final de la campaña del Norte de África. Igual que en Stalingrado, allí también fue la nefasta influencia de Goering la que selló el destino del Grupo de Ejércitos. Como resultado, 130 000[99] soldados alemanes a los que se necesitaba urgentemente para la defensa del sur de Europa —entre ellos hombres como los míos que no podían ser reemplazados— pasaron a los campos de prisioneros angloamericanos.

La guerra en el Norte de África quedó decidida por el material adversario. En realidad, desde la entrada de América en el conflicto, existieron escasas probabilidades de victoria. Mientras nuestros submarinos mantuvieron el dominio del Atlántico, se abrigaron algunas esperanzas, ya que los tanques, cañones y vehículos que América producía en gran escala no hubieran servido de nada de no haberlos podido transportar a través de los mares. Pero esta «batalla del

Atlántico», que probablemente decidió la guerra, fue perdida muy pronto a causa de las enormes bajas experimentadas por los sumergibles. Todo lo demás derivó de ello, y nuestra derrota era ya inevitable en cualquier lugar al que tuvieran acceso las flotas de transporte angloamericanas.

En una invasión aliada, la cuestión principal residía en su capacidad para lograr una cabeza de puente que les permitiera descargar su material sin demasiada oposición propia. Una vez conseguido, nuestras posibilidades eran mínimas.

Pero ni aun así, los aliados podían desembarcar de una vez veinte divisiones con todo su equipo y material en una costa defendida, siéndoles preciso efectuar la operación por etapas sucesivas. Como en toda maniobra de desembarco, las primeras jornadas constituían el período más crítico.

Existían dos maneras de repeler el desembarco: a) Creando una concentración de fuerza en el lugar amenazado, durante los primeros días, y arrojando otra vez el enemigo al mar. *b)* Prolongando el período crítico del desembarco hasta reunir elementos suficientes para un contraataque. En otras palabras, reforzando las defensas locales en el punto requerido para impedir una mayor extensión de la cabeza de puente enemiga durante los primeros días.

Como nuestros elementos en Francia no poseían el potencial necesario para llevar a cabo simultáneamente ambos propósitos —el de sostenerse en la costa y el de mantener una reserva adecuada a retaguardia—, debíamos optar por uno de los dos, manteniendo una guarnición costera más o menos fuerte en los sectores amenazados o reforzando las reservas, mediante tropas retiradas de la costa.

El Mariscal Von Rundstedt, militar de gran prestigio estratégico, planeó situarse en posición de combatir cualquier movimiento enemigo colocando sus divisiones motorizadas

y blindadas en la Francia central, desde donde podrían haber sido rápidamente enviadas al campo de batalla, consiguiendo una gran superioridad local durante los primeros días del desembarco. A pesar de debilitar las guarniciones costeras, dicho plan hubiera resultado la solución correcta en circunstancias normales, significando la casi certeza de un triunfo. Pero el Mariscal Von Rundstedt no podía imaginar la magnitud de la superioridad aérea enemiga ni las restricciones operativas y tácticas a que ello nos obligaría.

En una marcha de aproximación de tantas unidades blindadas y motorizadas, que debía haberse realizado en el mínimo posible de tiempo a causa de la escasa guarnición costera, se hacía absolutamente necesario un riguroso cálculo. Después de mis experiencias en África, dudaba mucho —y con razón, como mostraron los acontecimientos— de que semejante proyecto resultara practicable.

En África habíamos podido estudiar el efecto de los bombardeos angloamericanos sobre nuestras formaciones motorizadas, especialmente en la batalla de El Alamein, y era de esperar que las fuerzas aéreas utilizadas por los aliados en el momento de la invasión fueran muy superiores a las del África del Norte. Además, y contrariamente a lo que ocurría en el desierto, existían en Francia unas carreteras fijas sobre las que llevar a cabo la marcha de aproximación, pasando todas ellas por ríos y ciudades, lo que aumentaba las posibilidades de las escuadras adversarias.

Llamé la atención del Mariscal Von Rundstedt sobre los siguientes puntos:

a. Los cazabombarderos angloamericanos cubrirían las vías de aproximación, tanto de día como de noche, utilizando bengalas, y deteniendo todo tráfico.

b. Las escuadras de bombardeo aplastarían puentes y ciudades, si obrando de este modo esperaban cerrar las carreteras durante unos días. A consecuencia de ello, aquéllas quedarían inutilizadas.
c. Las fuerzas motorizadas sufrirían terribles pérdidas a causa de los ataques aéreos, mientras se encontraran en movimiento.
d. Tales contratiempos harían imposible un horario prefijado, siendo preciso recurrir con frecuencia a amplias labores de reorganización. Reagrupar dos o tres divisiones es relativamente fácil, pero reoarganizar una marcha de aproximación de diez de ellas significa una grave pérdida de tiempo, especialmente si los hombres no están acostumbrados a la improvisación.
e. Serían necesarios diez o quince días antes de que las fuerzas llegaran a la zona de combate y fueran reagrupadas para la acción. Durante dicho tiempo los americanos habrían arrollado a nuestras débiles guarniciones costeras que luchaban sin apoyo de tanques, penetrando hacia el interior y acumulando suministros en su cabeza de puente. Una vez ocurrido esto, el ataque de unas fuerzas ya diezmadas durante su marcha hacia el frente no podía obtener éxito alguno. Desde luego, siempre hubiera sido posible destacar a unas cuantas formaciones y llevarlas a la línea a marchas forzadas, pero aquello hubiera dado el traste con la concentración ofensiva en la que se basaba todo el plan de Rundstedt.

En consecuencia, me atuve firmemente a mi propio plan, que, dadas las circunstancias, no podía sino representar una solución de compromiso. En primer término, debía fortificarse la costa lo más rápidamente posible. La infantería tomaría posición en las playas, mientras los tanques quedaban desplegados a poca distancia detrás, de modo que sus cañones pudieran disparar de manera eficaz sobre las tropas atacan-

tes. Situando al mayor número de fuerzas en los lugares más seriamente amenazados, pretendía conseguir los siguientes resultados:

a. La defensa extraería las máximas ventajas al período técnicamente más difícil en todo el desembarco, es decir, aquél en que las lanchas y barcos se aproximaran a la costa. Las obstrucciones bajo el agua, las minas y el fuego concentrado de todas las armas, multiplicarían extraordinariamente las dificultades de la maniobra.
b. Nuestras fuerzas locales impedirían al invasor extender su cabeza de puente y mantener el ritmo de su aprovisionamiento. Entretanto, fuerzas acorazadas y motorizadas serían trasladadas desde otros sectores hasta la retaguardia del frente amenazado, desde donde podrían lanzar un contraataque que eliminara los puntos de resistencia enemigos. Esperaba recuperar el tiempo que perdieran las formaciones motorizadas, debido a los ataques aéreos, por medio de una prolongada resistencia en la costa.

Por desgracia resultó imposible fortificarse hasta la extensión requerida, aunque hicimos cuanto pudimos para acelerar el trabajo. Además, ni el Cuartel General del *Führer* ni la Jefatura del Sector Oeste querían reconocer la amenaza pendiente sobre Normandía, ya que ambos organismos imaginaban que las mejores posibilidades ofrecidas en el Paso de Calais inducirían a los aliados a desembarcar en dicho sector[100]. Pero el éxito de los planes estratégicos del enemigo dependía enteramente del desembarco, y mientras el éxito era dudoso en el Paso de Calais, resultaba probable en Normandía, a causa de la escasez de fortificaciones. Su primera consideración se basaba, pues, en el éxito del desembarco propiamente dicho; las desventajas estratégicas de Normandía eran de menor importancia, comparadas a las del Paso de

Calais. Y además, los aliados disponían de suficiente tiempo y material.

Ocurrió que dos de mis demandas —el minado de la bahía del Sena y el envío a Normandía de varias divisiones Panzer[101], un cuerpo antiaéreo, una brigada de Nebelwerfer y paracaidistas— no fueron atendidas antes de la invasión, colocándonos así en una situación desventajosa ya desde el principio.

Sin embargo, creo que aunque hubiéramos dispuesto de dichas fuerzas hubiésemos perdido igualmente la batalla, ya que nuestros contraataques habrían quedado detenidos por las piezas navales y las fuerzas aéreas adversarias, mientras nuestras posiciones artilleras y de Nebelwerfer eran aplastadas una tras otra por la fantástica barrera de fuego. Además de todo ello, carecíamos de minas y de obstáculos bajo el agua en la cantidad planeada. Habíamos dispuesto de muy poco tiempo, y las tremendas destrucciones causadas por el bombardeo estratégico aliado en las vías de comunicación —especialmente en Normandía— acabaron de alterarlo todo. Más tarde comprobamos que ninguna solución ambigua podía contrarrestar el enorme potencial aéreo y artillero de los angloamericanos.

Mis pronósticos acerca de los movimientos de las tropas motorizadas hasta el frente quedaron plenamente confirmados. Tras varios días de marcha (mejor dicho, noches), las divisiones llegaron a su objetivo, habiendo sufrido muchas bajas por el camino.

Una cosa es cierta: En la batalla de invasión perdimos la última oportunidad para conquistar la ventaja estratégica que representaba una victoria en la costa, y que hubiera resultado de inestimable valor como base para determinados acontecimientos en el campo político.

Sin embargo, fue en el Norte de África donde se perdió realmente la mayor oportunidad, debido al fracaso de nuestros altos mandos para apreciar correctamente las posibilidades estratégicas de aquella zona de guerra. Una serie de desastrosos errores condujo finalmente a la rendición de las tropas del Eje en Túnez. Creo que debo resumir las perspectivas que ofrecía aquel teatro de operaciones y los motivos por los que no fueron explotadas. El hecho más importante, y al mismo tiempo más trágico de toda la campaña, lo constituyó el que su importancia quedara reconocida demasiado tarde por las autoridades responsables, y que cuando así ocurrió rehusaran comprender que la situación estratégica en el Mediterráneo no permitía ya esperanza alguna en el Norte de África.

Durante un período de varios años el Cercano Oriente estuvo guarnecido por fuerzas inglesas relativamente escasas, ya que, como máximo, no ascendieron nunca a más de doce divisiones. Dichas fuerzas sufrieron aplastantes derrotas, pero ni aun así el Eje fue nunca lo suficientemente fuerte como para explotar debidamente sus victorias. El Grupo de Ejércitos inglés en el Cercano Oriente constituía la única protección de vastos territorios de inmensa importancia para los aliados, como demuestra lo siguiente:

Las zonas que el Grupo de Ejércitos inglés «Cercano Oriente» (*en realidad se llamaba «Oriente Medio»*, L. *H.)* defendió contra el Eje incluían:

1. El Canal de Suez, Egipto y el África Oriental. El Canal de Suez poseyó en esta guerra menos importancia estratégica de la que se supone generalmente, debido a que los italianos hubieran podido cerrar el Mediterráneo en Sicilia.

2. Siria, Mesopotamia y Persia. Tres factores hacían esta zona especialmente delicada para los aliados.
    1. En 1939 Persia y el Irak proporcionaron unos 15 millones de toneladas de petróleo, comparados a los 6 y medio de Rumanía. La posesión de dicho territorio habría permitido al Eje motorizar a una mayor parte de su Ejército, creando así las condiciones necesarias para una victoria en Rusia, al tiempo que se incrementaban nuestras fuerzas aéreas y se hacía un uso más extenso de las mismas.
    2. La principal ruta por la que afluían las armas y el material americano pasaba por Besra, en el Golfo Pérsico, donde docenas de miles de vehículos y millares de tanques eran descargados con destino a Rusia. La posesión por el Eje de esta zona hubiese significado la vuelta a la antigua ruta de Murmansk, donde los americanos quedarían expuestos —hasta principios del 43— al inmenso peligro de los submarinos y la aviación alemanes, debido a que los convoyes debían pasar ante un largo trecho de la costa de Noruega.
    3. Si las tropas del Eje se hubiesen adueñado de toda la costa mediterránea y Mesopotamia, habrían dispuesto de excelente base para una ofensiva contra el frente meridional ruso. Los ingleses no habrían amenazado o impedido los transportes germano-italianos por el Mediterráneo, cesando de manera absoluta nuestras dificultades en el abastecimiento.

Tal era el aspecto estratégico que el Mediterráneo debió ofrecer a los ingleses. Las posibilidades que dicha situación significaban para el Eje son fáciles de imaginar.

La más importante incógnita relacionada con la guerra en África consistía en saber si era posible conseguir el dominio

del aire en el Mediterráneo y garantizar una línea segura de abastecimientos para el Eje, por medio de una mejor distribución de las fuerzas alemanas.

En 1941 el Coronel General Halder me contó que el Alto Mando consideraba al África del Norte una causa perdida, y que no atribuían a las tropas alemanas otra misión que la de retrasar el colapso italiano en Libia. Halder trató de justificar sus puntos de vista, asegurando que sería imposible mantener mucho tiempo en el Norte de África a un ejército de más de dos o tres divisiones, a causa de los abastecimientos. Sostuvo dicha opinión de manera incidental, mientras yo seguía al mando del Ejército. En junio de 1941 apareció en el Norte de África el General Gause, encargado por el O.K.W. de estudiar las posibilidades de empleo de fuerzas más numerosas. Sin embargo, nada se hizo.

Por lo que respecta a la situación estratégica en el Mediterráneo, el O.K.W. y el O.K.H. demostraron una pasividad irresponsable. Nuestras dificultades en el abastecimiento eran más fáciles de superar que aquéllas a las que se enfrentaban los ingleses, ya que éstos tenían que transportar su material por una ruta de más de 12 000 millas alrededor de El Cabo. Las siguientes disposiciones era cuanto necesitábamos para concentrar suficientes tropas con destino al África del Norte, y salvaguardar su traslado a Libia y su abastecimiento:

1. Creación de una fuerza aérea adecuada en el Mediterráneo, transportando formaciones desde Francia, Noruega y Dinamarca. (En relación con el esfuerzo de guerra total, el dominio del aire en el Mediterráneo hubiera sobradamente compensado la debilitación de las fuerzas aéreas en los países mencionados.)

2. Transferencias al Norte de África de varias divisiones acorazadas y motorizadas que se encontraban inactivas en Francia y Alemania. (No existía por entonces peligro grave de invasión aliada de Francia o de cualquier otro país.)
3. Ataque y conquista de Malta.
4. Nombramiento de un jefe que se hiciera cargo de los suministros, con plenos poderes sobre las autoridades de la Wehrmacht, relacionadas con su manejo y protección, y dotado de continuo apoyo en asuntos políticos.

Tales medidas, que nada tenían de extraordinario y que hubiesen resultado completamente normales, habrían bastado para decidir la campaña de África a nuestro favor.

No fue hasta que las noticias del colapso llegaron a Europa cuando se empezó a considerar la importancia de África y a incrementar los esfuerzos para subsanarlo, como ocurre entre personas de escaso espíritu, que no ven más allá de su nariz a menos que surjan crisis o peligros graves. De improviso pareció posible transportar 60 000 toneladas a Túnez, a pesar de que ingleses y americanos dominaban el Mediterráneo de manera más efectiva que en 1941-42[102]. Pero era ya demasiado tarde.

Desde África habíamos llamado repetidas veces la atención sobre las posibilidades de aquel teatro de la guerra, siendo nuestras indicaciones desdeñadas por el Alto Mando con los más extravagantes argumentos. No se perdió oportunidad para dar difusión a nuestras ideas, pero todo fue en vano.

Contando con más formaciones motorizadas y con una línea de suministros protegida, he aquí lo que hubiéramos conseguido entre principios de 1941 y el verano de 1942:

1. Derrotar y destruir al Ejército inglés, abriendo la ruta del Canal de Suez. Los británicos hubiesen necesitado por lo menos dos meses para trasladar tropas de refresco al Cercano Oriente, y durante este período hubiéramos podido emprender operaciones a nuestro antojo. (Resulta además posible que los ingleses no hubiesen mandado más tropas al Cercano Oriente.)
2. Una vez toda la costa mediterránea en nuestras manos, el abastecimiento no habría sufrido molestia alguna. Un avance hacia Persia y el Irak, con el fin de aislar a los rusos de Basra, apoderarse de los yacimientos petrolíferos y crear una base para el ataque a la Rusia meridional, era entonces muy posible. Los rusos no habrían podido reunir fuerzas motorizadas, que, por otra parte, nunca hubieran constituido serio peligro para nuestras formaciones.
3. Mientras en Mesopotamia nos preparábamos para una ofensiva en gran escala contra el sur de Rusia, habría sido necesario aislar Murmansk, y a ser posible apoderarse de dicho puerto mediante un ataque desde Finlandia. Ello habría significado el uso de formaciones motorizadas y acorazadas en una región tan septentrional, exigiendo un gran esfuerzo de nuestro sistema de transportes; pero la empresa valía la pena. Rusia habría quedado virtualmente aislada de América, ya que los japoneses se hubieran encargado de destruir a la flota mercante americana en el Pacífico, mientras los dos puertos más importantes —Basra y Murmansk— permanecían cerrados para los americanos. El único libre sería Arkangel, y éste queda bloqueado por los hielos durante muchos meses, además de hallarse mal situado.
4. Nuestro objetivo estratégico final hubiera sido un ataque al frente meridional caucasiano, con el propósito de conquistar Baku y los yacimientos petrolíferos. Aquello hubiera representado atacar a los rusos en su punto vital. Una gran parte de sus blindados, que lleva-

ban el peso principal de la lucha, habrían quedado inútiles por falta de gasolina, y lo mismo sus fuerzas aéreas, mientras nada podían esperar ya de los americanos. Se hubieran creado así las condiciones estratégicas necesarias para atacar desde todos los puntos y abatir finalmente al coloso.

Cuando expuse este plan en sus líneas principales, fue rechazado por personas de limitados alcances, que lo tacharon de completamente fantástico. Pero en ningún punto se basaba en hipótesis o en suposiciones irrazonables. Su cumplimiento habría aportado la certeza que las mismas personas exigían en otras ocasiones[103]. Quien luche contra todo un mundo debe pensar en continentes. No importaba cuantos millones de kilómetros cuadrados se encontraban más allá de la débil barrera colocada por el 8.º Ejército en el desierto líbico. Lo importante era atravesarla y desparramarse sobre el territorio enemigo.

La actitud del O.K.W. ante este problema era típica de algunos sectores de la Wehrmacht, especialmente del Estado Mayor General[104]. Aquellas gentes se comportaban como si todo el campo de la estrategia fuera de su exclusiva incumbencia. Sus precauciones no eran las de Montgomery, quien solicitaba siempre un cien por cien de certidumbre, de preferencia a una actitud de atrevimiento, que, si bien es aconsejable en cuestiones estratégicas, no lo es nunca en las tácticas. La precaución de aquellas gentes no era sino temor a las responsabilidades. Por otra parte, estaban perfectamente dispuestos a emprender operaciones que no fuesen sino juegos de azar con escasas esperanzas de éxito..., siempre y cuando el proyecto llevara la firma de otro. Además, se mostraban siempre muy reacios a sugerir operaciones por propia iniciativa, aun cuando no fueran arriesgadas y ofrecieran posibili-

dades de victoria. Como sostengo la opinión de que dicha actitud ha ocasionado graves daños, me gustaría profundizar un poco en el asunto.

MODERNA DICTADURA MILITAR

Durante el último cuarto del siglo XIX las Potencias europeas empezaron a formar sus Estados Mayores a base de oficiales del tipo intelectual, que consideraban la guerra como una ciencia. El concepto de Schlieffen, según el cual el jefe de un Ejército ha de ser su cerebro impulsor, encontró amplia divulgación, y los militares terminaron por ser elegidos de acuerdo solamente con su inteligencia. Tal clase de preparación y adiestramiento era por entonces absolutamente necesario, y respondía a los siguientes factores:

1. La introducción del servicio militar obligatorio, que condujo a un aumento constante en la potencia de las armas.
2. El desarrollo de medios técnicos, aplicables tanto al abastecimiento como a la batalla en sí, que precisaron planes de naturaleza más elaborada en concepción y puesta a punto. Aunque el sistema básico permaneció inalterable —ya que el peso del combate seguía siendo soportado por la infantería—, su ejecución sufrió complicaciones graduales.
3. La guerra, tanto estratégica como tácticamente, se fue convirtiendo en una ciencia.

La idea del *Feldherr* —gran jefe militar— y las doctrinas imperantes acerca de la lucha arraigaron profundamente en la oficialidad, que se situó en el plano que de ella exigieron las necesidades de la Primera Guerra Mundial.

Las naciones europeas sienten mucho apego a sus tradiciones, incluso en cuestiones científicas. No puede resultar, pues, sorprendente que tras la Primera Guerra Mundial, en

la que los respectivos mandos explotaron hasta el límite las posibilidades del momento, muchos de los Estados Mayores se volvieran rígidamente doctrinarios en sus apreciaciones. Aunque aceptando las ideas de los grandes hombres en cuestiones de principio, se perdieron en multitud de otros detalles, que formaron una madeja inextricable y convirtieron la guerra en un intercambio de instrucciones y de ideas defendidas encarnizadamente. Pronto cesaron de ver hasta las menores posibilidades de una situación determinada, mientras colaboradores y subordinados actuaban de caja de resonancia para sus teorías.

En Alemania la fabricación y mejoramiento de tanques y aviones quedaron interrumpidos por el tratado de Versalles, lo cual constituyó quizás una ventaja, puesto que así nuestras teorías pudieron desarrollarse en un ambiente de mayor libertad que si hubieran discurrido por cauces trazados de antemano. Además, el Nacionalsocialismo dió a la *avant garde* del Estado Mayor cierto estímulo en muchas cuestiones de principio. En otros lugares de Europa (Francia e Inglaterra, por ejemplo), donde los progresos militares no quedaron interrumpidos ni revolucionados por levantamientos internos, el caso fue distinto, y aquéllos adoptaron una tremenda rigidez, adhiriéndose a sistemas que en modo alguno estaban a la altura de una guerra moderna. Por nuestra parte, hubiéramos disfrutado en 1940 de muy pocas ventajas frente a franceses e ingleses, incluso con nuestros modernísimos tanques y arma aérea, si éstos no hubieran sido empleados de acuerdo con una organización, un adiestramiento y unas doctrinas tácticas de índole modernísima.

Pero ni aun así el militar alemán quedó libre de prejuicios. Existía una camarilla que seguía luchando encarnizadamente contra toda renovación de los sistemas y se aferraba al axio-

ma de que la infantería debe considerarse el elemento esencial de los ejércitos. Ello quizá sea cierto para la lucha que Alemania libra en Rusia, pero no lo será en el futuro, cuando el tanque se convierta en el centro de toda maniobra de orden táctico. Y es en el futuro en el que debemos pensar. La campaña Africana y las novedades bélicas que aportó jamás serán comprendidas por hombres como el General Halder[105], que no abandonaban los métodos y precedentes establecidos, aun cuando quedara evidenciada su antigüedad e ineficacia. Como consecuencia de ello, Goering y Himmler creyeron saber mejor que nadie cómo debía llevarse una contienda, y a menudo ocasionaron graves daños con su *dilettantismo*, arrollando incluso los mandos superiores.

Mis colaboradores y yo no prestábamos atención a tales insensateces académicas, sobrepasadas ya por una serie de adelantos técnicos. Muchos oficiales de tipo tradicional se afirmaron en sus antiguas teorías, y no llegaron nunca a entendernos, considerándonos aventureros, aficionados y otras cosas por el estilo. Nada de ello me hubiera preocupado demasiado, a no ser por los efectos desastrosos que ejerció sobre el curso de la campaña de África.

La mecanización moderna de la existencia humana sirve igualmente por lo que a las guerras respecta. El jefe táctico del futuro, encargado de decidir las batallas —ya que éstas consistirán básicamente en la destrucción del potencial adversario—, necesitará no sólo cualidades mentales poco corrientes, sino también una fortaleza de carácter y una energía a toda prueba. A causa de la inmensa variedad en las posibilidades tácticas que ofrece la motorización, en el futuro será imposible pronosticar el resultado de un encuentro, como no sea en líneas generales. El éxito final quedará decidido por la flexibilidad, la aceptación de responsabilidades, la

precaución, la audacia y el dominio ejercido sobre las tropas combatientes. Señalo algunos puntos dignos de atención en el futuro adiestramiento de la oficialidad:

1. En la preparación de los jefes resultarán fundamentales una serie de instrucciones comprensivas, relacionadas con la técnica y la organización. El objeto de las mismas será el de inducir a cierta independencia de criterio. Se enseñará, pues, a los oficiales a sopesar por sí mismos las cuestiones básicas. El respeto a determinados grandes militares jamás irá tan lejos como para no permitir la discusión de sus principios. Debe conseguirse un auténtico sentido de la realidad. Una vez disfrute de conocimientos adecuados, el oficial de mentalidad serena sabrá extraer las consecuencias adecuadas, siempre y cuando no se ejerza influencia alguna sobre sus deducciones.
2. Las reacciones mentales serán seguidas por una inmediata ejecución. Para ello se necesitará energía e iniciativa. Lo que el soldado precisa es una combinación de actividad y de realismo. Lo que se proyecte, debe ser llevado a cabo. El joven oficial comprenderá desde el principio que se exige de él tanta energía como actividad mental. Las victorias decisivas se consiguen las más veces gracias al valor personal de los oficiales.
3. Un punto olvidado por muchos teóricos militares es el de la psicología de las tropas. Se suele aceptar siempre como buena una actuación que no pasa a veces de mediocre. Es de tremenda importancia comprender la actitud del soldado hacia una guerra. Quien se ve obligado a abandonar su familia y su hogar para contender bajo las terribles condiciones de los conflictos bélicos modernos, no deja de estar impregnado de cierto idealismo. Los jefes no deben olvidar este detalle y hacer cuanto esté de su mano para conservarlo.

Por medio de una actitud psicológicamente digna, en la que el ejemplo personal juega un papel preponderante, la actuación de las tropas puede alcanzar insospechada altura. Ello provee al jefe de un instrumento que le permite obtener resultados tácticos superiores a los de su oponente, colocándole en situación ventajosa, durante el curso de la batalla.

El jefe debe intentar, sobre todo, establecer contacto personal con sus soldados, aunque sin ceder jamás ni un ápice de su autoridad. Cuando se ordene un ataque, jamás se permitirá al soldado pensar que las bajas sufridas han sido calculadas de acuerdo con una ley de probabilidades, porque ello termina con todo posible entusiasmo. El soldado ha de recibir continuas justificaciones a su confianza. De lo contrario ésta desaparece. Irá a la batalla con ardor, sin abrigar duda alguna acerca de los mandos bajo los que combate.

Esta regla fue despreciada con mucha frecuencia en Rusia, donde divisiones y aun ejércitos enteros eran lanzados, a veces sin objetivo alguno, contra un adversario terrible. Como resultado de ello, oficiales y soldados iban a la lucha con sentimientos vacilantes, vigilaban de continuo al vecino y no aceptaban riesgos inútiles. Cuando uno se ve obligado a contender con un enemigo así deben tomarse toda clase de medidas para no dejar a ninguna unidad en la estacada. Sólo de este modo disminuirán los efectos de la ansiedad o el miedo. Jamás se insistirá demasiado sobre este aspecto en el manejo de las tropas.

1. Cuando dos ejércitos se enfrentan, cada uno de sus jefes tiene planes particulares para derrotar al adversario. La batalla no es sino el resultado de la puesta en marcha de tales planes opuestos. Sólo muy raras veces en la historia ha terminado un encuentro de acuerdo con el propósito de un solo bando, y caso de suceder

así, fue debido generalmente a su neta superioridad o a la absoluta incompetencia de su rival. En la guerra móvil moderna, sobre terrenos llanos, las batallas no se deciden en días, y el forcejeo por la iniciativa puede prolongarse semanas enteras. En tales circunstancias es extremadamente importante que el jefe conozca a su adversario y sea capaz de intuir sus reacciones psicológicas. Los oficiales superiores quedarán bien informados acerca de las variaciones de dicho tipo que un jefe puede sufrir sobre el campo de batalla, y estarán dotados del suficiente bagaje psicológico como para extraer las necesarias consecuencias de ello.

2. Deben realizarse los mayores esfuerzos para contrarrestar las tendencias separatistas de los distintos servicios y armas. Una y otra vez ocurre que las fuerzas aéreas desarrollan un juego propio, de carácter político. Esta pugna por el poder viene a ser lo mismo que aserrar la rama sobre la que uno está sentado. Debe evitarse muy especialmente el desarrollo de ambiciones particulares en los distintos Cuerpos. Todo cuanto debilite la unidad de propósito y la mutua colaboración, habrá de suprimirse de manera radical.

OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE LA CAMPAÑA DE ÁFRICA

La victoria jamás se obtiene como resultado exclusivo de los planes del jefe triunfador, excepto cuando juega en la misma una aplastante superioridad numérica, que deje en segundo término el valor de los soldados. No son, pues, sólo los méritos de dicho jefe los que deciden el encuentro, sino también los errores del vencido. Dicha regla puede aplicarse especialmente al teatro de la guerra Africano, ya que en muchos casos fueron los fallos ingleses, algunos de ellos con orígenes anteriores a la guerra, los que hicieron posible el

triunfo. He aquí un breve resumen de las causas que originaron la derrota del 8.º Ejército:

Mientras en Alemania, como ya dije antes, los conceptos de la guerra moderna habían cristalizado en doctrinas, antes de que estallara el conflicto, gracias especialmente al General Guderian, hallando expresión práctica en el adiestramiento de las formaciones acorazadas, los ingleses adoptaron una actitud conservadora, y sus organismos responsables rechazaron casi en absoluto la teoría de la guerra mecanizada, tan brillantemente expuesta incluso por algunos de sus compatriotas. Al iniciarse la contienda, Inglaterra seguía disponiendo únicamente de tanques de infantería y de carros ligeros de reconocimiento[106]. El adiestramiento proseguía sin contar con la mecanización —por entonces sólo hipotética— que llevaba consigo una mayor rapidez de movimientos, flexibilidad extraordinaria y estrecho contacto entre jefes y tropa. Quedaban exceptuadas las unidades de reconocimiento, cuya preparación podía considerarse extraordinaria.

Los jefes ingleses comprendieron sin pérdida de tiempo dónde estaba el error, pero la motorización no podía por sí sola repararlo, aun cuando su material fuera excelente, ya que ni el adiestramiento de jefes y oficiales ni la adaptación de los organismos superiores, que en Inglaterra resultan excesivamente complicados, podían ser logrados con la necesaria celeridad. El alcance de tanques y antitanques era escaso, y así siguió hasta el verano de 1942. Los tanques de infantería no dispusieron al principio de munición explosiva. Opino también que muchos jefes superiores tendían a seguir directrices rígidas establecidas de antemano. El único que se mostró un poco genial fue Wawell. Auchinleck resultó buen jefe, pero con frecuencia dejó el control de las operaciones tácticas a subordinados que muchas veces me cedieron la iniciati-

va y reaccionaron vigorosamente cuando no había necesidad. Ni Cunningham ni Ritchie eran especialistas en tanques, y por lo tanto resultaron incapaces de introducir una modernización apreciable en el sistema inglés. Raras veces consiguieron conducir a sus tropas de manera correcta, según las necesidades prácticas de la guerra móvil. Sin embargo, en El Alamein (*mes de julio*). Auchinleck ejecutó sus operaciones con método y valor. Cada vez que estuve a punto de conseguir una ruptura en sus líneas con mis formaciones motorizadas, lanzó un ataque contra cualquier posición italiana, dispersando a sus defensores y penetrando de manera peligrosa hasta las cercanías de nuestra zona de abastecimientos, o bien amenazó con una maniobra por el sur. En cada ocasión me vi obligado a suspender el ataque con el fin de acudir apresuradamente al sector amenazado.

Montgomery pudo aprovechar las amargas experiencias de sus predecesores. Además, mientras nuestros suministros se veían disminuidos hasta alcanzar cantidades irrisorias, los buques americanos y británicos llevaban al Norte de África cargamentos de material muy superiores a los recibidos por Wawell o Auchinleck.

Montgomery calculó de manera precisa hasta los menores detalles. Dejando a un lado las teorías académicas, se condujo de acuerdo con sus experiencias. A su llegada a El Alamein desmostró ideas muy avanzadas, extrayendo por sí mismo las necesarias consecuencias de los hechos y adaptando su método a las mismas. Tenía por principio no librar batalla hasta estar convencido de que iba a ganarla. Desde luego, se trata de un sistema que sólo puede obrar disponiendo de una notable superioridad material; pero él la poseía. Se mostró siempre precavido —a mi entender demasiado—, pero podía permitirse semejante lujo. Lo que más le en-

vidiaba era el que pudiese disponer de hombres que echaban a la balanza todo el peso de su personalidad, con el fin de que no le faltara el material necesario.

Montgomery fue indudablemente más estratega que táctico. El mando de las fuerzas en la batalla móvil no constituía su fuerte, aunque, como pudimos comprobar, sentíase partidario de la preponderancia de ciertos principios tácticos. En el campo de la estrategia alcanzó éxitos notables, sobre todo durante la batalla de invasión, que se libró bajo su mando. Sería difícil acusar a Montgomery de algún error de bulto en el campo estratégico.

Era regla admitida que los altos jefes ingleses pensaran más en términos estratégicos que tácticos. Como resultado, la mayoría de sus oficiales responsables cometieron el error de planear operaciones según lo que resultaba aconsejable estratégicamente y no sobre lo más fácil desde un punto de vista táctico.

Considerando las circunstancias de manera global, los ingleses cometieron un gran error al reemplazar constantemente a sus jefes, obligando al recién llegado a aprender las mismas amargas lecciones que su antecesor. Los generales ingleses fueron muy diestros, pero algunos de ellos tenían ideas preconcebidas —como ciertos alemanes que estuvieron también en África—, que seguramente descartaron después de sus primeras derrotas. Sin embargo, todos fueron relevados de su mando antes de tener una oportunidad para rehabilitarse.

Lo más sorprendente fue la velocidad con que los americanos se adaptaron a la guerra moderna. A ello les ayudó mucho su extraordinario sentido de lo práctico y su completo desprecio hacia las tradiciones y las teorías sin valor. Una inteligencia dirigida a finalidades tangibles, iniciativa y riqueza

material se combinaron para hacer de América la primera potencia económica del globo. Lo que actualmente importa no es saber qué nación posee las tradiciones más antiguas o se halla más dispuesta a hacer sacrificios, sino cuál de ellas obtiene una producción mayor de carbón y acero.

En Europa son muchas las personas que gastan su energía en cosas que quizá les proporcionan satisfacción interna, pero que a la larga no producen beneficio alguno. Se muestran ineptas en la lucha por la vida y consiguen muy escasa ayuda de su inteligencia. Dentro del mecanismo de un Ejército, tales personas representan un obstáculo muy grave, y lo mejor es librarse de ellas cuanto antes.

En su libro *El Hemisferio Occidental*, Colín Ross[107] nos ofrece lo que es probablemente un excelente estudio de los americanos. Hombres como los que describe serán los más calificados para dirigir al mundo cuando se trate de luchar por la existencia de aquél, no en el tranquilo retiro de un intelectual, sino en los sectores industriales, en los laboratorios y en los campos de batalla.

Los jefes de la economía americana y el Estado Mayor de su ejército han conseguido milagros. La organización, adiestramiento y equipo militares muestran grandes dotes imaginativas y de previsión, y ponen de manifiesto el empeño de un pueblo para actuar en conjunto y crear un mecanismo bélico de auténtica fuerza. Partiendo casi de la nada, se creó en el mínimo de tiempo todo un ejército cuyas características sobrepasan a cuanto se ha visto en el mundo hasta la fecha. Aunque sigamos superiores a ellos en la calidad de algunos materiales, la organización americana y el desarrollo alcanzado en equipo y armamento son algo que hasta ahora no hemos podido igualar[108].

Técnica y estratégicamente, el desembarco en Normandía fue un éxito de primera magnitud, y demostró que los americanos tenían el valor suficiente —al menos en el aspecto técnico— para emplear multitud de nuevos métodos hasta entonces no sometidos a prueba. Los generales europeos de la antigua escuela podrían haber llevado a cabo una invasión semejante, pero jamás la hubieran preparado, por lo que respecta a la técnica, la organización o el adiestramiento, de una manera tan completa. El funcionamiento del mecanismo bélico americano me sorprendió por su complejidad, a pesar de que tenía ya una idea bastante clara de sus posibilidades.

En Túnez los americanos pagaron un precio muy alto en las primeras jornadas, pero obtuvieron beneficios apreciables. Incluso entonces sus generales se mostraron muy diestros en el manejo táctico de las fuerzas, aunque fue preciso esperar hasta que el Ejército de Patton llegara a Francia, para darnos cuenta de los tremendos adelantos conseguidos por ellos en la guerra móvil. Debe decirse que aprovecharon mejor que los ingleses sus experiencias en África, confirmando el axioma de que la educación es más fácil que la reeducación.

Probablemente nuestra mayor ventaja en el África del Norte derivó de que, a la llegada de mi Ejército en el año 1941, éste se hallaba en mejor posición para beneficiarse de un adiestramiento más prolongado que el de los ingleses, en lo relativo a la guerra moderna. Mis subordinados, especialmente los jefes más jóvenes, y los componentes del Estado Mayor, profesaban ideas muy modernas, no turbadas por conservadurismos de tipo inglés.

Desde el principio hubimos de procurar que nuestro ejército se convirtiera en instrumento de rápida improvisación, al tiempo que lo habituábamos a una gran velocidad

de maniobra. Los oficiales con poca iniciativa o demasiada reverencia hacia las ideas preconcebidas fueron separados de sus cargos y enviados a Europa. Respecto a los mandos de menor categoría, me preocupaba menos su conocimiento de la estrategia (porque, ¿cuántas veces ha de pensar un oficial en términos estratégicos?) que el hecho de que poseyeran buenos conocimientos tácticos, capaces de hacerles salir airosos de los problemas que a cada paso surgían ante nosotros, en la campaña Africana. Probé todos los métodos posibles para establecer un sistema completo de comunicaciones entre jefes y tropas, y concluí que un Cuartel General cercano al frente, equipado por radio y fuertemente protegido, daba excelentes resultados. Exigí a mis oficiales la mayor abnegación y un continuo ejemplo personal, resultando de ello un magnífico *sprit de corps*. Jamás se produjo colapso alguno en la moral del combatiente germano, ni tuvieron lugar rendiciones debidas a la apatía o a la fatiga. Se mantuvo siempre la disciplina, y jamás fue preciso adoptar medidas anormales, ni aun en las situaciones más terribles.

La experiencia de esta magnífica y espontánea lealtad entre oficiales y soldados mantuvo viva nuestra esperanza, incluso en las horas más difíciles de toda la campaña Africana. En Túnez las tropas conservaron la plena confianza en sus mandos, lo cual constituía un fenómeno único, tras una retirada de cerca de 2000 Km. Pero un destino adverso les impidió pasar a Europa. Estoy seguro[109] de que incluso en la cautividad mis hombres han soportado su suerte con el mismo espíritu de lealtad que distinguió al Ejército Panzer durante los dos años de campaña Africana.

Todas nuestras oportunidades en el Norte de África se perdieron por culpa de los mandos alemán e italiano. Como resultado del inútil sacrificio en Túnez de tantas unidades,

fue imposible rechazar los desembarcos en la Italia meridional. El experimento aliado triunfó, dando a sus tropas la confianza que necesitaban para arriesgarse a un desembarco en Francia. Sólo gracias al valor de nuestros soldados y a la espléndida dirección de Kesselring y de Westphal pudo aplazarse tanto tiempo el derrumbamiento del frente italiano. Pero el desastre de Túnez socavó por completo el prestigio del *Duce* y puso fin a su sueño de un «Imperium Romanum».

Ingleses y americanos quedaron detenidos en las montañas de Italia, pero poco después lanzaban poderosas fuerzas sobre Normandía que deshicieron a mis unidades con su artillería, sus tanques y sus aviones. Mis soldados marcharon a la muerte a millares, sin la menor vacilación, en una batalla que no podía ser ganada.

Era ya imposible soportar el peso de tres frentes. Los rusos rompieron nuestra línea en el Este, destruyendo a nuestra formaciones y avanzando hacia occidente. Sólo con grandes dificultades y utilizando hasta las últimas reservas hemos podido improvisar nuevos frentes al Este y al Oeste. El cielo se ha entenebrecido sobre nuestra patria.

APÉNDICE

PLAN DE ROMMEL PARA EL ATAQUE AL NILO

Nota por Manfred Rommel

Dicho plan fue trazado antes de la batalla de Alam Halfa, y sería puesto en práctica después de que el Ejército de Montgomery quedara destruido en El Alamein. Un problema especial lo constituía el paso del Nilo. El General Gause, que en otros tiempos perteneció a zapadores, había calculado el número de pontones requeridos para cruzar la corriente y mencionado que no existía ni uno solo en África. Sin embargo, mi padre confiaba en capturar algunos puentes por medio de golpes de mano. Una vez entablado combate con las tropas de Montgomery, lanzaría sus unidades de reconocimiento y sus paracaidistas para un ataque por sorpresa a los puentes del Nilo en Alejandría y El Cairo. Dicha operación tendría, además, como objetivo minar la resistencia del 8.º Ejército, con la noticia de que «los alemanes habían cruzado el Nilo». Mi padre sostenía que era poco probable que los ingleses hubiesen preparado la demolición de los puentes. También se planeó que, en cuanto los primeros paracaidistas alemanes y unidades de reconocimiento aparecieran en y alrededor de ambas ciudades, se lanzaría un llamamiento a los egipcios para que apoyasen a las fuerzas del Eje. Oficiales egipcios que estaban en contacto con los alemanes notificaron que dicha revuelta era perfectamente imaginable.

ERWIN JOHANNES EUGEN ROMMEL (Heidenheim del Brenz, Alemania el 15 de noviembre de 1891 - 14 de octubre de 1944). Llamado el Zorro del Desierto, fue un militar alemán muy brillante, que participó en la Primera Guerra Mundial y en la Segunda Guerra Mundial.

Su carrera en la Primera Guerra Mundial, comenzó como alférez, y durante la contienda ascendió a teniente; destacó en el frente occidental y sobre todo en los Alpes, donde llevó a cabo acciones meritorias durante la batalla de Caporetto, y más tarde en la toma de Longarone.

En todas estas acciones demostró gran habilidad para la infiltración y las maniobras sorpresivas. Sus actuaciones le valieron la Cruz de Hierro de Primera Clase y la Medalla al

Mérito Militar. Acabada la guerra, continuó en el reducido ejército alemán al mando de un batallón.

El ascenso al poder del partido nazi y la política hitleriana de rearme dieron un giro crucial a su carrera. Ya con el rango de general, formó parte del cuartel general de Hitler desde el principio de la Segunda Guerra Mundial. En la campaña de Francia, al mando de la VII División Acorazada, tuvo un papel relevante en la ruptura de las líneas aliadas en el Mosa y la posterior penetración que condujo a la victoria alemana. Por su rapidez de movimientos, su unidad fue conocida como «la División Fantasma».

En 1941 fue enviado a Libia con el Afrika Korps para apoyar a los italianos en la guerra del desierto. Allí, su habilidad se puso de manifiesto al infligir una derrota tras otra a los británicos, pese a contar con medios muy inferiores. Finalmente, escaso de material y combustible, fue vencido por el VIII Ejército Británico en El-Alamein y hubo de retirarse.

En 1943 se hizo cargo de las defensas del Muro del Atlántico en Francia y del grupo de Ejércitos B, por lo que estuvo al mando de las fuerzas encargadas de repeler el desembarco de Normandía en junio de 1944. En julio fue herido en un ataque aéreo y, aún convaleciente, fue acusado de haber formado parte del complot para matar a Hitler. Para evitar un juicio público, decidió aceptar la opción de suicidarse que le ofreció el propio Füher.

Notas

[1] Dichas cifras eran muy aproximadas, siempre y cuando se contasen las fuerzas que se reorganizaban detrás del frente y las que defendían el Delta del Nilo. El frente estaba sostenido por 5 divisiones, incluyendo una acorazada, pero en la retaguardia se hallaban otras 6 (3 acorazadas), así como varias brigadas independientes. Dos de dicha divisiones fueron trasladadas al frente antes de finalizar agosto.

Por aquel entonces los ingleses tenían en el frente de El Alamein unos 480 tanques, 230 vehículos blindados, 300 cañones de calibre medio y de campaña y 400 antitanques (las fuerzas de Rommel en blindados alcanzaban ahora un total de 229 alemanes y 281 italianos).

Entretanto, el Gabinete de Guerra había nombrado al General Alexander para reemplazar a Auchinleck en el cargo de General en Jefe del Oriente Medio, mientras Montgomery se hacía cargo de la jefatura del 8.º Ejército.Rommel tenía 4 divisiones alemanas y 8 italianas (2 de cada nacionalidad, acorazadas). Toda comparación basándose en cifras resultaría inexacta, ya que las tropas del Eje habían sido reforzadas mucho más lentamente que las inglesas, y las unidades italianas disponían de un equipo no comparable al de las británicas o alemanas..., dejando aparte su escasa combatividad. <<

[2] Al enumerar dichas deficiencias, Rommel contaba a los vehículos capturados a los ingleses. <<

[3] *Nota por el General Bayerlein.* —El profesor Horster, médico de Rommel en el Norte de África y del que el Mariscal se hizo gran amigo, fue llamado un día por Gause para que lo examinara. Rommel venía sufriendo frecuentes desmayos, aunque trataba con todas sus fuerzas de mantenerse en pie. Tras haberlo reconocido, el profesor Horster y el General Gause mandaron un telegrama que venía a decir aproximadamente lo que sigue:

«Mariscal Rommel padece catarro crónico intestinal y del estómago, difteria nasal y molestias circulatorias. No se encuentra en situación para mandar la próxima ofensiva».

Rommel consideraba que el único capaz de substituirle era el General Guderian, y solicitó del O.K.W. que lo nombrara jefe del Ejército Panzer. Aquella misma noche llegó la respuesta: «Guderian inaceptable». En consecuencia, Rommel decidió dirigir la batalla él mismo, y Horster remitió un segundo telegrama al O.K.W., poco antes de iniciarse la ofensiva, en el que decía:«Mariscal tan mejorado, que puede mandar batalla bajo constante vigilancia médica. Sin embargo, es necesario tener quien le reemplace». <<

[4] Rommel sufre errores en algunos puntos, e ignora otros:

1. La 50.ª División no se hallaba en línea. Una de sus brigadas fue llevada a la misma al tercer día de la batalla (2 de septiembre).
2. La 1.ª División sudafricana se hallaba en el centro del XXX Cuerpo, que se extendía desde el mar a los cerros de Ruweisat
3. La 1.ª División Acorazada no intervino en la batalla.
4. La 10.ª División Acorazada (XIII Cuerpo) tenía bajo su mando a dos brigadas acorazadas, mientras la 7.ª dispo-

nía sólo de una ligera, acorazada.
5. Había también una brigada acorazada independiente, la 23.ª, colocada de forma que pudiese auxiliar a cualquiera de los dos Cuerpos.
6. El XIII Cuerpo incluía a la 44.ª División, que se encontraba en los cerros de Alam Halfa.
7. Tras de la 7.ª División acorazada, en el sector sur, no se hallaba ninguna unidad. Las divisiones 10.ª Acorazada y 44.ª se situaron detrás de la 2.ª Neozelandesa, es decir, en la parte norte de la zona correspondiente al XIII Cuerpo.

Como Alexander declara en su informe: «El plan consistía en mantenerse lo más firmemente posible entre el mar y las alturas de Ruweisat, amenazando por el flanco cualquier avance enemigo al sur de las últimas, desde posiciones fuertemente preparadas en Alam el Halfa». Se trataba de contrarrestar las características maniobras de flanqueo de Rommel. El plan había sido ideado por Dorman-Smith y adoptado por Auchinleck. Al hacerse cargo del mando del 8.º Ejército, Montgomery lo había aceptado «en principio», con la aprobación de Alexander, al tiempo que trataba de fortalecer las posiciones de retaguardia de Alam Halfa con la infantería disponible, si bien ello resultó a la larga innecesario, ya que la 44.ª División no llegó a entrar en combate. La amenaza sobre su flanco, procedente de las masas de blindados ingleses, obligó a Rommel a torcer hacia el norte, abandonando una maniobra de mayor amplitud. Su asalto a la bien situada posición inglesa fracasó. <<

[5] *Nota por el General Bayerlein.* —… el Profesor Horster narra que Rommel abandonó su vehículo, la mañana del ataque, con rostro sumamente preocupado. «—Profesor —le dijo—, la decisión de operar hoy es una de las más duras que

he adoptado en mi vida. O en Rusia llegamos a Grozny y en África al Canal, o...» e hizo un gesto de derrota. <<

[6] *Nota por el General Bayerlein.* —El Profesor Horster, que se halló presente en todas las conversaciones entre Rommel y el Brigadier Clifton, señala un punto interesante de las mismas. Parece ser que el Mariscal había expuesto a aquél su opinión de que Inglaterra parecía no comprender que el peligro para Europa se encontraba en Asia. Al escapar Clifton de Marsa Matruh, Rommel pensó, alarmado, que aquellas declaraciones sobre Asia podían tener resultados políticos graves, a causa de los japoneses, y en consecuencia, tomó cuantas medidas estimó pertinentes para volverlo a capturar. <<

[7] Las informaciones de Rommel no eran absolutamente correctas. Desde luego. Clifton escapó de Italia tras una quinta tentativa, pero se le atrapó cerca de Como, poco antes de que alcanzara la frontera suiza. Iba disfrazado de marino mercante. Finalmente consiguió su propósito en el noveno intento, y desde Alemania, a pesar de haber resultado herido en el anterior. <<

[8] *Nota por el General Bayerlein.* —Hasta la fecha el asunto en cuestión no ha sido confirmado. <<

[9] De la palabra alemana *Sechstagerennen*, con la que se conocen unas famosas carreras ciclistas (T.). <<

[10] *Nota por el General Bayerlein.* —Este argumento es de la máxima importancia. Rommel fundó, en sus experiencias de la campaña y especialmente de la batalla de El Alamein, muchas de sus decisiones posteriores, como la de oponerse a la Invasión de 1944 desde la costa, y no desde el interior de Francia, cosa que en condiciones normales hubiera resultado correcta desde el punto de vista operativo. <<

[11] *Nota por el General Bayerlein.* —La 22.ª División Aéreotransportada era una división motorizada de infantería, retirada de Rusia, tras largo período de actividad en dicho frente. Su traslado a África estaba planeado, pero nunca llegó a efectuarse. <<

[12] Resulta interesante comprobar cómo Rommel ignoraba la existencia de las numerosas fuerzas empleadas en tal clase de operaciones. Usa el término «Commandos», tanto si se refiere al S.A.S. (*Special Air Service Regiment*), el L.R.D.G. (*Long Range Desert Group*) y otros grupos de guerrilleros. <<

[13] El oasis de Kufra se encuentra a 800 Km. al sur de Tobruk, en pleno desierto del Sahara. <<

[14] *Nota por el General Bayerlein.* —Rommel consideraba «causas naturales» un mínimo de petróleo, munición y material apto para la guerra en el desierto. <<

[15] Balneario cerca de Viena. <<

[16] Rommel estaba tan profundamente impresionado por la capacidad industrial de los Estados Unidos, que se inclinaba a atribuirle cualquier novedad dentro de los procedimientos bélicos. Dicha tendencia se incrementó de manera natural cuando la superioridad cualitativa de los tanques americanos se hizo evidente con la puesta en funcionamiento de los «Grant» y los «Sherman». En realidad, el principal elemento localizador —el radar, conocido como H 2 S—, que cambió el curso de la guerra submarina y aérea, era un invento británico. <<

[17] Rommel disminuye ligeramente el aspecto que presentaba la futura batalla. La superioridad inglesa en tanques era casi de dos y medio contra uno sobre las fuerzas blindadas germanoitalianas, y de casi cinco y medio contra uno sobre las alemanas. Un factor preponderante lo constituía el que

en el bando inglés hubiera más de 500 tanques armados con cañones de 75 mm.; unos 400 eran «Sherman», y el resto, «Grant» y «Lee». Rommel tenía sólo 38 tanques con piezas de 75 mm. <<

[18] El «Panzer IV» iba armado con una pieza de 75 mm., y el «Panzer III» con una de 50. Ambos tipos poseían dos modelos, uno de cañón corto y otro, posterior, de cañón largo. La longitud del mismo aumentaba considerablemente el alcance y la penetración de los proyectiles. <<

[19] La siguiente nota del General Bayerlein para la edición alemana de este libro indica por qué la familia de Rommel deseaba vivamente que el Capitán Liddell Hart escribiese una introducción para la edición inglesa y realizase la misma.

Nota por el General Bayerlein. —Rommel se refería al Capitán Liddell Hart y al General Fuller. En su opinión, los ingleses se hubiesen evitado muchas derrotas prestando más atención a las modernas teorías expuestas por ambos militares antes de la guerra. Durante la misma, en muchas conferencias y charlas personales sostenidas con el Mariscal, discutimos las obras de Liddell Hart, que cautivaban nuestra admiración. De todos los escritores militares fue Liddell Hart quien más impresionó a Rommel, influyendo en sus ideas estratégicas y tácticas. Al igual que Guderian, se le puede considerar en algunos aspectos discípulo de aquél. <<

[20] *Nota por el General Bayerlein.* —Son muchos los comentaristas que han insistido en que el General Stumme no planeó las defensas de El Alamein del modo en que lo hubiera hecho Rommel. Debemos aclarar que el Mariscal cursó órdenes al efecto antes de su partida de África, y que su substituto se limitó a ejecutarlas. <<

[21] Por «artillería pesada». Rommel entendía lo que en el Ejército inglés se denomina «artillería mediana». En total se utilizaron 1200 piezas para aquel bombardeo inicial. <<

[22] Llamada «colina del riñón», por los ingleses, a causa de su forma. <<

[23] Rommel da una versión resumida de la orden. El documento integro decía así:

«Al Mariscal Rommel:Con la mayor confianza en sus dotes de mando y en el valor de las tropas germanoitalianas, el pueblo alemán y yo seguimos atentamente la heroica lucha que se libra en Egipto. En la situación en que se encuentra, no le queda más alternativa que resistir hasta el máximo, sin ceder ni un metro de terreno, y arrojando a la batalla todos los cañones y los hombres disponibles. Considerables elementos aéreos están siendo mandados al sector sur. El Duce y el Commando Supremo realizan también los mayores esfuerzos para dotarles de medios con los que continuar la lucha. A pesar de su superioridad, el enemigo debe encontrarse asimismo al cabo de sus fuerzas. No sería la primera vez en la historia en que una férrea voluntad ha triunfado sobre los más nutridos batallones. En cuanto a sus tropas, no puede mostrarles otro camino que el de la victoria o la muerte. —Adolfo Hitler.» <<

[24] *Nota por Manfred Rommel.* —Párrafos como el anterior decidieron a mi padre en 1944 a quemar parte del manuscrito de cuanto se refiere a El Alamein. Sin embargo, su muerte, acaecida el 14 de octubre de dicho año, impidió que llevara a cabo tal propósito. <<

[25] Los vehículos blindados de los «Royal Dragoons» se habían introducido por entre la línea de antitanques alemanes, aprovechando la niebla matinal del día 2, y más tarde

fueron seguidos por el 4.º Regimiento sudafricano de blindados. <<

[26] *Nota por Manfred Rommel*: Kesselring discutió con mi padre la posibilidad de eludir la orden de Hitler. Secón el primero, y a pesar de aquélla, Rommel se hallaba en situación de obrar como mejor le pareciera. <<

[27] Como ya se dijo antes, el *Kampfstaffel* era una unidad —del orden de una compañía— formada originariamente para proteger al Cuartel General del Cuerpo, pero empleada después para misiones especiales. <<

[28] Dicha conclusión podría ponerse en duda, recordando los éxitos obtenidos por Rommel en condiciones aéreas insuficientes. Pero al propio tiempo, los efectos de la inferioridad aparecen claros si se estudia su relato y se observa la cantidad de habilidad y de conocimientos tácticos que le fueron necesarios para superarlo. <<

[29] Estas últimas cifras se refieren sólo a la aviación alemana. También los italianos efectuaron 100 salidas diarias. <<

[30] La palabra «operaciones» tiene un significado más específico en el lenguaje militar alemán que en el inglés, ya que cubre la esfera intermedia entre estrategia y táctica, siendo aplicada por regla general al mando de las fuerzas en el *campo de batalla*. El procedimiento alemán queda mejor expresado en el término, ya en desuso, de «táctica superior». En el Ejército alemán el sentido distinto que se atribuye a las palabras «operación» y «operativo» ayudó a desarrollar la idea de maniobra, en contraste con la táctica de situar masas superiores en armas y soldados, encargadas de aplastar al adversario. Pero tendía a disminuir la importancia de la estrategia y la extensión hasta la cual las operaciones quedan sujetas a factores de mayor amplitud. <<

[31] Cuatro tanques «Churchill» tomaron parte en la batalla. <<

[32] Dicho sistema tuvo un desarrollo muy interesante. El valor del ataque bajo la obscuridad fue puesto de relieve por uno o dos técnicos militares después de la Primera Guerra Mundial, pero muchos no estuvieron de acuerdo, por considerarlo propicio a crear confusiones. Los argumentos en favor del ataque nocturno convencieron a un comité del Ministerio de Defensa, nombrado en 1932, pero sus recomendaciones no llegaron a ser aplicadas por la mayoría de los generales, que se resistieron a ellas. Una excepción la constituyó *sir* Frederick Pile, dinámico jefe de tanques, que por entonces mandaba una brigada de infantería en Egipto. Adoptó entusiásticamente la teoría y puso en práctica un sistema de adiestramiento intensivo, basándose en aquélla. Por entonces, Montgomery era uno de sus comandantes de batallón, y aunque algo escéptico al principio, acabó por dejarse ganar por las ideas de su jefe. Cuando, en 1942, Montgomery regresó a Egipto para hacerse cargo del mando del 8.º Ejército, hizo un uso intensivo de los ataques nocturnos en todas sus ofensivas, convirtiéndolos en su sistema básico para penetrar las líneas adversarias. <<

[33] Véase el apéndice que precede a este capítulo. <<

[34] Se trata del Capitán Voss, jefe del 580.º Batallón de Reconocimiento, y antiguo ayudante de Rommel. <<

[35] *Nota por el General Bayerlein*: Los ingleses tomaron el paso de Halfaya durante la noche, tras de la rendición del batallón italiano que lo guarnecía, y al amanecer habían hecho pasar por el mismo a una brigada acorazada, que prosiguió hacia el oeste. Más allá del paso se encontraba la 90.ª División Ligera. El General Von Spomeck se dirigía hacia el este en su automóvil, cuando vió, de improviso, las nubes de

polvo levantadas por la unidad inglesa. Le quedó el tiempo justo para dar la alarma a su división y escapar en el último instante, <<

[36] Las fuerzas desembarcadas en Argel avanzaban hacia el este, y el día 12 los paracaidistas y commandos ingleses ocuparon el puerto de Bone, a 80 Km. de la frontera tunecina. Sin embargo, el avance general era lento. <<

[37] Término despectivo que se aplica por regla general al jefe que posee escasas o ninguna calificaciones académicas. <<

[38] *Nota por el General Bayerlein*: Las bajas del Ejército Panzer desde los comienzos de la batalla de El Alamein hasta su llegada a Mersa el Brega eran las siguientes: Tropas alemanas, 1100 muertos, 3900 heridos y 7900 prisioneros; tropas italianas (las cifras son sólo aproximadas), 1200 muertos, 1600 heridos y 20 000 prisioneros. (Según el *Offizieller Berient des Oberkommandos Afrika*). <<

[39] *Nota por el General Bayerlein*: Rommel no se expresa aquí con suficiente claridad. Evidentemente, quiere decir que se tardarían varios meses en organizar el abastecimiento de un ejército sobre la distancia existente entro Port Said y Mareth, no que Montgomery necesitase varios meses para prepararse una vez llegado a Mareth. <<

[40] El 8.º Ejército lo llamaba «Marble Archa. <<

[41] *Nota del General Bayerlein*: Esta observación es interesante. Rommel estaba firmemente convencido de que Goering perseguía dicho propósito, y eran varios los síntomas que lo hacían suponer. Rommel siempre se opuso a la creación de divisiones de campaña de la S.S. y de la Luftwaffe. En varias ocasiones, durante el año 1943, sugirió a Hitler que

se formase un solo ejército unificado, desprovisto do semejantes «guardias pretorianas». <<

[42] Nehring, antiguo jefe del Afrika Korps, mandado a Túnez, donde, a su vez, fue reemplazado más tarde por Von Arnim. <<

[43] Este punto merece atención, ya que pesa de continuo sobro las deducciones estratégicas y tácticas emanadas del avance inglés por Tripolitania. <<

[44] El número real de tanques acumulados por Montgomery para su ofensiva era de 450. El plan de ataque consistía en un avance de la 15.ª División a lo largo de la ruta costera, con la 23.ª Brigada Acorazada a su flanco izquierdo para explotar los éxitos locales, mientras la 7.ª División Acorazada y la 2.ª Neozelandesa realizaban una más amplia maniobra. Montgomery tomó el mando personal de la zona costera, para que Leese pudiera conducir con mayor libertad la operación de flanqueo encaminada a conquistar Trípoli, a través de Beni Ulid y de Tarhuna. <<

[45] *Nota del General Bayerlein*: Por aquel entonces la substitución de Rommel era pedida con insistencia por los italianos, el general en jefe de la zona sur y el Cuartel General del *Führer*, basándose en que había abandonado la línea Tarhuna-Homs, contraviniendo las órdenes del *Führer* y del *Duce*. Rommel se sintió profundamente disgustado ante sometantes intrigas. <<

[46] Pasaje muy dudoso *y* sólo legible, en parte, en el texto original manuscrito. <<

[47] Todas estas operaciones son conocidas con el nombre global de Batalla de Kasserine. <<

[48] Se trataba, en realidad, de la 1.ª El ataque alemán consiguió una absoluta sorpresa, ya que se le esperaba por Fon-

douk, G4 Km. al norte. Bradley dice en sus *Memorias* que «la equivocación estuvo a punto do resultar fatal». <<

[49] General adjunto del 5.º Ejército Panzer. <<

[50] La misma cifra fue facilitada a los corresponsales de guerra en el Cuartel General de Eisenhower. En su informe, Alexander declara que las pérdidas americanas incluían 86 tanques medianos, pero no menciona el número de los ligeros. <<

[51] Comandante General, jefe de la 164.ª División Ligera. <<

[52] Esta observación es una prueba más de la profundidad e inteligencia con que Rommel apoyaba el principio estratégico de la «aproximación indirecta» al enemigo. <<

[53] Tal cambio significaba que el ataque se emprendería en dirección norte, contra la inmediata retaguardia de los aliados, en vez de hacia el noroeste, para cortar sus comunicaciones, como había planeado Rommel.

La revelación de Rommel acerca de cómo fue defraudado en sus propósitos por el Mando Supremo Italiano, es interesante, porque en el cuarto volumen de sus *Memorias*, Churchill afirma que la dirección norte era la escogida por aquél. El General Alexander, que asumió el mando durante la crisis, declara en su informe que esperaba un ataque hacia el norte, donde las condiciones eran más favorables, y en consecuencia, «ordenó al General Anderson que concentrara sus blindados para la defensa de Thala». (Alexander creyó que Rommel buscaría una «gran victoria táctica», y en vista de ello, dedujo que el ataque no se libraría contra Tebessa, por ser tal movimiento de orden estratégico.)Las fuerzas aliadas hubieran sido cogidas de sorpresa, de haber obrado Rommel tal como se propuso desde el principio. <<

[54] Rommel sufría un error. El «Mark VI» inglés (*Crusader*), tanque de gran velocidad, iba armado solamente con un cañón «2 libras» <40 mm.), del que se le dotó en el momento de su aparición en el año 1941. El modelo posterior —1942— disponía de un «6 libras» (57 mm.). Pero nunca tuvo una pieza de 75. Sin embargo, los «Crusaders» de apoyo montaban un cañón de 3 pulgadas (76 mm. aproximadamente) en su modelo original. Éstos fueron seguramente los que vió Rommel. <<

[55] Estos nuevos blindados de 56 toneladas montaban un cañón de 88 mm. y eran, por lo tanto, los más potentes de cuantos entraron en liza hasta entonces por ambos bandos. Asimismo, disponían do una protección más eficaz, que alcanzaba hasta 102 mm. en la parte frontal. <<

[56] Montgomery declara que 52 carros alemanes quedaron en el campo de batalla. No se perdió ninguno inglés, y sólo un escuadrón tomó parte en la lucha.Del mismo modo que Alam Halfa preparó el camino para El Alamein, Madenine constituyó la primera etapa para la victoriosa batalla del Mareth. De Guingand hace observar: «Estudiando las campañas de Montgomery, resulta interesante observar cómo sus grandes victorias ofensivas fueron precedidas siempre por triunfos defensivos». <<

[57] Teniendo en cuenta que Casablanca se encuentra en la costa del Atlántico, es evidente que Hitler planeaba una contraofensiva que arrojara de África a los aliados. Ello da una prueba fehaciente de cuáles eran sus proyectos por **aquella** época. <<

[58] Sector comprendido entre el Shott el Jerid y el extremo interior do la línea del Mareth, que se apoyaba sobre las alturas de Matmata y cubría el flanco sur. Dicha zona estaba

guarnecida por tropas italianas, bajo el mando del General Mannerini. <<

[59] Eisenhower había asumido el mando de las fuerzas aliadas en el Norte de África, a principios de febrero, pero el General Alexander seguía como jefe operativo en el frente de combate. <<

[60] Rommel muestra cierta tendencia a llamar «americanos» a los aliados en general. Quizás aquí también incurra en ello, o cometa un pequeño error, ya que al final del párrafo dice otra vez «angloamericanos».En realidad, el golpe decisivo en el sector de Medjez el Bab fue descargado por el IX Cuerpo inglés, bajo el General Horrocks. La 4.ª División inglesa de infantería y la 4.ª Hindú abrieron el camino para la marcha do la 6.ª y 7.ª Acorazadas en dirección a Túnez. Un poderoso apoyo de flanqueo fue aportado por el II Cuerpo estadounidense, bajo el General Bradley —1.ª, 9.ª y 34.ª Divisiones acorazadas—, que tras haber avanzado por el norte, entró en Bizerta el 9 de mayo, casi al propio tiempo que los ingleses en Túnez. <<

[61] De acuerdo con las directrices relativas a la seguridad, Rommel no indica la localidad, pero es evidente que esta carta fue escrita en Rastenburg (Prusia oriental), donde por aquel entonces tenía Hitler su puesto de mando. <<

[62] Los primeros desembarcos tuvieron lugar a primeras horas del día 10, sobre una amplia faja de la costa sudeste. Tomaron parte en los mismos el 8.º Ejército inglés de Montgomery y el 7.º de Patton. Las defensas italianas se derrumbaron inmediatamente, y todo el peso recayó entonces sobre dos divisiones alemanas que se hallaban de reserva, y que se retiraron, librando duros y heroicos combates, en dirección al estrecho de Messina, en el ángulo nordeste do Sicilia. Con la ayuda de otras dos divisiones llegadas apresuradamente

lograron retrasar la ocupación aliada de la isla hasta el día 17 de agosto. Pero el éxito del desembarco y la amenaza que se cernía sobre Italia acentuaron el deseo italiano do paz, y produjeron la caída del *Duce*. <<

[63] Se trataba de un fraude inglés, encaminado a distraer la atención alemana de las inminentes operaciones contra Sicilia. El aclararse aquí que una quincena *después* de dicha invasión, Rommel fuera enviado a los Balcanes, es significativo, por indicar que la estratagema inglesa continuaba ejerciendo su influencia en el ánimo de Hitler, Las operaciones contra Sicilia fueron interpretadas como una maniobra divergente de gran envergadura, para permitir el desembarco en Grecia y un avance en gran escala por los Balcanes. La historia de tan ingenioso plan ha quedado revelado por el Hon. Ewen Montano, responsable de su concepción y ejecución. Por otra parte, los lectores de la novela de Duff Cooper, *Operation Heartbreak*, reconocerán fácilmente el argumento. <<

[64] La frase anterior merece un interés especial. Demuestra que los Altos Mandos alemán e italiano compartían el parecer de Kesselring acerca de que las fuerzas aliadas explotarían su superioridad naval desembarcando lo más arriba posible de la península italiana, antes que en el sur…, como así ocurrió. Además, durante los laboriosos meses empleados en ir ascendiendo, el mando alemán prosiguió convencido de un inminente desembarco por la zona septentrional, más allá de las líneas defensivas. Pero no se tenían en cuenta las limitaciones aliadas en material de desembarco, y su cautela respecto a emprender una arriesgada operación tan lejos de las bases aéreas. <<

[65] *Nota por Manfred Rommel*: Schoerner, más tarde Mariscal, mandaba por aquel entonces las tropas alemanas en el

norte de Noruega. Era muy temido a causa de su severidad militar, y se le había aplicado el sobrenombre de *Schrecken der Eismeerstrasse* (Terror en los Mares Árticos). En 1944 ascendió de manera notable. Primero fue nombrado jefe de un Ejército y luego del Grupo «Ucrania del Sur». Más tarde mandó el Grupo de Ejércitos «Curlandia», y finalmente el «Central», que se mantuvo en Checoeslovaquia hasta mayo de 1945. En esta última fase se hizo todavía más odiado. Después del armisticio, Schoerner trató de atravesar el territorio ocupado por los americanos, vistiendo de paisano. Los americanos lo entregaron a la Unión Soviética, junto con 160 000 soldados que pertenecieron al Ejército del Este. Algunos repatriados afirman que Schoerner se encuentra en la actualidad adiestrando a tropas de montaña rusas. <<

[66] Era el Cuartel General organizado por Rommel, al ser nombrado para el mando en los Balcanes. Cuando, tras la caída de Mussolini, Hitler se apresuró a reforzar la zona sur, preparando la entrada en Italia, Rommel se trasladó a Múnich con el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B, que disponía de algunas tropas. Rommel se hizo cargo oficialmente del mando supremo en el Norte de Italia el 15 de agosto. El 12 de septiembre, y tras de que el país se hubo pasado al otro bando, el Cuartel General se trasladó al Lago de Garda. Cuando, en noviembre, Hitler decidió otorgar a Kesselring el mando de todo el sector italiano, Rommel hizo entrega de su Estado Mayor (del Grupo B) junto con las tropas. Poco después, Hitler le encargaba inspeccionar y mejorar las defensas de las costas del Mar del Norte y el Atlántico, desde Dinamarca a los Pirineos, y su organización fue llamada provisionalmente Grupo de Ejércitos B z. b. v. («para misiones especiales»). Aquello lo situó en la misma esfera que el Mariscal Von Rundstedt, jefe del sector Oeste, produciéndose una situación al-

go difícil, a causa de lo poco definido de su papel allí. A principios de 1944 se encontró una solución parcial, dando mando operativo en la zona de «invasión» —entre la frontera germanoholandesa y el Loire— al Grupo de Ejércitos B de Rommel, que de este modo se situó bajo Rundstedt. El Estado Mayor quedó aumentado, pero no dispuso de una intendencia propia, y ésta dependió del Cuartel General de Rundstedt. <<

[67] Hijo del antiguo ministro de Asuntos Exteriores. <<

[68] Tras la destitución de Mussolini, ocurrida el 25 de julio, fue llevado a la isla de Ponza, cerca de Ventotene, en el golfo de Gaeta, al oeste de Nápoles. Al cabo de pocos días se le transportó, para mayor seguridad, a la de Maddalena, frente a la costa norte de Cerdeña. Cuando Hitler había planeado una tentativa de rescate, se descubrió que Mussolini se encontraba en un hotel alpino, situado en un inaccesible pico de los Abruzzos y fuertemente vigilado. A dicho paraje se llegaba sólo por un funicular. Sin embargo, un pequeño destacamento, conducido en planeadores y mandado por Skorzeny, aterrizó audazmente en el picacho durante la noche del 8 de septiembre, obligó a rendirse a la guardia y se llevó a Mussolini en un pequeño avión «Storch». <<

[69] Sherwood, Los *documentos de la Casa Blanca*, vol. II, pág. 741. <<

[70] Tanto las notas al pie, como las intercaladas en el texto de este capitulo, son del General Bayerlein, a menos que lleven las iniciales L. H. (Liddell Hart). <<

[71] Dichos argumentos quedaron asimismo registrados en una anotación que aparece en el diario de Rommel, con fecha 6 de agosto de 1943. Dice así: «Se hace cada vez más evidente la necesidad de reorganizar las compañías de infantería, proveyéndolas de más armas antitanques. Deberán sumi-

nistrarse también antiaéreos cuádruples, a ser posible de tracción propia. Ha de aumentarse la densidad del fuego».No existe duda alguna de que los éxitos alemanes a principios de la guerra fueron posibles gracias a que franceses, ingleses y rusos no pudieron resistir los ataques de los tanques, a causa de su escasez de armas con que contrarrestarlos. Sin embargo, hacia el final de la contienda, quedó demostrado en todos los frentes que las viejas normas de una bien cimentada defensa —con armas modernas— seguían operando efectos decisivos. <<

[72] En su libro *Defendimos Normandía*, el General Speidel nos cuenta como Rommel preguntaba de continuo acerca del estado de las nuevas armas. Tanto *Frau* Rommel como su hijo recuerdan haberle oído decir que había recomendado el empleo de los proyectiles dirigidos «V» contra los puertos de la costa sur inglesa, antes de que los aliados iniciaran la invasión. Sin embargo, Hitler rehusó, basándose en que la V-1 no podía utilizarse contra objetivos menores que Londres, Además, no deseaba lanzarla en gran escala hasta que se la pudiera producir en cantidades adecuadas. <<

[73] Al finalizar enero, el VII Ejército germano poseía 32 clases de armas, con 252 tipos distintos de munición, de los que 47 habían dejado ya de producirse, 170 antitanques de 75 mm. y 66 antiaéreos de 88 mm. (Diario de la Campaña del Grupo de Ejércitos B). <<

[74] Se trataba de procedimientos ideados para contener y destruir a las lanchas de desembarco. Estaban colocados bajo el agua, y consistían en:

1. Estacas hundidas en el fondo, muchas de ellas con una mina antitanque en su extremo.
2. Tetraedros de cemento, equipados también con minas o con hojas de acero.

3. Obstáculos antitanques capturados al enemigo.
4. La mina ideada por Rommel, y llamada «cascanueces», consistente en una estaca con base de cemento, en cuyo interior se albergaba un proyectil pesado. La embarcación que tocara la estaca provocaba la explosión del proyectil, por percusión de aquélla sobre su espoleta.
5. Se dispusieron también reflectores que iluminaran la zona de aproximación del enemigo.

<<

[75] Organización Todt, llamada así por su fundador Franz Todt, constructor de las famosas autopistas alemanas. Dicha organización fue hecha responsable de los trabajos defensivos en la Muralla del Atlántico. <<

[76] Se trata de un conflicto provocado por las diferencias de opinión acerca del emplazamiento de las divisiones Panzer. —L. H. <<

[77] Inmediatamente después de haberle sido retirado el mando a principios de julio, una vez sus fuerzas acorazadas quedaron destruidas una tras otra por la acción de la R.A.F. y las Fuerzas Aéreas norteamericanas, Von Geyr escribió a Rommel:

«6 julio 1944.

Querido Mariscal:

Al ceder el mando de las fuerzas quisiera añadir unas palabras a las ya pronunciadas en el acto oficial de la entrega. Las recientes batallas en un teatro de la guerra más exigente que cualquiera de los otros en los que actué, además de permitirme dirigir al Grupo de Ejércitos B y unirme a usted en identidad de propósitos, han ocasionado un notable cambio en mi interior. Sus cualidades y su experiencia como militar han transformado mi obediencia en

algo más útil y delicado que lo que hasta ahora consiguió sólo la voluntad.

Le ruego, señor Mariscal, acepte mis más sinceras gracias por la confianza depositada en mí y en mis tropas durante estas breves y duras jornadas. Si bien considero terminada mí carrera militar, creo que puedo enfrentarme al futuro sin temor a falsas interpretaciones.

Quedo, señor Mariscal, su obediente servidor,

FREUIF.HR VON GEYR» <<

[78] General Speidel, *Defendimos Normandía*, capítulo IX. <<

[79] El 21 de marzo Rommel había conseguido convencer a Hitler de la necesidad de establecer reservas cerca de la costa, pero veinticuatro horas después, el *Führer* cambió de parecer. Fué por aquel entonces cuando el Mariscal afirmó: «El último en hablar con él es quien tiene siempre la razón». <<

[80] Los desembarcos aliados en Anzio y Nettuno, el día 22 de enero de 1944, se conocen con la denominación general de «Anzio» por los aliados y de «Nettuno» por los alemanes. Kesselring consiguió embotellar a las fuerzas atacantes, pero éstas siguieron representando un serio peligro sobre la retaguardia del frente alemán, que quedó roto a finales de mayo, cuando los aliados reanudaron su avance desde el sur. Aquel doble revés forzó a los germanos a abandonar toda la Italia central, incluyendo Roma, y emprender la retirada hacia la Linea Gótica, en los Apeninos, al norte de Florencia. —L. H. <<

[81] Mandada por el General Buyerlein. —L. H. <<

[82] El diario personal de donde han sido extraídos los párrafos en cuestión era llevado por el ayudante de Rommel. Éste no dictó nada con destino al mismo durante la invasión

ni en los días que la precedieron. Al parecer, las notas a que aludimos fueron escritas algún tiempo después de efectuado el desembarco. <<

[83] Su funcionamiento quedó gravemente restringido a causa de los continuos ataques aéreos. —L. H. <<

[84] Literalmente «puños antitanques». Eran proyectiles lanzados por la descarga de un cohete propulsor. <<

[85] Este grupo de combate consistía en unos 50 tanques, y un batallón Panzer de Granaderos. —L, H. <<

[86] Se trata del resto de las tropas aéreotransportadas pertenecientes a la **6.ª** División, que, de acuerdo con lo planeado, llegaba para reforzar a las dos brigadas de paracaidistas lanzadas antes del amanecer. Al propio tiempo se arrojaron también gran número de paracaídas conteniendo pertrechos.La aparición, en el momento adecuado, de las mencionadas fuerzas produjo un efecto decisivo en las unidades blindadas alemanas, que consideraron la operación como un contraataque en gran escala encaminado a destruir el suyo, impresión que persiste en muchos informes oficiales. —L. II. <<

[87] Grado equivalente en las S. S. al de Teniente general del Ejército, <<

[88] La cifra es algo exagerada. Incluso en el día D, el total de salidas llevadas a cabo por las Fuerzas aéreas estratégicas y tácticas no superó a las 10 585. —L. H. <<

[89] Los pasajes anteriores han sido escritos teniendo a la vista resúmenes de la conferencia, incorporados al diario de Rommel por su ayudante. <<

[90] Jefe del 84.º Cuerpo, que cubría el sector de la invasión en Normandía. —L. H. <<

[91] Después de una reunión celebrada con Hitler y Goering en noviembre de 1942, a raíz de la batalla de El Alamein, Rommel dijo a su esposa, en Roma, que la guerra estaba perdida y que debía intentarse lo antes posible llegar a una paz de compromiso. <<

[92] Rommel probablemente se refiere al ataque contra Inglaterra por medio de las «V-1». —L. H. <<

[93] Los rusos iniciaron su ofensiva de verano el 23 de junio de 1944 dirigiéndola contra el sector de Vitebsk, al norte de los pantanos del Pripet. Los jefes alemanes habían propuesto eludirla, retirándose a la línea del Beresina con la debida anticipación, pero Hitler prohibió todo retroceso. Rompiendo el prolongado frente alemán, los rusos recorrieron 240 Km. en una semana, cruzando la carretera Minsk-Varsovia. A mediados de junio se encontraban ya muy al interior de Polonia y Lituania. Los ejércitos rusos, situados al sur de los pantanos del Pripet, se unieron a la ofensiva, y a finales de julio ésta había alcanzado el Vístula, cerca de Varsovia, y cruzado el San, avanzando 720 Km. en cinco semanas. Luego se detuvieron para reorganizar sus comunicaciones, antes de renovar su ofensiva en enero de 1945, cuando llegaron al Oder, apenas a 96 Km. de Berlín.Entretanto, el ala izquierda atravesó Rumanía, Yugoeslavia y Hungría, en un gigantesco movimiento envolvente, que alcanzó las afueras de Budapest el 4 de noviembre, aunque la ciudad no cayera hasta el 13 de febrero. También durante el otoño el ala derecha rusa invadió los Estados bálticos, y el Grupo de Ejercitas alemán del norte aferrado allí por orden de Hitler se vió arrinconado contra la península de Curlandia. —L. H. <<

[94] Primera carta de Rommel después de resultar herido. La dictó, pero no pudo firmarla. Se han perdido las que fue remitiendo entre el 24 de junio y el 17 de julio. <<

[95] En un mensaje anterior había podido a Hitler que se extrajeran las necesarias conclusiones del inevitable colapso en el Oeste. <<

[96] El lector debe tener presente que la misiva fue redactada durante la purga que siguió al complot, y que en su afán por salvar la vida de su querido amigo y ayudante, Rommel procuró allanar sospechas y captarse la voluntad de Hitler. —L. H. <<

[97] Hermann Aldinger, Capitán de la reserva, escueto wurtenburgués de cuarenta y cinco años, estaba en muy buenas relaciones con mi padre desde la Primera Guerra Mundial. Sirvió con él en la campaña de Francia de 1940 y la del África del Norte en 1941, y formó parte de su Estado Mayor al regresar a Alemania en agosto de 1944, tras haber sido herido. <<

[98] Es curioso que el telegrama de Goering fuera cursado diez días después del de Hitler. <<

[99] A propósito de dicha cifra es interesante observar que desde principios de 1941 hasta la evacuación de Tripolitania en 1942-43, las bajas alemanas en el Ejército Panzer de África ascendieron a 5200 muertos y 14 000 prisioneros. —F. B. Las notas de este capítulo, seguidas por las iniciales F. B. son del General Bayerlein; las del Capitán Liddell Hart llevan las iniciales L. H. <<

[100] Este párrafo es un poco confuso, ya que el Cuartel General del *Führer* atrajo varias veces la atención sobre el peligro de Normandía, y fue Von Rundstedt quien primeramente imaginó un desembarco aliado en el Paso de Calais.Dejando aparte la posibilidad de un error de redacción, quizás Rommel quisiera indicar que el Cuartel General del *Führer* no estaba lo suficientemente convencido de una invasión en Normandía para apoyar sus tentativas de disponer de varias di-

visiones Panzer y otras formaciones antes del desembarco aliado. —F. **B**. <<

[101] Rommel se refiere a la división Panzer Lehr y a la 12.ª División Panzer **S. S**. «Hitler Jugend». De haber aceptado su propuesta, los siguientes elementos acorazados hubiesen entrado en acción en las primeras horas del desembarco aliado: 520 vehículos blindados, 120 cañones de asalto y a tracción propia y 1200 transportes blindados. (El 6 de junio sólo se disponía de la 21.ª División Panzer, con 150 tanques, 60 cañones de asalto y 300 transportes blindados). Además, varios centenares de cañones antiaéreos y un gran número de Nebelwerfer habrían tomado parte en **la** acción. —F. B. <<

[102] Debe recordarse, sin embargo, que el trayecto entre Nápoles y Túnez era mucho más corto que entre Nápoles y Trípoli. Bengasi o Tobruk. <<

[103] El argumento parece incompleto, y plantea cierto número de otros problemas, como, por ejemplo, la posibilidad de que los aliados hubieran desembarcado en Francia si las formaciones motorizadas se hubieran retirado de allí para trasladarlas a África. También podíamos haberlas extraído del Este, situándonos a la defensiva. La relativa importancia que los aliados atribuían a estos dos sectores puede observarse por un documento que Roosevelt escribió para Hopkins, el 16 de julio, después de la caída de Tobruk (Sherwood, *Los documentos de la Casa Blanca*): «El Oriente Medio debe sostenerse lo más fuertemente posible, tanto si Rusia cae como si no. Deseo tome en consideración las posibles consecuencias de la pérdida del Canal de Suez». —F. B. <<

[104] Es posible establecer dos puntos primordiales sin exponerse a ser calificado de parcial:

1. Las críticas de Rommel respecto al aprovisionamiento de sus tropas quedaban más que justificadas. No existe duda de que de haberse prestado mayor atención al problema, el teatro de la guerra Africano habría recibido suministros de manera continua hasta el verano de 1942.
2. El plan estratégico de Rommel parece más sensato que el del O.K.W., consistente en avanzar interminablemente por Rusia dejando al occidente abandonado. Si puede decirse algo contra él es únicamente que ni desde el punto de vista económico ni el militar era posible que Alemania, Italia y el Japón sobrevivieran **a** una guerra contra el mundo entero. —F. B.

<<

[105] El Coronel General Halder, sin duda alguna juez muy competente en el teatro de la guerra europeo, anonas comprendía la campana de movimiento que se libraba en África. Sus opiniones oran contrarias a las de Rommel en muchos aspectos. Sin embargo, debe examinarse su caso antes de llegar a conclusiones decisivas. —F. B. <<

[106] Se habían formado en Inglaterra dos divisiones acorazadas y una en Egipto, pero la primera de ellas no fue enviada a Francia hasta después de la ofensiva alemana de mayo 1940. Su tardanza en llegar al campo de batalla resultó perjudicial para la misma, siendo muchos los que consideraron al Ejército inglés más atrasado de lo que realmente lo estaba. —L. 11. <<

[107] Popular escritor alemán, especializado en libros de viaje. <<

[108] Esta opinión de Rommel se veía claramente influenciada por la impresión que le produjo el potencial de su ejército durante el desembarco.Lo que mayor asombro le causó fue-

ron los puertos artificiales, instalados por ingleses y americanos para evitarse la necesidad de conquistar los existentes. La iniciativa en este asunto partió de los ingleses. —F. B. <<

[109] Rommel recibió numerosos cartas de sus oficiales y soldados recluidos en los campos de prisioneros angloamericanos, —F. B. <<

ÍNDICE

Memorias II: Los años de la derrota 2
Cubierta 4
Primera parte 5
El frente sacrificado 6
- Capítulo I: La carrera contra el tiempo 7
- Capítulo II: La jornada decisiva. Alam Halfa 26
- Capítulo III: El Alamein. Una batalla sin esperanzas 44
- Capítulo IV. Ojeada retrospectiva sobre la batalla de El Alamein 115
- Capítulo V: La gran retirada 130
- Capítulo VI: Consultas en Europa 168
- Capítulo VII: La retirada hacia Túnez 185
- Capítulo VIII: Entre dos fuegos 231

Segunda parte 276
Italia 277
- Capítulo IX: Italia 1943 278

Tercera parte 314
La invasión 315
- Capítulo X: Invasión 1944 316
- Capítulo XI: Las jornadas finales 384
- Capítulo XII: El cielo se obscurece 403

Apéndice 428
Plan de Rommel para el ataque al Nilo 429
Autor 430
Notas 432